CORRIENTES PAGANIZANTES EN LA EDUCACION CATOLICA

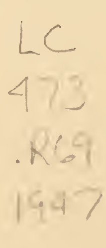
P. TEODORO RODRIGUEZ
AGUSTINO

9 4 8



Este libro debe ser leído por todos los educadores católicos, para que no caigan en el lamentabilísimo error de que, pensando dar a sus discípulos educación netamente católica, se la estén comunicando contaminada por el actual neopaganismo, colaborando con ello al triunfo de los enemigos de Cristo, de su Iglesia y de todo el orden social cristiano, base inconmovible de la paz del mundo, siendo responsables de la desorientación de la sociedad moderna que, inconscientemente, se precipita en el comunismo y la anarquía.

Sépanlo y no lo olviden los directores y directoras de los colegios, los profesores y profesoras, los maestros y maestras, los padres y madres de familia, los sacerdotes, etc. etc.



Corrientes paganizantes en la Educación Católica

P. TEODORO RODRIGUEZ

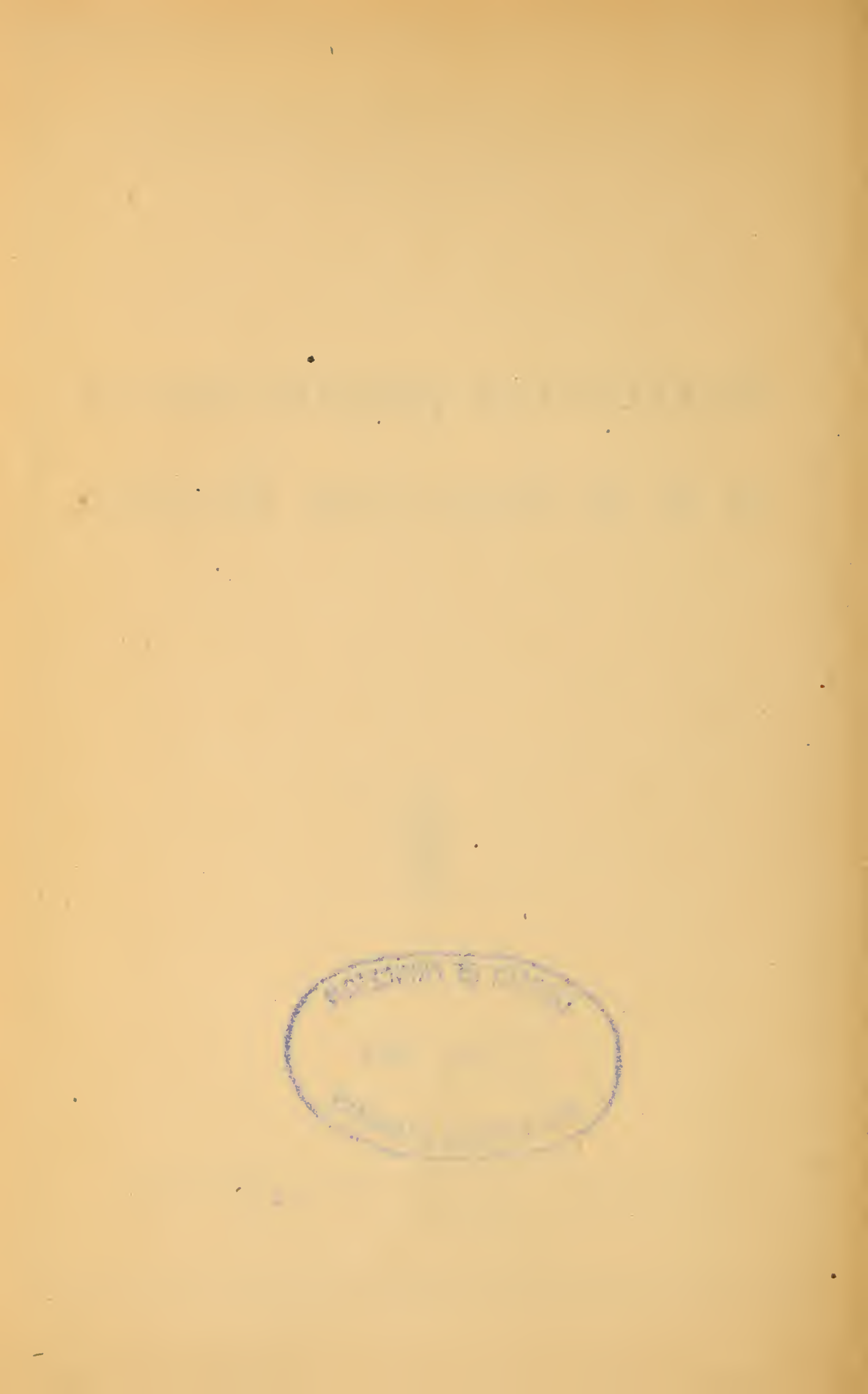
AGUSTINO

Corrientes paganizantes en la Educación Católica



IMPRENTA DEL REAL MONASTERIO DE EL ESCORIAL

1947



PRIMERA PARTE

Por causas agenas a su voluntad, el autor no pudo corregir todas las pruebas, lo cual ha dado origen a varias erratas, omisiones y repeticiones; mas como esto no afecta a la verdad de las ideas ni a la exactitud de los hechos referidos ni a la finalidad del libro, nos limitamos a advertírselo al amable lector.

Introducción

Como es cosa evidente que no se da efecto alguno sin su correspondiente causa, siempre que nos encontremos con un efecto cualquiera es preciso buscarle la causa adecuada, pues más o menos clara existe indudablemente. ¿Quién no se ha encontrado con individuos creyentes, que hablan de todas las cosas de la vida con un criterio francamente pagano y hasta materialista sin tener para nada en cuenta lo que nos dice la fe, cual si ésta fuese una mera teoría sin relación con la práctica de la vida, algo así como un traje de etiqueta con que se debe ir a la iglesia y a los actos religiosos guardándolo después en el armario para otro acto religioso? Este es un concepto plenamente erróneo de la Religión; no sólo no es cristiano, es positivamente anticristiano; pues Jesucristo es «la luz que ilumina moralmente a todos los vivientes»: «es camino, verdad y vida». Salta a la vista que tanto la *luz,* como el *camino* que hemos de seguir en la vida presente, *la verdad* que ha de dirigir todos nuestros pasos, como la *vida* que ha de comunicarnos alientos para no sucumbir en las inevitables luchas contra los enemigos generales y particulares, que a nadie suelen faltar, no deben separarse nunca del cristiano. Por eso decía S. Pablo «No vivo yo, sino que vive Cristo en mí».

Es lamentable equivocación, más común en la práctica de lo que muchos se figuran, suponer que la Religión es un mero detalle en la vida humana sobre la tierra, y no es algo funda-

mental y trascendental en ella; puesto que el hombre ha venido a este mundo no como mero resultado de los juegos y caprichos fantásticos de los dioses del Olimpo, sino por voluntad creadora de Dios, cuyos atributos todos gozan de perfección infinita y cuyas obras todas fueron realizadas *in número póndere et mensura*, dando a cada una su fin propio en conformidad con su naturaleza; y el del hombre es conocer, amar y servir a su espléndido Creador e infinilo bienhechor, siendo por lo tanto fundamentalmente y con carácter universal religioso.

A todo esto añádase ahora la caída del género humano y su redención por Cristo, Nuestro Señor y se verá lo absurdo e impío de que haya cristianos (en el nombre y bautismo por lo menos) que *paganicen* en la vida práctica y que quieran en la educación amalgamar las ideas cristianas, espiritualistas y elevadoras y las disolventes y positivistas libertades y costumbres paganas; y que se tenga concepto pagano de la vida y se miren todas sus cosas con criterio también pagano.

Y, si estas ideas y estos procederes se encontrasen sólo en casos raros no habría motivo de alarma, pues dada la flaqueza humana, ya sea por ignorancia, ya por malicia o cobardía egoista y otras pasiones irrefrenadas, . . . siempre habrá quebrantamientos aislados más o menos graves de las leyes; pero, por desgracia, el mal está tan extendido y, aunque parezca increible, de él están atacados no pocos sacerdotes y religiosos, los cuales, cuando no están ejerciendo las funciones de su ministerio en la iglesia parece que se avergüenzan del Evangelio, olvidándose de la rotunda frase de S. Pablo: «Non erubesco Evangelium». «No me avergüenzo del Evangelio», y aquella otra todavía más precisa y valiente: «Predicamos a Jesucristo crucificado, escándalo para los judíos y locura para los gentiles».

Estos procedimientos precisos, claros, de absoluta verdad y sinceridad derivados de la doctrina divina del Maestro y de su impecable y santísimo proceder en todas las situaciones y

actos de su vida mortal, fueron los usados por los apóstoles y sus sucesores en la dirección de la Iglesia en los primeros tiempos del cristianismo con los cuales lograron un éxito tan extraordinario, que hizo exclamar a Tertuliano: «Somos de ayer y llenamos el mundo».

Ello demuestra palpablemente que la propagación y exuberancia de vida del catolicismo, como de toda obra divina, no necesita para su desarrollo y prosperidad acudir a falsos artilugios humanos, a cobardes plegaduras y disimulos de bandera y muchísimo menos a buscar apoyos y refuerzos en falsas doctrinas naturalistas y prácticas mundanas y libertades paganas de franca oposición a la elevadora austeridad cristiana. Por lo que se refiere a los sacerdotes y religiosos, sobre todo los educadores, que defienden teorías paganizantes nos vamos a limitar a copiar un párrafo de San Agustín, donde pone patente el gravísimo mal que a los fieles y a sí mismos se hacen con tan vituperable conducta... «Ostendit Dominus fatuos esse judicandos, qui temporalium bonorum vel copiam sectantes vel inopiam metuentes, amittunt aeterna, quae nec dari possunt ab hominibus nec auferri. Itaque si sal infatuatum fuerit, ¿in quos salietur? Id est, si vos per quos condiendi sunt quodammodo populi, metu persecutionum temporalium amiserits regna coelorum ¿qui erunt homines per quos a vobis error auferatur, cum vos elegerit Deus, per quos errorem auferat ceterorum? Párrafo donde San Agustín viene a decir con soberana elocuencia: «Si los puestos por Dios para guiar los fieles por miedo a las luchas y sufrimientos abandonan la senda de la verdad, ¿cómo podrá remediarse tan enorme mal?

Ciertamente no es vicio moderno en el pueblo de Israel y en el cristiano dejarse sugestionar por las brillanteces espectaculares, los sibaritismos elegantes y las libertades e independencias asalvajadas de los pueblos paganos, queriendo copiarlos paganizando las costumbres lo cual desembocaba siempre en un periodo de decadencia acompañado de los correspondientes castigos de la justicia divina neciamente provocada. Pero

en la sociedad moderna se ha llegado a extremos inconcebibles, debido en parte a haber sido hábilmente organizada la paganización social y corriendo para su eficacia el oro a manos llenas y por todas partes derramado por el sectarismo internacional. Los desastres ocasionados a la vista están y son de tal índole y proporciones que demuestran palpablemente la gravedad y extensión enorme del mal.

Aunque es evidente que la caridad fraterna obliga a todo cristiano («nicuique mandavit Deus de proximo suo») quizá no nos hubiésemos decidido a hablar tan claro y fuerte, si no se tratase de cosa de tanta trascencencia para la vida de los pueblos y de la Iglesia, como son las cuestiones educadoras y no encontrásemos apoyo en el gran Educador y Maestro de la Humanidad, Cristo-Jesús, como le llama San Clemente de Alejandría.

De El afirma San Jerónimo que cuando se trataba de la gloria de Dios «*asper erat*» y en cambio cuando se trataba de si propio, «*multa mansuetudine utebatur*». Y además la conducta de los Apóstoles, S. Pedro y S. Pablo en especial, y de los Papas en general y particularmente León XIII, cuando las circunstancias lo aconsejaban exponían las cosas en formas claras y valientes. He aquí cómo se expresaba León XIII en su Encíclica *Sapientiae Chistianae* acerca de un tema íntimamente relacionado con lo que aquí se trata:»... Dicen algunos que no se debe *luchar al descubierto* con la impiedad, cuando es poderosa, *a fin de evitar el peligro de que se exaspere el enemigo*. De quienes así se expresan sería difícil decir, si están con la Iglesia o en contra de ella: porque, aunque dicen ser católicos, desearían que la Iglesia permitiese opiniones con las que no está conforme: les desagrada la ruina de la fe y la corrupción de costumbres; mas nada hacen para remediar tamaño mal; antes, no pocas veces, la acrecientan con su indulgencia excesiva y su *perjudicial disimulo*...»

«La prudencia de tales individuos es calificada por San Pablo *sabiduria de la carne y muerte del alma;* puesto que ni está

ni puede estar subordinada a la ley de Dios...» «*Por lo tanto los también hallados con la prudencia de la carne; quienes disimulan conocer la obligación de todo cristiano de ser buen soldado de Cristo; quienes pretenden llegar por caminos llanos y sin arriesgarse a los azares del combate, el premio prometido a los vencedores están tan lejos de cerrar el paso a los malos, que más bien les deja franco el camino*» (subrayamos nosotros).

Es cosa de todos sabida que el fin determina los medios más adecuados para conseguirlo. Por lo cual no hemos de ocultar que el fin de nuestro modesto trabajo, no es hacer una pieza más o menos literaria acerca de un tema de educación, sino cerrar el paso, como decía el eximio León XIII, a las corrientes paganizadoras de la manera más eficaz posible, las cuales intentan destruir la tradicional educación católica y con ella la verdadera base fundamental del orden social cristiano. Y ello traería, como consecuencia, la más espantosa anarquía en la sociedad moderna. El método adoptado dará origen a la repetición de algunas ideas tomadas desde puntos de vista distintintos. No lo estimamos un mal en libros como éste, donde conviene que algunas ideas se graven de manera indeleble.

Como no entra en nuestro plan combatir personas sino ideas que lealmente estimamos opuestas a la verdad y al bien común de la sociedad en general y de la Iglesia y de la Patria en particular, no damos los nombres, ni de los libros de donde están tomadas las amplias citas que hacemos, ni los de sus autores; aunque no tenemos el menor inconveniente en concretar más, si los interesados así lo deseasen. Con ello no hacemos sino seguir la cristiana y noble máxima de San Agustín, a cuya Corporación tengo el honor de pertenecer: «Diligite homines et interficite errores.» Amad los hombres y destruid sus errores.

I

Importancia de la educación de la juventud.—Todo en el mundo físico y moral está ordenado.

Es de tanta trascendencia en la orientación y desenvolvimiento moral de la sociedad la educación de la juventud que todos los que aspiran con razón o sin ella a formar una sociedad en conformidad con sus ideas buenas o malas, verdaderas o falsas, rectas o torcidas, justas o injustas se esfuerza para apoderarse de ella de manera absoluta, y, si esto no pueden conseguirlo, colocarla bajo su influencia decisiva, sin reparar en muchos casos, ciegos por la ambición, en la licitud de los medios, atropellando a veces a quienes por naturaleza tienen derecho a realizarlo, originándose con este motivo grandes luchas espirituales y en ocasiones materiales; Bélgica se separó de Holanda a causa de la cuestión educadora.

II

La educación y el derecho.

Como en la naturaleza todo esta ordenado con arreglo a razón y derecho, por ser obra de una inteligencia infinita y rectitud y justicia supremas, otorgando a cada ser material sus propiedades particulares y leyes físicas que armonicen el conjunto, a las vivientes leyes biológicas y a los libres derechos y deberes recíprocos consignados en la ley moral natural a la cual todos estamos sometidos, promulgada y conocida por la

recta razón humana. Y como el Creador obra siempre con perfección infinita cuando asigna a un ser cualquiera un deber le da derecho a los medios edecuados para su cumplimiento y cuando un ser orgánico por naturaleza ha de realizar determinada función le provee esa misma naturaleza del órgano correspondiente, para realizarla eficazmente: así los peces han de respirar el oxígeno disuelto en el agua y por naturaleza tienen el órgano adecuado a esa función; o sea las branquias: los caballos han de aspirar el oxígeno del aire y por naturaleza poséen el órgano correspondiente, distinto del de los peces, que son los pulmones.

Con esto no queremos decir que la educación sea una función fisiológica que necesite un órgano para su realización, sino que lo ponemos por vía de ejemplo para hacer ver que en estas aspiraciones, legítimas unas e ilegítimas otras, existentes entre los hombres por apoderarse de la educación, de la cual pende el futuro de la sociedad, no pueden ni han de resolverse a capricho, por la fuerza material, ni a impulsos de los ciegos apasionamientos humanos, sino con arreglo a las normas racionales derivadas de la ley natural, que asigna derechos y deberes recíprocos y correlativos que han de ser respetados por todos para que impere en el mundo la justicia y la paz que andan siempre unidos «pustitia et pax osculatae sunt,» la justicia y la paz nunca se separan siendo la primera portulado ineludible de la segunda. Por lo tanto el derecho y el deber de educar no procede de la fuerza, ni de la ciencia, ni de la riqueza, ni del poder, ni de un convenio, ni del capricho o deseo humanos, ni de cosa alguna advenediza y variable, sino de la misma naturaleza y es regulada por la ley moral puesta por el Creador a las criaturas racionales para armonizar sus actos libres, pudiendo todos realizar sus destinos presentes y futuros, sin encuentros, colisiones y atropellos de género alguno. Y aquellos a quienes la naturaleza asignó esos derechos y esos deberes, tan honrosos como penosos, no pueden realizarlo a

su antojo, sino en conformidad con las normas derivadas del derecho natural.

III

Frases e ideas confusionistas escandalosas.

Ponemos estos prenotandos para centrar la cuestión descentrada en absoluto por el sectarismo moderno y hasta por algunos católicos, que han caído en las redes tendidas hábil y secretamente por él; habiendo llegado algunos, aun escritores religiosos, a extremos increibles en ideas y expresiones audaces, confusionistas, de pésimo gusto y usadas por nuestros enemigos para significar toda clase de atropellos, violencias y crímenes cometidos contra el orden social cristiano y la Iglesia de donde procede y sus fieles hijos que le apoyan. He aquí una de esas frases, que en labios de Bacunin no nos llamaría la atención, pero sí en la pluma de un sacerdote religioso: «*Somos nosotros mismos revolucionarios y tenemos deber de enseñar y nutrir con estas ideas a juventudes revolucionarias*». (sic) Bakunín decía que «era necesario acostumbrarse al crimen porque los criminales son los verdaderos revolucionarios». Dirán los aficionados a estas confusionistas y truculentas frases que ellos no las usan en el mismo sentido que los comunistas. No dudamas de que así sea, pero no por ello dejan de ser inconvenientes, absurdas; como sería para significar la justicia divina en el castigo de los impenitentes, colgar de los brazos del crucifijo un par de pistolas. No, ni el Señor, ni sus apóstoles, ni los santos Padres ni los doctores de la Iglesia, ni los misioneros, ni los Papas han acudido jamás al confusionismo para difundir las sanas doctrinas sociales. Eso es fruto moderno y modernista.

Y si las expresiones son inconvenientes y desatinadas las ideas no lo son menos, pues son francamente opuestas al espíritu cristiano y a la doctrina teológica moral, ascética y mís-

tica del catolicismo, así como también al bien común, según la experiencia cotidiana individual y colectiva y la historia de todos los pueblos especialmente en su aspecto político y social demuestra, como más adelante se verá.

IV

Frase de Windthorst acerca de la última batalla entre el Catolicismo y la Revolución mundial.

El insigne líder del catolicismo alemán Windthorst hombre de realidades y de superior ingenio, discutiendo en el Parlamento con los socialistas y comunistas, pronunció la significativa frase que conviene recordar hoy después de haber transcurrido varios decenios, y que seriamente la meditemos y veamos si está cumpliéndose en los actuales momentos o se cumplirá en breve plazo: «*La última batalla entre la Iglesia católica y el Mundo (la revolución mundial) se dará en el campo de la educación*». Esta frase es absolutamente verdadera y además expresión exacta y brillante de la inmensa trascendencia que la educación tiene en el futuro de la sociedad; por lo cual todos tenemos obligación de colaborar en la parte y forma que nos corresponda, para que tan importante función social no se desoriente y desenvuelva injusta e inadecuadamente.

Nótese bien que decimos colaborar todos, y, por lo tanto, siendo obra de muchos, debe verificarse ordenadamente, para evitar toda confusión y todo atropello, actuando cada cual en el punto y forma que por naturaleza le corresponda, comenzando por respetar todos los derechos ajenos con lo cual quedarán cumplidos los deberes propios; los padres los suyos, la Iglesia los suyos, el Estado los suyos, los particulares también los suyos, . . . sin atropellarse en lo más mínimo los unos a los otros, que es lo que exige la ley, el derecho y el bien común, que todos debemos procurar, en especial el Estado, cuya misión fundamental es amparar los derechos de todos e impedir que

se apoderen los más fuertes de los derechos de los más débiles, dando él ejemplo del estricto cumplimiento de ese primordial deber de moral universal. Es indiscutible que a todas las naciones conviene, y por lo tanto a España también, el desarrollo de la industria, la agricultura y el comercio, más no por ello puede despojar de sus fincas, sus fábricas y sus instalaciones comerciales sin permitir que ciudadano alguno ejerza esas actividades naturales por propia iniciativa y en la forma que estime conveniente, mientras no atropelle derechos ajenos; este proceder sería puro comunismo. Ni que decir tiene que sería espantoso que se aplicase este criterio a la cuestión matrimonial y familiar, apoyando lo primero en el pretexto de producir más y mejor y lo segundo en el mejoramiento de la raza y vigorización del ejército nacional. Indudablemente todos tenemos derecho y deber de colaborar en el engrandecimiento de la patria por medio de la educación de la juventud; pero nadie a despojar por la violencia o la astucia a los demás de los derechos que por naturaleza les corresponden.

Hacemos estas observaciones que alguno quizá estime innecesarias, a causa de su natural evidencia, porque en torno al problema educador se ha formado una literatura, ciertamente abundantísima pero, en su mayor parte de tendencias y orientaciones de cerril y manifiesto confusionismo; se han escrito y dicho cosas tan desatinadas que resultan inconcebibles en personas de cierta cultura, sólo explicables, aunque no justificables, por el ciego sectarismo que las inspiró.

Y es el caso, y aquí radica el motivo de alarma, que no pocos católicos han caído en las redes hábilmente tendidas por los enemigos y sobre mi mesa de trabajo se encuentran algunos libros recientes de profesores sacerdotes y religiosos impregnados de espíritu totalmente pagano y positivista y de ideas sólo defendibles admitido el principio rusoniano de que todos los impulsos de la naturaleza humana actual son buenos, cual si no estuviese contaminada y desordenada por el pecado de origen, y donde se estudian las normas de la vida y de la

adecuada educación para ella con un criterio diametralmente opuesto a la sana y santa austeridad cristiana predicada, vivida y exaltada por Cristo, sus apóstoles, los mártires, los Santos Padres, los Doctores de la Iglesia, los fundadores de todas las órdenes religiosas, y por toda la luminosa y venerada tradición católica, que ha sido y es la renovadora brisa espiritual que ha purificado el ambiente corrupto del grosero positivismo materialista antiguo y presente, evitando que la corrupción haya invadido e invada todo el cuerpo social, y con ello venga la disolución de los elementos que lo integran y la consiguiente y definitiva putrefacción de la muerte. Esto es lo locamente pretendido por el ciego sectarismo internacional a causa de su implacable odio a Cristo y su Iglesia, viendo con certera perspicacia, y manifestándolo así a sus secuaces, que «el puñal para herir en el corazón a la Iglesia es la corrupción».

Es cosa de todos sabida que lo mismo en la Iglesia que en el pueblo elegido de Israel todas sus grandes tribulaciones y catástrofes han sido consecuencia de la prevaricación y de la corrupción engendradas en las venerandas, y de austera pureza, tradiciones antiguas y dejarse arrastrar y contaminar por las sugestiones de las alucinadoras brillanteces del paganismo, tanto antiguo como moderno, saturadas de sensualidad y vicio. Por consiguiente, todo lo que tienda a paganizar la sociedad y suprimir en ella el austero vigor espiritual, que tantas glorias y tantos bienes le ha proporcionado a través de los siglos, es laborar, de manera directa o indirecta, a favor de los enemigos del orden social cristiano, hoy reunidos todos, clara o encubiertamente, en el sectarismo internacional, origen de la latente revolución mundial y del estado caótico y de inquietud y malestar que hoy impera en el mundo civilizado.

V

Por qué damos la voz de alarma: razones que la justifican

Cierto que esa vasta organización revolucionaria obra con sabia cautela, usando procedimientos indirectos en muchas ocasiones y velando los fines, para mejor y más fácilmente realizar sus bien estudiados planes contra el orden social cristiano sostenido y nutrido por la vivificante y pura savia del catolicismo. No defienden de ordinario claramente el vicio y el desorden social, pero difunden máximas de moral, derecho y religión que a ellos conducen.

Por el año 1934 publicamos con el título de «Infiltraciones Judío-masónicas en la educación católica» un libro, hoy agotado, y en 1942 otro con el de «Errores pedagógicos y Máximas educadoras», donde sincera y noblemente expusimos nuestras apreciaciones en tan delicada y trascendental materia; mas hoy al ver avanzar el mal y que los peligros morales y materiales son cada día más amenazadores para la Religión y para la Patria hemos creido oportuno, mejor dicho necesario, dar de nuevo la voz de alarma, a fin de contrarrestar y detener las corrientes paganizantes que arteramente se han introducido en la educación moderna de casi todas las naciones sin que los católicos y patriotas hayan reaccionado convenientemente, quizá a causa de las formas larvadas, brillantes y de apariencias científicas con que han aparecido en el estudio de las letras. Que los neopaganos, los materialistas, los positivistas, pragmatistas, modernistas rusonianos, . . . y que todos los acatólicos y anticatólicos proclamen y sostengan principios y teorías naturalistas y positivistas en materia de educación es sin duda alguna mal grave; pero que eso se haga, consciente o incoscientemente, en libros de católicos significados y hasta eclesiásticos, los cuales andan de mano en mano, con patente de catolicis-

mo, y que los jóvenes léen, admiran y citan lo que allí se dice, como pura doctrina católica, es algo que espanta y contrista; pues denuncia un mal gravísimo que, de no ponerle prontos y oportunos remedios, pudiera traer días amargos para la Religión y la Patria y para la sociedad en general; pues se producirá la perversión del sentido religioso, moral, jurídico y social en tal forma que la gran civilización occidental, de tan brillantes y elevados ideales, descendería al nivel de los salvajes o quizá más bajo, porque «corruptio optimi pexima», según reza el aforismo. Por eso al contemplar el ambiente nefasto que tienen ciertos libros y folletos v revistas procedentes de católicos, donde se sientan doctrinas en franca oposición con la gloriosa tradición educadora católica comenzada por Jesucristo, a quien San Clemente de Alejandría llamaba el Pedagogo de la Humanidad y seguida fielmente por sus apóspoles y discípulos entre los cuales estaba San Pablo y después de ellos todos los que a través de los siglos han colaborado en la obra magna y redentora de la educación de la Humanidad, coronada con el éxito más rotundo y grandioso registrado en la historia, de transformar la degradada, cruel, corrompida, abyecta civilización pagana, de groseros ideales y recortados horizontes en la cristiana de caracteres radicalmente opuestos por su elevación, su dignidad su altruismo, su sublime espiritualismo, sus horizontes infinitos y su perfección sin límites... Pues bien, en tales escritos a esa obra gigantesca, incomparable y de inigualada magnificencia, se la mira despectivamente, puesto que sin miramiento alguno se desprecia toda la educación antigua, como el lector verá en las citas que más adelante haremos. Mas antes queremos precisar bien los términos de la cuestión que vamos a ventilar; pues somos enemigos de todo confusionismo y de las ideas vagas e imprecisas entre las cuales se esconden los errores como las savandijas entre los matorrales.

VI

Lo que debe ser la educación. Platón, Aristóteles. Los educadores cristianos. Jesucristo, Pedagogo de la Humanidad..

En lo sustancial y en general la educación es la formación adecuada del individuo para que pueda convenientemente realizar sus fines, desarrollando y perfeccionando sus facultades espirituales y orgánicas. Es nota esencial en la educación el perfeccionamiento integral en el pensar en el amar y en el obrar. Esto en general con las correspondientes notas suplementarias, cuando la educación se ordena principalmente a fines especiales; puesto que en ella, como en todo, se cumple el aforismo filosófico, que el fin determina los medios.

Según Platón la educación es una obra divina que comunica al alma y al cuerpo toda la belleza y perfección de que son capaces. Y añade: consideramos primordial en la educación la recta formación que conducirá el alma del educando a amar aquello que cuando llegue a la mayor edad o plenitud de su desarrollo haya de practicar para ser perfecto en el género de vida que haya abrazado.

Aristóteles, como de costumbre razonador y preciso, dice: «Los atractivos del placer nos arrastran al mal, y la aversión a los sufrimientos nos separan del bien; será buena la educación, que habitúe desde niño al hombre a amar y seguir lo bueno y separarse de lo malo, agrade o desagrade».

Esta misma idea se encuentra en el profeta Jeremías: «Gran bien es para el hombre el haberse habituado al yugo de la ley desde su adolescencia».

Con esta clarividencia y precisión se expresan esas dos figuras próceres de la maravillosa cultura helénica, ese pensamiento palpita en el Antiguo Testamento gráficamente expresado por uno de sus excelsos profetas; respecto del Nuevo nada

tenemos que decir, pues nos releva de ello la cincelada expresión de su divino fundador Cristo-Jesús: «si alguno quiere ser discípulo mío, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame». El alma de la religión cristiana puede decirse que es el espíritu de sacrificio, y esa idea palpita en todo el Evangelio, donde se ve que para llegar a las espléndidas magnificencias de la Resurrección gloriosa hay que atravesar la vía dolorosa del Calvario... Y esto mismo se halla confirmado por la historia de la Humanidad caida. ¿Quién ignora que los niños mimados jamás están contentos, se hacen desgraciados a sí mismos y a los que los rodean por no soportar las contradicciones inevitables en la vida a causa de no haber adquirido oportunamente el hábito de la paciencia; por haberse formado en la práctica concepto erróneo de la existencia humana sobre la tierra, que según Job es una ininterrumpida lucha? Por eso dice la Escritura: «qui non esta tentatur ¿quid sut?» El que no ha sido atribulado ¿qué es lo que sabe? Algo parecido ocurre con los pueblos como se ve en el de Israel; cuando la prosperidad les sonreía y las cosas marchaban a medida de sus deseos, se corrompían y se precipitaban en las más inícuas prevaricaciones hasta que la tribulación les hacía entrar en razón y volverse a Dios, que era su protector, su padre y de quien habían recibido beneficios inmensos y del cual con incalificable ingratitud se habían separado para seguir los torcidos caminos de sus insaciables concupiscencias.

Y, en general, se puede preguntar: ¿qué hecho grande y glorioso se ha realizado en la historia, lo mismo por los individuos que por los pueblos, que no haya sido fecundado por el trabajo, la lucha y el sacrificio? Es más; si hasta en los mismos seres insensibles parece cumplirse esta universal ley. ¿Cómo se transforma un tosco y vulgar pedrusco de óxido de hierro en brillante y acerada espada, sino mediante el fuego abrasador de los altos hornos, estrujamientos de los laminadores, golpeo de martillos, desgastadores rozamientos de lima y duros y repetidos bruñidos...? Para que una finca se cubra

de doradas espigas de trigo y luego en sabroso y blanco panecillo, es preciso que las rejas rasguen las entrañas de la tierra y los granos se deshagan y desaparezcan... Sí, el trabajo, la lucha, la contradicción y el sufrimiento han sido, son y continuarán siendo para esta Humanidad caída, agrádenos o no nos agrade, instrumentos de vida, de mejoramiento y perfección.

VII

El neopaganismo es sustancialmente paganismo y como éste ha de ser combatido para ser vencido.

El neopaganismo, que para su desventura ha invadido la sociedad moderna, es substancialmente igual al antiguo paganismo y sólo puede ser vencido y desterrado de ella, usando medios substancialmente iguales a los antiguos. ¿Cuáles fueron éstos? Consúltese la historia, lo demás es andar por las ramas.

Analicemos a la luz de estos aleccionadores hechos y sólidos principios, las corrientes neopaganas educadoras que procedentes del campo enemigo, tratan de invadir y en parte han invadido ya el campo de la educación netamente católica, y que algunos de los nuestros, fácilmente sugestionables, de aspiraciones *vanguardistas*, y candorosa y mal reprimida audacia, se figuran que van a renovar la sociedad y librarla del peligroso temporal que está corriendo y se halla sostenido por los huracanes revolucionarios. Y es el caso que pretenden lograrlo quitando lastre a la nave y añadiéndole velamen, donde se ceben los vientos, lo cual resulta algo verdaderamente insólito.

Como se trata de cosas de gravedad y trascendencia sumas y para que no pueda decirse que exageramos o no expresamos con la conveniente fidelidad las palabras e ideas censuradas vamos a copiar algunos párrafos de los referidos libros, añadiendo luego los correspondientes comentarios, donde se vean los fundamentos en que apoyamos nuestras apreciaciones. Alguna

observación breve, pertinente al caso, haremos, entre paréntesis, al copiar los párrafos, y a veces, subrayaremos lo más injusto por su inexactitud o volterianismo.

«. . . Terminan el año escolar (los alumnos de los colegios de religiosos) hastiados de las *interminables misas,* quizás un poco impresionados por el *espeluznante Retiro Espiritual* que hicieron durante tres días. En esos días se les paseó por un infierno dantesco, y el predicador, representando el cuadro de la muerte, lo hizo tan al vivo con quejidos, respiración fatigosa, ojos vidriados, rictus cadavérico, sudor frío, ciento veinte pulsaciones, estertor, coma y paroxismo final, que parecía quedar muerto en escena. Nada puede haber más inútil que esa teatralización, (cierto, y nosotros añadimos a inútil, perjudicial; pero a la vez decimos que nada más inexacto que semejante afirmación, al menos generalizada, pues nosotros no conocemos ni un solo caso de esa indigna y grotesta teatralización, no obstante haber asistido y dado ejercicios y hablado con millares de predicadores y comentadores de ejercicios)».

«De las prácticas piadosas realizadas durante los interminables años escolares quédales el recuerdo muy poco grato, de largas horas replegados en la capilla. Y asociando inseparablemente al culto litúrgico el recuerdo de los dolores de cintura y de rodillas provocados por las *inacabables ceremonias.*» (No sé qué colegios habrá frecuentado este agrio censor, que ve mal todo lo que hacen los colegios católicos con el mismo desenfado e injusticia que pudiera hacerlo cualquier indocumentado impío; pues en la generalidad de ellos, en la misa, que suele durar de veinte a treinta minutos, hay partes en que se permite estar de pie y en otras sentado, y desde luego el que no pueda racionalmente oirla de rodillas se la permite oiria toda sentado, en conformidad con lo que enseña la Iglesia.). . .

VIII

Siguen las apreciaciones falsas e impías.

«Reitero. Más que nunca es al presente indispensable que el joven se enamore del bien y de la belleza de su religión, (pase; pero yo creo que es más necesario y más sólido que se convenza de la verdad de su religión, pues la religión debe profesarse por su verdad, no por su belleza, ni por el provecho que de ella podamos obtener). Nada existe más contraproducente que la prédica terrorífica y el cuadro espeluznante. (¿Qué entenderá este buen señor por prédica terrorífica y cuadro espeluznante? Nos figuramos que será hablar de la muerte, del juicio y de la eternidad de las penas de los réprobos; pero hablar de esas verdades y meditar en ellas no es juego de niños ni una pieza teatral cómica, sino verdades y realidades tremendas, que por tenerlas olvidadas o no pensar en ellas, el hombre marcha por la vida como caballo desbocado, atropellando los derechos de sus semejantes, cayendo en las mayores abyecciones, convirtiendo la sociedad en un manicomio y patio de monipodio. Por lo tanto estas verdades deben ser predicadas y meditadas para que el hombre no se extravíe en su peregrinación por la vida. Lo cual preceptúa la Sagrada Escritura al decir: «Acuérdate de tus postrimerías y jamás pecarás». ¿Está claro?). «Nuestros muchachos y muchachas están perfectamente habituados a los terrores y truculencias que les proporcionan el cinematógrafo y los novelones por entregas. Y pasan con mucha naturalidad del estado patético del espíritu al de hilaridad e inconsciencia, como si obedeciesen esas mutaciones a un cambio de decorado en la vida artificial que viven.»

(Aquí con toda razón podría aplicarse el «ex ore tuo te judico»; pues si el cine y las novelas y la vida frívola son los causantes de que las verdades eternas no produzcan la conve-

niente y saludable impresión en el corazón de los jóvenes, lo que debe suprimirse no es la predicación de éstas sino aquéllos. Esto es lo lógico).

IX

Sobre meditación, «whisky» y «catch».

El anticatólico y escandaloso naturalismo del autor va en crescendo, como podrá ver el lector. Bajo el desconcertante epígrafe sobre meditación, «whisky», y «catch», escribe el despreocupado autor: «Ciertos manjares exquisitos y ciertos licores costosos precisan entrenamiento. Las primeras veces mortifican el paladar. Pero cuando éste se ha habituado a ellos engendran *un placer de noble gastronomía*».

«Dios quiera que me equivoque, pero a mi modo de ver muchas gentes toman los Retiros Espirituales como un «*whisky*», un *lacrima Christi* o como un *caviar;* necesitan impresiones fuertes provocadas por temas espirituales, y por ello se las encuentra asiduas asistentes a todo Retiro truculento (ya salió la palabreja favorita). Y nada les encanta tanto como vivir días de trágico torbellino, (he aquí una explicación que no se le había ocurrido a esa turba insensata, que hoy tanto abunda, que combate frenéticamente todo lo católico)».

«Creeríase que tal asiduidad nace de un propósito ascético y de un deseo de mejoramiento espiritual. Pero nada más lejos de ello. *Se trata de una exquisitez gastronómica de la sensibilidad.* (Y el octavo mandamiento de la ley de Dios ¿qué dice?) ¡Ah, sí! Se nos ha predicado *demasiado* que debemos amar a Dios y muy pocas veces se nos ha recordado que Dios nos ama». (Esto no puede afirmarlo ningún católico ilustrado, pues por cientos de miles se cuentan los libros y por millones y millones las pláticas y sermones y por trillones las oraciones consagradas a mostrarnos el amor infinito de Jesús en su nacimiento, en la Eucaristía y en la Cruz, y en general se repite en to-

das partes y a todas las horas que la Redención es la obra de amor de Dios al hombre).

X

Afirmaciones osadas, falsas e injuriosas para los Colegios católicos: Frivolidades a granel: jóvenes y viejos.

Después de un apartado incalificable, por las afirmaciones osadas y erróneas, en su mayor parte, por la exageración y generalización, cosa habitual en este escritor, agrupadas bajo el título completamente falso e injustamente injurioso para los Colegios católicos, en especial los de las Ordenes religiosas, entre las cuales está la respetable a que él pertenece, se arranca con otro titulado: «Este libro escandalizará», el cual no sabemos si es candor o malicia quien lo inspira al contemplar la falaz casuistica y descosida argumentación usada para demostrar lo que le conviene a sus planes preconcebidos e insidiosos, aunque la verdad y la reputación de la docencia católica sufran. Desde luego este buen señor, al ponerse a escribir sus nada inocentes fantasías, debe de dejar cerrada con llave las reglas de la buena lógica, para que no le perturben y echen a perder sus preconcebidas y desatinadas doctrinas educadoras. Analicemos por separado ambos apartados y se verá la exactitud de nuestras afirmaciones.

«¿Por qué fracasa la educación religiosa?». (Se necesita desahogo para poner como cosa indiscutible el fracaso de la educación católica. A esa atrevida, necia y sofística pregunta se responde con esta otra: ¿De dónde saca, quién le ha dicho, cómo se demuestra ese presunto fracaso? Porque lo que el autor dice en el apartado se reduce a unas cuantas afirmaciones, gratuitas, incongruentes, injuriosas y osadas sin otro fundamento que la incoercible fantasía del firmante, que padece el infeliz de peligrosa fobia contra todo lo serio, venerando y tradicional,

en cualquiera forma que se presente. Sienta una verdad, aunque algo modificada para que sirva para sus planes demoledores, de que en las reglas de todas las Corporaciones docentes se prescribe la formación integral de los jóvenes, o sea que ha de alcanzar a la inteligencia, a la voluntad, al corazón, al organismo físico y todo ello en conformidad con el orden de los respectivos valores y las circunstancias lo permitan o aconsejen, por supuesto dentro siempre del cumplimiento del deber, que ha de ser la base sobre que se levante el gran edificio de la educación católica. Y luego con imponderable osadía y tranquilidad lo que a continuación copiamos que es, en general, falso y calumnioso.)

«La realidad, sin embargo es tal, que dentro del colegio *católico* se desgranan uno a uno los días del año escolar, empleados los veinte, treinta o sesenta religiosos y religiosas en perseguir a los alumnos rezagados, en sofrenar sus desbordamientos, en exigirles silencio, en castigar a quien copia la prueba escrita, en enseñarles la lista de los reyes merovingios, . . . midiéndose el éxito anual del colegio *católico* por el porcentaje de alumnos aprobados o por los trofeos deportivos conquistados en campeonatos intercolegiales o, lo que es peor, por *la ventaja económica*, que permita levantar otra ala del edificio, equipar el gabinete de Historia Natural o colocar trapecios en los campos de deportes». (Así con este desenfado, por no usar otro término más fuerte, se lanza una pellada de cieno a todos los colegios católicos sin la menor prueba). . .

«Para la consecución de ese fin (el espiritual) es frecuente se asigne en los colegios de varones a un sacerdote anciano y caduco, quien no pueda ya entender el problema espiritual. Y en los colegios de señoritas a un capellán que reduce su acción a la mecánica de las confesiones mensuales. (No sé si en la Orden del firmante tendrán tan extraña costumbre, me permito dudarlo, pero de la de los agustinos a la cual me honro pertenecer y otras varias con las cuales estoy en contacto, puedo afirmar de manera rotunda que no se siguen esas frívo-

las e inmorales máximas, aunque a veces sus prácticas tengan algunas deficiencias, puesto que lo absolutamente perfecto sólo se encuentra en las obras de Dios. Por otra parte hace muchos años que la intervención del Estado ha privado de la conveniente independencia educadora. Aquí se pone por base de argumentación el falso supuesto de que todos los ancianos son caducos y carecen de condiciones físicas y morales para aconsejar y dirigir las almas de los jóvenes: afirmar esto es de un simplismo intelectual que favorece poco a quien lo padece. Si se tratase de tomar parte en un match de *fútbol*, de boxeo, de luchas grecorromanas, . . . sería preciso tener en cuenta la edad, porque las energías corporales y la resistencia orgánica van disminuyendo desde los treinta años, en cambio los espíritus no envejecen y el incomparable tesoro de la experiencia de la vida cada día que pasa va en continuo aumento, poniéndolos en condiciones de dirigir y aconsejar en los problemas del espíritu a los inexpertos y atolondrados jóvenes que comienzan a vivir, en ocasiones con la cabecita llena de viento y de ilusiones más o menos fantásticas.

Según esta extraña teoría, S. S. el Papa León XIII después de cumplir los noventa no podía resolver los problemas espirituales de la juventud por falta de capacidad para su conocimiento (¡!). Entre los innúmeros cismas y herejías que han combatido la Iglesia católica a nadie se le ha ocurrido apelar del Papa anciano al Papa joven. Por supuesto que en religión y moral, que son cosas permanentes, decir que existen problemas que sólo los sacerdotes jóvenes entienden y se hallan en condiciones de aconsejar, es enorme incongruencia por lo menos, sino es algo peor; pues ni la una ni la otra son cosas de invención humana, ni se apoyan en ella, sino que tienen su base en los eternos e inconmovibles principios de la verdad y del bien, y la religión cristiana, como su mismo nombre indica, es la fundada por Cristo-Jesús hace veinte siglos, sin que en lo substancial haya cambiado en nada: nació en estado perfecto sin hallarse sometida a las vicitudes y cambios de los

tiempos por ser su fundador la Verdad substancial y eterna; esas otras verdades camaleónicas, que cambian de color, según las circunstancias, son obras del pragmatismo y modernismo, errores condenados por la fe y por la razón.

Claro está que puede haber viejos incapaces de dar un buen consejo o dirigir un alma; pero ello no obederá a los años, salvo caso de enfermedad, sino a sus condiciones personales, y en su juventud sería pésimo consejero. Por eso en España se dice «del viejo el consejo»; y esta misma idea se encuentra en la Sagrada Escritura y en todas las literaturas del mundo.

Otro falso supuesto cuyas consecuencias morales no son fáciles de apreciar es afirmar que para resolver los problemas del espíritu y aconsejar adecuadamente en ellos es preciso vivirlos y que el consejero y aconsejado se hallen en cierto plano de igualdad; lo cual es decir algo así como que para que un médico pueda informar y aconsejar en materia de pulmonías ha de ser pulmoníaco, o un abogado para informar en materia de adulterios ha de ser adúltero, en uno de robo ser ladrón y haber sido sancionado por faltas de hurto; pues según la desatinada teoría del autor para aconsejar, dirigir y conocer los problemas de un sector de la sociedad es preciso pertenecer a él, o sea, que de los problemas de la juventud sólo los jóvenes están en condiciones de aconsejar y dar normas de conducta.

Es colocar en un plano muy bajo, poco digno y nada *espiritual* la dirección *espiritual* de un colegio y en general de las almas en la condición de que el director sea joven o viejo peninsular o indígena; la única condición fundamental del director es que sea inteligente, discreto, reflexivo, sereno y recto para enjuiciar y resolver los problemas de conciencia, sin precipitaciones ni apasionamientos en esos actos tan delicados, y, sobre todo, que sea virtuoso y con valor para decir la verdad, agrade o desagrade, porque, como es sabido nadie da lo que no tiene. Y, en verdad, todas estas condiciones con mayor o

menor perfección pueden hallarse reunidas en un joven, pero es más probable encontrarlas en personas de edad madura. Ahora, si la dirección espiritual colectiva o individual se reduce a una mera amistad mundanal más o menos íntima, que sirva de ocasión para pasarse largos ratos de placentera conversación, entreverada de frases de honesta galantería, rasgos de ingenio, comentarios más o menos exactos de las cosas que pasan en el mundo, . . . entonces para semejantes seudodirecciones quizá los jóvenes, en general, tengan más condiciones que los ancianos; pero no se trata de esto, que todo joven bueno y digno rechazaría. Por lo tanto, en tesis general, con las consiguientes excepciones, para la dirección de deportes y todo cargo de gran actividad y gran consumo de energías corporales lo natural es *elegir* jóvenes *mientras sea posible*, en cambio para la dirección espiritual y consejero de los jóvenes, *mientras sea posible* deben *elegirse* personas de edad madura con experiencia de la vida. De intento ponemos *elegir* para indicar que lo mismo entre los jóvenes que entre los viejos existen individuos que por su naturaleza son incapaces de dirigir nada ni a nadie convenientemente.

XI

Continuación de frivolidades y frases calumniosas. El problema del novio en los colegios católicos de niñas. «Este libro escandalizará»: motivos de ello. Amor idealizante saturado de erotismo.

Y siguiendo en nuestro breve análisis del trabajo contra los colegios católicos de ambos sexos que no poseen las características desatinadas (como más adelante se verá) nos encontramos con que, después de decirnos con un simplismo aterrador y sin otras pruebas que sus apasionadas proposiciones generales, desprovistas de seria base, «las jóvenes en los últimos años de su vida escolar no tienen otros problemas que

los del novio, de la apatía religiosa, de la disolución del hogar y el más urgente de su formación intelectual, nada se preocupaban; pues ignoran de plano la religión, no hacían otra cosa durante todo el alegato antirrotariano del capellán que contemplar con un poco de asco la galaxia de caspa que exhibía de continuo en la solapa y en los hombros *el clérigo rotarófobo.* (¿Es que pueden ser los clérigos rotarófilos?). Terminan sus años de colegio *católico* persuadidas de que el catolicismo persigue gnomos y duendes de pasadas edades» (esta afirmación es absolutamente falsa y calumniosa en general y el lenguaje usado está a la altura de cualquier innominado revolucionario de alquiler.). . .

Otro apartado va encabezado con una indiscutible verdad, ya ve el autor cómo no impugnamos por el placer o prurito de contradecir, sino por la defensa de la verdad, y por eso cuando encontramos alguna con lealtad la reconocemos como en el caso presente. «*Este libro es libro que escandalizará*», reza el aludido encabezamiento, y ciertamente es así y con pleno motivo para ello; pero no por ser *un barrido hacia fuera ni hacia dentro* ni por las verdades que dice, sino por todo lo contrario; por ser un tejido de errores, falsedades, exageraciones, incongruencias, generalizaciones calumniosas, falsos supuestos, arbitrarias interpretaciones, generalización de casos particulares a veces imaginarios y otras aviesamente interpretados, manifiestas contradicciones, flagrante falta de lógica, pues de ordinario apoya sus razonamientos en casos particulares que él dice conocer pero sin demostrarlo, y según es sabido por todos los iniciados en la lógica, «de los casos particulares no pueden sacarse consecuencias generales», dar más importancia a lo accesorio que a lo principal, a lo transitorio que a lo permanente, a lo casuístico, a lo raro y particular, que a lo razonado y universal; respirándose en todo él ambiente de superficialidad, de hostilidad e injusticia contra la educación actual de los colegios regentados por las Ordenes religiosas y contra la veneranda tradición católica, queriendo sustituirla por otra modernista,

consciente o inconscientemente saturada de frivolidad, naturalismo, paganismo y rusonianismo, lo cual es algo parecido a derribar un edificio de muros de sillería y armaduras de hierro para sustituirlo por otro modernista de corcho que es sustancia más ligera y trasportable y puede flotar sobre las aguas; esto es una incongruencia y desconocimiento pleno de lo que es la educación de la juventud y de sus fines fundamentales, como más adelante veremos. Mas el motivo principal del escándalo hállase en que el que tan ciega e injustamente combate la enseñanza actual de las meritísimas Ordenes religiosas, que tanto han trabajado y trabajan en la cristianización del mundo y donde tantos triunfos han obtenido todas ellas, sea, no un desconocido fiel cristiano, sino un sacerdote, a una de las cuales pertenece el despreocupado autor del artículo.

Esto sí que produce escándalo, no *puxilorum*, sino de toda persona reflexiva y culta. Después de hablarnos de «un raro amor idealizante, oreado de sexualismo y empapado de erotismo, que es el amor de los muchachos y de las chicas durante los primeros cursos escolares» (por supuesto sin probarlo) que él aprueba y ensalza indiscretamente y del cual, sin ser freudiano, habría mucho que decir, pues, si en unos casos pueden ser innocuos en otros pueden no serlo y la expresión «primeros años escolares» es imprecisa, donde no se determina cuándo acabaron esos años de inocencia e idealismo y cuándo comienzan los otros de prosaico materialismo; aparte de que el desarrollo pasional no es en todos a la misma edad y depende de muy variadas causas, por lo cual pudiera haber sorpresas nada plausibles en cualquier parte y menos en un colegio católico; en un último apartado titulado: «Sintetizando» reune una serie de afirmaciones gratuitas, según en él es costumbre, de alarmante frivolidad y audacia algunas de las cuales creemos deben conocer nuestros lectores.

XII

Avanza el confusionismo, las inexactitudes, falsas imputaciones... : educar es algo más grande y elevado que crear responsabilidades. Tendencias mercantilistas en religión.

Sabido es de la mayoría de las personas cultas que el noventa por ciento, o más, de los errores difundidos en la Iglesia, que a veces han parado en cismas o herejías ha sido bajo la bandera de un espiritualismo *teórico* descentrado y desarticulado, donde se pretende con disimulado orgullo llegar a los elevados fines de la Religión por caminos nuevos de propia invención más sencillos, fáciles y más adecuados a las necesidades de la época y más conformes con sus gustos y sus aspiraciones. Para abrirse paso y llevar a cabo su empeño, suelen comenzar por hábiles tergiversaciones de cosas y de ideas, atribuyendo a los adictos a los procedimientos tradicionales lo que no defienden, sustituyendo los argumentos por afirmaciones despectivas y calumniosas y suponiendo que en ellos son normas generales de educación los defectos particulares que, dada la humana flaqueza, en ninguna obra faltan, velando cuidadosamente en cambio los incontrastables argumentos en que se basa la doctrina tradicional católica, para con ello desorientar al lector y hacerle caer en las redes certeramente tendidas. Por estas tortuosas sendas tratan de entrar en el campo de la educación católica las corrientes paganas modernas, que se presentan como opuestas al paganismo antiguo en la teoría, aunque en la práctica son similares, como irá viendo el lector en las citas que haremos.

«... Cuando el animal doblegado a fustazos y disciplinado a empellones vuelve a su estado de libertad recobra todo el salvajismo primitivo, (este bárbaro sistema educador no es el defendido por las Ordenes religiosas docentes y atribuírselo como hacen los anticatólicos es calumnioso). Cuando el joven

o la joven hayan formado su cultura católica a base de convicciones (ningún católico niega que la educación debe formarse a base de convicciones y no porque sea *bella o provechosa* como antes hemos dicho), sabrán muy bien que, si pecan en vacaciones o lejos del templo, no pecan contra sus profesores ni contra el colegio, sino contra Dios y contra sí mismos, (pero, ¿es que hay alguno tan idiota que crea que cuando peca en vacaciones o fuera del colegio no peca contra Dios, sino contra sus profesores y el Colegio? ¿Con qué fin se escriben estas tonterías por un religioso de carrera?) y cuando el alma sabe que peca contra Dios y contra sí misma, no logra aquerenciarse al pecado.» (De suerte que, según este buen señor, los pecadores empedernidos y envilecidos aun al blasfemar no saben que pecan contra Dios (¿ !).

«Educar equivale a crear responsabilidades. Las responsabilidades son el reverso de los derechos. Una religión predicada al joven como algo negativo, hecha de prohibiciones y restricciones, una religión que veda y no da, se torna antipática e inhumana y muy luego se disipa» (vamos quiere decir este aprovechado discípulo del mercantilismo grosero, que la religión predicada en los colegios religiosos no es un buen negocio y que para que lo sea hácese preciso modificarla y él posee la receta. Y quien así piensa y escribe se atreve a renglón seguido a hablarnos de enamoramientos de Jesucristo y de la belleza de la Iglesia y de la grandiosidad de los dogmas católicos).

Y ahora, cambiando de tono y analizando el sinuoso y mal intencionado párrafo, comenzamos por afirmar que en él como en la mayor parte del trabajo existe una desorientación plena en las ideas y una audacia incalificable en las afirmaciones, que a veces resultan calumniosas, un desahogo infantil al enjuiciar las cuestiones y una presunción insólita en las soluciones y una impudorosa manera de descentrar las cuestiones para que le sirvan de apoyo a sus fantásticas y contradictorias pretensiones, unido todo a expresiones impropias de personas dignas, en especial, si son sacerdotes. Veámoslo: es completamente falso

el que la actual y pasada educación de las Ordenes religiosas no tenga por sólida e inconmovible base la Religión y que ésta la basen en sentimentalismos e impresionismos espectaculares y ñoños, y no en razonamientos serios que produzcan hondas convicciones, cuanto más hondas mejor, puesto que han de ser las armas con que han de defenderse en la vida contra los enemigos del alma, que son el demonio, el mundo y la carne, los cuales se mueven a impulsos del odio implacable, infernal que tienen a Jesucristo y a todas sus obras, así como también a quienes le siguen fielmente; y contra esos enemigos de nada sirven las armas materiales, aunque sean tan poderosas como la artillería, la aviación y la bomba atómica, sino que se lucha con las armas del espíritu, la fe, la esperanza y la caridad, que constituyen las tres virtudes teologales y fundamentales en esta oculta y gigantesca lucha, y todas las demás virtudes naturales y sobrenaturales que ennoblecen, fortalecen y vigorizan el alma, dándole los alientos necesarios para no desfallecer y obtener el triunfo en la batalla, que es perenne y, en lo substancial, lo mismo y sólo variada en las formas accidentales; decir lo contrario es modernismo, por eso las virtudes en que se apoya la defensa son también las mismas y son precisamente las que deben ser cultivadas con todo esmero en la educación.

Es también falso decir que educar equivalga a crear responsabilidades y que éstas sean el reverso de los derechos. Afirmar esto es pura novelería palabrera, sin otro fundamento que el desahogo del escritor. Educar es perfeccionar y formar el educando comunicándole las virtudes antedichas, con cuya posesión será siempre una persona digna, cumplirá sus deberes para con Dios, consigo misma y para con sus semejantes, y con ello resultará una buena persona y un ciudadano ejemplar. Lo de que «los educadores católicos hasta ahora han predicado una religión en la cual sólo hay prohibiciones y restricciones, una religión que veda pero no da» es tan grande exageración que resulta calumnioso. La religión predicada hasta ahora en los Colegios de las Ordenes religiosas y fuera de

ellos es la católica, la fundada por Jesucristo, la verdadera, o sea, la que no tiene retoques humanos y modernistas, para adaptarla a las prácticas de la vida moderna que la falsean (americanismo) en la cual son incomparablemente mayor el número de concesiones que de prohibiciones, de derechos que de deberes, aunque los egoistas no quieran darse cuenta de ello, como se vió en el paraiso, donde a nuestros primeros padres se les permitía disfrutar y comer de las frutas de todos los innumerables árboles que allí había puesto Dios para su regalo, y sólo de uno se le prohibió el uso, como justo vasallaje a tan espléndido Creador. Y esto mismo vemos hoy, aun después del pecado original, que se nos permite siempre el uso racional de todos los seres de la creación y limitándose las prohibiciones a contados casos y objetos, . . .

Pero esta es una manera mezquina, materialista y absurda de apreciar la verdad o falsedad de la Religión que debe ser el motivo para aceptarla o rechazarla, prescindiendo de subjetivas simpatías o antipatías y otras razones bastardas. ¡Y, después de este criterio positivista sanchopancista, se atreve el versátil Padre a proclamar el enamoramiento de Jesucristo de los educandos para que se dispongan a dar la vida por la defensa de la Iglesia! ¿Es ese el camino para arribar a tan noble y elevado ideal?

Otra afirmación tan absurda y desatinada como la anterior es la de que los educandos de los colegios religiosos que pecan en vacaciones o lejos del templo creen pecar contra sus profesores y contra el colegio, es decir, que «cuando sabe el alma que peca contra Dios y contra sí misma no se aquerenciará al pecado». Si esto fuese verdad no existiría ni un solo pecador habitual, porque todos saben de manera más o menos precisa y clara que el pecado es una transgresión de la santa ley de Dios impuesta por El a sus criaturas para que consigan sus destinos presentes y futuros. Estas afirmaciones demuestran un desconocimiento tan enorme de la verdadera religión, que nos hace suponer que su autor es un exaltado tan falto de sólida cultura co-

mo ahito de infantil presunción y frívola osadía, que se atreve a recomendar un libro saturado de paganismo americanista.

XIII

El ideal de la educación no es sembrar inquietudes, sino recias virtudes, ni revolucionar, sino ordenar e impulsar hacia el bien: frases tan falsas en las ideas como volterianas en la expresión, incomprensibles en labios religiosos. Quien ama el peligro perecerá en él. La ley no se mueve ni varía porque lo haga el objeto cuyo movimiento regula. Los cuerpos en su caída varían pero la gravedad no. El mito evolucionista.

En el último apartado donde hace una pequeña semblanza del autor del libro por él recomendado, después de decir que ha sido considerado por algunos como revolucionario en materias pedagógicas se despide con el siguiente párrafo de literatura modernista y confusionismo semirrevolucionario. «Sabe (el autor del libro recomendado) que la pedagogía y la dirección de las almas no puede reducirse a fórmulas inmutables, antes bien, deben evolucionar como la vida que entraña movimiento y agitación constante. Su misión es sembrar inquietudes, porque está convencido que nada puede suceder más pernicioso para un pueblo o para una sociedad que el que se estanque en el indiferentismo y en la pasividad engendradora de la molicie».

Para todo aquel que no se deja seducir por la palabrería más o menos sonora o gárrula, sino que aquilata las ideas mediante serio análisis, el confusionismo del párrafo salta a la vista, pues para que fuese verdadero, sería preciso que entre inquietudes revolucionarias e indiferentismo apático e inactivo no hubiese otro término medio; y ello no es así, pues existen varios entre otros el de la paz del orden social cristiano, lleno

de actividades intensas y algunas sublimes de fervorosos entusiasmos por la verdad, el bien, la justicia, el perfeccionamiento propio y de nuestros semejantes, el intenso desenvolvimiento y adelanto intelectual, moral, material, . . . Por lo tanto la misión de la educación católica no debe ser sembrar inquietudes, sino intenso amor y entusiasmo por la verdad, por el bien, por el cumplimiento del deber, cueste lo que cueste, por el propio y ajeno perfeccionamiento, tanto en el orden individual como social, por todo lo bello, todo lo bueno, todo lo grande, y, sobre todo, sembrar las virtudes necesarias de abnegación y trabajo para no desfallecer en esta ardua y noble tarea, luchando hasta donde sea necesario y hasta el fin. He aquí el ideal de la educación católica. Que no es como el atrevido Padre supone en un párrafo irreverente y volteriano: «Porque lograr, dice, que no peque cuando no puede pecar (por desgracia siempre se puede pecar) y que sea piadoso y angelical, cuando no le queda más remedio que serlo. pues el ambiente del colegio le hace intervenir en el *campeonato de ser el más comulgador* y el más calladito del año, cierto que no es mucho lograr. ¿No ocurre en los colegios de religiosas que las niñas se entregan con toda el alma al deporte de decir jaculatorias, de rezar Avemarías y de oir misas?» (esto es falso en la idea y *la expresión cínica y repugnante en labios de un religioso)*.

Bien miradas las cosas, en el fondo de este infundioso, incongruente, descosido, ilógico, audaz y lleno de desplantes volterianos del peor gusto literario y moral contra la actual y antigua educación católica en los colegios de religiosos y religiosas, prescindiendo de los fines manifiestos u ocultos que los paganizantes puedan tener, tanto los acatólicos como los anticatólicos, late un error fundamental en materia de educación, procedente de errores en materia filosófica, teológica, moral, histórica, . . . pues la educación tiene íntimas y profundas relaciones con todas ellas. Ese error básico y crasísimo es creer o suponer que la educación puede cambiar la naturaleza ínti-

ma de los educandos y sus condiciones esenciales. Como este error es crasísimo e inconcebible en personas de alguna cultura, decimos que ahora hacemos caso omiso de los fines que en su defensa puedan tener lo mismo los católicos que los anticatólicos, porque la sinceridad no abunda en esta sociedad contagiada por la moral laica.

Por mucho que se haga, ni ha habido ni hay ni habrá sistema pedagógico que comunique a los educandos la inmunidad contra los gérmenes pútridos que se desarrollan en el ambiente moral de las sociedades corrompidas, convirtiéndolos en estatuas de frío mármol que nada sienten ante las sugestiones escandalosas del mundo, ni de las acometidas persistentes de las bajas pasiones humanas. Por consiguiente, al hallarse faltos de toda realidad, carecen de todo fundamento psicológico, constituyen un trozo impertinente de literatura vacua y barata, que demuestra ignorancia de la psicología humana y de los principios básicos de la educación y moral católicas, engarzado todo ello, según costumbre, en frases exageradas, atrevidas y en realidad calumniosas por universalizar los casos particulares o darles un alcance que no tienen; los párrafos que a la letra copiamos, para que el lector vea que en nuestra crítica no decimos una palabra de más y sí no pocas de menos contra quienes se ensañan contra la educación católica tradiciónal, hoy encarnada en los colegios de las Ordenes religiosas docentes, que, aunque con algunos defectos son lo mejor existente en la materia:

«¿Qué profesor en los años iniciales de su ministerio no se forjó respecto a algunos de sus alumnos promisoras esperanzas? ¿Qué religiosa no ha conocido entre el ramo de sus alumnas almas de privilegio, jóvenes piadosas, puras, muchas de las cuales hasta abrigaban el propósito, con absoluta sinceridad, de consagrarse a Dios?

¿Y quién no comprobó luego, tras muy breve experiencia, que los alumnos y alumnas de predilección, cuando fueron *absorbidos* por el mundo no sólo perdieron la vocación reli-

giosa puramente emocional quizá e inmatura, sino que desfallecieron en la piedad, ajaron su pureza y naufragaron en la fe?»

«¿Es posible reconocer en esta muchachita huraña, amargada y profundamente triste, que ahora llega de la playa o de las sierras cordobesas, o del Mar del Plata, a la colegiala de hace apenas tres meses?».

«Pero esta niña, ¿es la misma que a fines de noviembre oraba ante la Virgen en la capilla del colegio como una flor en éxtasis?».

«¿Es la misma que en el día de la distribución de premios hizo emocionados pucheritos y con su traje azul tableteado, que la volvía más chicuela, desapareció entre sus familiares, llevando el alma florecida de buenos propósitos?».

«¿Es la misma que después de comulgar cada día, recorría su devocionario llena de fervor, entregándose por víctima y holocausto al amor misericordioso, como una celestial? ¿Qué ha hecho en ella el *bridge* y el *Garden party*, los *shorts* y el pantalón, la bicicleta y las cabalgatas, los romanticismos de las veladas nocturnas y la proximidad del automóvil?».

Nosotros no creemos en la exactitud de esa patética descripción, estimamos que en ella un gran porcentaje es obra de la fantasía del autor y de que busca razones para defender su tesis falsa en absoluto; pero, si fuese exacta, preguntaríamos al despreocupado e infantil escritor, si es para admirarse de que el que se aproxime demasiado al fuego se queme o que sea atacado de paludismo el que se va a vivir a la vera de una charca inmunda infectada de gérmenes palúdicos y poblada de mosquitos. Supongamos que hay un enfermo del estómago, y acude al médico, quien le pone un régimen merced al cual se cura; y, al darle de alta el doctor, le dice: «ya está curado, pero para no recaer, es preciso se abstenga de la carne de cerdo y las bebidas de licores, pues su estómago carece de condiciones para esa alimentación». Pasan unos meses, y el enfermo curado se cansa del régimen y no lo guarda y recae en la enferme-

dad; ¿a quién en razón debe culparse de la recaída al doctor o a la inconsciente glotonería del enfermo?

Pero como aquí se trata de un religioso sacerdote que ha cursado la asignatura de moral, nos permitimos recordarle lo que en ella se dice respecto de las *recaídas* en el pecado y de las *ocasiones próximas de él* y se podrá convencer de que sus superficiales y despreocupadas teorías pedagógicas están en franca oposición con la moral católica. Y, si no lo lleva a mal nos permitimos recordarle también un refrán español que, como la mayoría de ellos, es una verdadera sentencia filosófica: «No se puede jugar con fuego» sobre todo cuando se está entre sustancias fácilmente inflamables. Esto dice la experiencia cotidiana y la historia de la humanidad, esto dice la razón natural, esto dice la teología, la ética y la moral católicas; lo contrario es invención de los enemigos de Jesucristo y su Iglesia que hipócritamente y por medios indirectos y suaves tratan de acabar con ella por medio de la corrupción, pues es entre ellos cosa axiomática que «el puñal para herir en el corazón a la Iglesia es la difusión de la corrupción». Por lo tanto resulta el sumo de la candidez y del absurdo el que haya católicos que les ayuden en su labor anticristiana y revolucionaria, siquiera sea indirectamente.

A este mismo género de literatura anticatólica embozada y modernista pertenece el párrafo donde elogia al autor del libro recomendado, diciendo: «Sabe que la pedagogía y la dirección de las almas no puede reducirse a fórmulas inmutables, antes bien, debe evolucionar como la vida, que entraña movimiento y agitación constante. . . » Esta proposición es de fondo modernista y evolucionista, dos grandes errores que viven del *confusionismo* en que se cobijan, como la mayoría de los errores. Los católicos y todos los seres de la creación se hallan sometidos a leyes puestas por el Creador, pues de sus omnipotentes manos no puede salir un caos desordenado, sino un cosmos donde todo está ordenado y cada ser tiene señalado su fin y el camino para llegar a él, moviéndose todos con arre-

glo a las leyes puestas por el Creador en conformidad con la naturaleza de cada uno.

Existen leyes físicas y matemáticas que pueden expresarse en fórmulas, leyes biológicas, que no se expresan en fórmulas, y leyes morales para los seres libres, que no pueden encerrarse en fórmulas. Aquéllas son sólo aplicables a los seres puramente materiales. Como tanto en pedagogía, como en la dirección de las almas no se trata de cosas puramente materiales, sino de cosas espirituales y de actos de seres libres no sólo no las sometemos a fórmulas inmutables, sino que afirmamos que no son aplicables a esa clase de disciplinas. Luego en el párrafo se atribuye con manifiesta injusticia al Catolicismo doctrinas que jamás han sido sostenidas por él. Mas esto no significa que la Pedagogía y la Dirección de las almas carezcan de principios fijos y normas morales de carácter general que deben ser aplicadas a los casos particulares en conformidad con su naturaleza y condiciones, ni se hallen en continua evolución y que en ellas hoy sea ineducador lo que ayer fué educador, injusto lo que ayer fué justo, falso lo que ayer era verdadero. La verdad no es producto de la moda, como lo suele ser el error, ni es invención de la voluntad humana ni de ella depende, como sucede con los errores.

Lo de que «la Pedagogía debe evolucionar como la vida, que entraña movimiento y agitación constante» no pasa de un tópico modernista carente de objetividad y que nada prueba. Ni la vida está en continua evolución ni, aunque lo estuviese, se seguiría que la pedagogía había de hacer lo mismo. Los barcos de ordinario en el mar se hallan en movimiento incesante; y sin embargo no por eso las leyes de la flotación están en continua evolución. ¿Sería válido el argumento deducido por esta manera de razonar de que la Moral estaba en continua evolución?

¿Sería válido el argumento de que el alma debe estar sometida a las leyes de la gravedad o a las leyes fisiológicas, porque el cuerpo que anima lo está? Pero además no es exacto que la

vida esté en continua evolución, aunque es cierto que se halla en continuo movimiento. No todo movimiento ni desenvolvimiento, ni desarrollo orgánico es evolución. Una bellota germina y se desarrolla en continuo movimiento, por lo menos en la forma que dicen los modernistas y evolucionistas trasformistas, pues sus movimientos y su desarrollo obedecen a leyes fijas y universales e idénticas en cada individuo y en cada especie y que constituyen el camino puesto por el Creador para llegar a idéntico fin.

Una bellota colocada en condiciones en la tierra germina y comienza su desarrollo y aparece la planta que crece y se desarrolla durante muchos años, y hasta siglos, llegando a convertirse en corpulento árbol de recia madera, pero esto no es por casualidad o capricho, sino siguiendo las correspondientes leyes biológicas, por lo cual todas las bellotas que existen en el mundo colocadas en las mismas condiciones siguen el mismo camino y llegan al mismo fin; y esto sucede ahora y lo mismo ha sucedido hace un siglo, hace diez, veinte, . . . es decir desde que existen encinas y bellotas en el mundo. Y lo que ocurre con la bellota sucede con la aceituna, la ciruela, el grano de trigo, . . . cada cual sigue el mismo camino, el particular propio de su especie para llegar al mismo término. Haciéndolo todos con arreglo a las mismas y permanentes leyes sin que éstas varíen porque los gérmenes sigan en su movimiento de avance hacia su pleno desarrollo.

De suerte que no es exacto decir que la vida es continua evolución y movimiento: en la vida hay cosas permanentes y cosas que varían y esas variaciones se verifican con arreglo a leyes y normas permanentes, por lo cual lo que hay de variable en la vida está sometido a lo permanente en ella existente. La Pedagogía, la Etica, la Moral, la Dirección de las almas es lo permanente que rige el orden espiritual humano, luego querer que evolucione es ir contra la razón y la naturaleza. Ya ve el indiscreto escritor adonde conduce el afán morboso de irreflexivas novelerías y el congraciarse con el enemigo mediante

complacencias doctrinales no justas. Por este camino no se fortifica el catolicismo, sino que se debilita; por este puente tendido entre el naturalismo pagano y el catolicismo, no pasan los paganos al catolicismo, sino los católicos al neopaganismo. Y nada más decimos por ahora de este autor; y pasamos a analizar el libro con tanto encarecimiento por él recomendado, que está escrito por otro sacerdote religioso y traducido al español también por un religioso, lo cual demuestra que la invasión es una seria y peligrosa realidad.

XIV

Análisis de un libro de tendencias paganizantes. Deseos desordenados de influir sobre la juventud moderna. Los problemas morales y educadores, en lo substancial no varían. La juventud moderna está atolondrada; sus causas. No es exacto que anhela comunicarse con sacerdotes para aconsejarse.

Conocido es de todos desde la más remota antigüedad que la juventud de hoy será la sociedad de mañana: esta axiomática proposición no es una invención moderna, ni es sólo aplicable a esta o aquella juventud más o menos moderna o antigua. Conviene dejar esto bien sentado, porque hay algunos, entre los cuales figura el autor que vamos a analizar, que suponen que la juventud de hoy es substancialmente distinta de las pasadas y que sus problemas en su aspecto ético, moral y religioso lo son también. Esto no es exacto. Los jóvenes de hoy, como los de edad provecta y los ancianos y los de edades pasadas no existen diferencias esenciales, sino meramente accidentales y otro tanto debe decirse de los respectivos problemas de la vida, al menos en los de orden religioso y moral, que son los fundamentales en la Pedagogía y Dirección de las almas. Esa clara e indiscutible verdad de que la juventud de ahora constituirá la sociedad del porvenir ha hecho que el sec-

tarismo internacional antiguo. y especialmente el moderno haya tratado y trate de apoderarse de ella para sus fines ocultos sin reparar en medios ni derechos ajenos ni evidentes imperativos de la naturaleza. Algunos católicos ambiciosos modernos, no la Iglesia católica, también para sus fines ocultos tratan de hacer lo mismo. Y si ello es reprobable en los primeros, de la misma manera y por idénticas razones lo es en los segundos. «Non sunt facienda mala ut eveniant bona», no se puede, no es lícito poner actos malos aunque de ellos se deriven cosas buenas reza el antiguo aforismo moral, e indiscutiblemente es malo cualquier acto que vaya contra el derecho natural o sea, contra lo que el Creador ha ordenado para regular los actos libres de los hombres y cada cual pueda realizar sus peculiares fines sin dificultades ni choques, y la vida de los particulares y de los pueblos se desenvuelva pacíficamente regida por la racional fuerza de la ley y no por la brutal ley de la fuerza. Sostener lo contrario, milítese en el campo que se milite, será siempre una obcecación de funestos resultados a la corta o a la larga.

Y es el caso que entre los mismos católicos hay algunos de estos obcecados, como podrá observar el que leyere el análisis del libro que vamos a hacer. Su autor, que es religioso, al parecer, se ha propuesto justificar la influencia decisiva, absoluta en los jóvenes, la absorción de la educación de la juventud por las Ordenes religiosas por un método moderno, mejor dicho, modernista, de finalidad, al parecer, espiritualista, y, según él afirma, aunque los medios propuestos tienen más de sensualistas y mundanos que de cristianos, y desde luego opuestos al espíritu y tradiciones católicas en la materia. Y bajo la acción obcecadora de esa excéntrica idea desarrolla sus planes, subordinando a ella todo; lógica, derecho, familia, intereses morales y religiosos. . .

En la misma introducción, entre otros párrafos cuyo fundamento no se ve y que se halla sólo en la apreciación subjetiva del autor, escribe con soltura y no sin cierta elegancia lite-

raria, se encuentra el que copiamos, para que el lector pueda ver por sí mismo la facilidad y tranquilidad con que hace afirmaciones generales de lo que piensan y sienten los jóvenes, aunque él no haya tratado ni uno por mil de ellos, dando nota de universalidad a los casos particulares, lo cual es falta grave de lógica y ancho camino para la defensa de cualquier error.

. . . «Mientras tanto, dice, la juventud anhela encontrar corazones acogedores y mentes comprensivas (Esto lo desean los jóvenes y los viejos: ¿quién no lo desea?). Añora el aliento que los sacerdotes, religiosos y religiosas pueden darle. Desea ardientemente conversar de ciertos temas, pero encuentra pocos que le escuchen. Ha menester ayuda; mas aunque recoge muchísimos consejos abstractos, pocas manos se tienden para confortarla.» Todo esto se lo imagina el autor sin dar la menor prueba de ello. Ni la cara ni los hechos de la juventud moderna dan motivo para formar tales fantasías. Al contrario en general dan indicios, sobre todo en las grandes poblaciones, de irreflexión, frivolidad y despreocupación de los problemas religiosos y morales. Hállanse envueltos y absorbidos por el torbellino de las cosas exteriores, sin tener tiempo para ocuparse y menos preocuparse de los problemas hondos de la vida interior; todo lo que les rodea les impulsa a salir de sí, derramarse por lo exterior, saltando de flor en flor como las mariposas sin detenerse en ninguna, como hace la abeja, para extraer de ellas lo que necesita para labrar su panal. La labor de ésta se califica de pesada, latosa y anticuada por la moderna e inquieta juventud, aunque seria y útil, la cual, en cambio estima elegante, sugestiva y atrayente la de la mariposa, aunque termine el día sin haber hecho nada útil.

Para que la juventud moderna alegremente gaste su tiempo y no se aburra y entre dentro de sí misma y piense en la parte seria de la vida están la abundantísima prensa de todas las clases y matices, ilustrada o sin ilustrar, en forma de diario, semanario, revista quincenal, mensual,... con amplias informa-

ciones, políticas, literarias, sociales, internacionales, hechas por plumas hábiles y que saben dar interés y vibración a las narraciones, las novelas en sus distintas formas y colores, el teatro, la radio difundiendo a todas horas y por todas partes noticias, más o menos exactas, pero siempre llamativas, el cine, las exposiciones transitorias y permanentes, los conciertos, las tertulias, los bares y sus terrazas excitantes y con variados programas musicales para todos los gustos, . . . las fiestas civiles, militares y religiosas, los deportes en general con su gama variadísima y adecuada a todos los tiempos y edades, como el alpinismo, la caza, las carreras, la natación, . . . a los que se le da por algunos importancia tan exagerada, que cualquiera diría que la parte principal del hombre es el cuerpo y no el alma y que su destino peculiar en la vida presente es el desarrollo de sus extremidades, y, sobre todo, hoy de manera especialísima el foot-ball con sus campeonatos con grandes premios particulares y oficiales, escolares, regionales, provinciales, nacionales, internacionales, . . . la mayor parte de ellos radiados con todos sus incidentes y detalles y con grandes reseñas de prensa; y tan en el alma de los jóvenes actuales se ha metido que la inmensa mayoría, de los 10 a 20 años, conoce incomparablemente mejor y con más detalles de nombres, procedencia y especialización de las figuras relevantes del fútbol, que las de los sabios y gobernantes de las distintas naciones, sin excluir la propia, . . . y nada decimos de otro género de distracciones que degradan y corrompen, y que los que son víctimas de ellas están incapacitados para todo pensamiento noble y elevado.

Y ahora preguntamos: ¿de una juventud que vive y disfruta este medio ambiente de suprema frivolidad puede decirse que añora la conversación, el trato y la dirección espiritual de los religiosos? Nosotros no diremos que no pueda haber algunos que sientan los ramalazos de la ciencia y oigan la voz de Dios que les dice que esa vida de disipación no es digna de un hombre serio y mucho menos de un cristiano y que debe abandonarla y comenzar la sólidamente cristiana, cumplidora de

sus deberes y de sincera y recia piedad; pero que esto constituya la característica de la juventud moderna es una equivocación fundamental del autor del libro que analizamos. No se añora lo desconocido, y que jamás se ha gustado, como le sucede a la juventud moderna. Y el que sienta tales añoranzas, si son sinceras, fácilmente se convertirían en realidades dirigiéndose a los confesonarios o a la sala de visitas de cualquier casa religiosa, donde sería acogido y escuchado no sólo con caridad cristiana, sino también con afabilidad humana en la mayoría de los casos, aunque ésta no es esencial para la buena resolución de los problemas religioso-morales de la juventud y de la vejez que, de ordinario, son incomparablemente más complejos y difíciles. Claro está que tratándose de soluciones dadas con arreglo al Evangelio y a la teología y moral católicas, no intentando locamente de compaginar la complaciente laxa y acomodaticia moral mundana con la limpia, recta y salvadora moral predicada por Cristo y sus Apóstoles; o dicho con la lapidaria y valiente frase de S. Pablo, mientras no se trate de compaginar la luz con las tinieblas y a Cristo con Belial.

Hacemos esta observación, a causa de encontrar en el autor muchas frases de dudosa significación y alcance; por ejemplo: «Parece fastidiarse (la juventud) de cualquiera intrusión en sus asuntos privados; pero *anhela encontrar la persona que pueda ofrecerle simpática comprensión y dirección inteligente*». Poco antes nos había hablado del *joven ultramoderno* y poco después añade: «. . . los adolescentes y jóvenes de nuestros días *necesitan realmente una dirección correcta*». Los católicos decimos «una dirección cristiana» y esto para los jóvenes actuales y para los antiguos; pues la doctrina cristiana en lo substancial no cambia, y, si los jóvenes han cambiado en sus costumbres, éstos son los que han de adaptarse a aquélla y no viceversa, si no se quiere caer en el error religioso reprobado por León XIII llamado *Americanismo*. Un escritor que se mete a reformador de métodos educadores,

debiera saber que, en gran parte, la frivolidad de la mayoría de los jóvenes actuales procede de la superficialidad de la Enseñanza Media moderna, de intento buscada por el sectarismo internacional, que desea que aquéllos sean irreflexivos y no piensen en cosas serias y hondas, para así apoderarse más fácilmente de sus conciencias y conducirlos a sus errores y a su campo, enemigo de Cristo y su Iglesia. Con ese siniestro fin procuran influir, solapadamente a veces, en la legislación de enseñanza de las naciones y en los planes de estudios abarrotándolos de asignaturas de variadísimas materias, a fin de producir confusión y disipación de espíritu y no puedan profundizar adecuadamente en ninguna de ellas, viéndose obligados a confiar a la memoria la parte superficial de los detalles. Conozco planes en que a jóvenes de catorce o quince años se les exige estudio y examen de una docena de asignaturas en un solo curso.

XV

Explicación naturalista justificadora de prácticas paganas. Incomprensible tranquilidad para justificar en los padres de familia lo injustificable. La mujer moderna ¿en qué emplea el tiempo que debe a los hijos?

Después de esta especie de introducción del primer capítulo para averiguar quién debe ser el consejero de la juventud, comienza por eliminar a los padres. Preciso es reconocer que maneja admirablemente el balancín para llegar al fin que, al parecer, se ha propuesto, sin que la mayoría se den cuenta de ello, lo cual hace con habilidad suma, para no llamar la atención de la generalidad, con la defensa de tal atrocidad. En un apartado, que titula «los padres de hoy», donde abundan las incongruencias, las contradicciones, las afirmaciones gratuitas, las proposiciones falsas atribuídas a otros y por él no rechazadas y tomadas por base de argumentación, . . . viene a parar en que con los padres de hoy no se puede contar

para la educación de sus hijos, no obstante de ser los puestos por Dios (esto lo reconoce también él) para realizar esa altísima y trascendental misión, que sólo ellos pueden realizar adecuadamente, por ser obra especialmente de amor entrañable y abnegado, de espiritualidad, de sacrificio, de cariño y ternuras infinitos, de preocupación y observaciones delicadas ininterrumpidas, de minuciosos y personales detalles, de los cuales los libros poco o nada pueden decir y para cuya adecuada realización se necesitan las condiciones y virtudes que Dios ha puesto en los progenitores, . . .

Copiamos algunos párrafos para que el lector vea el ambiente espiritual del libro y de su autor y la manera superficial y despreocupada con que se estudian asuntos tan hondos y de suprema delicadeza. «El consejero y guía de los jóvenes es, evidentemente el padre».

«Pero, debido a una serie de razones—todas ellas muy comprensibles—, el padre moderno ni aconseja ni guía. . .»

«A los padres no se les puede echar toda la culpa. Demasiados factores se han insinuado entre ellos y sus hijos. El padre de nuestros días es—por causa de las necesidades económicas—un hombre excesivamente ocupado. Tiene que trabajar mucho para sostener el nivel de vida a que ha acostumbrado a su familia. Sale de casa por la mañana temprano y vuelve muy tarde a ella: muchas veces tiene citas de negocios por las noches y hasta los domingos; además, le parece que se debe a sí mismo cierto solaz,—un partido de *golf*, una ida al cine, una reunión de *poker* o de *bridge*—en sus breves momentos libres.»

Y con *encantadora* ligereza, *muy moderna*, decide «que, al fin y al cabo, la madre es quien debe atender a los niños». . .

«Y la madre de hoy está casi tan ocupada como el padre. En un principio, los aparatos eléctricos modernos fueron inventados para simplificar los quehaceres de la casa y dejar a la mujer mucho tiempo para estar con sus hijos. Quizá algunos inventos modernos economicen tiempo; pero vemos también que muchos de ellos son verdaderos consumidores de tiempo.

Porque tiene automóvil la madre moderna ya no se queda en la puerta de la casa agitando la mano para despedir a sus chicos que van a la escuela; tienen que perder tiempo en llevarlos en auto. Mientras la mujer trabaja en casa, la radio esparce música pero, cuántas veces esta última trae programas que *exigen toda su atención* y le hace interrumpir su labor? . . . »

«Una mujer moderna con sus clubs y conferencias, y sus clases de gimnasia, y tratamiento de belleza, y citas con la masajista, y partidos de *bridge*, y obras benéficas e intereses políticos, resulta un miembro de la sociedad sumamente ocupado. . . » (Con esta tranquilidad se justifica con los padres lo injustificable).

«En la actualidad muchos padres sufren de otra notable desventaja: temen a sus propios hijos. El sistema educacional moderno enseña al niño a ser *consciente* y seguro de sí mismo; y en consecuencia los padres se sienten a menudo intimidados en su presencia. No logran ponerse a la altura de sus hijos, *retruncando chiste por chiste*, y la conservación se hace difícil, cuando los mayores ejercitan penosamente su lento ingenio contra las réplicas en *lunfardo* y las rápidas respuestas del niño a quien la sociedad moderna le ha hecho creer que conoce a fondo todos los temas» (y niños de estas orgullosas pretensiones ¿pueden *añorar* el trato y dirección de sacerdotes y religiosos como antes nos ha dicho el autor?) . . .

«Es mucho pedir a un padre y a una madre que su propia experiencia duramente adquirida, la ofrezcan a muchachos que acaban de salir de cursos de Psicología experimental y de problemas actuales. Sí, los padres de hoy temen un poco a sus ingeniosos hijos (¿ingeniosos o petulantes e ineducados?) es precisamente, porque esos mismos padres *con sublime abnegación*, les han proporcionado los elementos necesarios para elevarse por sobre el nivel de sus generosos progenitores. Es su misma generosidad la que ha venido a interponerse entre ellos y *la posibilidad de conocer y ayudar a sus propios hijos. . .* »

Con esto creemos que las personas reflexivas tienen ele-

mentos de juicio suficientes para apreciar por sí mismos la ideología del autor en este punto concreto y aun en general... Nosotros nos limitamos a la siguiente observación, para no dar demasiada extensión a nuestro trabajo: Así, con esta despreocupación y *ligereza nada encantadora,* sino muy reprobable, se tratan y resuelven de plano problemas tan complejos y de tanta trascendencia religiosa, moral, social, familiar, económica, ... en la vida de los pueblos, como es el de la educación o formación integral de la juventud por quien, osada, inusitada e injustamente crítica y combate la educación tradicional católica y pretende implantar nuevas normas para formar jóvenes cristianos: pero no basadas en la doctrina de Cristo, ni de los Apóstoles, ni Santos Padres, ni documentos pontificios, ni teólogos, moralistas, juristas y pedagogos católicos, ni del santo fnndador de su Orden, ... sino en «la opinión de muchos Pedagogos de nuestros días» y en que «los profesores se han puesto solemnemente de acuerdo entre ellos y han decidido que son ellos solos los que saben educar» téngase en cuenta que en su mayoría esos Pedagogos y Profesores pertenecen al protestantismo o al neokantismo o al rusonianismo o al hegelianismo, al pragmatismo, o al positivismo o al modernismo,... o sea a los progenitores del *moderno caos social y de la revolución mundial* (1): los cuales forman el neopaganismo educador, del que evidentemente está contagiado el autor.

Por lo tanto y a juzgar por las bases y autoridades en que se fundamenta el nuevo sistema educador moderno va a resultar un cristianismo sin Cristo y un catolicismo sin Papa. ¡Y que estas ideas paganas se propaguen tranquilamente por un religioso! ¡Y que un católico, sacerdote y religioso se sume a esta pedagógica locura!

En este mismo capítulo con el epígrafe de «Falsos Guías» dice y con toda razón que los compañeros no pueden ser

---

(1) Véase nuestro reciente libro *Causas y Causantes del moderno caos social.*

orientación y guía de la juventud. Estamos plenamente de acuerdo, pues carecen de ciencia, experiencia, a veces de conciencia y prudencia y misión para ello. En otro apartado «Guías autorizados» nos dice, lo que parece ser la finalidad del primer capítulo, lo siguiente: «Empezamos por recordar este hecho bien claro: El sacerdote y el religioso educacionistas son los directores *naturales* y *sobrenaturales* de los jóvenes. En virtud de su vocación, son sus guías autorizados; aconsejarlos y ayudarlos es uno de los principales fines de su estado.» Esta proposición es sólo verdadera en determinadas condiciones pero no en forma absoluta como aquí se expresa.

En el apartado titulado «Sacerdotes» trata de cosas que tienen su lugar en los libros de *Práctica del Confesonario*; pero que no se comprende que figuren en un libro de carácter pedagógico. Aprovecha la coyuntura para hablar y censurar aptitudes particulares que nada significan como razonamientos generales educadores.

XVI

Consultas sobre religión. La religión no debe abrazarse por su belleza, sino por su verdad, pues, si así no fuese, la pagana con su Olimpo no se podría rechazar. Desatinada manera de probar que la humanidad no está compuesta de animales.

El capítulo tercero tiene por título «*Consultas sobre Religión*» en él comienza por indicar los principales problemas (dudas) que la juventud moderna en materia de religión suele tener, que son: El libre albedrío, la presciencia divina, la existencia del mal, el origen del hombre y la evolución de las especies, el pecado original, la creación en seis días, ¿es verdad lo que dice la Biblia de Noé y el arca y de Jonás? el divorcio, ¿está equivocada la Iglesia al prohibir el birth-control, la restricción de la natalidad? ¿es justa la Iglesia en la determinación de las relaciones entre obreros y patronos? ¿existe la verdad y

es permanente y absoluta?. . . (La verdad es que no vemos la razón de decir que estos problemas o dudas han de llamarse de la juventud moderna, cuando en una u otra forma y en su mayoría se presentan lo mismo a los jóvenes que a los viejos, a los de esta época que a los de las pasadas).

Dice luego que se trata de jóvenes que viven en un medio espiritual hostil al catolicismo, que leen toda clase de periódicos, revistas, folletos y libros, asisten a conferencias, espectáculos, reuniones, . . . donde la religión y la moral católicas para nada se las tiene en cuenta, como no sea para combatirlas o ridiculizarlas, y que se halla instalado por sus padres en un colegio protestante, los cuales se hallan, como antes se ha dicho muy ocupados encontrando tiempo para todo incluso las partidas de bridge y poker, menos para cumplir el deber fundamental y natural de los padres de educar bien a sus hijos y así cooperar a la formación de las nuevas generaciones laboriosas, honradas, y celosas cumplidoras de todos los deberes.

Añade después que un muchacho de estas características *ultramodernas* entró en casa de un sacerdote católico a exponerle las referidas dudas, y que éste se las resolvió diciendo que así lo enseña la Iglesia y sus juicios son inapelables. Si esto es exacto, aunque no lo parece, porque es moralmente imposible existan sacerdotes en el mundo con tan poca sindéresis como el caso supone, la acre censura del autor está justificadísima, es suma insensatez poner como único e inapelable argumento a un muchacho de tal fisonomía moral la autoridad de la Iglesia. Pero es el caso que en el apartado siguiente el justo e indignado censor cae en el mismo despropósito censurado. Y como el proceder es tan raro e inverosímil, vamos a copiar a la letra las palabras del autor, para que no se pueda creer que tergiversamos o exageramos los conceptos y el lector se dé cuenta de la realidad del peligro de las corrientes paganizantes en la educación católica.

Lo que copiamos pertenece al apartado «*La belleza de la religión*». «Yo tengo la opinión de que antes de abordar el es-

tudio lógico del problema conviene tomar algunas disposiciones preliminares que pueden ser aceptadas y dar buen resultado. Supongamos, por ejemplo, que se trata de un punto de doctrina católica. Claro está que podríamos zambullirnos directamente en las pruebas; podríamos demostrar inmediatamente y en forma arrolladora la verdad de la doctrina.

Pero también podemos seguir una línea de acción más agradable. (Nosotros creemos que nada hay más agradable para quien busca sinceramente la verdad que el que se la muestren sin innecesarias divagaciones). Podemos decir, por ejemplo: «Este es un dogma muy interesante. ¿Se ha dado usted cuenta alguna vez de la belleza que encierra?».

He aquí un nuevo enfoque del asunto: la *belleza*. Y lo que es más: es un enfoque que resulta muy atrayente. Nueve de cada diez muchachos jamás pensaron que podía haber belleza en su religión; es probable que sólo hayan oído decir que es la verdadera y que es necesario que se practique (lo cual es lógico por ser lo más importante y lo esencial), porque si no. . . La belleza tiene un atractivo inmediato para el jovencito, al que quizá nunca se le hicieron ver las posibilidades de belleza que encierra el catolicismo». (Permítasenos un breve apólogo: Cuéntase que un viajero salió a las ocho de la mañana de la población X dirigiéndose a la Z que distaba quince kilómetros de la primera, adonde llegó a las tres de la tarde rendido y famélico, y, encaminándose a un restaurante, dice al encargado de él: vengo muerto de hambre haga el favor de servirme un buen plato de ternera, una copa de vino generoso y una barrita de pan blanco de trigo.—Así se hará; pero ¿ha pensado alguna vez en la belleza del ganado vacuno, en la de un campo de mieses doradas de trigo y en la de una vid cargada de hermosos racimos de uvas? Dícese que el viajero malhumorado replicó al impertinente e indiscreto hostelero:—No es el momento ni he venido al restaurante a tratar de esas cosas, sino a comer que me hallo desfallecido, muerto de hambre.»

«Ahora bien demostrar la belleza de la religión católica es

la cosa más facil del mundo (pero con eso no se demuestra que es la verdadera; pues el paganismo tiene indiscutibles bellezas con su Olimpo, sus Dioses, y muchas de sus narraciones mitológicas; y, sin embargo es falso y absurdo). El libre albedrío es maravilloso comparado con cualquier teoría de determinismo o de necesidad bruta. El hecho de que Dios quiere quedarse con nosotros en el Santísimo Sacramento es admirable. Toda la doctrina de la gracia, de nuestra participación en la vida divina, es—y lo seguirá siendo, aun cuando solo se tratase de una teoría—particularmente noble y sugerente. Y la paternidad de Dios. . . Y la Maternidad divina de María. . . Y la maravillosa seguridad que experimentamos al seguir a un maestro infalible y no a un maestro que titubea y que se equivoca. . . Y la manera providencial con que los Sacramentos atienden a nuestras necesidades a lo largo de la vida. . . Y la eterna recompensa. . . Todas estas cosas son maravillosas.»

«Luego conviene recordar que las parodias de la verdadera religión son particularmente feas como lo es un templo puritano o como la cara hosca de un ministro calvinista «y tomando finalmente el punto de doctrina que el joven considera dudoso debemos demostrarle que difícil o no, no deja de tener una belleza maravillosa. *Y no cuesta tanto aceptar una cosa difícil siempre que se trate de una cosa bella*», (confieso ingenuamente que no lo creería, si no lo viese escrito, que un sacerdote religioso usase y patrocinase, para defender la Religión y resolver las dudas que sobre algunos de sus misterios pudieran ocurrir a jóvenes o viejos, este género de argumentación insubstancial y vacua y, por lo tanto, contraproducente y perjudicial).

«Hay otra manera *muy moderna* de iniciar la discusión. Que consiste en demostrarle al joven que la mayoría de las doctrinas de la Iglesia—*aunque no fuesen ciertas*—están exactamente de acuerdo con los deseos del *hombre moderno*.» (Parece imposible que puedan escribirse estas cosas por un católico y

por añadidura religioso, bonita manera de resolver las dificultades e iluminar las conciencias).

Sigue después todo el apartado «*La belleza de la Religión*» con razonamientos tan descentrados, fútiles y erróneos como los anteriores que no copiamos por no aburrir al lector, sólo vamos a citar uno que él entrecomillea y cree argumento aplastante para demostrar que el hombre es un ser racional. «Si la humanidad, escribe, estuviese compuesta de animales, ¿cómo explica usted que los mayores insultos de un hombre a otro son los de que es un bestia o que se porta como un bruto, o que es un cochino o una hiena? Y el insulto por excelencia es llamar perra a una mujer, o acusar a un hombre de ser hijo de perra.» (¿Se puede razonar en serio de esta manera? ¿Es que no existen otros razonamientos en la filosofía, teología, moral y demás ciencias del catolicismo con que defender la racionalidad humana, las diferencias esenciales existentes entre el bruto y el hombre? Y a esto se llama procedimiento *muy moderno*, cuando en realidad es *andar por las ramas* rehuyendo entrar en el fondo de la cuestión. Lógica consecuencia de intentar demostrar paganamente la verdad cristiana y fundir la luz con las tinieblas).

XVII

Argumentos **reza el título de este apartado y allí solo hay divagaciones vacuas de sentido real.—Las mujeres honradas no pueden discutir con las que no lo son.—Lo útil para destruir no siempre lo es para edificar.—Tergiversaciones incalificables y sacrílegas. Parangón irreverente que ningún católico puede hacer y más siendo falso.—Proposiciones que dan clara idea del libro y de su autor: Por qué odia la lógica y la argumentación seria de los católicos.**

A continuación entra en el apartado «Argumentos». Confesamos que lo hemos leido con avidez y algunas cosas dos

veces, por parecernos imposible tanta frivolidad mental, y la decepción fué mayor que la avidez. ¿Argumentos? Si, sí; divagaciones e indignos intentos de ridiculizar y combatir toda argumentación racional y seria: Vuelta a hablar de la belleza de la emotividad, de la sensibilidad, de coincidedcias parciales con algunas doctrinas de nuestros enemigos, . . . y, en general, de que debemos utilizar los procedimientos de nuestros adversarios, sobre todo esto le obsesiona, sin advertir que lo que puede ser útil para destruir, puede ser inútil para construir, por ejemplo, la pólvora, la dinamita, la trilita, . . . Y comienza muy tranquilo, diciéndonos. «Por lo general la gente ignora que muchos no católicos sienten y piensan como nosotros sobre ciertas cuestiones de nuestra religión. Los muchachos desconocen por completo que muchas sectas protestantes aceptan el dogma de la presencia real. Tampoco saben que la confesión es algo que se practica en casi todas las sectas; excepto en las de origen más reciente; y les impresiona enterarse de que hay no católicos que admiten la inmortalidad del alma y el libre albedrío y la necesidad de una especie suprema de corte religiosa. . . »

«El enemigo se ha introducido en todo el sentimiento. Ha enlodado a la Iglesia y se ha burlado de ella; la ha ridiculizado, señalando su enseñanza con dedo despectivo. Ha comentado irónicamente lo que él llama los prejuicios y la estrechez de ideas del catolicismo. . . » (Esto no es acudir al sentimiento, es sencillamente, acudir, al carecer de razones para impugnar noblemente, a la injuria, a la calumnia, al insulto, a la desvergüenza rufianesca, adonde ningún caballero ni ningún católico puede dignamente descender. Los insultos jamás han probado nada, si no es la carencia de razones en quien los usa. El caballero los desprecia, el católico levanta el corazón y los deja pasar por debajo de él, pues son impotentes para herirle. Las mujeres honradas no deben jamás ponerse a discutir en forma alguna con las deshonradas).

«No hay duda, dice, de que el enemigo ha apelado a la

sensibilidad del individuo. El deseo de alimentación, el deseo de libertad, el deseo de belleza, el deseo (pretexto) de justicia son cosas de que se ha servido el enemigo para hacer su juego contra la Iglesia. Y mientras tanto quienes la defendían han empleado—quizá con demasiada frecuencia—el frío silogismo para responder a las burlas ardientes. Sus defensores han tratado de atajar sólo con la lógica el asalto de mofas de los atacantes, los que odian a la Iglesia han tratado de aniquilarla haciendo una llamada a la sensibilidad de sus súbditos; y nosotros que la amamos, *debemos proceder del mismo modo*, debemos apelar *a esa sensibilidad.*» (Los aliados destruyeron a Hirosima con x bombas atómicas, los japoneses para reedificarla deben emplear x bombas atómicas. ¿Qué se diría de quien así discurriese?).

Colocado el autor que comentamos en la pendiente de la sensibilidad como sustitutivo de la razón, y en su afán de sostenerse en tan falsa y difícil posición rueda hasta el abismo de tergiversar la historia y atribuir a la Iglesia con fines polémicos, lo establecido por Jesucristo puramente por su amor infinito al hombre y a su redención y perfección. «A un mundo que había olvidado el arte de pensar, a un mundo que había elevado la filosofía de los sofistas—o sea el arte de adulterar la verdad—a una posición suprema entre las ciencias, a ese mundo hizo un llamamiento la Iglesia primitiva por medio de las cosas que pueden ser vistas y todas sentidas y *amadas* (sic).»

«Ella dió a la humanidad el banquete eucarístico y le enseñó la bondad para con los desvalidos, . . .» (De suerte que según este buen señor, ni Jesucristo estableció el sacramento de la Eucaristía, ni nos enseñó a amar a los desvalidos ni, por consiguiente, asemejó el amor del prójimo al amor de Dios, . . . La seriedad histórica y científica de quien estas cosas escribe está juzgada. ¿Es que no ha leído jamás el Evangelio?). Vamos a copiar otro párrafó, donde aparece de manera concreta y precisa lo que de manera general palpita en todo el libro; o sea, el miedo, el horror, el asco que tiene a toda argumenta-

ción seria y contundente y a la precisión y claridad de la lógica.

«Y si el pecado parece sagaz y la virtud embotada, si la belleza parece nimbar de tibieza y hechizo los errores del mundo, mientras que sólo la sombra lógica y la *argumentación austera ciñen pesadamente* los dogmas de la Iglesia, *no tenemos derecho a censurar a la juventud, si ésta suspira por el talento y añora la belleza.*» ¿Se ha dado cuenta el despreocupado y frívolo escritor de todo lo que entraña este desdichado párrafo? ¿De lo que en él se dice, se supone y se deriva? Decir un católico que los errores del mundo, por ejemplo el indiferentismo, el escepticismo, el positivismo, el freudenianismo, el anarquismo, el despotismo, . . . están nimbados de belleza, encantos y hechizos y en cambio los dogmas católicos están afeados y obscurecidos por las sombras de la lógica y aplastados por la pesadez de la argumentación austera, como la verdad, es el colmo de la desfachatez, de la incomprensión y de la inconsciencia, y añadir que eso justifica el que los jóvenes añoren el talento es suponer que S. Pablo, S. Agustín, Sto. Tomás, S. Buenaventura, Suárez carecían de talento, así como la pléyade inmensa de filósofos, teólogos, historiadores, juristas, astrónomos, matemáticos, físicos, naturalistas, . . . antiguos y modernos, y hasta de nuestros días como Marconi entre otros muchos sinceros creyentes y católicos convencidos. Por supuesto, la Religión no es verdadera porque haya sabios que la profesen y defiendan, sino que por ser verdadera, tienen obligación de profesarla y defenderla los sabios; pues la verdad debe ser profesada y defendida por todos. De ahí el que esas añoranzas son meros tópicos de ese atrevido P. que utiliza para demostrar lo indemostrable y erróneo, a saber, que la lógica y la argumentación austera y vigorosa están haciendo daño al catolicismo.

Termina este largo artículo refiriendo un caso de cuya exactitud nos permitimos dudar algo, pues no creemos que haya sacerdotes y religiosos tan destemplados e inconscientes

que reciban insultando a quien les va a consultar una duda en materia religiosa; pero si lo hubiese, nada probaría, pues de un caso particular no se puede sacar consecuencias generales ni hay derecho para utilizarlo lanzándolo contra los que son partidarios de la lógica y la argumentación sólida y verdadera. Tenía pleno derecho y deber de manifestarle al joven que vivir entre protestantes enemigos jurados de la Iglesia en el período de su formación espiritual y no tener tentaciones contra el catolicismo es algo así como vivir en medio del fuego y no quemarse, pero no debió decírselo con las formas agresivas y brutales que se dice lo hizo, sino con caridad cristiana con amor y cariño de padre bondadoso.

Resumiendo esta primera parte de la obra que puede ser considerada como la general y teórica que es la base y preparación para lo que va a decir en la segunda que es como la práctica y aplicación de la primera y ateniéndonos a lo que dice y a lo que de ellos se deduce lógicamente es decir, apreciando las cosas objetivamente sin meternos a juzgar las intenciones del autor, en su aspecto subjetivo, podemos en breve síntesis concretarlo en las proposiciones siguientes:

1.ª Es un libro que parece está escrito para congraciarse con los enemigos activos y pasivos de la religión católica, suprimiendo las austeridades doctrinales, para facilitarles la entrada en la Iglesia, olvidando lo que dijo el Señor: «El que no entra por la puerta en el redil no es pastor sino ladrón que quiere acabar con el rebaño.»

2.ª Intenta llegar a las alturas sublimes y salvadoras cumbres de la espiritualidad católica sin el natural y necesario esfuerzo de las ascensiones, siguiendo los anchos y horizontales caminos del naturalismo y hasta los fangosos del positivismo materialista, olvidando lo que dijo Cristo: El reino de los cielos padece fuerza y los esforzados lo conseguirán, y que *El es camino, verdad y vida.*

3.ª Pretende que los impíos no hablen mal de la Iglesia y de sus personas y de sus cosas, para lo cual aspira a que se

suprima o modifique substancialmente, aquello en que se apoyan sus inicuas diatribas, sin fijarse qûe, cuando éstas no tienen por base razones verdaderas o erróneas, sino pretextos, todo es inútil, porque los pretextos se fingen fácilmente. Recuérdese la fábula del lobo que se quería devorar un cordero y no se olvide la profecía del Señor: «No es de mejor condición el discípulo que el maestro, si a mí me persiguieron y calumniaron, también a vosotros os perseguirán y calumniarán.»

4.ª Se observa en todo el libro un afán, verdaderamente morboso de agradar y complacer en doctrina y prácticas a los adversarios incrédulos y positivistas, haciendo caso omiso del proceder habitual de Jesucristo con los fariseos y escribas y en solemnes y decisivos momentos, como delante de Pilatos, de Herodes, Caifás y el Sanedrín y de la valiente frase de S. Pablo: «Si todavía he de agradar a los hombres no sería siervo de Jesucristo.»

5.ª Una consideración improcedente y exagerada para los dichos hechos y doctrinas de los que se hallan fuera de la Iglesia y una desconsideración injusta y depresiva para las cosas de los católicos, salvo contadas excepciones que resultan incongruentes.

6.ª Y sobre todo, se observa una tendencia general a dar la preferencia a las ideas y prácticas del mundo moderno saturadas de naturalismo pagano sobre las normas e ideas netamente cristianas informadas por el espiritualismo y austeridad que Jesucristo puso en todas sus redentoras obras y que predicadas y practicadas por los apóstoles, por los mártires, por los Santos Padres, los Doctores de la Iglesia, las Jerarquías y los fieles que a través de los siglos han constituído lo que se llama la tradición cristiana.

Salta a la vista que esta preferencia es ilógica en un católico; y, de ahí la aversión a la lógica manifestada por el autor; es asimismo insostenible en una controversia seria y de ahí el despego con que mira toda argumentación vigorosa y contundente, prefiriendo andar por las ramas con divagaciones más o

menos líricas; pero desprovistas de valor científico, lo cual es muy del agrado de los enemigos de Cristo que es la verdad substancial y la luz del mundo de los espíritus y es odiado por todos los moradores de las sombras y de quienes en ellas trabajan.

XVIII

Lo de camuflar el catolicismo. Intransigencia de las matemáticas.

No puede ocultarse a toda persona reflexiva la existencia de una lucha a muerte y perenne en el mundo entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas entre Cristo y Belial, según la expresión de San Pablo, lo cual es natural y lógico por ser dos banderas radicalmente opuestas y acerca de ella hemos escrito un folleto titulado, *La lucha entre el Catolicismo y la Revolución mundial.* Pero ahora, en esta moderna época tan aficionada al camufléo y a la adulteración y mixtificación de las cosas, hasta entre algunos católicos, o sea, discípulos de la verdad increada, contagiados por el medio ambiente, se ha extendido la idea de la conveniencia de camuflar discretamente y con respeto al catolicismo para facilitar el ingreso en la Iglesia; «pues hay muchos espíritus modernos que sólo los separa de ella su intolerancia y austeridad tanto en el orden ideológico como en el práctico.»

Los que así piensan hablan y escriben, o son enemigos larvados del catolicismo, que quieren acabar con él usando el veneno oculto en vez del estruendoso aparato bélico moderno, o son espíritus frívolos y superficiales incapaces de penetrar en el fondo de las cuestiones, ni darse cuenta que la verdad ha sido, es y será siempre intransigente y austera, en cambio el error puede ser transigente y complaciente en todo y con todos. Las matemáticas o ciencias exactas, que son la base de las ciencias modernas y su colosal desarrollo son plenamente intransigentes y austeras, lo mismo en el orden teórico que en el

práctico. Tres, más dos, dicen de manera tajante que son cinco, sin transigir que esa cantidad se le aumente o disminuya en lo más mínimo, v. g. una trimillonésima. Y al aplicar sus fómulas a la resolución de un problema, para que el resultado sea exacto han de aplicarse tal y como son, sin arreglos acomodaticios al gasto del particular que las utiliza. La religión verdadera no es una pieza de tela de la cual cada individuo puede hacerse un vestido a su medida. Una religión que carezca de principios absolutos e invariables respecto de sus dogmas y de su moral no necesita discutirse *a priori* es falsa.

Pretender que en la religión cristiana no existan dogmas incomprensibles a la razón humana, ni dificultades y molestias en el ejercicio de las virtudes y la práctica del bien, ni enemigos que combatan y persigan a los que la profesen, es un sueño completamente descabellado; pues equivale a pretender un Cristianismo sin cruz y sin Cristo, lo cual es un desatino y un absurdo y esto es lo pretendido por quienes quieren sustituir los razonamientos serios y contundentes de la razón por impresiones ciegas de la sensibilidad y el criterio voluble y egoista del apetito sensitivo; y, como ello constituye absurdo ilogismo combaten la lógica y sustituyen la verdad de la religión por la belleza de la religión, los dogmas procedentes de la omnisciencia divina por los procedentes del débil y limitadísimo intelecto humano, lo cual es más erróneo que pretender iluminar el mundo, sustituyendo el sol por un fósforo. Los resultados de tan desatinado trueque a la vista están; el más espantoso caos intelectual, moral y social en que se revuelve la sociedad moderna, y que de no ponerle remedío acabará con ella. (1).

---

(1) Vid «Causas, Causantes y remedios del moderno caos social», del P. Teodoro Rodríguez.

XIX

¿Es aburrida la Religión? Frivolidad incomprensible en un católico y muy natural en un pagano.—Se toma la Religión como una comedia que aburre o distrae.—El paganismo es muy distraído con las intrigas y luchas entre los dioses del Olimpo.—¿Es la fe católica un drama y una revolución?—Lo que de la Religión con verdad puede decirse.

Terminados los comentarios a los tres primeros capítulos, donde al parecer el autor siente lo que puede en cierto modo considerarse de carácter básico, vamos a exponer brevemente los otros tres capítulos que se les puede considerar como aplicación de los primeros a casos concretos; siguiendo el mismo sistema de copiar algunos párrafos donde se sientan doctrinas y se hacen afirmaciones inverosímiles en la pluma de un sacerdote perteneciente a una Corporación religiosa, extensa y acreedora a nuestros mayores respetos; así el amable lector no tendrá que hacer un acto de fe humana para creer lo que decimos, y, al mismo tiempo, se verá claramente hasta donde han llegado las corrientes paganizantes y que nuestra alarma posee solidísimos fundamentos, pues se trata de un libro publicado en dos idiomas y del cual se ha hecho no pequeña propaganda. Mas, como no deseamos alargarnos más de lo necesario para que las cosas queden claras y en su punto, vamos a comenzar la exposición y comentario por el último apartado por ser uno donde mejor se ve la personalidad del autor y el alcance de sus afirmaciones obscurecidas a veces a causa de algunas contradicciones y no pocos ilogismos, los cuales en sí son muy explicables por ser hostil a la lógica, a causa de considerarla antiestética y pesada.

¿Es aburrida la religión? He aquí el título de este último apartado.

«*Esos dos factores* bastarían para borrar por siempre la impresión de que la religión pueda ser aburrida. *En si misma nuestra fe católica es tan interesante como un movimiento revolucionario,* porque en realidad es un *trastorno* de valores. Es tan inspiradora, como lo es Cristo, su Jefe. Es tan gloriosa como el trabajo admirable de Cristo, porque continúa ese trabajo hasta la consumación de los siglos.»

«Y, sin embargo, los jovencitos encuentran que *la religión es tediosa.* Conforme adelantan en la vida, toman la siguiente actitud: «Me hartaron tanto de religión cuando era chico, que he renunciado a ella». Cuando se trata de hombres sinceros —como algunos de ellos tienen todo el derecho de ser,—lo que quieren decir en realidad es esto: «Cuando era chico, me hartaron tanto de religión *aburrida*, que me fastidié hasta el punto de abandonar la Iglesia». ¿Y quién tiene la culpa de eso, sino nosotros los representantes de la religión?».

«En sí misma, la religión es tan emocionante y conmovedora, como el mismo Jesucristo. Es tan inspiradora como trabajar por el mejoramiento y salvación del mundo.»

«Pero, desgraciadamente puede llegar a ser *tan aburrida como las personas insulsas* que la enseñan y tan *monótona* como esos hombres y mujeres de almas grises y apáticas que la desfiguran», (difícil sería usar palabras más duras y orgullosas para expresar un concepto completamente pagano y positivista de la Religión y además falso y contrario a la caridad, que Jesús puso por signo para ser conocidos sus discípulos) «. . . Se murmura el rosario con una monotonía *deslucida.*» (Pero ¿es que se reza el rosario para *lucirse*, cual dandy en día de gala?). . .

«Dirán que soy pesimista. Y es que no se puede ser otra cosa, mientras exista una sola persona encargada de guiar la juventud y que inyecte *la nota gris de la insulsez* en el drama y en la revolución de nuestra fe católica. . . »

Confesamos ingenuamente que al leer el excéntrico e impertinente título de este apartado lo primero que se nos ocurrió

fué preguntarnos: «¿pero este buen señor qué concepto tiene de la Religión? ¿será que la estima un espectáculo o una novela, para pasar el rato? o una comedia o un drama o algo así que aburre o distrae. No he de ocultar que jamás había pensado en si la religión era o no aburrida; pues es un aspecto de ella, que ni le da ni le quita valor, para mí carece de interés. La religion es una doctrina en parte de orden teórico y en parte normativa y en ambas lo interesante es saber si es verdadera o falsa para aceptar en el primer caso sus verdades y seguir sus normas, porque todo hombre recto y honorable tiene obligación estricta de aceptar la verdad conocida y vivir con arreglo a ella, prescindiendo en absoluto de si emociona o aburre. Aparte de que el aburrimiento y la emoción son subjetivos y ocurre con frecuencia que lo que a unos aburre a otros emociona y viceversa. No, la religión católica no es subjetiva, sino una realidad objetiva de insuperable trascendencia, decir otra cosa es paganismo puro, donde todas las pasiones humanas se habían divinizado, para no deshonrarse los hombres que se dejaban arrastrar por ellas, y donde la verdad y la virtud nada pesaban, cuando el error y el vicio se presentaban ataviados con bellas y atrayentes formas.

Estas mis titubeaciones suscitadas por el título vinieron a aclararse con la frase que no califico puesta al final « . . . y que inyecte la nota gris de la insulsez el *drama* de nuestra fe católica.» ¡Afirmar que la fe católica es un drama! ¡No le faltaba más que haber añadido que estaba escrito por Jesucristo! Y quienes así se expresan, ¿qué inyectan en la juventud?

Obsesionado el indiscreto escritor por sus afanes espectaculares, por sus morbosos anhelos de atraerse a la juventud con complacencias doctrinales de orden teórico y práctico y arrastrado por los impresionismos indiscretos y erróneos de la época moderna, contagiada por las influencias de los errores sociales marxistas modernos, afirma que es un drama nuestra fé; (será la de él la mía por la misericordia de Dios no) y que la fe católica es una *revolución*. He aquí la palabra mágica mo-

derna, el mito creado por Marx para sus nebulosos y siniestros fines, adorado por las izquierdas políticas y sociales y reverenciado más o menos consciente y sinceramente por numerosos sectores de derechas; pero que la fe católica fuese una *revolución* no lo había visto escrito hasta que no vino a mis manos el libro de este descentrado religioso tan devoto de lo dramático y espectacular. Y que no ha sido un mero descuido sino craso error en que tan fácilmente se deslizan los que sustituyen la verdad por la belleza y la argumentación seria por el impresionismo frívolo, demuestra lo escrito al principio de este apartado: «En sí misma, nuestra fe católica es tan *interesante* como un movimiento revolucionario, porque, en verdad, es un trastorno de valores.» Se necesita ciertamente tener muy embotada la epidermis religiosa quien pueda escribir estas cosas sin fuerte reacción: ¿a qué altura ideológica y espiritual quedaría la fe católica, si su interés fuese igual al de un movimiento revolucionario? Mas no, mi venerado Padre, la fe católica no es ni un drama ni una revolución. Aplicar a la fe católica este vocablo tan siniestro y tan manchado por toda clase de repugnantes y horrendos crímenes ni es decoroso, ni digno, ni justo; es sólo rendir ignominioso tributo a las enloquecidas y desenfrenadas turbas de criminales; pues como dice Bakuntn los criminales son los verdaderos revolucionarios.

La fe católica, el catolicismo, procede de N. S. Jesucristo que es la verdad substancial y vino a este mundo a dar testimonio y morir por ella, que es la luz, la via y la vida morales, que no vino a trastornar valores, sino a restaurarlos, ni a sembrar la muerte, la desolación y el odio, sino a dar la vida por todos, darles su paz y establecer la ley del amor universal para consuelo y bienandanza de la humanidad caída; y no vino a dar media vuelta a *revolver* a la sociedad, poniendo injustamente encima los que injustamente estaban debajo, sino a colocarlos a todos en orden en el inmenso campo de la justicia, donde hay montañas y valles, altos y bajos, por exigirlo así la vida en la tierra, en beneficio de todos. No, la religión católica no es una

revolución mezquina, egoista y brutal, sino algo más, mucho más, infinitamente más; sus horizontes carecen de límites, trasciende de lo humano y temporal a lo divino y eterno: sin imposiciones ni violencias, sin otras armas que la palabra y el ejemplo, con el amor, la abnegación y el sacrificio, a veces hasta el de la vida, se ha ido extendiendo por islas y continentes, por pequeñas e incultas aldeas y por grandes y populosas, guerreras y sabias urbes sin excluir Atenas, Roma, París, Londres, Berlín, descubriendo y conquistando nuevos mundos para la verdad, para el bien, para Dios; creando la más grande, espléndida y gloriosa de las civilizaciones, que eclipsó las anteriores en todos los órdenes, especialmente el espiritual, donde han brillado figuras humanas de perfección sublime fuera de ella desconocidas, . . . No vamos a traer aquí las pruebas ahora. Ahí están los monumentos, las bibliotecas, extendidos por todo el orbe y la historia que dan irrecusable testimonio de esta conocida verdad.

Y de una obra de esta envergadura y de estas sublimes e incomparables características ¿se atreve el alucinado y audaz escritor a decir en son de elogio, «que es *tan interesante* como un movimiento revolucionario?» ¡¡Lo mismo podía haber dicho que una sesión vespertina de ayuntamiento de cualquier villorrio republicano!! Parece imposible que un religioso, sea de la Orden que sea, pueda tener tan pobre y desatinada idea de la Religión católica; pues ello es algo así como decir que el sol resplandece tanto como un brillante de una sortija. Inconvenientes de dejarse arrastrar de la moda intelectual, del impresionismo y aborrecer la lógica y la argumentación seria.

De nuevo repetimos para que quede bien sentado, que, no obstante la moda de llamar revolución a cualquiera innovación social, la Religión católica ni ha sido, ni es, ni puede ser una revolución. Y, como el vocablo revolución está hoy deshonrado, prostituido, a causa de los crímenes espantosos e incontables en su nombre y a su sombra cometidos, aplicarlo a la religión católica, cuya bandera y emblema es santidad y amor,

es inconsciente o perversa profanación injuriosa. Lo que real y verdaderamente nuestra religión es, ha sido y será hasta la consumación de los siglos (en su esencia es inmutable, como su fundador Cristo-Jesús, verdad substancial y eterna) «la renovación de la faz de la tierra» según nos dice la Sagrada Escritura: *Emitte spiritum tuum et creabuntur et renovabis faciem terrae*. Significando aquí la faz de la tierra la humanidad doliente y caída que sobre su superficie moraba haciendo una vida materialista y carnal, que se movía a impulsos del egoismo positivista y rastrero individual y colectivo, cuya única ley en la práctica es la fuerza bruta sin otros anhelos y horizontes que la satisfacción de las más bajas pasiones humanas y disponer de medios fáciles y eficaces para ello, que a eso se reducían los ideales paganos, siendo sustituídos por los cristianos, donde, al contrario, impera el más elevado y universal espiritualismo, pleno de abnegación sostenida por caridad ardiente y amor sin fronteras ni límites a nuestros semejantes, considerados todos como hermanos pertenecientes a la gran familia humana, cuyo creador y padre es Dios.

Asimismo puede ser considerada la Religión católica como una *elevación* de la humanidad caída en la abyección moral por el pecado a las altas y esplendentes regiones de lo divino por medio de la gracia santificante recibida en el Bautismo y demás Sacramentos. También podría decirse de la religión católica, sin salirse de lo razonable y justo, que es una *reintegración* del hombre en los primitivos derechos perdidos por la transgresión original. O una *restauración* de la realeza de la humanidad en la tierra perdida por la misma transgresión, . . . Pero jamás una revolución o un drama; esto constituye un desacato y una injuria grave a su divino fundador Cristo-Jesús que vino a redimir y unir a los hombres por el amor y el sacrificio no a revolucionar a unos contra otros como cualquier Marx, Lenín o Hitler. Entre éstos y Jesús existe la distancia que entre la tierra y el cielo, la cual no puede salvarse de un salto audaz, que

por precisión sería siempre mortal, y menos por una cabriola grotesca y ridícula.

En verdad la vida del hombre es una lucha formidable y perenne sobre la tierra en expresión del santo Job y según se deriva del Evangelio; pero es entre la luz y las tinieblas, entre el bien y el mal, entre Cristo v Belial, entre la parte superior y la inferior del hombre, entre el ángel y la bestia que en el fondo de nuestro corazón todos llevamos. Las luchas materiales y cruentas entre los hombres nuestra pacífica y santa Religión sólo las permite en caso de absoluta necesidad para mantener incólume la verdad, el bien y el derecho y *servato ordine inculpatae tutelae.*

XX

Incongruencias modernistas y paganas. ¿Es creíble y posible que una Comunidad de religiosas se gloríe de lo que en el libro se dice?—Párrafo paganizante volteriano acerca de los mojigatos.—Audaz y falsa proposición respecto de los bailes mundanos.

Si hubiéramos de señalar todas las observaciones y reparos que a lo escrito en este desdichado y paganizante libro pueden hacerse, la tarea sería inacabable, por eso vamos a limitarnos a señalar alguno que otro entre los más salientes. El defecto más grave de todo el libro y que para las personas serias y documentadas le quita todo valor, no sólo científico, sino también informativo, es utilizar para probar lo que él se propone, aunque sea un despropósito, casos particulares que dice haberle ocurrido a él, aunque algunos son tan inverosímiles, que la mente se resiste a aceptarlos como verdaderos. Claro está que aun admitidos, no probarían lo que él desea; puesto que deducir de un caso particular una proposición general es grave y manifiesto ilogismo en el que no cae un novicio en estudios filosóficos. «Recuerdo, dice, con tono de suficiencia,

a un buen sacerdote que predicó el más sorprendente sermón de apertura en un retiro a las niñas de un colegio. En resumen vino a decir esto:

«Todas ustedes están llamadas a la vida religiosa. Algunas tendrán el valor y el buen sentido de responder a la llamada. Las que menos valgan, las cobardes, las débiles resistirán a ella. Ahora bien, a esas cobardes, a esas débiles les queda el camino del matrimonio con sus sinsabores y sus pesadas responsabilidades. Pero si ustedes escuchan la voz de Dios, serán todas monjas.» Si este hecho fuese exacto, lo cual nos permitimos dudar, nada probaría en contra de los demás sacerdotes entre los cuales tengo el honor de contarme, y lo que procedía no era traerlo aquí, sino avisar a su prelado para que dejase sin licencias a quien tales sandeces se atrevía a decir con desconocimiento pleno de la doctrina de la Iglesia en la materia. Pero aducirlo como demostración de la conveniencia de la fácil y continua comunicación entre chicos y chicas es una incongruencia pues nada resuelve en la materia. Esto dice la buena lógica a la cual tanto asco tiene este buen señor.

Es verdad que para sostener ciertas doctrinas en el orden teórico y práctico un católico y especialmente sacerdote y religioso la lógica y la argumentación franca y vigorosa constituyen molesto estorbo y un verdadero obstáculo que les impide avanzar en sus audacias innovadoras, modernistas y paganizantes que andan al borde del abismo, y para estas posturas el balancín es poderoso auxiliar. Concretemos transcribiendo algunos pequeños párrafos.

Con el epígrafe *«No se deben asociar cosas fundamentalmente distintas»*, nos refiere cosas verdaderamente peregrinas, plenamente confusionistas y de orientaciones y sabor paganizantes, que dice haberle sucedido a él (siempre moviéndose en el campo de lo particular y subjetivo). La Superiora de un colegio me dijo cierta vez: «Hay algo de lo que estamos orgullosas de veras. Las niñas de nuestro colegio ni fuman ni beben, ni se pasean en auto con hombres desconocidos, ni pasan los

fines de semana sin que sepamos dónde están.» (¿Pero es que hay un colegio en el mundo, no digo católico sino siquiera decente, donde se viva en ese inconcebible plan?). Le contesté: «Está muy bien, Madre. Pero quiero suponer que a sus alumnas no les dice las cosas en esa forma.» (Por manera que para este *bondadoso* religioso, que se recaba para sí el derecho de dirigir y guiar jóvenes todo está muy bien con tal que no se usen formas inconvenientes al decírselo a sus alumnas. ¿Pero es que puede existir una Comunidad de tan bajo nivel religioso y moral, que se contenten con que sus alumnas no sean unas malas mujeres sin pudor ni vergüenza? Yo no puedo creerlo.). . .

Poco después se arranca con el siguiente párrafo, no sólo paganizante sino volterianizante, contra la mojigatería, que nadie hoy defiende. «Los mojigatos son las últimas personas del mundo a quienes se les debiera confiar la juventud. Los mojigatos son los que ven el mal donde no existe, los que se escandalizan, por ejemplo, con el baile, *cuando en novecientos noventa y nueve casos de cada mil, ni siquiera es peligroso*, cuando los muchachos que lo bailan son decentes. . . »

El confusionismo sofístico y tendencioso de este parrafito envenenado contra los mojigatos es claro para todo el que se adentra un poco en sus lecturas. No hay duda que los mojigatos nada tienen de recomendables ni nosotros vamos a hacer su defensa; pero no creemos que deben ser objeto de odios ciegos y cerriles en general, sino más bien de compasión, en muchos casos su enfermedad radica en la inteligencia y no en la voluntad. Por otra parte conviene no olvidar que existen gentes tan despreocupadas que no dudan tachar de mojigatos a todos los que reprueban el criterio laxo y sus máximas relajadas, y que son fieles y exactos cumplidores de las leyes divinas y humanas.

La verdad es que, al ver el ejemplo aducido, se nos ocurre pensar, si toda esta extemporánea y feroz arremetida a la mojigatería no será una añagaza confusionista y solapada para dar

via libre a una proposición que late en todo el libro y que está muy lejos de la exactitud moral y aun de la verdad histórica: nos referimos a la rotunda afirmación de que «en novecientos noventa y nueve casos, de mil, éste (el baile entre jóvenes casaderos) ni siquiera es peligroso (moralmente). El malsano afán de vanguardismo, que tantas caídas y daños ha producido en el catolicismo, le arrastra a sentar proposiciones que son a todas luces falsas aplicadas a la humanidad caída, donde existe lo que los teólogos llamaron y llaman con el término técnico *fomes peccati*. Esto debió verlo el escritor, pues añade una condición incongruente: «cuando los muchachos que lo bailan son decentes.» Todos somos honorables y decentes hasta que no dejamos de serlo por algún acto indigno e indecente: Por lo tanto esa condición puesta a la proposición es pura evasiva, una puerta falsa por donde escapar al hallarse acorralado por la triste realidad de los hechos presentados, no ya por unidades, sino por decenas y centenas; pues con decir que las personas que intervinieron en esos bailes no eran *decentes* está del otro lado en la apariencia, pues de hecho queda tan cogido como antes de decir esa tontería.

Pero hay más; la obcecación de este insólito religioso defensor acérrimo del baile en todas partes entre jóvenes, en los colegios, en las universidades, en los salones parroquiales, . . . que no se ha limitado a afirmar la ausencia de transgresiones morales más allá del uno por mil, sino que ha afirmado la ausencia del *peligro*, y esto ya no es una ofensa a la verdad histórica, sino también a la verdad teológica y evangélica. El peligro de transgresiones morales acompaña al hombre caído a todas partes, no es sólo en las diversiones mundanas, aunque, como es natural, en grado mayor o menor según las circunstancias de lugar, tiempo, personas, precauciones, . . . De ahí las palabras terminantes de nuestro Señor a los mismos apóstoles: «Velad y orad para que no caigais en la tentación» y San Pablo dice que sometía su cuerpo al cumplimiento de la ley «no sea que predicando a otros me haga yo réprobo» y en

otra ocasión afirma que era tan tentado de los enemigos del alma, que afligido pidió al Señor le libertase de ellas; contestándole el Señor «sigue luchando como hasta aquí, pues la virtud se perfecciona en la humillación de la lucha: y para ello te doy mi gracia y ella te basta.»

Y contra esta doctrina de Jesucristo, de los apóstoles y de todos los sabios y santos de la Iglesia, se atreve un audaz religioso a afirmar que los jóvenes en el ambiente mundano y sensual de un baile carecen del peligro moral del que ni los anacoretas estuvieran libres en el desierto ¡Y aquí podría preguntarse a este presumido guía de jóvenes: ¿con esas doctrinas guía la juventud hacia Dios o hacia el mundo, hacia las elevaciones del catolicismo o hacia las degradaciones del paganismo? Y esto se escribe en un libro dedicado a la educación de la juventud y a quienes aspiren a ser conductores de ella, suplantando a los padres en sus deberes y derechos procedentes de la misma naturaleza, de Dios, en un libro donde se dice con mística exaltación que, mientras no se consiga con la educación enamorar a los educandos de Cristo, nada se hace, se pierde el tiempo. ¿Son los bailes, las diversiones y libertades mundanas, los regalos, sibaritismos y egoismos, particulares y colectivos, camino adecuado para ese enamoramiento divino? ¿Qué nos dice la historia, maestra de la vida? S. Pablo, el Areopagita, S. Agustín, S. Bernardo, S. Francisco de Asís, Santa Teresa de Jesús, . . . y todos los que con verdad han dicho con S. Pablo mi vida es Cristo, «mihi vivere Christus est» llegaron a ese sublime estado por las diversíones mundanas o por las abnegaciones y virtudes cristianas? Tomar por bandera y poner por meta de la educación el *enamoramiento* de Cristo y al mismo tiempo sostener que los educandos deben asistir y organizar bailes y demás diversiones mundanas para gozar todo cuanto puedan de los placeres mundanales de la vida es una insinceridad o flagrante inepcia.

Además no debe olvidarse para apreciar con justeza la plena falsedad de la afirmación del autor, que, diga lo que diga

la moral neopagana, la moral cristiana y la razón natural dicen que no sólo se puede pecar por obra, sino también por pensamiento, por deseo y por palabra. Dígasenos ahora, si en esos bailes con tanto calor defendidos por ese incauto sacerdote, en novecientos noventa y nueve de mil casos *no hay peligro* de pensamientos y deseos impuros... Conste que no es de este lugar y tiempo exponer cuándo, cómo, en qué circunstancias y con qué precauciones es lícito afrontar los peligros tanto morales como físicos. Encuéntrase en los tratados de moral con la debida extensión.

XXI

Un baile místico-pedagógico. **Su descripción.—Vals dedicado a la Purísima Virgen María.—Opinión del autor sobre el resultado de tal baile.—¿Qué decir de todo ello?**

Y vamos a terminar esta sección de citas paganizantes de este libro dedicado por el autor a la formación de guías de la juventud masculina y femenina, con un caso que patentiza el criterio educador de este descentrado escritor. Copiamos a la letra:

«He tenido oportunidad de describir más de una vez cómo se desarrolló un baile de etiqueta en una gran Universidad católica: y cada vez que lo hago, mi relato es acogido con una franca aprobación.» (Ello demuestra que el neopaganismo se extiende). En ese determinado baile los estudiantes eligieron los colores de la Virgen María para decorar los salones. Colocaron su estatua en el mismo centro del *hall.*

«La fiesta se inició con una marcha en la que tomaron parte numerosas parejas que se dirigieron hacia la estatua. Los que formaban parte de ese número, en traje de etiqueta se arrodillaron en plena pista de baile; la pareja que conducía la marcha llegó hasta los mismos pies de la imagen, y mientras la niña coronaba a María el *joven hizo la consagración de todos los bailarines a la Reina de nuestra vida social.* Todos los

asistentes hicieron eco a la consagración *con un caluroso Amén.* El primer número que ejecutó la orquesta fué un vals dedicado a Nuestra Señora, y la fiesta se desarrolló bajo sus auspicios.

«Puedo asegurar que *ese baile colocó a aquella Universidad a un nivel muy elevado.* Y puedo asegurar también que, cuando lo menciono encuentro siempre la aprobación unánime del *elemento juvenil.* (Nada tiene de sorprendente).

«Los jóvenes son sociables por naturaleza. Desean tratar con los del otro sexo. Y les fastidia ver que religiosos y sacerdotes parecen desaprobar tácitamente *su vida social.* Se sienten en falta cuando la religión no bendice su *naturaleza gregaria;* en cambio, cuando sus alegrías juveniles se ven sancionadas por algún elemento de religión, ellos enseguida acogen ese algo con el más profundo entusiasmo.»

El raro caso referido y sobre todo el párrafo último trascrito acerca de la vida *gregaria* (social) entre muchachos y muchachas merecen serio examen objetivo desde el punto de vista educador. Decimos objetivo, pues respetamos lo subjetivo por no interesar nada para la cuestión doctrinal aquí estudiada, y mientras sea posible nos gusta suponer las mejores intenciones.

Comencemos por manifestar que el autor parte de un falso supuesto, y es el que admitida la necesidad o al menos gran conveniencia de que los jóvenes antes de casarse deben conocerse, no se sigue que ello haya de ser en los bailes por precisión pues existen otra multitud de medios tan adecuados o mejores para lograr el necesario conocimiento, ni se ve tampoco la necesidad de que la fiesta haya de ser mundana y no cívica, patriótica, familiar, en casa de amigos, . . . Pero dejemos esto que salta a la vista de cualquiera persona reflexiva, y vamos a hacer algunas observaciones de la *rara* referencia del *raro* baile organizado por una *rara* Universidad que acrecienta sus prestigios con el baile.

Repetimos que respetamos los criterios e intenciones aje-

nas; pero lo referido es tan insólito y tan descentrado, se intenta amalgamar cosas tan opuestas y por procedimientos tan descabellados y grotescos que no pueden por menos de producir radical disentimiento y hasta cierto asco en las personas reflexivas y de delicadeza moral. Pretender fundir el espiritualismo cristiano con el sensualismo pagano, la santidad infinita y discreta austeridad de Cristo con la desbordante corrupción y relajada moral del mundo, acudiendo para ello a la irreverente y mostruosa colocación de una estátua de la Virgen Inmaculada en el centro de un salón de baile con la atrevida y repugnante pantomima de que un grupo de bailarines la coronasen y nombrasen Reina de su *vida social* (relaciones amorosas entre ellos y ellas). ¿Se concibe mayor profanación e indecorosa irreverencia que ésta? Para apreciar todo lo desatinado de semejante acto, no hay que olvidar que la Santísima Virgen María jamás hizo vida de mundo y que desde niña estuvo retirada en el Templo, o en el hogar, y que por su incomparable pureza, fué elegida para madre del hijo más puro y santo que puede existir, Cristo-Jesús y mereció ser proclamada por el ángel el día de la Anunciación la llena de gracia y pureza, y que lo único que pidió al divino nuncio fué la garantía de su pureza virginal. A ese osado y grotesco acto se le puede aplicar con toda razón la acerada y lapidaria frase de San Pablo; ¿Qué consorcio puede haber entre la luz y las tinieblas, entre Cristo y Belial? Sí, en ese acto consciente o inconscientemente se trató de borrar la distancia existente por naturaleza y por tradición cristiana entre lo religioso y lo mundano, como hacen los paganos, es decir, fué una corriente descarada de paganismo en la educación.

¿Y qué diremos del detalle hecho notar por el pío religioso: «El primer número que ejecutó la orquesta fué un vals dedicado a Nuestra Señora»? La respuesta es otra pregunta: ¿Qué se diría del inventor de una pistola ametralladora que la dedicase a Jesús crucificado, colgándole una en cada brazo de la Cruz redentora? Estimamos profanación parecida la de dedicar

un vals a la Reina de los ángeles, madre de toda pureza, recogimiento y santidad y madre de Cristo crucificado. Dedicar un vals a la Inmaculada, personificación del recato y la pureza no es honrarla es injuriarla. Las cosas claras.

El último párrafo trascrito que, a primera vista parece frívolo e inofensivo y sin la menor trascendencia, la tiene e inmensa por lo mismo que está escrito con formas suaves y larvadas; pues en resumen se dice que conviene que los sacerdotes, y religiosos que guían la juventud, para no disgustarla y para que lo agradezca, deben subordinar las máximas derivadas de la doctrina y prácticas de Cristo y su Iglesia a la doctrina y práctica del mundo, autorizando con su presencia y tolerancia y hasta indirecta o directa colaboración sus diversiones, sus fiestas, sus amoríos, sus libertades, más o menos limpias, en pensamientos, deseos, palabras y acciones... en otros términos, adaptar las doctrinas católicas a las costumbres paganas y mundanas, o sea trocar el elevado y austero santo espiritualismo católico, por el bajo, sibarita y muelle materialismo pagano. Y esto para que la juventud esté satisfecha, se divierta y haga vida mundana con marchamo católico. ¿Y a esto se llama educación católica? ¿Es que el educador está para formar los educandos en la verdad, en el bien y en la virtud o está para conplacer a los discípulos y autorizarles sus caprichos, sus libertades, sus debilidades pasionales, sus deseos malsanos, sus apetitos torcidos y sus aspiraciones desordenadas? ¿Es que se quiere sostener la teoría naturalista y pagana de Rousseau de que todos los impulsos naturales son buenos y negar la existencia del «fomes pecatti» o concupiscencia por todos en grados distintos sentida procedente de la transgresión de los progenitores de la humanidad? Por otra parte, ¿es que hay quien crea que la moral católica y sus rectas y salvadoras normas están a merced de los caprichos de los educandos o de las debilidades y complacencias de los educadores? Una moral de estas características no es la predicada por Cristo y sus apóstoles: a lo más podrá derivarse de las ficciones del Olimpo con sus

dioses *adornados* de todas las debilidades y bajas pasiones humanas.

No deja de ser curioso y significativo que el autor al referirse a las relaciones amorosas entre chicos y chicas use las expresiones *vida social* y *naturaleza gregaria*. ¿Qué fin puede haberse propuesto con ello?

XXII

Juicio general del libro brevemente analizado respecto de sus efectos paganizantes. Lo de la tolerancia y tendido de un puente entre el catolicismo y los sectarios e incrédulos. Término de las delicias del Paraíso y de las austeridades de la Cruz. Afanes modernistas. Desdén de la gloriosa tradición educadora del catolicismo. . .

No seguimos con nuevas citas pues nos haríamos interminables. En suma y como síntesis de lo expuesto y del contenido general de la obra, nuestra modesta, pero razonada, opinión respecto de ella es que hará positivo daño a la verdad y a la educación católica por tratarse de un libro publicado en varios idiomas, pertenecer su autor sacerdote y religioso a una Corporación dedicada a la enseñanza y no desprovisto de cierto prestigio literario. Si lo que él escribe lo escribiese un rusoniano, un volteriano, un protestante u otro impío cualquiera siempre sería un mal, el error en nada es bueno, pero los daños causados serían incomparablemente menores que dicho por un individuo perteneciente a la jerarquía eclesiástica, ser discípulo de Cristo y representante suyo en la tierra como lo son todos los sacerdotes y religiosos: a lo cual debe añadirse que está escrito con soltura y con desenfado nada recomendable y a veces a todas luces injusto.

Las líneas generales de este libro bastante enmarañado, por la falsa posición en que se ha colocado su autor, pueden concretarse, según nuestro modesto pensar y sentir, en lo si-

guiente: La finalidad más o menos directa y manifiesta de adueñarse de la juventud halagándola con la adaptación de la elevada austeridad de la moral cristiana a los nocivos sibaritismos, sensualismos y absurdas sinuosidades ideológicas modernistas que han relajado y corrompido las costumbres de gran parte de la descentrada y paganizada vida moderna. Y, como esta posición y pretensiones son incompatibles con el sincero y verdadero catolicismo profesado por el autor y la corporación religiosa a que pertenece, cae en incongruencias, contradicciones e ideas descabelladas y monstruosas, como anteponer en religión la belleza a la verdad, lo cual es puro y olímpico paganismo; y dirigir insensatas y acres diatribas a la lógica y la argumentación razonada y seria. . .

La orientación educadora es rusoniana y pagana, no distinguiendo entre el hombre en estado de inocencia y el que se encuentra en estado de caído, y a ello son debidas las inauditas y escandalosas afirmaciones tales como la de que en los bailes de jóvenes «en novecientos noventa y nueve, de mil, no hay peligro alguno moral».

Desconoce o parece desconocer que antes de la transgresión del sencillo precepto divino en el paraíso, mientras el hombre estuvo, como era natural, sometido a la santa voluntad de su Creador, estaba asimismo sometida la parte inferior humana a la superior y la razón era la señora en el hombre y a sus dictados, siempre honestos y convenientes, obedecían sumisas las pasiones sin la menor dificultad; pero después de la caída las cosas no se verifican así: las pasiones en muchos casos se rebelan contra la altiva razón humana, que se rebeló contra el precepto divino, estableciéndose en el fondo del alma las formidables luchas que todos conocemos y hemos sentido y aparecen en la historia de todos los países y de todos los tiempos, y que S. Pablo con su sincera y vigorosa palabra expresaba diciendo que «sentía en sus miembros una ley contraria a la ley de su espíritu y me expone a pecar teniéndome cautivo de la ley del pecado», o sea poniéndome en peligro de pecar. No

basta que la razón diga una cosa para que las pasiones sean obedientes y sumisas, por lo cual todas esas teorías, esos lirismos, esos entusiastas cánticos a la pureza, a la belleza física y a la dignidad humanas, aun suponiéndolas fundadas y exactas, al estallar las tormentas sexuales juveniles, si careciesen de superiores y espirituales auxilios, serían barridas por las pasiones inconscientes y embravecidas, como montón de plumas por el hálito del huracán. De la naturależa prevaricadora y corrompida, por sí sola, es inútil esperar el remedio eficaz en tan formidable lucha. Eso sucedió en el paganismo antiguo y sucede en el actual neopaganismo, que se quiere infiltrar en el catolicismo.

Respecto del llamado problema genésico, del cual tantas vaciedades inoportunas se han dicho y escrito en la época moderna, lo trata desde un punto de vista puramente humano y pagano por lo cual nada importante y de provecho dice en orden a su adecuada solución, no obstante de haberle consagrado muchas páginas en formas variadas y con aires de suficiencia y tonos de vidente. Hay temas ciertamente interesantes de suyo, con algunos puntos claros y sencillos, pero mezclados con otros tan obscuros y complicados y en conjunto de contextura tan delicada y frágil que quizá sea conveniente no tocarlos y menos manosearlos, como no sea desde superiores alturas; no asequibles o la sola flaca corrupta naturaleza humana.

Supone que es necesario tender un puente cómodo y fácilmente asequible entre el catolicismo y las distintas religiones existentes en el mundo con objeto de facilitar la entrada en la Iglesia a quienes se hallan fuera de ella, sin darse cuenta de que por ese puente lo mismo se podría entrar que salir; y a la vez supone que el tal puente ha de ser de una gran blandura y tolerancia en los deberes morales y religiosos, sin hacerse cargo de que la verdad es de suyo y por necesidad intolerante; o en otros términos, es lo que en sí es, no lo que nosotros queramos o dipongamos. Así, tres y siete son diez y no admite o toleran, mientras sea verdad, que se le añada o se le quite la

más mínima parte, v. g. una millonésima o trimillonésima. . . El todo ha sido es y será siempre mayor que una cualquiera de las partes de que consta, y esto mismo sucede con cualquiera otra verdad sea filosófica, teológica, moral, matemática, física. . . , con tal que sea una verdad efectiva y real, no una opinión o un error que algunos hayan tomado por verdad. Por consiguiente en las verdades religiosas, sean de orden dogmático o moral, no cabe tolerancias, ni complacencias, ni adaptaciones a los gustos de cada uno, porque no son meras opiniones ni verdades a medias. Aunque de índole distinta no son menos verdades que las de las matemáticas; y así como nadie se le ocurre llamar intolerantes a las matemáticas, ni pedir que se suavice la austera rigidez de sus fórmulas, y, si a alguien se le ocurriese hacerlo, sería una verdadera incongruencia que dejaba en mal lugar su seriedad y capacidad intelectual, así es una incongruencia andar buscando atenuaciones en las verdades religiosas para con ello facilitar la entrada de los incrédulos en la Iglesia. Esto no sería entrar por la puerta; y, según dice el Evangelio, quien no entra en el redil por la puerta no es el pastor, ni manso cordero, sino ladrón que roba o lobo que destruye el rebaño.

Cuando los apóstoles comenzaron su predicación evangélica después de recibir el Espíritu Santo habían de luchar con dificultades enormes por la ciega hostilidad de los judíos en contra de Jesucristo a quien habían crucificado y cuya doctrina odiaban y deseaban desapareciese de la sobrehaz de la tierra, la cual, decía S. Pablo, que era «escándalo para los judíos y locura para los gentiles»: no obstante, no se les ocurrió acudir a tolerancias doctrinales ni prácticas, siquiera fuesen transitorias, mientras el público se acostumbraba a oír lenguaje para él tan inusitado y en franca oposición con sus ideas y sus prácticas. Sin embargo, la divina doctrina de la cruz se extendía por todas partes y se intentó en vano ahogarla en sangre por medio de brutales y criminales persecuciones oficiales que despojaban a los discípulos de Cristo de todos sus naturales dere-

chos, sin respetar siquiera el de la vida. Y los cristianos eran encarcelados, eran desterrados, eran arrojados a las fieras para divertimiento del pueblo salvaje. Nerón los utilizó para alumbrar las calles de Roma quemándolos vivos, se les sometió a toda clase de torturas y martirios espantosos contándose por millares los mártires. . . , y, sin embargo, la Iglesia se mantuvo sin plegar la gloriosa y austera bandera, sin absurdas tolerancias ni indignas y sacrílegas mixtificaciones el redentor árbol de la Cruz plantado por Cristo en el Calvario extendía sus frondosas ramas y sus recias raíces por toda la tierra, lo cual hizo exclamar a Tertuliano. «Somos de ayer y llenamos el mundo». Y por ese austero y áspero camino, por esa *via dolorosa* la santa Cruz subió hasta el trono de los Césares con Constantino. La historia nos enseña que jamás ha salido perjudicada la Iglesia por el fiel cumplimiento de sus austeras y divinas leyes. La vida fácil y placentera de nuestros primeros padres en el paraíso terrenal términa en el destierro, las austeridades y sufrimientos de la vía dolorosa del calvario terminan en la gloria. . . Nuestro Señor Jesucrito dijo de manera terminante y general, absoluta: «Quien quiera ser mi discípulo niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame». Quienes con formas suaves o violentas se rebelen contra esta máxima no son verdaderos y fieles discípulos de Cristo.

De ordinario enfoca los problemas todos desde el punto de vista puramente humano o humanista, como lo podría hacer cualquier pagano, sin tomar en consideración las necesarias y múltiples relaciones que las criaturas todas tienen con su Creador, especialmente el hombre, hecho a su imagen y semejanza, dotado de inteligencia y libertad, capaz de mérito y de demérito, de obrar bien o mal, de odio y amor, destinado a un fin sobrenatural, colocado en un estado especialísimo, como es el estado de gracia, y, sobre todo, tratándose de los problemas educadores, que tan íntimamente relacionados están con los destinos presentes y futuros del género humano. No habla del misterio en que vivimos todos, sabios e ignorantes;

pues según decía el gran Newton: «Lo que conoce el hombre es como una gota de agua y lo que ignóra como el océano» Parece que esta verdad es muy austera para el orgullo humano y retraerá a los sabios de entrar en la Iglesia. Respecto de esto dice muy oportunamente el eminente químico Liebig, que los que pregonaban con exageraciones ridículas las glorias de la ciencia y le atribuían una absurda inmensidad no eran los verdaderos sabios, eran los voceros de la ciencia, que se pasean en los alrededores de ella pero sin penetrar en su recinto. Está bien que los católicos se alegren de que los sabios y poderosos del mundo entren en la Iglesia; pero ni es lícito ni digno ni eficaz que lo hagan por las puertas falsas del error y del orgullo.

Rinde culto al simplismo intelectual que, por lo común, es superficial y exclusivista, teniendo entusiasmo ciego por las innovaciones de la educación ultramoderna y mira con desdén la gloriosa e ingente tradición educadora del catolicismo, a cuya cabeza se halla el gran Maestro y Educador de la humanidad; Cristo-Jesús seguido por quienes han bebido en esa purísima e inexausta fuente de verdad, de belleza, de altruísmo, de perfección, como, entre otros mil que podrían citarse antiguos y modernos, S. Pablo, S. Clemente de Alejandría, S. Agustín, San Isidoro, Alberto Magno, Lulio, Sto. Tomás, Vives, Bosuet, Fenelón, Manjón, etc., etc. Y ello obedece a haber resbalado sobre la superficie brillante de los problemas educadores, sin haber penetrado en su fondo tanto en los antiguos como en los modernos y el morboso afán de no desagradar a los de la acera moderna de enfrente.

Esto mismo ha dado origen a la gran injusticia objetiva de incalculables consecuencias a cual más funestas para la formación integral de la juventud moderna, que podría ser la esperanza de la salvación de la sociedad presente que se agita, revuelve y despedaza envuelta por una ola de materialismo y fratricidas odios privada de las refrigerantes y tonificadoras ondas del espiritualismo cristiano informado por el nuevo y salvador

mandato de Jesús: «un mandamiento nuevo os doy; que os améis unos a otros como Yo os he amado». (1).

Nos referimos a la manifiesta hostilidad con que trata la educación en los colegios de las Ordenes religiosas, que después de todo, aunque tenga algunos defectos (¿en qué obra humana no los hay?), es la mejor existente en la actualidad: y ello equivale a inducir a padres y alumnos a que se vayan a otros centros acatólicos, anticatólicos o indiferentes, con lo cual aumentarán los males actuales, el caos social en que vivimos y la sociedad se precipitará en el abismo de todas las desventuras.

Pensar en que con las doctrinas propugnadas en este libro desaparecerían los defectos que pudiera haber en los actuales colegios de las Ordenes religiosas, es cándido y absurdo; pues es algo así como, si para subir a una montaña escarpada, se recomendase columpiarse en una mecedora debajo de un pino frondoso del valle.

Y nada más de este libro, que es el más saturado, entre los

---

(1) Este inquietante estado social lo han reconocido y creemos reconocen las mismas grandes y principales figuras de las dos últimas grandes guerras mundiales. Lloy George, Robert, Bodem y Vassey, jefes del imperio británico, decían en el mensaje, después de la primera guerra, al imperio lo siguiente: «Ni la educación, ni la ciencia, ni la diplomacia, ni la prosperidad comercial constituían elementos sólidos para el desarrollo ordenado de la vida mundial». Y Harding, Presidente entonces de los Estados Unidos dijo que para conducir al mundo por el camino de la paz era necesario la implantación del Evangelio; y que lo que necesitaba el mundo era un poco de devoción religiosa».

He aquí cómo se han expresado los triunfadores en la segunda guerra: Mac Arthur «es preciso sintonizar lo espiritual y lo material para que el mundo se desenvuelva convenientemente». Truman «la fuerza no puede producir la paz». Lo mismo dijo Atlee. . .

Aquí podrá objetarse: «Eso se dice, pero se hace lo contrario». La objeción está en su punto. Y ello demuestra que en sociedades de alta civilización sin religión efectiva y verdadera, la moral, el derecho, el orden social. . . , son un mito y sin esas bases la sociedad se resquebraja, se desmorona y se hunde.

de los católicos, de orientaciones paganizantes. Creemos que quien haya leído lo preinserto no dudará de la existencia de corrientes paganizantes entre los educadores católicos y del gravísimo mal que esto produce en la sociedad en general y particularmente al catolicismo, por ser las doctrinas paganas diametral y substancialmente opuestas a las de Jesucristo. Y para que se vea que no se trata de un caso aislado sin repercusiones peligrosas y que el mal avanza y el error se difunde, aunque en formas y grados distintos, a veces tan suaves y larvadas que el mismo que lo difunde quizá no se dé cuenta de ello y, sobre todo, de las perniciosas consecuencias de él derivadas.

XXIII

Otro libro paganizante que anda en manos de los educadores de ambos sexos: El vértigo espiritual moderno, que no deja tiempo para pensar, aprovechado por los sectarios moradores de las sombras. «No de solo pan vive el hombre». El olvido de esta máxima ha descentrado y paganizado la sociedad moderna. Ello es debido en gran parte al descentramiento de la educación. Curiosa y descentrada polémica sobre educación.

De este tipo de difusión del error paganizante existe un libro que anda en manos de los educadores católicos, algunos de los cuales no se dan cuenta de lo erróneo en él existente por venir disuelto y revuelto con otra multitud de cosas inofensivas y corrientes y algunas verdades indiscutibles de todos conocidas y alabadas, todo lo cual hace a manera de disolvente del tóxico y que se tome sin advertirlo. El ambiente intelectual y moral moderno, por regla general, es de desconcertante y funesta superficialidad, debido a una multiiud de causas, entre las cuales está la rapidez con que se desarrolla la vida individual y social, sucediéndose unas cosas a otras con agobiante

ininterrupción sin tener apenas tiempo de enterarse bien de ellas, siendo pocos los que no son arrastrados por esa corriente turbulenta y se toman el tiempo necesario para pensarlas, aunque con ello sufra su modernidad y no alcancen la erudición modernista que les permite hablar de todo, siquiera sea sólo de su parte superficial; es decir, hoy abundan los eruditos y escasean los pensadores. La representación gráfica de la vida moderna es la radio que desde que amanece hasta que obscurece y desde que obscurece hasta que amanece no cesa de lanzar noticias de todas clases, sucediéndose unas a otras con vértigo enloquecedor sin orden ni concierto. De esta situación espiritual, abarullada y caótica, aprovéchanse los profesionales del error para difundir lo que les conviene entre sabios e ignorantes; porque más o menos participamos todos del frenesí reporterista moderno, que obstaculiza hasta que los que tienen deber y capacidad para pensar piensen y vean las consecuencias en las premisas.

Esta atmósfera nociva que nos envuelve e intoxica podía y debía ser corregida por medio de una educación seria, recia, vigorosa, viril, en que se rindiese culto a la verdad y al deber, fuesen dulces amargos, enfrentándose con ellos sin femeniles temores a su austeridad, penetrando hasta el fondo de las cuestiones, esforzándose para descubrir sus misteriosas reconditeces sin contentarse con patinar frívolamente por la superficie, recordando el antiguo aforismo «non multa sed multum» concentrando las dispersas energías humanas ya que tan débiles son aisladas, para realizar grandes cosas y magníficas y gloriosas empresas que abriesen hondos surcos, no sólo en la civilización material, sino también en la moral, para así llegar al necesario sintonismo, de que nos habla Mac Arthur, entre el progreso material y moral que devuelva la paz y el bienestar a esta sociedad alocada y desventurada, que sucumbe víctima de su misma grandeza material, deslumbrada por el brillo y aplastada por el peso del oro, al cual adora como su único Dios.

Sí, una educación adecuada podría renovar y salvar esta sociedad corrompida paganizada y materializada, que no quiere hacerse cargo de la trascendental verdad, «no de solo pan vive el hombre» pronunciada por Cristo en solemne ocasión, no obstante demostrársela en estos momentos la realidad con amargos desengaños. Pero, lejos de caminar la sociedad con esa salvadora orientación, para su desventura, sigue la contraria, y bien puede afirmarse que hoy de los grandes problemas que hoy agitan la sociedad, quizá el más desenfocado y descentrado de todos sea el educador. Desde que se le sacó de su centro *natural* que es la familia (la naturaleza, el Creador, Dios libérrimamente dispuso que el género humano se propagase por generación, creando para ello la primera pareja de la cual habían de proceder todas las demás, imponiéndoles para ello los deberes y otorgándoles los derechos adecuados para la realización de esa importantísima misión, y desde ese momento los padres tienen el deber y el derecho de educar la prole, o sea de llevar al pleno desarrollo corporal y espiritual a los seres embrionarios que de su amor nacidos) se han palpado las consecuencias de esa transgresión de esa primordial y fundamental ley de la naturaleza, como nos atestigua la historia antigua y moderna.

Precisamente en estos momentos está entablada una discusión acerca del problema de la enseñanza media en España en la cual no he intervenido no obstante de haber sido invitado a ello, por dos razones; la primera por no ver en todos los contendientes aquella pureza de ideales y elevación de miras necesarias en estos asuntos; y la segunda, por estimar que ningún fruto de importancia saldrá de la discusión, debido a no ir de frente y con resolución al fondo del problema. Nuestra modestísima opinión puede sintetizarse en el siguiente símil: Un individuo robusto y bien formado tiene un hueso fuera de su lugar, lo cual le impide moverse con soltura y facilidad y ello no sin gravísimas molestias que le obligan a guardar cama: varios médicos de ideologías y opiniones distintas han interve-

nido en la cura del enfermo y unos se lo han colocado hacia la izquierda, otros hacia la derecha, otros hacia arriba y otros hacia abajo, pero ninguno en su lugar. Después de las respectivas operaciones el paciente ha tratado de andar y moverse, pero las molestias y dificultades en vez de desaparecer se han multiplicado. Es que el hueso está fuera de su centro y mientras no se le coloque en él las intervenciones sólo sirven para ocasionar molestias al enfermo, gastar en médicos y medicinas, perder lastimosamente el tiempo sin provecho alguno o quizá más bien con perjuicio.

XXIV

Ráfagas francamente paganizantes en ambiente cristiano. Nada sólido y grande se puede edificar sobre base movediza y pequeña. Pirueta histórico-pedagógica denunciadora de frivolidad. Colmo de desenfado y audacia. Enunciado de una ley absurda, que si existiese serían ilícitas todas las Ordenes religiosas.

Y dejando aquí estas cuestiones interesantísimas e íntimamente enlazadas con la principal tornamos a ésta para seguir demostrando documentalmente por el análisis de testimonios de escritores católicos la existencia funesta de corrientes paganizadoras entre los educadores católicos, no por más suaves y comedidas menos peligrosas para el catolicismo en particular y para toda la sociedad en general, ya que la doctrina cotólica ha sido, es y seguirá siendo el verdadero lastre ideológico para no naufragar en las deshechas tormentas que azotan furiosas la sociedad moderna.

Comencemos por advertir al amable lector que los testimonios que ahora vamos a analizar pertenecen a escritos de *ambiente general* muy distinto, completamente distinto y en ocasiones diametralmente opuesto al de los precedentemente analizados, no obstante de ser los autores de unos y otros católicos. Podría decirse que en los primeros el paganismo satu-

ra el ambiente, sin que en él falten elementos netamente católicos que desean cristianizarlo, aunque sin conseguirlo por ser el concepto cristiano de la vida absolutamente contrario al pagano; en los segundos, es al revés, en un ambiente plenamente cristiano aparecen efluvios de sabor pagano, traídos sin duda por ráfagas de vientos modernos, quizá contra la misma voluntad del autor, como el lector seguramente observará.

«Con dos principios bien entendidos y aplicados puede *educarse perfectamente:* satisfacción interior y educación del espíritu... Leyes educadoras son líneas de conducta que hagan amable la vida escolar, llevadero su sacrificio: el colegio centro de ilusiones infantiles; no sólo escuela de renunciamientos costosos... Dos son las normas más prácticas en los colegios en orden a conseguir este fin (el de la educación) el bienestar de los alumnos y su cultivo espiritual intenso... Este régimen humano abarca toda la vida del colegial, desde el trato amable y benigno, hasta el interés en proporcionarle todos los deportes propios de su edad, desde la práctica de las devociones que ha de ser *activa, variada y agradable*, hasta la concesión de una libertad discreta sin la que sería imperfecta la educación. El ideal es que el niño se sienta en el colegio como en su propia casa. (Subrayamos nosotros; téngase en cuenta siempre). Por lo transcrito se ve que este escritor católico, no obstante de haber dicho antes citando a Pío XI: «Supuesto que la educación consiste esencialmente en la formación del hombre tal cual debe ser y como debe portarse en esta vida terrena para conseguir el fin sublime para que fué creado (Pío XI)» es decir, no obstante de reconocer que de la educación depende la buena o mala solución del inmenso y trascendental problema humano, en el cual se hallan como en cifra todos los que atañen al hombre en su vida presente y futura, siempre, nos dice muy tranquilo y candoroso y cual si hubiese realizado un gran descubrimiento, que esto puede realizarse perfectamente con dos principios básicos a manera de soportes sobre los cuales ha de girar toda la obra gigantesca de la edu-

cación, uno de los cuales es la satisfacción del educando, el estar contento, el que sea el colegio un centro de ilusiones infantiles, que se encuentre en el colegio como en su propia casa, en suma que el educando esté contento en el colegio...»

Poner por base de tan grandiosa obra, como es la educación de la juventud, tan minúscula oscilante y deleznable base, lo reputamos algo tan raro y desatinado como afirmar que sobre unas cuantas barcazas flotantes en medio del mar tomadas por base se puede levantar una catedral del estilo y proporciones que la de Toledo. ¿Es que desconoce este buen Padre que sobre lo movedizo e inconsistente nada sólido, grande y duradero se puede edificar? Y ¿existe algo más movedizo e inconsistente que lo personal y subjetivo? Y ¿se encuentra algo más subjetivo y personal que la designación de las cosas que producen gusto, satisfacción, bienestar en cada individuo? Esto ha dado origen al dicho español «de gustos nada hay escrito» Nadie que conozca la vida interior de los colegios, sean de religiosos o de seglares, sean de hombres o de mujeres ignora que con el mismo régimen, el mismo personal, el mismo trato hay unos que se hallan satisfechos y contentos, otros soportan con ecuanimidad y sin disgusto la vida de colegial, otros aceptan con gusto con miras a acabar pronto sus estudios, otros se adaptan al internado por haber experimentado por experiencia que sin la disciplina de él nada aprovechan en sus estudios ni logran aprobar las asignaturas, otros por obediencia a sus padres, a quienes no quieren desagradar, aunque están deseando salir del colegio; otros por circunstancias especiales de la familia...

Estimamos por lo tanto, equivocación fundamental rayana del desatino, querer poner como base de la trascendental y grandiosa obra de la educación sobre tan movediza base y tan inconsistente cimiento. No es que no demos la importancia conveniente al bienestar, la satisfacción, la alegría, ... de los colegiales, lo que sí afirmamos que no puede honesta y racionalmente figurar como uno de los dos principios fundamenta-

les de la educación; así como todos reconocen la importancia de la alimentación en los colegios y a nadie se le ha ocurrido decir que es el principio fundamental de la educación. Los cristianos deben mirar las cosas de la vida desde puntos de vista más elevados y de más amplios horizontes para mejor enfocar y resolver sus problemas; lo contrario es propio de paganos materialistas y positivistas o de quienes se hallan contagiados de esas ideas que no salen de los ámbitos, siempre rastreros, mezquinos y sin horizontes, con resabios y ráfagas de paganismo, que flotan en la atmósfera y se respiran sin apenas darnos cuenta.

No conocemos personalmente al autor de este libro, que circula profusamente entre los educadores católicos; y, como va avalorado por el prestigio de pertenecer a una Corporación docente, las ideas en él expuestas pueden producir mucho bien o mucho mal en el desenvolvimiento de la educación católica, por lo cual creemos conveniente analizarlas con algún detenimiento; pues, si la educación católica se debilita, flaquea o se tuerce, la sociedad irá al abismo por ser hoy el único elemento de sana y salvadora orientación social.

Si «el estilo es el hombre» y «el árbol se conoce por sus frutos», nos figuramos que este buen religioso es persona culta y experimentada, que ha visto mucho y ojo certero en bastantes casos, con más afición y aptitudes para la acción, para lo externo y para el detalle minucioso, que para ahondar en las cuestiones y descubrir sus causas verdaderas próximas y remotas, sus relaciones con otras con ellas enlazadas, los efectos y consecuencias de ellas derivadas... Asimismo no parece ser su fuente la lógica ni la psicología, por lo cual, al enjuiciar las cosas las atribuye, en algunos casos, a lo que aparece en la superficie, sin darse cuenta de lo que en el fondo late y se mueve y es su verdadera causa. Su desahogo, atrevimiento y despreocupada resolución no deben de ser cortos como puede ver el lector por el siguiente detalle, que anticipamos, traído para demostrar que los educadores no deben ser ni demasiado jóve-

nes ni demasiado viejos: «*Niños y viejos llevan en sus cabezas dos mundos distintos. Los unos hablan en castellano moderno y los otros en el del poema del Cid. Los niños hablan de fútbol y los viejos de cuando estudiaban con candil: los niños de las marcas de automóviles y los viejos de cuando viajaban en diligencia*». ¿No tendría este buen P. otras pruebas más serias, más verdaderas y más adecuadas que esta pirueta histórico-pedagógica?

Hechas estas aclaraciones para que mejor puedan apreciarse los párrafos citados y los que citaremos, pues se trata de un escritor sinuoso, equilibrista y que para ir a un punto no toma la carretera que a él conduce, sino un camino de zigzag, dando ocasión a que se crea que va a otro punto distinto, cual si tratase de ocultar el fin que se propone, cual si apuntase a un lado para dar en otro, lo que desorienta al lector que desconoce sus procederes. Vamos a seguir copiando y analizando: «Con el título de «*El colegial cenobita*» (Este título es tendencioso y demuestra la exactitud de lo dicho antes). «Por otra parte es un hecho la exacerbación de la sensibilidad, cuando el espíritu se reconcentra aislándose de las impresiones externas; jóvenes que nunca han sentido, por ejemplo, afecto desordenado para con otros compañeros suyos, lo padecen dentro de un régimen de *aislamiento total con respecto al mundo*. Esta anormalidad es rara en los externados; mientras que en los internados casi puede decirse que es directamente proporcional a la mayor o menor estrechez del régimen en que viven, sobre todo a su *aislamiento social*; (esto no puede afirmarse sin las pruebas); fenómeno que se explica por la absoluta carencia de las impresiones que en el contacto del mundo solicitan la atención del espíritu y de los sentidos.

«De todo lo cual, excesiva vigilancia, rigor excesivo en la disciplina y exacerbación de la sensibilidad, se origina una disposición propicia para daños y peligros del espíritu de los niños. Es decir, que se puede producir la ocasión de la inmoralidad por los mismos medios qne queremos evitarlos».

He aquí un párrafo de un equilibrismo que reputamos impropio en un discípulo de Cristo que es la verdad substancial y la luz del mundo; y que nos recuerda el famoso «ibis, redibis non perieris in prelio». Donde con poner la coma antes o después del non se afirma o se niega el éxito de la batalla. Esto podrá demostrar habilidad; pero a la vez demuestra insinceridad y falta de convicciones. Para quienes sepan leer entre líneas salta a la vista lo que se quiere decir en este confusionista párrafo. Evidentemente está escrito bajo la obsesión funesta de la absurda y paganizante idea de que uno de los dos fundamentos de la educación de los jóvenes es el estar contentos y a gusto en el colegio, para lo cual es preciso que los reglamentos y disciplina se plieguen a los gustos bien o mal orientados de los educandos y no éstos a las normas reglamentarias. Y, para sacar adelante este principio opuesto a la razón y a la tradición educadora cristiana, acude a frases funambulescas en su mayoría y algunas desatinadas, injuriosas y falsas: como el que en los internados el asqueroso vicio aludido está en razón directa de la estrechez de la disciplina y del aislamiento. Es decir, que según esta ley es incomparablemente mayor el peligro de ese vicio en un convento de cartujos situado en aislado monte que en un cuartel sin disciplina militar o en un centro de estudíos medios y superiores en que los alumnos no tienen obligación alguna ni siquiera comer y dormir en el centro ni asistir a las clases. El que llama el peligro perecerá en él dice la Escritura, «qui diligit periculum in eo peribit» por lo cual no es lícito sin absoluta necesidad ponerse en él, sobre todo, de manera permanente: y con más razón tratándose de cosa tan delicada como es la pureza y vicio tan opuesto a la naturaleza y tan repugnante como el antedicho. Asimismo no es lícito sobreescitar las malas pasiones humanas.

De estas premisas salen las peregrinas consecuencias de que no es lícita la vida de anacoretas, de los solitarios, de los cartujos, ni la fundación de monjas de clausura en parajes aislados, ni el ascetismo cristiano en sus más elevadas formas. . . .

¿Puede darse teoría más contraria a la doctrina y a la práctica de la Iglesia católica y más substancialmente paganizadora que ésta...? Adviértase que en otra parte dice que escribe no sólo para los colegios de enseñanza, sino también para los seminarios, los conventos y noviciados de religiosos de ambos sexos. Si hubiéramos de hacer a este escritor alguna recomendación le diríamos: «Más lógica y menos osadía mi buen P., apuntaremos brevemente los fundamentos de la recomendación. Afirmar que es un hecho de carácter indiscutible axiomático el que la vida de recogimiento interior y separación del barullo exterior mundanal, que disipa el espíritu y hace que no piense en cosas serias ni las aprecie en su justo valor en orden al tiempo y a la eternidad, a la vida presente y a la futura, es causa de malas pasiones e impulsa a amores desordenados y nefastos, porque se ha dado algún caso, no ciertamente por causa del aislamiento, sino de las bajas pasiones humanas no refrenadas, es algo que rebasa los límites del desahogo y de la audacia. Dícese que en cierta población había un ratero famoso por su habilidad para sus variadas raterías: circunstancias de la vida le obligaron a ir a vivir a otra población de lejana provincia y allí consiguió entrar de sacristán en una iglesia, que se hallaba sin él. El párroco que era muy cuidadoso comenzó a notar que las velas se acababan muy pronto y extremó la vigilancia y un buen día sorprendió al famoso ratero abriendo un cajón, después de haber observado signos de forzamiento en uno de los cepillos de la iglesia, lo cual motivó la expulsión del despreocupado sacristán y famoso ratero. Es de notar que el sacristán anterior había sido expulsado por el celoso párroco por causas parecidas. Vivía en aquella ciudad un abogadillo, buena persona y no exento de ilustración, que cultivaba la filosofía del «*Hoc post hoc, ergo propter hoc*» y presumía de psicólogo, el cual al enterarse del caso, lo explicó de una manera inapelable diciendo: «No hay la menor duda, el recogimiento místico y las cristalerías policromadas (era un templo gótico) unido al celo de un buen sacerdote sobreexcitan la pa-

sión de apoderarse de lo ajeno y produce el *raterismo*. ¿Qué le parece al amable lector del razonamiento apodíctico del abogadillo? Conste que de los cien últimos sacristanes de aquella parroquia no llegaban a media docena los expulsados por rateros; y conste asimismo que se cuentan por millones los rateros que «en el mundo han sido».

Esa psicología barata, más o menos experimental, de achacar a los agentes externos particulares, lo que radica en el desorden general que existe en las bajas pasiones de la humanidad caída es puro materialismo y paganismo, especialmente cuando esas explicaciones son contrarias al sentido común, como es en el caso presente. Si con disciplina, recogimiento interior, cultivo de la virtud, cristiano espiritualismo, que eleva las almas y debilita las bajas pasiones humanas y fortifica el espíritu, ocurre alguna desgraciada caída; ¿qué no sucedería si se llevase sin freno al potro indómito del ciego apetito sensual?

Sepa mi buen P. que ese modernista criterio de la virtud para los colegios de las Corporaciones religiosas ha sido un lazo planeado y divulgado profusamente por los enemigos del catolicismo y del orden social cristiano, o sea, revolución mundial capitaneada por agentes ocultos para desterrar a Dios del mundo y que sea el hombre el centro de todas las cosas; y muchos católicos han caído en ese lazo hipócrita y ocultamente tendido, por vivir demasiado de prisa y tener afanes insensatos de desarmar al enemigo a fuerza de tolerancias y modernidades doctrinales; olvidando las palabras de S. Pablo a Timoteo: «guarda el tesoro (el Evangelio) que te ha sido confiado evitando las doctrinas y palabras nuevas; pues algunos por usarlas han sufrido serios quebrantos en la fe».

La materia es escabrosa y no conviene descender aquí a detalles que le mostrarían palpablemente la grave equivocación padecida en tan delicada materia. Sólo le diremos que, si su teoría fuese verdadera, no debería haber ni un sólo caso en las grandes poblaciones modernas entre los mundanos, lo cual

está muy lejos de ser exacto, pues cuando un hombre se deja dominar del vicio pierde la racionalidad y su degeneración llega a extremos inconcebibles.

Como observará el lector, el libro que estamos analizando aparece como descentrado e incongruente en la mayoría de los casos; y ello obedece, en nuestro modesto sentir, a que el autor, no obstante de ser sacerdote y religioso, plantea e intenta resolver los problemas fundamentales educadores, desde un punto de vista plenamente naturalista, sin tener en cuenta la religión, es decir, como lo haría un pagano antiguo o un neopagano moderno, y, como esto es opuesto a la realidad objetiva, puesto que por naturaleza el hombre es religioso, la posición en que se ha colocado es falsa y consiguientemente insegura y movediza, en la cual es imposible sostenerse sin el uso del balancín. Cierto que el autor lo maneja maravillosamente, pero eso no impide que se vea el balanceo, de graves tropezones y tenga lamentabilísimas caídas, como ha visto y seguirá viendo el lector en lo que sigue. El libro puede decirse que es un conglomerado de muchas verdades, oportunas observaciones, interesantes relatos, si bien con frecuencia son inexactos y de carácter particular que nada prueban en buena lógica, laudables aspiraciones religiosas, no pocos errores de mayor o menor transcendencia..., todo ello ordenado a la demostración de una serie de proposiciones educadoras fundamentalmente erróneas; por lo cual en él campean el confusionismo, el equilibrismo y la argumentación sofística objetivamente, aunque pudiera no serlo subjetivamente, como nos complacemos en suponer.

XXV

Error psicológico: no se educa la libertad, sino el individuo que la posée y la usa. Criterio laxo, naturalista, pagano sobre los internados. Razones fútiles y falsas. Los noviciados, las vacaciones de Navidad. El tópico sofístico del salto mortal del Colegio a la Universidad.

En los párrafos que vamos a comentar del capítulo titulado: *Libertad* quedan patentes las observaciones anteriores.

«*Los internados no preparan el tránsito a la vida autónoma*». No puede dudarse de que el salto del internado al ambiente de la Universidad es un salto de muerte.

Eso es humanamente insuperable, aun para los mejores colegiales. Y a eso atribuyen amigos y enemigos el desenfreno de muchos alumnos, cuando salen del Colegio.

Dos son las causas de esa carencia de preparación para su vida futura: un excesivo temor al contacto con la vida externa y una falta total de espontaneidad en el modo de actuar de los educandos. Es decir, no se educa la libertad.» (Esto no es exacto y supone un error psicológico: puesto que si se educa el sujeto, donde reside la facultad de obrar el bien o el mal, es decir elegir el uno o el otro por propia determinación después de conocidos ambos por la inteligencia, del cual depende esa elección y por eso es responsable del acto que ello determina, la libertad está educada. En otros términos: hay que educar al que maneja la pistola, no ésta, ni el brazo, ni el ojo, pues la libertad no es un ser independiente con vida propia del individuo en que reside, sino una mera facultad del mismo y de cuyas determinaciones depende en todo y en absoluto como todas las demás facultades de la persona. Y esto sentado, ¿puede decirse con verdad que los colegios serios, en especial los de las Ordenes religiosas, no educan la libertad? ¿Existe derecho a inferirles esta injuria y vestirles este sambe-

nito con el cual quedan deshonradas todas ellas? Yo respondo de que los agustinos, a cuya Corporación me honro pertenecer, se educa. Lo cual no significa, que de sus aulas no haya salido alguna bala perdida, como de todos los demás centros educadores: hasta del colegio apostólico salió un Judas. Ya ve el respetado P. como no se puede dejar correr la pluma alegre e irreflexivamente para poner base a teorías absurdas, opuestas a las doctrinas y tradiciones educadoras de la Iglesia católica y de orientación esencialmente pagana. Y, si la base de una teoría y de un libro que la defiende es manifiesto error, ¿qué podrá decirse de ella y de él?)

«*El aislamiento excesivo*».

Del exagerado temor a los peligros nacidos del ambiente social se puede originar el aislar a los niños excesivamente.

A esa excesiva prevención contra el influjo del ambiente social, se puede atribuir entre otras, la costumbre, hasta no ha mucho vigente, de no pasar los alumnos las vacaciones en sus casas. No negamos pudiera haber otras para retenerlos en el Colegio.

Sin duda que es posible en el alumno el abuso de su libertad en esas ocasiones; pero el remedio de ese abuso no está en sustraerle a ellas, sino en habituarle al vencimiento de esas dificultades.

¿Por qué no se ponen los noviciados en los desiertos? Porque no se educan los novicios para cartujos. Por eso les es conveniente una discreta relación con el mundo, a cuyas impresiones y sugestiones han de irse acostumbrando, a vencer, paulatina y gradualmente, es lo que ocurre en el ambiente del externado, que es vida de hogar, de colegio y de calle, y curte el espíritu del joven habituándolo progresivamente al vencimiento de las luchas diarias de los sentidos y las pasiones. El influjo que en el porvenir tiene ese suave ejercicio de aclimatación, es increible. Y así son tantos los niños de familias cristianas que en medio de las impresiones peligrosas que forzosamente han de experimentar educándose en externados, con-

servan una pureza de alma maravillosa, y sólo explicable, por que la lucha, aunque continua, gradual y acomodada a sus fuerzas...»

Preciso es confesar que el muñeco está bien vestido y con suma habilidad; pero no por eso deja de ser un muñeco y una ficción engañosa sin realidad objetiva; porque no es exacto: 1.º Lo del aislamiento excesivo; 2.º Ni lo de exagerado temor a los peligros del ambiente social; 3.º ni lo de que hasta hace poco tiempo era costumbre de que los alumnos no fuesen a pasar las vacaciones de Navidad con sus familias; (los agustinos y otras Corporaciones docentes les han permitido siempre, aunque por razones más trascendentes que las señaladas por el P.); 4.º ni las causas señaladas para no ponerse los noviciados en los desiertos; 5.º ni las causas de la existencia de externados; ... De cien casos de externos puede decirse sin temor a equivocarse que noventa obedecen a no poder o no querer hacer los gastos no exiguos de los internados, y el diez por ciento restante obedece a causas muy variadas, y quizá ni una sola sea por los fines que el autor indica. Así con esta despreocupación de la realidad y de la verdad histórica están tratadas las cuestiones en este libro.

El autor se ha propuesto demostrar una tesis a todas luces errónea (además objetivamente según queda dicho, de tendencias naturalistas y paganas, aunque subjetivamente no lo sean) y sin duda cree que el fin justifica los medios, por lo cual acude a todos los procedimientos incluso el de inventar pruebas donde no las hay con una despreocupación que asombra como concluímos de ver.

Y es el caso que, al parecer, debe de notar el buen P. lo resbaladizo del terreno que pisa, pues a cada momento hace atenuantes, distingos, posibilidades, condicionales... y al atuendo sofístico de quienes marchan por caminos tortuosos y obscuros; por lo cual puede dañar no poco a los espíritus impreparados, irreflexivos y superficiales que hoy tanto abundan.

Lo de que no se prepara en los colegios de religiosos para

los peligros de la vida universitaria por lo cual el tránsito resulta un verdadero salto mortal, según dice ese atrevido escritor así como en general todos los influenciados por las teorías rusonianas y naturalistas, es una apreciación superficial y errónea usada sofísticamente para desacreditar y combatir los métodos actuales de educar en los colegios de las Ordenes religiosas y defender el propuesto por ellos con serios toques de manifiestos resabios paganos y evidente oposición al concepto cristiano de la educación, que es el racional y lógico, del cual hablaremos más adelante. ¿Qué es lo que se quiere significar con ese confusionista y frívolo mito (todo mito es por naturaleza engañoso y procede de confusionismo y frivolidad intelectual) «*no se prepara para la Universidad?*» Sin duda se quiere significar que no pocos de los jóvenes que a ellas asisten, flaquean en la fe, perdiéndola algunos y sus costumbres se trasforman de ordinario en sentido peroyativo. Siempre el cómodo e insustancial «hoc post hoc, ergo proter hoc». Pero ¿es que se cree que esos jóvenes que acuden a la universidad, serían unos angelitos, si hubiesen ido a una escuela especial v. g. Montes, Minas Industriales, o a una Academia militar, Marina, Comercio, Dibujo . . , o hubiesen entrado en la categoría de empleados en las oficinas del Estado o de Empresas particulares, o se hubiesen quedado en casa en trabajos de la familia o dedicados al *dolce farniente*. . . , hubiesen pasado de los quince a los veinticinco años sin hondas trasformaciones físicas, intelectuales, religiosas, morales, siempre, pero especialmente en estos tiempos en que los libros, las revistas, ilustradas y sin ilustrar, la radio, el cine. . . , lo han invadido todo? ¿Es que en los mismos colegios desde los siete a los quince años no sufren los alumnos cambios e importantes trasformaciones, no obstante no cambiar el medio en que viven y se mueven? Es craso error originado por no entrar en el fondo de los problemas, contentándose con arreglarlos en la superficie, pensar que para pasar del colegio a la universidad los educandos necesitan una preparación especial, específica y que

cuando no la reciben, al verificarse el necesario tránsito, ocurren las catástrofes espirituales por todos lamentadas. Existen crisis inevitables, lo mismo en el alma que en el cuerpo, y las superan, las del cuerpo los que tienen un organismo sano y vigoroso no debilitado por macas viciosas y hábitos desordenados, y triunfan en las del alma los poseedores de un espíritu sano y fuerte que tiene dominados los bajos instintos de la parte inferior y las malas pasiones de la carne y se hallan fortalecidos por los auxilios de la gracia divina que nunca falta a los poseedores de sólidas y recias virtudes morales que se adquieren, como todas las virtudes, con la repetición de los actos específicos propios de cada una.

Por lo tanto lo que necesitan los jóvenes al salir del colegio, vayan a donde vayan y dedíquense a lo que se dediquen, es haber adquirido una reciedad y fortaleza espiritual que les facilite el triunfo en las inevitables luchas de la vida que en una u otra forma son perpetuas de ordinario. Esta educación y preparación puede y debe darse en los colegios de enseñanza media, como preparación para la entrada en el mundo: y es la que de hecho se dá, con la perfección posible, en los buenos colegios católicos. Claro está que habrá deficiencias, ¿en qué empresa humana no las hay? Asimismo es de advertir que en cualquiera forma que se haga la preparación, ésta no hace impecables a los individuos y siempre habrá caídas lamentables: y ¿cómo no?, hasta en el colegio apostólico hubo un Judas.

XXVI

Otro mito paganizante, conglomerado de afirmaciones y explicaciones gratuitas respecto de internados y externados. Pasiones juveniles muy razonables y discretas según el autor. El equívoco de la adaptación. **¿Es lícita tratándose de materia viciosa?**

Y vamos a decir algo acerca de la *adaptación*, uno de tantos vocablos míticos que hoy se usan para deslumbrar, cuan-

do faltan razones serias para convencer y se quiere llevar adelante una idea a la cual se le debe cerrar el paso. Esta es aquí, aunque no expuesta en estos términos precisos y claros, acomodar la santa, sana y vigorosa austeridad de la educación cristiana a las blanducherías enervantes, decadentes, tendenciosas y anticristianas del paganismo, que quiere desmoronar poco a poco el inconmovible y salvador castillo roqueño, la Iglesia católica, que Cristo fundó para ser luz y salvación del mundo.

Como los errores no pueden ser defendidos con serios y verdaderos razonamientos, se acude con harta frecuencia a los argumentos sofísticos y de meras apariencias sin la menor realidad objetiva. Ya hemos visto que el autor apoya su tesis de que se debe permitir que los internos salgan del colegio para pasar las vacaciones de Navidad con la familia (los agustinos como dicho queda, siempre lo hemos permitido por superiores razones) para evitar que al comenzar la vida universitaria no se descarríen en las ideas y en las costumbres, a causa de haber estado aislados del mundo y desconocer su vida, lo infundado y fútil del argumento salta a la vista con recordar que esos mismos alumnos se pasan tres o cuatro meses de vacaciones en verano. ¿Es esto argüir seriamente o sofistiquear suponiendo que todos los lectores nos tragamos sin previo exámen lo escrito en letras de molde?

¿Y qué diremos de lo afirmado respecto del externado? Aquí el desenfado es inconmensurable. Afirma muy en serio y con tonos doctorales que «el influjo que en el porvenir de la juventud tiene este suave ejercicio de aclimatación es increible y que el encontrarse en los externados abundancia de jóvenes de costumbres purísimas, en medio de las peligrosas impresiones que forzosamente han de experimentar, es sólo explicable, porque la lucha es, aunque continúa, *gradual y acomodada a sus fuerzas*».

Subrayamos para llamar la atención del lector sobre el monumental y erróneo despropósito de afirmar que en los alum-

nos externos la contínua y peligrosa lucha es gradual y acomodada a sus fuerzas. ¿Nos podría decir el despreocupado religioso cómo y quién gradua y acomoda las acometidas de las pasiones alborotadas a las fuerzas de cada uno, ya que son muy distintas las de unos de las de otros? ¿y cómo y porqué ese misterioso graduador y acomodador y cómo y porqué excluye a los internos de esa maravillosa actuación? ¡Buenas son las pasiones humanas juveniles, especialmente excitadas por la contínua presencia de los objetos peculiares de cada una para esas graduaciones! Pongamos un ejemplo que nos aclare algo esta materia tan complicada y obscura (menos al parecer para este desahogado escritor).

Supongamos que un jovencito de catorce años robusto, guapo, apasionado. . ., externo sale de paseo, va a un cine, al teatro, a una fiesta profana o religiosa, a una reunión, a la cual asisten compañeros y toda clase de personas de muy distinta fisonomía material y moral...: pues bien, todas las humanas pasiones, sin excluir una, la ira, la gula, la avaricia, la pereza,la líbido, la soberbia, la envidia, el odio, el rencor..., están de acuerdo para que sus acometidas comiencen por los primeros grados y sigan avanzando en ellos, según vaya pasando el tiempo y además se acomoden a sus fuerzas. No se dirá que no son bien formales y consideradas tales pasiones, si este nombre merecen. ¿Puede escribirse esto en serio? O ¿es qué el autor estima como otentotes a los lectores? ¿Qué diría de esto Freude?

Es más; supongamos que un buen día de las vacaciones veraniegas se reunen media docena de externos con otra de internos y otros muchos de ambos sexos y distintas edades se reunen para hacer una jira a un lugar próximo donde entonces se celebran grandes fiestas mundanas y alguna religiosa. En estas circunstancias, como en cualesquiera otra, las pasiones humanas no se duermen y, si no caídas graves, al menos peligros morales mayores o menores existen sin duda alguna para todos los concurrentes. Ahora bien, según la peregrina teoría expuesta en el libro que estamos analizando,

resulta que de toda aquella abigarrada multitud juvenil nada sabemos respecto de los peligros morales que puedan correr ni de si tendrán fuertes, débiles o nulas acometidas pasionales: sólo de los seis educandos externos nos consta que esas acometidas pasionales o tentaciones, si existen, *serán graduales y acomodadas a sus fuerzas* por lo cual no correrán peligro moral alguno. ¡Oh virtud soberana del externado! Sin comentarios. Quizá alguno diga que exageramos: nada de eso; no hacemos más que aplicar la lógica a las desatinadas afirmaciones del autor.

Nosotros reconocemos que todas las cosas tienen su pro y su contra y a esta regla general no hacen excepción el asunto de los internados, mediopensionados y externados; y respecto de ello tenemos formada nuestra opinión particular, que no hace al caso exponer aquí; pero, lo que no dudamos afirmar de manera rotunda es que los externados no preparan mejor que los internados bien llevados y disciplinados para las luchas de la vida en su aspecto integral, es decir, intelectual, moral, físico, social. . . , y que es craso error y mito de resabios rusonianos y paganizadores eso de la *adaptación,* aparte de que la estimamos ilícita en lo moral. Me explicaré, pues la cosa lo merece.

No estimamos ilícito, que un individuo para habituarse al frío, use ropa de poco abrigo o, aunque a veces pueda tener sus quiebras, para habituarse a las grandes caminatas se dé todos los días un largo paseo, o uno que va a ingresar en una Orden, donde se come siempre de vigilia, para habituarse a ese género de vida se abstenga varios días a la semana de probar la carne, y hasta lo que se dice de algunos tiranos de la antigüedad, que tomaban a diario dosis progresivas de veneno para precaverse de los peligros de un posible futuro envenenamiento. . . , Mas no creemos lícito practicar los vicios, por ejemplo, la soberbia, la envidia, la glotonería, la lujuria, el rencor. . . , en pequeña escala, para habituarse y adaptarse a ellos y así evitar desastrosas y grandes caídas en lo futuro. A nadie

es lícito llevar vida viciosa ni en pequeña ni en grande escala, ni *adaptarse* a ella en forma alguna. Por supuesto, que los propuestos fines no se conseguirían y los resultados serían desastrosos; porque las malas pasiones, lo mismo que las fieras feroces no se las domina alimentándolas, sino combatiéndolas implacablemente. Esto dice la razón, la historia y el catolicismo, los únicos que discrepan son los paganos y paganizantes.

XXVII

La libertad por encima de todo, hasta de la lógica y la verdad. «La máxima disciplina lleva a la máxima corrupción».

Ya hemos dicho que no es el fuerte del autor del libro que analizamos la lógica ni la psicología. Quien quiera ver por sus propios ojos la exactitud de esta afirmación no tiene más que leer con detenimiento y reflexión el capítulo que titula «LIBERTAD», donde impera el mayor confusionismo con las consiguientes incongruencias y contradiciones, afirmaciones gratuitas y falsas. . . , ordenado todo en plan de batalla contra la sana, santa, razonable y provechosa austeridad tradicional en la educación católica, aunque sin manifestarlo claramente y de manera directa; pero, en cambio, con una insistencia y tenacidad asombrosas, sin reparar en medios para llegar al fin; y ello hace que los hechos y las verdades se recorten o se alarguen, según las circunstancias lo pidan, para obtener la prueba deseada o al menos las apariencias de ella, y sigue adelante tan tranquilo sin volver los ojos atrás, ni a los lados dando por terminado el asunto en conformidad con sus deseos, y así continúa impertérrito la defensa de sus métodos paganizantes y poco cristianos y nada científicos.

Allí, se sientan como verdades inconcusas entre otras las siguientes: «La máxima disciplina lleva a la máxima relajación». Esta proposición es a todas luces monumental desatino incom-

prensible en personas cultas. Suponemos que el atrevido e irreflexivo escritor no se ha dado cuenta del alcance de la frase; porque ella significa que existe proporción entre la disciplina en los colegios y su relajación y que son magnitudes directamente proporcionales, y, siendo esto así, resultaría que en un colegio donde la corrupción desbordaba sus paredes y la pública autoridad necesitó decretar su clausura absoluta para concluir con las repugnantes escenas de lubricidad, irreligiosidad, antipatriotismo, burlas, desprecios y agresiones a la autoridad del centro, provocaciones e insultos a quienes por allí pasaban y otros desmanes propios de gentes de mal vivir, etcétera, etc. . . , resultaba que aquel asqueroso burdel, foco infecto de indescriptibles inmundicias y hediondeces, habría llegado al más alto grado de disciplina por haber alcanzado el más alto grado de corrupción. ¿Qué le parece al lector de las consecuencias lógicamente deducidas de los falsos principios alegre e irreflexivamente sentados por el autor. . . ?

Pero el caso, que este monstruoso absurdo es además una contradición flagrante: pues entre las medidas disciplinarias figura siempre la expulsión para las faltas graves, sobre todo si son repetidas y como aquí no podían ser más graves ni más repetidas ni más universales, síguese que todos aquellos colegiales facinerosos habrían sido expulsados, por lo cual «la máxima disciplina no puede parar en la máxima corrupción, sino en el *cierre del colegio* por falta de alumnos.

Bueno será recordar que las teorías libertarias del autor, según se consigna en otra parte, no se refieren sólo a los colegios de alumnos de enseñanza media, sino también a todos los colegios y conventos de religiosos y religiosas, a sus noviciados, a los seminarios. . . Por lo tanto el plan podrá ser todo lo malo y tendencioso que se quiera, pero osado, vasto y de trágicas consecuencias no hay duda que lo es.

Y vamos a otro punto de mucha importancia en la tarea en que nos ocupamos. Este buen P. ciertamente no es de los que se ahogan en poca agua, ni tampoco en mucha; pues para

eso dispone con plena libertad de la garlopa, de la lima y escofina y, si lo estima necesario, hasta de la azuela y el hacha para encajar las verdades en los moldes por él fabricados para sus fines polémicos, no fijándose en que las verdades mutiladas dejan de ser verdades trasformándose en errores, que, si se toman por base de argumentación conducen a otros errores. Véase con detenimiento el confusionista párrafo siguiente, donde la psicología y la lógica quedan malbaratadas. «Para la creación de hábitos virtuosos es necesario la repetición de los actos libres, (esta proposición es anfibológica, por lo cual sobre ella no debe basarse una argumentación; mas su análisis no nos interesa en estos momentos). Ahora bien, cuando todo lo que se hace está prescrito o prohibido con sanciones inmediatas, moralmente se está forzado a obrar de cierta manera. Posible es en este caso aceptar libre y gustosamente el cumplimiento del deber, y, por lo tanto, formar el hábito virtuoso; pero es evidente que en la mayoria de los que obran así, no por aceptación voluntaria de la ley, como pasa en los novicios, sino por imposición ajena, como ocurre en los colegiales, no se formará sino la rutina, es decir, la costumbre no originada por la fuerza interior del libre albedrío, sino por la exterior de la ley y de la autoridad».

Tres son los principales falsos supuestos y errores de este laberíntico y mal orientado párrafo. 1.ª Que lo preceptuado por la ley o por la autoridad con premios para los cumplidores y castigos para los trasgresores fuerza la voluntad y priva de la libertad de indiferencia necesaria para poner actos libres. 2.ª Que sólo son actos virtuosos los realizados con la única y exclusiva mira de cumplir el deber. 3.ª Que el fin propuesto al obrar influye de manera decisiva, directa y exclusiva en la adquisición del hábito de obrar de aquella manera. 4.ª Que los actos puestos por preceptos de la ley o de la autoridad no son originados por la fuerza interna del libre albedrío, sino por la fuerza externa de la ley o del superior.

Examinemos cada uno de ellos siquiera sea con toda la

brevedad posible; pues la gravedad y trascendencia de ellos salta a la vista, máxime si se tiene en cuenta la procedencia y las manos entre que anda el libro. Respecto del primero estamos conformes en que sin libertad de indiferencia no pueden existir actos libres, esto lo saben hasta los últimos alumnos de psicología. Donde se encuentra el monumental error es en afirmar que los premios y castigos, que juntamente sancionan el cumplimiento o incumplimiento de lo preceptuado prive del libre albedrío; pues, si eso fuese cierto, la libertad humana no pasaría de la categoría de mito sin la menor realidad objetiva, puesto que el hombre ha sido creado para un fin, al cual ha sido ordenado por el Creador, y toda ordenación supone un camino que se ha de seguir bien sea necesariamente, como sucede en los astros y demás seres materiales, o bien libremente, como los espirituales, como es el alma humana; y en ambos casos son precisas las leyes, matemáticas e ineludibles en el primero, y morales en el segundo. Las primeras son inflexibles y las cumplen los seres a ellas sometidos sin darse cuenta de ellas, ciegamente y por eso pueden encerrarse en fórmulas matemáticas, lo cual no es posible en las morales. Trátase de conquistar una ciudad y se envía a ella diversos proyectiles de cañón y todos van por el camino indicado por la fórmula; pero, si se manda un cuerpo de ejército para que la tomen por asalto después de batirla, como ello supone una multitud de movimientos libres en los que han de asaltarla, ya no es posible someterlos todos a fórmulas matemáticas. Los astros realizan el fin que Dios les ha designado cumpliendo la ley de atracción universal, que el Creador les impuso al crearlos, y los hombres cumplen el suyo siguiendo la ley natural también impuesta por Dios. Los primeros cumplen de manera necesaria una ley física, matemática, los segundos cumplen de manera libre una ley de orden moral compatible con la libertad de indiferencia, por lo cual son responsables de sus actos y merecedores de premios y castigos; esta ley es la llamada natural que es de orden moral.

Ahora bien, como esta ley sancionada con premios y casti-

gos alcanza y obliga a todos los hombres, además es la base de todas las leyes humanas, civiles, políticas, administrativas, penales, sociales internacionales..., por las cuales se gobiernan todos los pueblos y naciones, hallándose sancionadas convenientemente y algunas con tan terribles penas como es la cadena perpetua y la muerte, resultaría que ni un solo hombre sería libre en la tierra; y, como sin libertad no hay responsabilidad, todos los premios y castigos del mundo serían injustos, o sea, que la injusticia sería la señora y reina de la tierra. ¿Es esto verdad?

XXVIII

Teorías paganizantes: si ni Adán fué libre ni lo es hombre alguno, no existe pecado original ni pecado alguno: lo cual es puro paganismo. Falsos conceptos respecto de los hábitos y actos libres.

Y para que se vea la trascendencia de estas absurdas teorías y que desembocan ineludiblemente en el paganismo, estudiaremos el caso de la caída de nuestros primeros padres. Dios los creó y colocó en el paraíso terrenal, lugar de incomparables bellezas, magnificencias y encantos donde podían vivir rodeados de todas las comodidades y goces honestos tan abundantes, intensos y elevados, que no cabe describirlos a las plumas humanas: Pues bien, al hacerle este espléndido don material (los espirituales eran inmensamente mayores), les manifestó que podían disfrutar de todo aquel delicioso edén y comer de las sabrosísimas frutas de todos sus innumerables árboles menos del que ocupaba el centro del paraíso, y había de saber que, si ingratos y osados se atreviesen a obrar contra aquel sencillo precepto quedaba fulminada contra ellos la sentencia de muerte. Según la desatinada teoría del audaz autor, con esta terrible sanción el singular y espléndido don con que Dios había adornado generosamente a Adán, el libre albedrío, *ipso*

facto desaparecía quedando reducido a la condición de bestia, ciertamente más elegante, pero al fin bestia sin libre albedrío. Ahora bien, sin libertad no puede haber actos virtuosos ni pecaminosos y, por lo tanto, Adán no pudo pecar rebelándose libremente contra el precepto de su omnipotente Creador.

Y, si el progenitor del género humano no delinquió, de dónde procede el pecado original y todas las miserias morales y materiales con que todos nacemos? Véase a qué consecuencias lleva el necio afán de querer encontrar argumentos para demostrar un error desatinado opuesto a la razón y a la fe cristiana y que empuja y lleva a los delirios del paganismo, al cual inconscientemente se favorece. Aquí viene como anillo al dedo la recomendación que S. Pablo hacía a su querido discípulo Timoteo «¡Oh Timoteo! guarda el depósito que te he entregado (el de la fe), evitando las novedades profanas en las sxpresiones y las contradicciones de la ciencia, que falsamente es llamada ciencia, que por profesarla algunos han sufrido graves extravíos en la fe». Efectivamente el vano vanguardismo científico con sus expresiones atrevidas e inexactas y el infausto afán de atraer al enemigo con halagos y tolerancias de no pocos católicos han causado siempre graves daños en la Iglesia de Dios. Es de absoluta evidencia que las sanciones, lo mismo materiales que espirituales, temporales que eternas no privan de libertad, por cuanto unos las cumplen y otros las quebrantan, reconociendo éstos, al aplicárseles las penas su culpabilidad, sin ocurrírseles excusarse de ellas por falta de libertad. Léase la historia lo mismo antigua que moderna, lo mismo profana que religiosa y se verá plenamente confirmado nuestro aserto. Hasta en el Calvario el buen ladrón decía a su compañero en aquel solemne momento: «Nosotros sufrimos el castigo de nuestras culpas; pero éste (Jesucristo) ningún mal ha hecho».

Si el despreocupado escritor hubiese ahondado un poco en el asunto, fácilmente hubiese observado que las penas y castigos lejos de privar de libertad más bien la fortifica por ser

una fuerza antagónica de la de las pasiones que a veces se rebelan con impulsos brutales contra la razón.

Respecto del segundo falso supuesto de que sólo son actos virtuosos los que se realizan con miras al cumplimiento del deber queda contestado en lo anteriormente expuesto. Todo acto libre puede ser culpable o meritorio, según vaya contra la ley o en conformidad con ella, y, por consiguiente, será pecaminoso o virtuoso.

En cuanto al tercero de que el fin determina exclusivamente la adquisición del hábito de obrar de una u otra manera es fácil demostrar su falsedad. Si un aprendiz de piano, para mortificar al vecino, de quien ha recibido un agravio, se pasa la mayor parte del día y de la noche haciendo ejercicios, logrará adquirir el hábito de tocar el piano y obtendrá buena nota en el examen; si otro individuo por amor a la revolución se dedica con perseverancia a aprender de memoria los nombres y hechos de todos los revolucionarios de todos los países habrá desarrollado esa facultad del alma y, si mañana se convierte y desea aprender los nombres de los santos más notables del calendario, lo hará con facilidad por haber cultivado la memoria, aunque lo haya realizado antes con fin distinto: es más, puede un educador haber desarraigado, con la repetición de actos de abnegación de sus educandos los vicios del egoísmo y del orgullo, con lo cual éstos habrán adquirido los hábitos de la modestia y del altruísmo que son los mismos que los de la humildad y de la caridad, los cuales con sólo cambiarles el fin se trasforman en las virtudes cristianas antedichas.

Y por lo que hace al cuarto error, sólo añadiremos que el buen P. ha olvidado que las fuerzas externas, sean en pro o en contra de la ley pueden facilitar, impulsar, atraer, sugerir..., a los seres libres, pero jamás determinarlos al acto: esta determinación pertenece al libre albedrío, es el sagrado reducto de la libertad.

XXIX

El puñal que hiere a la Iglesia en el corazón según los impíos. Infundadas y perniciosas ambiciones de universalidad. La educación debe preparar para la vida. La Cruz según León XIII es ejemplar y estandarte de todo cristiano. Las luchas y penas inevitables de toda vida humana. Es absurdo que un religioso apoye máximas y procedimientos derivados de la doctrina de Rousseau. El sujeto de la educación es un enfermo que necesita régimen.

No seguimos con el análisis, porque deseamos reducir en lo posible este trabajo, y por estimar suficiente lo dicho para que el lector se forme idea aproximada del libro analizado, que está lleno de recovecos y sinuosidades y ciertas afirmaciones a veces, que algunos pudieran estimar de misticismo y catolicismo exagerado. Asimismo podrá ver que el grito de alarma no carece de fundamentos por tratarse de un libro del que se ha hecho no pequeña propaganda y es leído por muchos educadores de uno y otro sexo.

Vamos ahora, para terminar y dar una idea de conjunto, a hacer breve síntesis, a lo cual es preciso añadir que esas ideas naturalistas y de laxitud moral encuentran el terreno bien preparado por los enemigos de la Iglesia y tienen su incondicional apoyo, como todo lo que conduzca a relajar la vivificante y tónica austeridad de la doctrina y costumbres netamente cristianas, y es para ellos axioma indiscutible que la corrupción de las costumbres es puñal que hiere en el corazón a la Iglesia de Cristo y la llevará al sepulcro. La funesta influencia de estos imponderables es ya conocida y apreciada por no pocos católicos, pero todavía son bastantes los que no se dan o no quieren darse cuenta de ella y se dedican a la entrenida y lucida labor de cazar, manga en mano, vistosas y policromadas mariposas.

Por eso ahora al dar una idea de conjunto de nuestro análisis haremos breve resumen de lo dicho anteriormente. En él, y hasta donde sea posible, procuraremos darle carácter constructivo añadiendo a la crítica e impugnación de lo que no debe ser lo que, en nuestro modesto sentir, conviene que sea.

El libro, como queda dicho, es rico en detalles, observaciones, referencias de hechos oportunos y no exentos de relativo interés y expuestos con soltura, desahogo y excesiva confianza en el propio criterio y desmedidos afanes de universalidad y uniformidad, queriendo aplicar a todos los centros de educación lo que él ha visto en alguna Corporación docente, donde quizá dé buenos resultados, llegando a escribir en el prólogo: «Réstanos indicar a quiénes dirigimos estas páginas. Generalmente a todos los institutos de educación católica. -A los colegios de religiosos y religiosas—A los internados más que a los externados—A los centros de estudios de Facultad—A las residencias católicas—A los seminarios diocesanos—A las casas de formación de religiosos».

Las orientaciones generales son vagas, confusas, incongruentes unas veces y contradictorias otras, irreflexivas y atrevidas en ocasiones, vacilantes e inconsistentes de ordinario, a causa de tener por base casos particulares en vez de principios observados y analizados frecuentemente muy superficialmente, sin ahondar en su aspecto psicológico y saltando desahogadamente por encima de las reglas de la lógica. Sus ideas favoritas que aparecen con carácter básico y como propulsoras de cuanto se dice en el libro son muy pocas, quizá no pasen de media docena, carentes de trascendencia científica, a las cuales da una importancia desmedida sin justificado motivo, pues sólo son verdaderas hasta cierto punto y determinado sentido y que, en la forma y extensión con que están aplicadas, son erróneas, opuestas a las ideas fundamentales y prácticas de la tradición educadora católica y reprobadas por León XIII en su encíclica *Tametsi futura* (1900) y rechazadas por la razón

natural y el sentido común, pues ve que, si una máquina bien engrasada se recalienta, no marcha mejor privándola de los engrases, sino que se abrasa, como más adelante demostraremos. He aquí las sapientísimas palabras de un párrafo del pontificio documento.

«...La síntesis de esas ideas puede decirse que se reduce a la idea madre de considerar la educación como un período de la vida en que los jóvenes deben pasar rodeados de comodidades, satisfacciones, diversiones más o menos mundanas, contactos, más o menos enervantes y peligrosos con otros jóvenes del mismo o distinto sexo, y para ello muchas vacaciones y salidas del colegio, el menor aislamiento posible del mundo, sus goces, deportes variados y pocas privaciones y sólo las absolutamente necesarias..., de suerte que los alumnos gocen de tanto bienestar que se encuentren felices en el colegio. Es decir, suprimir el concepto racional y cristiano de que la educación es un período de formación, vigorización y *endurecimiento* espiritual para las inevitables luchas, contrariedades, peligros y malas sugestiones de los enemigos del alma.

En otros términos, se pretende una educación cristiana sin Cristo, que a eso equivale querer suprimir la Cruz, que como en la referida Encíclica dice León XIII es *«estandarte perpetuo y ejemplar» de todo verdadero cristiano»*.

Estos embrollos y resbalones educadores del autor comentado se derivan de que escribe a la moderna preocupándose más de los detalles volanderos, de los hechos deleznables y del abigarrado y superficial casuísmo que de los principios básicos y de los razonamientos sólidos y fundamentados. Un libro que aspira a echar abajo los procedimientos e ideas fundamentales de la educación tradicional católica y sustituirlos por otros modernos, si no por él inventados, al menos por él propuestos para su aplicación, nada menos que a todos los centros educadores católicos sin excluir los noviciados de las Ordenes religiosas masculinas y femeninas, y no se preocupa de concretar bien los fines fundamentales de la educación ni si el educando

es un ser inocente y puro, sin tara alguna de pecado, o, al contrario, es un ser redimido y purificado de una mancha de origen que ha dejado en su naturaleza propensiones e impulsos a la rebeldía y al desorden, lleva en sí mismo la tacha de superficialidad y de orientación objetiva paganizante: porque distintos han de ser los procedimientos en uno y otro caso. Un alimento puede ser óptimo y de provecho para un sano y ser perjudicial para un enfermo. Por eso sin esas ideas directrices y orientadoras previas y bien concretadas, el libro carece de garantías de acierto y por necesidad será embrollado, confuso y pródigo en contradicciones e incongruencias y no exento de graves errores.

En lo substancial, la educación es la preparación o formación para la vida en general, si se trata de educación general, o para determinado género de vida, cuando de educaciones especiales se trata. Así las normas que han de seguirse al educar para hacer un buen pintor no son las mismas que para hacer un buen músico; porque sabido es que el fin determina los medios, por lo cual en cualquiera sistema de educación debe tenerse en cuenta siempre y en todo el fin a que se dirigen los actos que se practiquen para ello. En general ¿qué es la vida del hombre sobre la tierra? Nos lo muestra a todos la experiencia cotidiana, nos lo narra la historia de todos los tiempos y nos lo dice de manera clara y precisa la Sagrada Escritura: «militia est vita hominis super terram», la vida del hombre es ininterrumpida lucha sobre la tierra, esta es la nota común a todo género de vida, sea el que sea, y oriéntese en la forma que se oriente y vívase en la región y estado que se viva; otras notas son distintas y variables, esta es igual e invariable, como todos sabemos.

Y ahora preguntamos: ¿qué hace una nación que no quiera entregarse al enemigo, cuando está amenazada de una guerra o cuando se encuentra en ella? Dos cosas principalmente, prepararse para la defensa y soportar con elevación de espíritu las contrariedades y sufrimientos que sobrevengan. ¿Y no sería una

insensatez o una traición predicar que de ninguna manera se deben aceptar previsoras privaciones y restricciones, ni los jóvenes que han de empuñar las armas hagan penosos ejercicios militares, para adiestrarse en la lucha..., sino que todos alegres y confiados deben vivir su vida tranquila sin preocupaciones molestas de lo futuro?

En estos inconmovibles principios apoyados por la razón, comprobados por la historia y sancionados por secular experiencia está fundamentada toda la pedagogía católica que dió origen a la civilización cristiana, espléndida, magnífica en todos los órdenes de la vida e insuperable en el orden moral, como lo demuestra el que, cuando el mundo moral se ha separado de sus normas por olvido o menosprecio, se ha convertido en un caos donde nadie se entiende, ni es posible la convivencia social para las personas, ricas o pobres, honradas, que aman el orden, la disciplina social, la justicia, el mutuo respeto a los recíprocos derechos, la paz: pues todo lo perturba la piratería moral de alto vuelo nacional e internacional, que vive enquistada en toda clase de regímenes y aborrece todo lo que es o representa disciplina, orden y justicia, por lo cual la sociedad está herida de muerte y marcha a grandes pasos a la anarquía y al salvajismo ilustrado, peor y más de temer que el analfabeto de los bosques.

He aquí las fatales consecuencias a que conducen las novelerías frívolas e impresionistas, el prescindir de los principios inconmovibles y eternos, los indiscretos anhelos de van guardismos y el menosprecio de las santas y salvadoras tradiciones educadoras católicas.

Otro de los fundamentales errores del libro es prescindir de las condiciones del sujeto de la educación; que es algo así como si un sastre al hacer un traje prescindiese de si era para un varón o una mujer, para un niño, un adulto o un viejo: fácil es comprender que en estas condiciones, por experimentado y hábil que sea el sastre, nada bueno puede esperarse de su labor: pues tal puede ser el sujeto que ni siquiera sea capaz

de ella ni en su más mínima parte, como sucede con todos los individuos pertenecientes al reino mineral y vegetal por carecer de facultades sensitivas y racionales; los que poseen éstas, la forma y procedimientos de recibir la educación de que son capaces, los animales y los hombres, varía substancialmente según sus cualidades específicas. Aquellos que sólo tienen sensibilidad, por ejemplo, un caballo, sólo se educan con espuela, freno y fusta, sin ocurrírsele a nadie echarles un discurso ni razones para convencerlos, a los hombres, en cambio, como dotados de sensibilidad y racionalidad deben tenerse en cuenta y utilizarlas convenientemente esas dos condiciones específicas en conformidad con su desarrollo; así no deben usarse los mismos procedimientos con un niño de cinco meses que con un joven de quince años, con un adulto de cuarenta y con un anciano de ochenta. Esto por lo que hace a la edad. Lo mismo y aumentado ha de tenerse en cuenta respecto de la salud. Pues de distinta manera han de ser tratados los enfermos que los sanos: los alimentos que éstos asimilan con facilidad y les nutren y vigorizan, aquéllos no pueden asimilarlos y en vez de nutrirles les ocasionan graves y peligrosas intoxicaciones; y este fenómeno se verifica de manera parecida en el cuerpo que en el alma, por lo cual, siendo la educación el alimento con que ha de nutrirse y desarrollarse el espíritu, es lamentable error prescindir, cuando se escribe de sistemas y normas de educación, de las condiciones y estado de salud espiritual en que se encuentra el sujeto de la educación. Y con toda razón puede decirse que las diferencias fundamentales abismales existentes entre la educación pagana y la cristiana, tienen sus raíces ahí.

La educación cristiana parte del principio de que el educando no está como salió el hombre de las manos de su Creador, inmaculado, puro, ordenado, con las pasiones sometidas y obedientes a la razón, y, por consiguiente, sin instintos e impulsos pecaminosos..., sino caído, deformado por el pecado original, débil y enfermizo espiritualmente a causa de la

división interna producida por la lucha interior entre la parte inferior y la parte superior del hombre, lucha que hacía exclamar a S. Pablo: Siento en mi carne una ley contraria a la ley de mi razón «repugnantem legi mentis meae». El culto y despreocupado escritor ginebrino, Juan Jacobo Rousseau que, aunque estuviese bautizado, era un completo pagano de ideas, sentaba como principio indiscutible que todos los impulsos procedentes de la naturaleza humana son siempre buenos; y, por lo tanto, que no deben ser reprimidos por nadie ni por motivo alguno, puesto que el mal procede de la sociedad y ésta es la que corrompe a los individuos: por consiguiente Emilio (el educando) debe gozar de plenísima libertad sin estar sometido a las imposiciones externas de disciplina alguna y así saldría perfectamente educado. Rousseau pudo formular, aunque no lo hizo una ley parecida a la anteriormente comentada diciendo: «La máxima libertad o indisciplina lleva a la máxima educación». ¡Cuán cierto es que los extremos se tocan!

Con esto queda demostrado que es monumental desacierto escribir un libro dando normas educadoras sin antes precisar las condiciones naturales en que se halla el educando o sujeto de la educación, vamos ahora a aplicar estas ideas generales al caso concreto aquí estudiado.

Podrá explicarse mejor o peor, más o menos razonablemente, en una u otra forma, pero es un hecho, de experiencia cotidiana y universal, indiscutible, que el hombre es un ser espiritualmente debilísimo, enfermizo, propenso a contraer toda clase de enfermedades espirituales, sin resistencias naturales para defenderse de los contagios y sin fortaleza en el alma para triunfar en la lucha contra las pasiones desordenadas, alborotadas y embravecidas a causa de la horrible rebelión de origen, las cuales quieren imponer su tiránico imperio al hombre, sometiendo a los bajos e innobles instintos de la parte inferior humana los elevados, sublimes, divinos anhelos de la parte superior. Y sus acometidas son tan feroces y traidoras que, a poco que se las consienta y alimente, le hacen caer en

repugnantes y hediondos lodazales de los que no puede salir por sus propias fuerzas; es decir, el sujeto de la educación es un ser caído, débil e inclinado al mal desde su adolescencia como se dice en el Génesis, «sensus... et cogitatio humani cordis prona sunt in malum ab adolescentia». Es decir que el joven educando es un cardíaco grave del espíritu al cual es preciso someter al educarlo, a un régimen adecuado, agrádele o no le agrade, cuéstele o no le cueste observarlo (los regímenes de los enfermos producen siempre molestias) si no queremos verle sucumbir, víctima de sus propios egoistas caprichos. Sería criminal y punible crueldad en un médico, dejar morir los enfermos para no molestarlos con el régimen y medicinas necesarios para su curación. Ni para la salud del cuerpo ni para la del alma de los jóvenes educandos es norma racional tomar por *base fundamental* el que estén contentos.

El sistema de gobierno de *panem et circenses* para que los súbditos no molesten es decadente y desastroso en política, en pedagogía es decadente, cruel y catastrófico. Desventurada juventud la que se forma de esa manera y desventurada la sociedad que con ella se formará andando el tiempo. Un par de hijos mimados en una familia son su tormento y su ruina. ¿Qué sucedería en una sociedad donde todos estén formados en esos malos principios? Los naturalistas, los rusonianos, los paganos antiguos y modernos no tocan este substancial punto del sujeto por no encontrarse con dificultades para ellos insolubles; pues el pecado original es ciertamente un misterio (¿dónde no existen para el pobre intelecto humano?); pero un misterio sin el cual la historia de la humanidad carece de explicación racional, todo en ella sería misterio insondable. Véase los caminos por donde discurren ciertos católicos modernos olvidados del consejo varias veces citado, dado por el apóstol San Pablo a su querido discípulo Timoteo de que evitase las novedades de la mal llamada ciencia, que a tantos ha descarriado en la fe.

Cuando se trata de dar normas de educación, es de toda

precisión partir del indiscutible principio de que el educando en general es un ser caído, enfermo y herido al que hay que curar, desinfectar sus heridas y someterle a un régimen y éste resulta siempre poco agradable, pero viene impuesto por la necesidad. Hay que formarle para que pueda realizar todos sus fines en la vida, entre los cuales descuella el moral; y sabido es que el fin determina los medios: el que quiere ser ingeniero tiene que pasarse muchas horas estudiando las matemáticas, el pianista ha de invertir muchas horas tecleando y haciendo ejercicios, el farmacéutico con los aparatos de química:.., prescindiendo de si ello le es agradable o desagradable y molesto. Debe procurarse que el cumplimiento del deber le sea, hasta donde sea posible, grato, pero sin autorizar su incumplimiento para que esté satisfecho. Un orgulloso, un glotón, un iracundo, un lascivo...., tienen gran placer y se hallan muy contentos, si se les permite dar pasto a sus pasiones, pero precisamente en luchar para vencerlas y someterlas a la razón está la virtud, que debe ser el fin e ideal de la educación. He aquí el sólido y racional fundamento del ascetismo cristiano, que siempre ha existido en la Iglesia no sólo autorizado, sino ensalzado por ella: y el origen de las Ordenes religiosas, que desde los más remotos tiempos beneficios tan inmensos vienen prestando a la Religión y a la humanidad, siendo considerado ese género de vida por teólogos y moralistas más perfecto que el de los meros fieles. De ello hablaremos más adelante.

XXX

Los chicos ven más de lo que se cree y desprecian a quienes les halagan indebidamente, y nunca están satisfechos. La disciplina y la justicia son elementos básicos de los buenos colegios. Las desigualdades inmotivadas sublevan a los alumnos. El equívoco místico del humanismo. **Un sencillo cálculo que muestra su incongruencia. Lo de la vigilancia** disimulada: **sus motivos y sus efectos. Lo que sobre ello deben saber los educandos.**

Ahora vamos a hacer una observación que la estimamos digna de ser tenida muy en cuenta por los educadores en los modernos tiempos. Los alumnos, aunque muchas veces se callan, como si de nada se enterasen, ven más de lo que ordinariamente se cree; y, cuando observan esa desordenada e intemperante solicitud, ese afán morboso de complacerlos siempre y en todo para tenerlos contentos y satisfechos, cual pocos mortales lo están, ven en ello segunda intención y bastardos intereses y los más inteligentes no lo agradecen, sino que desprecian y critican esos halagos que estiman poco nobles y muy serviles e interesados. Que es lo sucedido con las modernas democracias con sus intempestivas y ambiciosas adulaciones a los obreros y al llamado pueblo soberano, constituído de ordinario por todos los detritos morales de todas las clases sociales, no por las personas dignas, honradas, laboriosas, ordenadas, pacíficas, amantes del hogar, de la familia, de la patria chica y grande..., que se encuentran en todas las clases sociales, sino al contrario, por los profesionales del alboroto, los disturbios, los enredos, los atropellos, los pescadores en río revuelto, los maleantes, los indeseables..., que tienen la sociedad presente desarticulada, intoxicada, febril y herida de muerte y asomada al abismo de la anarquía; y todos esos degenerados indeseables, desprecian, odian, y hasta se ríen de

ellos, a todos aquellos insensatos, de quienes tantos halagos, tantas adulaciones y tantos mimos recibieron. Ciertos modernos educadores no han escarmentado en cabeza ajena, ni han sacado provecho alguno de esta soberana lección de cosas.

Preciso es no olvidar que son dos las grandes luminarias que alumbran los caminos de la vida no siempre claros para la humanidad caída; la de la razón y la de la fé: y las dos iluminan un mismo punto sin que jamás haya oposición entre ellas, aunque a veces a primera vista parezca que existe tal oposición. Este es uno de esos casos, y la coincidencia es absoluta como al final demostraremos.

Sería insensatez y orgullo sumos pretender los hombres cambiar las leyes físicas que regulan la marcha y los movimientos del mundo físico: pues esto mismo debe decirse de la pretensión de cambiar las leyes morales que regulan los movimientos y marcha del mundo moral. Unas y otras han sido puestas por el Creador, y no son menos complicadas y necesarias éstas que aquéllas; y no es poco ni despreciable para el hombre descubrirlas y justipreciarlas en su verdadero valor: intentar cambiarlas es un caso de perturbación mental producida por enfermedad física o moral, es decir, por un orgullo satánico.

En esta materia existen en los tiempos modernos unas lecciones clarísimas y durísimas, que todavía sangran abundantemente, porque cuando la sociedad muerde el freno, marcha desbocada de precipicio en precipicio no siendo fácil detenerla y que entre en razón, sobre todo, si interviene el ciego sectarismo con sus odios infernales. Esta es la principal y oculta fuerza que sostiene en pie de guerra las huestes revolucionarias anticatólicas y antisociales en pedagogía. Sépanlo algunos infelices católicos, que no concluyen de bajar del olivo.

Yo bien sé que este sacerdote y religioso, y dicho sea en su favor, con sus laxas innovaciones en la vida de los centros educadores no busca de intento la indisciplina de los alumnos, pues repetidas veces la insinúa, y creo honrada y sincera su

palabra; pero no se da cuenta de que, si se aplicasen sus doctrinas, la indisciplina y la relajación vendría necesariamente. Esto aparte de que esos procedimientos funambulescos y de balancín es moralmente imposible llevarlos a la práctica. Así dice que es preciso conservar la disciplina, sin la cual el colegio perdería sus características y se convertiría en una casa: pero al mismo tiempo dice que no se debe reprimir el que los alumnos quebranten el prescrito silencio en los salones de estudios, en las clases y en las filas. Que esto lo dijese un individuo que jamás ha vivido en colegios podría explicarse, pero no así en quien se permite combatir los procedimientos educadores usados en todos los buenos colegios. Partamos del indiscutible hecho de que los chicos toleran pocas cosas injustas, y una que los subleva es la arbitrariedad y la injusticia y el régimen de desigualdad, o sea, que se tolere a uno lo que se castiga en otro de las mismas condiciones. Supongamos ahora que se quiere llevar el silencio sin gran rigor, con disciplina *humana* como dice el cándido Padre, y que en el salón de estudio hay cincuenta alumnos, y que se toleran algunas palabrillas sueltas, v. g. una docena en una hora a cada uno, que es bien poca cosa para los deseos que de ordinario tienen los chicos de hablar. Ahora bien, como en el salón hay cincuenta alumnos todos con los mismos derechos y deseos de hablar, será preciso tolerar seiscientas palabras en una hora o sea diez cada minuto, o sea, que el silencio y recogimiento necesarios para el estudio han desaparecido. ¿Y con esto estarían satisfechos los educandos? De ninguna manera, pues los aplicados desearían menos ruido para sus estudios, los desaplicados dirían y no sin razón, que diez palabras en una hora no era nada para sus reprimidos deseos de charlar y los barulleros, para los cuales el silencio es una tortura protestarían de que se les cohibía hasta no tolerarles más que diez palabras a la hora, cuando ellos para estar contentos y dar satisfacción a su irresistible verborrea, necesitan poder hablar por lo menos unas quinientas palabras cada hora. Y la verdad es que puestos a tolerar no se ve la razón de

que han de ser sólo diez palabras y no veinte. Y eso de que la disciplina debe ser *humana* hállase sometido a criterios muy distintos; para los aplicados es humano el silencio completo y para los trastos es inhumano tolerar sólo doscientas palabras.

Someter una colectividad a un criterio subjetivo es siempre manifiesta injusticia; porque esos criterios por regla general no coinciden y, al imponer uno cualquiera de ellos, se procede con injusticia con los que lo tienen distinto. Concretándonos al caso presente, si se toma por norma reguladora de la disciplina (para ser *humana*) el bienestar de los alumnos, como lo que para unos es bienestar para otros es malestar, si se sigue el criterio de los primeros se es injusto con los segundos, y, si se toma el de los segundos se es injusto con los primeros. Y toda injusticia es siempre reprobable, molesta y engendradora de rebeldías, en ocasiones justificadas. No, la disciplina, que es elemento básico y vida de los buenos colegios, no puede fundarse en el criterio movedizo y muchas veces apasionado e injusto de los educandos, es preciso buscarla un fundamento más elevado, más sólido y más justo. No debe subordinarse ni someterse al gusto de los alumnos, sino los alumnos a la disciplina, que debe establecerse en los colegios para educar bien, no para placer de los educandos. La inversión de valores trae siempre malas consecuencias y es un desorden.

En conformidad con las modernas orientaciones fomentadoras directa o indirectamente de la actual indisciplina social y que proceden del campo enemigo y han sido aceptadas con incomprensible candidez por muchos católicos, expone este despreocupado escritor una teoría absurda, desmoralizadora, la teoría de que la vigilancia en los colegios debe ser disimulada y no muy intensa, por considerarla opuesta a la dignidad de los educandos, llegando al ridículo extremo de decir que debe desaparecer el nombre hasta ahora usado de inspectores y de vigilantes. Siempre el mismo empirismo, el mismo impresionismo, el mismo confusionismo, la misma adulación, la mis-

ma servil adulación a las masas, la ficción, el engaño y la oposición a la disciplina en la práctica, sin perjuicio de sostenerla en teoría.

Eso dentro de la doctrina paganizante rusoniana de que todos los impulsos naturales son buenos puede defenderse, pero dentro de la doctrina de Cristo, que es la luz del mundo moral, es un verdadero absurdo. ¡Desdichado colegio aquel en que los alumnos se persuadan de que no se les vigila y que impunemente pueden hacer lo que se les antoje; en el acto habría desaparecido toda disciplina, sería inhabitable, y habría de cerrarse al poco tiempo; porque sin disciplina ningún colegio ni colectividad alguna puede vivir. Y, si los alumnos están persuadidos de que hay vigilancia e inspección y sus padres lo suponen, desean y exigen, a qué vienen esos paripés, esos disimulos, esas ficciones, esos engaños, siempre odiosos e ineducadores, que hacen inmenso daño a los educandos y los hacen hipócritas, desconfiados y taimados? ¿Por ventura quedan deshonradas las naciones, porque en todas ellas existe policía, cuerpos de vigilancia, para los ciudadanos de las poblaciones, y para los caminos y los campos, guardia civil en España, tribunales de justicia, cárceles, presidios, . . . para evitar toda clase de delitos y conservar el orden y disciplina sociales, y perseguir juzgar y castigar a los trasgresores? No son los encargados de velar por la conservación del orden, ni los nombres distintos con que son conocidos en cada nación, sino los delincuentes y criminales que lo perturban y quebrantan, los que deshonran las naciones. Quizá se diga, que hoy se da gran importancia a la policía secreta: cierto y la tiene de hecho; pero no como sustitutivo de la policía ordinaria y pública, sino como ampliación de ésta, por ser necesaria a causa de las nuevas y ocultas formas de cometerse algunos crímenes, que de otra suerte quedarían impunes con detrimento de la disciplina social y del bien de las personas honradas: pero nótese bien que los delincuentes tienen más antipatía y aversión a la secreta que a la pública: y que, si fuese deshonroso, e indigno para los ciudadanos el que en su

nación exista policía pública lo sería con mucho más motivo el que la hubiese secreta, por ser más francos y nobles los procedimientos de la primera que los de la segunda, los cuales, si no viniesen impuestos por la necesidad de la conservación del imprescindible y para todos provechoso orden social resultarían poco nobles.

Existen ideas de tanta trascendencia en la educación y de tanta influencia en el desenvolvimiento de la vida del hombre que sin ellas la educación es un mito, no una salvadora realidad; y que, si los educadores no las imprimen de manera indeleble en la mente y en el corazón de los educandos, éstos salen ineducados. Entre ellos están las referentes al cumplimiento del deber, sea agradable o desagradable y cueste lo que cueste. Todo educando debe conocer de manera clara y precisa que la sociedad no es una institución meramente humana, sino de origen divino, que Dios, al crear la humanidad, la ordenó a la vida social y que sin el orden social esa vida es de todo punto imposible; así como éste lo es también sin el cumplimiento del deber por parte de todos y de cada uno de los ciudadanos: que los deberes son distintos en cada individuo, según el cargo y puesto que ocupe, siendo todos recíprocos y armónicos, resultando de su cumplimiento el orden y paz sociales, que constituyen la base inconmovible del bienestar de todos, o sea, del bien común: que en toda colectividad organizada los jefes tienen sus especiales deberes entre los cuales está el de la conservación del orden y disciplina colectivos, y, por lo tanto, la vigilancia, para que todos los subordinados cumplan sus deberes recíprocos con lo cual quedan amparados los derechos y el bienestar de todos: por su parte los súbditos tienen el deber de no salirse de las ordenanzas y reglamentos de la colectividad, y ello servirá para evitar mutuos atropellos, y mantener la armonía y paz entre los súbditos y así gozar de inalterable bienestar: y que el cumplimiento del deber no significa debilidad ni humillación, sino superior fortaleza espiritual que ha sido la nota más saliente de todos los héroes de que nos habla

la historia. Esto debe ser conocido y admitido por todos los educandos sin excepción alguna, si las hubiese deben desaparecer en el acto por la expulsión de la colectividad. He aquí la única y sólida base de una franca y noble vigilancia, que repele esas ficciones, esos disímulos, esas hipocresías que subleban a los educandos inteligentes, y con razón son rechazadas por las almas nobles, hállense en periodo de educación o estén fuera de él.

Esta ha sido y es la inconmovible y luminosa base de la educación verdaderamente cristiana y de la cual han brotado personajes y santos, y la espléndida civilización cristiana, incomparablemente superior a todas las que han existido en el mundo, en la cual han figurado por millones los educadores, puesto que todos los sacerdotes y misioneros son esencialmente educadores que han seguido las normas y han ido en pos del divino Pedagogo y Maestro de la Humanidad según le llamaba San Clemente de Alejandría y de cual había dicho San Juan en su evangelio que *era la luz verdadera que ilumina todo hombre que viene a este mundo,* «erat lux vera quae iluminat omnem hominem venientem in hoc mundo.» He aquí el camino: sigamos esta luz salvadora y no caigamos en las tinieblas del paganismo. Jamás nos olvidemos de la valiente máxima de S. Pablo: «Non erubesco Evangelium.» No me avergüenzo del Evangelio.

XXXI

Análisis de una conferencia publicada en un folleto de doctrina paganizante. Cuestiones precisas. La contienda entre clasicistas y no clasicistas. Opinión de S. Agustín. Tendenciosa definición del catolicismo y descripción también tendenciosa de Jesucristo y la Virgen, la verdad no puede ser sustituída por la belleza.

Vamos ahora a analizar con la brevedad posible un folleto cuyo contenido es una conferencia dirigida *a los padres de fa-*

milia y a sus colaboradores en la educación de sus hijos. Como se ve tiene una finalidad trascendental por el público a que se dirige que es nada menos que a los millones de niños y adolescentes que se hallan en el interesantísimo momento de su formación para toda su vida venidera. Asimismo es trascendente el fin, como lo es todo lo referente a la educación de la juventud, o sea la sociedad del porvenir, por lo cual sus efectos en bien o en mal son indiscutibles.

La conferencia fué pronunciada al amparo y bajo la bandera de la defensa de los intereses de la Religión y así parece a primera vista y quizá hasta con exageración en algunos casos; y, sin embargo, (conste siempre, como antes hemos dicho, que nuestras apreciaciones son sólo objetivas, sin referirnos para nada a los propósitos e intenciones del autor) la estimamos contraproducente y perjudicial para los verdaderos intereses del catolicismo, por encontrarse en ella errores de bulto, exageraciones incomprensibles en un escritor serio, defender una mala causa, coacciones morales, orientaciones paganizadoras,... y claro está que nada de esto favorece a la Religión católica que toda ella es verdad, exactitud, sinceridad, ecuanimidad,....

Como aquí sólo nos interesa directamente, pues no queremos dar demasiada extensión a este estudio, lo de las orientaciones paganizadoras, de ella hablaremos con algún detenimiento: pero, para que se vea que no hacemos afirmaciones indocumentadas apuntaremos de paso: 1.º que trata de defender como ejemplar de perfección una ley, no solamente discutible, sino discutida en forma tal que ha dividido hondamente a los educadores españoles; y de ella en una parte se dice que es un *don divino* (vaya hipérbole), en otra «la ley 20-IX-1928 es el mayor beneficio que Dios hizo a la Iglesia española en los últimos siglos» y en otra, *Dios pedirá cuenta un día a los estúpidos y necios que no sólo dejaron infructuosos los talentos recibidos sino que se los dejaron arrebatar sin resistencia*, (es decir no defendieron la ley 20-IX-1928 de Sainz Rodríguez)...

Pero lo más grave del folleto y que entra dentro del tema

de nuestro trabajo, por lo cual lo hemos traído aquí, es indudablemente su orientación paganizadora, lo cual es de suyo gravísimo mal para la educación católica siempre pero de manera especial en estos momentos en que sus enemigos pretenden acabar con el catolicismo inoculándole el virus de la corrupción, para cuyo fácil desarrollo les conviene crear por todos y los más distintos medios dentro de él ambiente naturalista y pagano que le enerve y concluya con la santa austeridad derivada de su espiritualista y salvadora doctrina, de donde nace su incontrastable fuerza y su vitalidad divina.

No han faltado audaces y poco reflexivos escritores que, con el mejor deseo, sin duda, pero con somero conocimiento de la gravedad y dificultad del problema, que se han atrevido a afirmar que no se deben combatir ciertas teorías sociales política, filosóficas, jurídicas. . . , modernas opuestas a la doctrina católica, sino *bautizarlas*; algo parecido intenta este buen Padre, aunque en sentido inverso, para llegar al mismo fin de que no haya dos campos ni lucha entre unas y otras ideas, lo cual suprime las molestias y disgustos de la contienda, trata de paganizar las doctrinas católicas, sino en absoluto y en la teoría, al menos relativamente y en la práctica. Cierto que esto no lo dice el autor de esta manera clara, precisa y ruda, pues esto no puede sostenerlo ningún católico sin faltar a su ortodoxia: este buen señor, como algunos otros católicos, proclaman en alta voz su plena adhesión (y nosotros no dudamos de su sinceridad) a las verdades de la fe católica, y luego, en su afán de vanguardismo indiscreto, sientan proposiciones de orden práctico, cuya compatibilidad objetiva con las demás verdades de la fe no todos la ven, por no tener en cuenta el citado consejo de S. Pablo a su querido Timoteo respecto a la guarda del tesoro de la fe y de evitar novedades profanas: lo cual vamos a demostrar mediante el análisis, copiando, como venimos haciendo, en parte y comentando lo que con indiscutible pericia y habilidad está escrito. Para más fácil inteligencia subrayaremos a veces y otras pondremos entre paréntesis comentarios

breves. Con este mismo objeto haremos algunas observaciones previas acerca de lo que es el folleto y de la forma en que presenta las cuestiones, que ya hemos dicho es hábil y tendenciosa en ocasiones.

En general el folleto está escrito con soltura y audacia y con conocimiento de causa, así como de las circunstancias que lo rodean y el medio en que se mueve, cultivando con gran perspicacia el eufemismo y el equilibrismo, cual si tuviese en una mano la pluma y en la otra el balancín. Si bien es cierto que entre elegantes velos aparecen, de cuando en cuando, las miras particularistas, la afición a las líneas sinuosas, poco en armonía con las convicciones hondas y sinceras y los altos y nobles ideales. Da la sensación de que la obra se ha construído dándose cuenta el arquitecto de los peligros que sus moradores habían de correr y dejando muchas y disimuladas puertas de escape por si fuesen necesarias en casos comprometidos. Ello no pasará inadvertido al avisado lector en los párrafos que vamos a trascribir; pero antes vamos a dar sucinta idea por si alguno de nuestros lectores no lo conociese o lo tuviese olvidado, de un hecho ocurrido en Francia a mediados del siglo pasado; nos referimos a la polémica entablada entre los católicos franceses acerca de si, para aprender en los seminarios los alumnos el latín, era conveniente poner en sus manos los originales de los clásicos latinos saturados de ideas paganas y con escenas de manifiesta lubricidad, o, al contrario, debía acudirse para el aprendizaje de los jóvenes seminaristas a autores cristianos de correcto latín y limpios de ideas paganas y escenas escabrosas impregadas de sensualismo. Entre los primeros figuraban Mr. Dupanloup y los Jesuítas y entre los segundos el abate Gaume y Mr. Louis Veuillot. La polémica repercutió en todo el orbe católico con más o menos intensidad; la Santa Sede nada ha dicho sobre el particular, no ha estimado oportuno intervenir para dirimir la cuestión.

Estos son los hechos cuyo conocimiento creemos conveniente para mejor apreciar lo que más adelante se dirá. Nues-

tra modesta opinión sobre el particular es la expresada por San Agustín en el párrafo siguiente»:

«...Es cierto que estudiándolos (se refiere a los libros clásicos griegos donde había leido que «*Jupiter truena en el cielo y adultera en la tierra*») aprendí muchos buenos vocablos y palabras útiles; pero tambien lo es, que se pueden aprender en otros escritos, que no son tan fabulosos y vanos; y este es el camino seguro que se debe llevar a los muchachos.»

Vamos ahora a analizar los párrafos del folleto donde principalmente laten las corrientes paganizantes, y, por lo tanto, la parte más grave e interesante para nuestro estudio. El mismo autor parece darse cuenta de la gravedad de la doctrina que expone, pues la diluye en varios párrafos donde se habla con desusado lirismo e ideas inconnexas poco coherentes con el titulo y su desarrollo, como el mismo lector podrá observar.

Con el epígrafe. *Contenido de la Relegión católica*, escribe los siguientes párrafos tendenciosos, confusionistas, con verdades recortadas, . . . que sólo la buena intención puede salvar de los resabios de naturalismo, neopaganismo y americanismo que en ellos existen más o menos latentes: «La Religión católica no es una doctrina abstracta, misteriosa, alejada de la vida, sino que, en concreto, es el Evangelio, las Epístolas de S. Pabló, el N. T. íntegro; Cristo, la vida de los santos y la actividad de la Iglesia en los individuos y en las Instituciones.»

«Lo cual significa que el catolicismo *verdad* es la realización vital del os más excelsos, delicados y bellos valores del espíritu» (De suerte que puede existir catolicismo verdad sin Credo, sin Mandamientos, sin oir misa, ni confesarse y sin Cruz redentora, . . , con tal que haya realización de los más excelsos, delicados y bellos valores del espíritu.

Por supuesto que esta vaga condición cada cual la interpretaría a su manera, pues de la excelsidad, delicadeza y belleza de los valores, son muy variadas las opiniones, esta clase de catolicismo la admiten los naturalistas, neopaganos y americanistas...

Por otra parte la realización vital de esos excelsos, delicados

y bellos valores del espíritu son parte de los frutos del catolicismo, la más externa y visible, no el árbol de donde proceden. ¿Podría definirse con verdad y exactitud la vid, diciendo que es los racimos de uvas de ella pendientes o el vino o alcóhol de ellos obtenido? ¿Podría definirse con verdad y exactitud la electricidad, diciendo que es adorno espléndido de los grandes salones, claridad de las calles, el movimiento de los ascensores y de los tranvías, la circulación de los trenes, la telecomunicación la radio, . . . ? De ninguna manera; esos son parte de sus efectos; pero no la misteriosa causa que los produce que es uno de los millones de arcanos de la naturaleza impenetrables para la pobre razón humana, que, como todo lo finito tiene sus límites.)

Luego consagra dos parrafitos a la descripción, con cierto lirismo, de la divina figura de N. S. Jesucristo y su santísima madre.

«El Divino Maestro: inocente y puro, despegado de goces y bienes terrenos, sencillo y humilde en su infinita sabiduría y poder, enemigo irreconciliable de formulismos vanos y de toda hipocresía, avaricia y soberbia, íntegro cumplidor de la voluntad divina, amante del Padre y de los hombres hasta el sacrificio de la propia vida, Maestro, Víctima Inmaculada, Sacerdote Santísimo, Dios-Hombre, síntesis de toda perfección, con un temperamento de equilibrio y discreción inaccesible a los puros hijos de Adán, es la encarnación de todos ellos e ideal del católico.

La Virgen-Madre, *gratia plena*, y las demás figuras señeras del Cristianismo, son imitaciones, siempre, es claro, lejanas, del modelo sublime; pero, al fin, geniales expresiones de belleza espiritual».

(No dudamos de que el ilustrado Padre sabe que la figura de Jesucristo, como dechado de perfección la han admitido muchos impíos, desde luego los modernistas, los neopaganos, los protestantes, los ortodoxos, . . . con lo substancial de ese párrafo están conformes la generalidad de los errores modernos que han intentado armonizar ideologías antitéticas que por

naturaleza se repelen, v. g. el gunteranismo, el hermesianismo, el fideismo, el ontologismo, el americanismo.... y, sin embargo, han sido condenados por la Iglesia. Y por lo que se refiere a «la genial expresión de belleza espiritual» de N.ª S.ª la Virgen María de sobra sabe el autor que en la mitología pagana existen multitud de geniales expresiones de belleza espirituales humanas, que, aunque mentidas nada tienen que envidiar a la *Inmaculada*, si en ésta se prescinde de lo que nos enseña la fe, respecto del pecado original. ¡Inconvenientes del afán modernista de intentar en materia religiosa sustituir la verdad por la belleza! Por consiguiente estos estudiados párrafos nada dicen en descargo de las tendencias del escritor).

XXXII

La ley Sáinz Rodríguez convertida en ídolo; falsedades, incongruencias, infundados supuestos, ficciones, lirismos vácuos a granel atribuídos al enemigo, para defender una mala causa. No es el sentimiento, sino la verdad base de la Religión católica. Las formas literarias son algo muy accidental en la Religión católica.

Otro tanto debe afirmarse de lo que escribe respecto de San Pablo y de la cita de S. Agustín—De Moribus Ecclesiae—interesantísima ciertamente, pero algo larga, por lo cual no la trascribimos y pasamos a otro apartado encabezado con el título, *Preparación adecuada para percibirlo y gustarlo*, (el contenido de la Religión). No pensamos copiar este apartado por ser algo extenso y no querer alargar nuestro trabajo; pero al ir a extractarlo me he convencido de la necesidad de la trascripción para que el lector vea por sí mismo que no es apasionamiento, sino pura realidad el juicio formado de esos párrafos con pretensiones literarias, donde con un tejido de afirmaciones gratuitas, inexactitudes y falsos supuestos se fabrica un

enemigo a su gusto para así fácilmente vencerle. El objeto de este hinchado artificio es demostrar y convencer a los padres de familia, a quienes daba la conferencia, que la ley de Sáinz Rodríguez (Dulcinea de este caballero audaz) es el medio adecuado para llegar a entender y gustar la Religión católica.

«Pues bien: Apreciar *justamente* la excelencia de tan sublimes personalidades; Cristo y sus Santos: conocer y sentir la verdad benéfica de esa celestial doctrina: gustar el sutil y exquisito *psiquismo* de la vida cristiana, sin una oportuna afinación de la inteligencia y un desarrollo apropiado de la *capacidad sentimental*, no es posible. (Así rotundamente, ex cátedra se define una cuestión que ni N. S. Jesucristo, ni sus apóstoles, ni los Santos Padres, ni los teólogos y moralistas, ni los Romanos pontífices de todos los siglos..., no obstante de tratarse de una cuestión de tanta importancia en la vida cristiana que sin élla no se puede percibir ni gustar el contenido de la Religión, no han definido. ¿Se puede escribir esto en serio?). Sigamos.

«Y, a su vez, esa *competente preparación* no puede ser la obtenida en una formación exclusivamente realista o predominantemente científica. (¿Acaso alguien ha hecho esta necia afirmación? Pues entonces ¿a qué traerla aquí? Es que se trata de fabricar un enemigo a su gusto).

«Porque la verdad cristiana *concreta* no es una relación matemática, ni una fórmula química, ni un procedimiento industrial. (¡Oh portentoso descubrimiento!), sino luz, hermosura y armonía de majestad y sencillez, de elevaciones y de humildades enlazadas por la caridad de Dios en Jesucristo, es un contínuo, aunque inefable, comercio de divinidad y humanidad, una prodigalidad de contrastes maravillosamente reducidos a la unidad, y de morales finezas, que cada día se realizan en la intimidad de las conciencias individuales; y esta verdad, sin duda, es menos accesible a espíritus acostumbrados sólo a los cálculos y a las ciencias experimentales, y aún insípida a corazones sólo engolosinados con lo material y pal-

pable o de cualquier modo sensible». (Este gerundiano e incoherente párrafo de resabios modernistas, se dirige al mismo fin que el anterior a crear un enemigo imaginario, al cual atribuye las condiciones e ideas falsas que se le antojan, para luego demostrar fácilmente su falsedad, procedimiento poco noble y menos cristiano. Pero no sólo es incoherente, sino que además es completamente falso, pues atribuye a ciertos efectos por él escogidos lo que corresponde a las causas que él se calla. Por supuesto que al decir lo que no es la Religión cristiana podía haber añadido asimismo con la misma o mayor razón que no es una conjugación, ni la cordillera de los Andes ni la espada de Bernardo el Carpio, ni el caballo de Aquiles, ni un endecasílabo, ni una novela pornográfica, ni un silogismo, ni el escepticismo, ni el racionalismo, ni, . . Y ¿qué diremos de la afirmación a todas luces falsa de la existencia de individuos con la cabeza llena de fórmulas matemáticas y de reacciones quimicas sin gustar de otra cosa a ellas no parecida? Séanos franco el joven escritor y díganos si se ha encontrado en la vida con algún individuo de las condiciones referidas: soy yo viejo, tengo la carrera de Ciencias, llevo más de medio siglo dedicado a la enseñanza en distintos centros educadores y no me he encontrado en mi larga vida ni con uno solo. Fíjese bien, ni con uno solo. Y convénzase de los inconvenientes y peligros existentes en dejarse llevar de la imaginación al escribir de cosas tan serias y respetables, como son todas las relacionadas con la Religión y no preocuparse de la exactitud al escribir.

En este mismo pecado cae al fundar su sofística argumentación en el supuesto absolutamente falso de que en los centros oficiales y privados españoles, antes de la ley de Sáinz Rodríguez, sólo se estudiaban matemáticas, física y química e historia natural, cuando en realidad se daba más tiempo y había más cursos de Letras que de Ciencias; pues había dos o tres cursos de Latín, dos de Francés o Inglés, uno o dos de Geografía, dos de Historia, uno o dos de Retórica y Poética, uno de Filosofía... Conste que con esto no queremos declararnos

en pro ni en contra de la cuestión hoy entablada en torno a los métodos educadores, por las razones en otra parte apuntadas, sino sólo hacer ver lo infundioso y tendencioso del folleto que analizamos).

Y con siniestra obcecación y desenfado sin igual, continúa el autor su labor paganizante acumulando inexactitudes, incongruencias y fantasías, cual si escribiese para Zulús. «Quien durante su juventud se ha saturado *exclusivamente* (ya hemos dicho que no se encuentra en el mundo ni uno solo) de números y de figuras geométricas, células y tejidos, fórmulas químicas y productos de laboratorio, no puede hallarse, *naturalmente*, tan capacitado para comprender las verdades de la fe, que son también verdades del corazón, ni para sentir la virginal y suave belleza del mundo restaurado por Cristo. En cambio, quien ha vivido los hechos sublimes de la historia y ha gustado su hermosura moral hasta sentir anhelos de imitarlos; o leyendo y saboreando las obras cumbres de la literatura y de las demás nobles artes, se ha familiarizado con la rica y variada psicología de tantos seres ideales, abriendo su corazón a todo afecto generoso y delicado, se habrá desarrollado más integralmente y se hallará más apto para apoderarse de la verdad religiosa y moral, que no puede someterse a la experiencia científica ni expresarse adecuadamente con puras relaciones conceptuales, sino que se ha de vivir en lo más íntimo del espíritu, si ha de conocerse cual conviene. Es por otra parte muy cierto que la Religión Católica obra como agente eficacísimo de riqueza y finura psíquica, no sólo por los elementos objetivos que la integran, sino por los dones divinos, ya permanentes ya transeuntes, que facilitan a las almas la inteligencia, amor y práctica de la virtud. *¡Qué penetración, qué nobleza de sentimientos, qué expontánea aristocracia moral se observa en almas cristianas aun infantiles y carentes de toda cultura profana!* Pero a su vez, una conveniente formación en las disciplinas indicadas, confiere al alumno cierta acomodación al espíritu del catoli-

cismo, y facilita así extraordinariamente su comprensión y su asimilación vital... ».

Como es fácil observar, este atrevido y tendencioso párrafo es un embrollo, un verdadero lío semiliterario y semiteológico y una plena contradicción, pues lo subrayado por nosotros anula todo lo demás. Y como nosotros creemos que no se debe afirmar sin probar lo afirmado, ahí van las pruebas. Son varias las afirmaciones gratuitas, sin la menor prueba, y erróneas insinuaciones en la parte no subrayada: 1.ª Que en la Religión tiene más importancia el sentimiento que la inteligencia; puesto que, según el culto autor, los científicos «no pueden hallarse naturalmente tan capacitados para *comprender* las verdades de la fe, que son también *verdades del corazón*, ni para sentir la *virginal y suave belleza* del mundo restaurado por Cristo» como los no científicos. Dar más importancia al sentimiento que a la inteligencia para comprender la verdad es un error opuesto a la razón y a la Religión, es modernismo puro. A esto hay que añadir el ambiente en que se mueve, naturalista, humanístico, paganizante, sin recordar para nada el orden sobrenatural, la necesidad absoluta de la gracia de Dios, que constituye la nota fundamental e imprescindible sin la cual ni las ciencias, ni las letras, ni el sentimiento, ni la inteligencia, ni todos los adminículos humanos de orden natural, carecen de eficacia alguna, todo lo cual se halla encerrado en la sintética frase evangélica, «nemo venit ad me, nisi Pater traxerit illum», nadie viene a mí si no es traído por el Padre, explicada y concretada por S. Pablo diciendo: «neque qui plantat neque qui rigat est aliquid sed qui incrementum dat, Deus», ni el que planta ni el que riega es algo (en la conquista espiritual de las almas), sino Dios que da la vida y su desarrollo.

2.ª Es manifiesto error afirmar que «confieren los estudios literarios cierta adaptación al espíritu del catolicismo» y facilitan *extraordinariamente* su comprensión y su asimilación; pues ello supondría que lo sustancial y trascendente del catolicismo estaba en sus formas literarias y en sus conceptos y expresio-

nes poéticas y no en la verdad de sus dogmas y la pureza, elevación y verdad de su moral inmaculada: esta será una manera superficial, pobrísima y de suma frivolidad, amén de falsa y pagana de definir la Religión católica que es esencialmente verdad, justicia, virtud, orden, disciplina moral..., siendo las formas literarias, como deben serlo en toda obra seria, el vestido, que nunca debe confundirse con el individuo que los lleva; pues un hombre zafio y podrido, puede vestir elegantísimo traje, mientras un sabio y un santo pueden vestir tosco sayal.

XXXIII

Proposición absolutamente falsa, base de toda la conferencia. El autor confunde la ciencia con el lenguaje especial en que se expresa. Elogios hiperbólicos **de los estudios clásicos. Los hechos históricos relacionados con España nada tienen en conjunto de ejemplaridad. Lo mismo ocurre con los de Roma y Grecia fuentes del clasicismo...**

Y para no fatigar más al amable lector y extender demasiado mi modesto trabajo, dejamos otras muchas observaciones que podían hacerse y cosas que podían decirse y vamos a exponer como final del análisis de este folleto que venimos comentando una proposición, que parece imposible esté escrita por un individuo de las condiciones y cultura del autor, y, sin embargo, parece ser el alma del folleto y el fin primordial de su publicación. Copiamos a la letra subrayando lo que estimamos conveniente, para llamar la atención del lector.

«... En cambio, quien ha vivido los hechos *sublimes* de la historia y ha gustado *su hermosura moral*, hasta sentir anhelos de imitarlos; *o leyendo y saboreando* las obras cumbres de la literatura y de las demás nobles artes, se ha familiarizado con la rica y variada psicología de seres tan ideales, *abriendo su corazón* a todo afecto generoso y delicado, se habrá desarrollado

más íntegramente y se hallará más apto para apoderarse de la verdad religiosa y moral, que no puede someterse a la experiencia científica, ni expresarse adecuadamente con puras relaciones conceptuales, sino que se ha de vivir en lo más íntimo del espíritu, si ha de conocerse cual conviene. Si esto fuese verdad y no una fantasía de quien lo ha escrito, la primera consecuencia que de ahí se derivaría es que en todo el mundo civilizado, donde se ha predicado el Evangelio, la inmensa mayoría de los novelistas, poetas, retóricos, oradores de academía y de mitin, políticos, periodistas, historiadores. revisteros, ensayistas, filósofos de más alto o más bajo vuelo, ... serían fervorosos: y, lo contrario, la generalidad de los ingenieros en sus diversas ramas, los arquitectos, artilleros, de Estado Mayor, matematicos, físicos químicos, profesores de ciencias de todas las categorías y rangos militarían en las filas anticatólicas ¿Puede decirse esto con verdad? Quizá lo contrario se aproximase más a ella, al ver la multitud de poetastros y literatuelos que con sus inmundas producciones están envenenando y corrompiendo el mundo joven. El dedicarse al estudio de las ciencias, como ya antes dijimos, o de las letras es de muy relativa importancia en orden a la profesión de la fe católica, mientras no se las saque a las unas y a las otras del lugar y fin que por naturaleza tienen. Ni en el antiguo ni en el nuevo Testamento se habla para nada de eso. Y cuando se presentó un joven a N. S. y le dijo «Maestro, ¿qué debo hacer para entrar en el reino de los cielos? No le contestó: «Vete a Atenas y dedícate unos años al estudio de las ciencias o de las letras, sino guarda los mandamientos y sígueme. Tampoco San Pablo después de su conversión, fué a Atenas, sino al desierto durante tres años para prepararse para evangelizar al mundo.

Demuestra el autor tener un concepto muy pobre y erroneo al reducir la ciencia a una serie de guarismos, figuras, fórmulas,... los cuales son el instrumento para llegar a la posesión de la ciencia, lo cual es algo así como decir que los poetas y novelistas tienen la cabeza llena de reglas, palabras, oraciones cláusu-

las, períodos... y demás elementos adecuados de expresión de las ideas y sentimientos, que artística y convenientemente enlazados han de formar el drama, la novela, el romance la oda... Todo eso son los elementos de expresión o lenguaje que deben ser adecuados al carácter de la obra. Las ciencias tienen sus elemeutos de expresión de las ideas que son los signos, las figuras, las fórmulas, o sea su lenguaje especial, así como la pintura tiene el suyo que son los colores, ... Pero ni los colores son la pintura ni las fórmulas la ciencia. Conviene tener esto en cuenta para lo que más adelante se ha de decir.

Todos saben muy bien, al menos los que conozcan los rudimentos de lógica, que las consecuencias se hallan siempre implícitas en las premisas, por lo cual, si se demuestra la falsedad o error de aquéllas queda demostrado el error de éstas. Pero dejando estas pruebas que pueden llamarse indirectas, vamos a exponer algunas de las innumerables existentes en la materia, y lo haremos con la posible brevedad; pues para hacerlo de todas y con la debida extensión, ello solo formaría un libro.

Hablar un español en estos tiempos de la O. N. U. de la sana ejemplaridad de los hechos históricos en orden a la justicia, la verdad, el derecho, el bien en general, ... es algo inexplicable. Desde luego admitimos de buen grado que existen hechos y personajes históricos dignos de los mayores encomios y de las más cálidas y entusiastas alabanzas, que pueden servir de ejemplo y modelo que imitar para los demás mortales, por lo menos en conjunto y en general, aunque en casos particulares puedan ser discutidos y hasta en parte censurables, y que puedan ser considerados como las flores cuya belleza contrarresta en parte sus otras muchas fealdades y cuyo aroma neutraliza sus hediondeces... Por ejemplo, concretándonos a España, y sus Reyes, efectivamente han existido un Recaredo, un Wamba, un Alfonso VI, un Fernando III, un Alfonso X, una Isabel la Católica, un Felipe II, ... pero los edificantes, gloriosos y confortadores ejemplos dados por éstos y algunos otros

gobernantes, guerreros, sabios, conquistadores, Santos, que nimban magnífica y espléndidamente la historia de España, esta heroica, combatida, calumniada, codiciada e inmortal España ¿qué son al lado de los miles de miles de ejemplos escandalosos, hechos inícuos, procederes canallescos, inmoralidades, injusticias, violencias, atropellos, vilezas, calumnias, expoliaciones, y toda clase de crímenes individuales y colectivos contra la propiedad, contra la vida material y moral en nuestra querida patria realizados a través de los siglos principalmente por los invasores y nuestros enemigos, y, en ocasiones, hasta por sus bastardos hijos, contagiados unas veces por los malos ejemplos venidos de fuera y otras por propio impulso, siguiendo sus perversos instintos? Ciertamente pueden escribirse historias ejemplares, suprimiendo las malas acciones de los más y exaltando las buenas de los menos, pero esto no es verdadera historia, sino una relación de hechos históricos ejemplares.

¿Quién podrá describir ni contar la serie de atropellos, delitos y crímenes cometidos por la soldadesca corrompida y sus jefes de las legiones romanas en los dos siglos empleados en la conquista injusta realizada por la fuerza bruta de España? Y, siglos después, cuando apenas se habían secado las lágrimas y la sangre vertidas por los españoles en la legítima defensa de la Patria, aparece la sombra siniestra de los bárbaros que cual ingente ola arrollaron el podrido imperio romano y se extendieron por toda Europa llevando todo a sangre y fuego sin escrupulizar en los medios ni respetar derechos, sembrando por todas partes la desolación, el exterminio y la muerte. Terminado este período de extrema violencia y cuando los bárbaros habían dejado de serlo y reinaba una paz relativa en la nación, los excesos de un soberano y la traición del conde D. Julián y del Obispo D. Opas y la corrupción de las masas en general abrieron las puertas de la desventurada España y los discípulos de Mahoma e hijos del desierto reprodujeron aumentados los atropellos, los crímenes y las salvajadas de las legiones romanas, y los ejércitos bárbaros y las lágri-

mas y la sangre inocente volvió a correr por España. Y, por fin, vino la invasión napoleónica, en la cual al lado de algunos triunfos militares sufrieron los invasores vergonzosas derrotas materiales y desde el punto de vista moral la invasión fué un verdadero desastre, pues utilizaron las innobles armas del engaño, la ficción y la hipocresía desde el principio y las siguieron usando hasta el fin, y la ambición y codicia del déspota francés y de sus ejércitos ocasionaron tan ignominiosos actos de injusticia y bandidaje que lejos de ser ejemplos que imitar, fueron escandalosas indignidades dignas de toda execración.

Por lo que hace a los individuos es preciso, si hemos de ser justos, dividirlos en dos grupos, uno compuesto por el ejército, el clero y el pueblo que cincelaron a fuerza de sacrificios, valentía, dignidad, fe y heroismo la epopeya más gloriosa y ejemplar que registra la historia, y el otro formado por los dirigentes, los políticos, los intelectuales, los sectarios y los cándidos (tanto en este como en el otro grupo hay excepciones) éstos, a su vez, escribieron su pequeña epopeya, la epopeya de la ignominia y del baldón; pues el traidor es siempre un ser despreciable, deshonrado y cubierto de lodo. De suerte que para que sirva de ejemplo nuestra gloriosa epopeya del Dos de Mayo, hay que cubrir con un velo y apartar los ojos, no sólo de los atropellos, profanaciones religiosas y morales de los invasores, sino también de la odiosa y repugnante conducta de los traidores a su patria. De donde resulta que es muy relativa la ejemplaridad de los hechos históricos laudables y gloriosos a causa de ir de ordinario rodeados y unidos a otros francamente reprobables y escandalosos, cuya influencia sobre el hombre caído es superior a la de los primeros: Para apreciar con justeza esa influencia es preciso tener en cuenta lo que dice la Sagrada Escritura en el libro del Génesis: «Cor et sensus hominis prona sunt in malum ab adolescentia sua», que nuestro pueblo libremente y con indiscutible ingenio traduce en el refrán: «Todo se pega menos la hermosura»: lo cual a su manera se ve comprobado en que, si ponemos una manzana podrida entre un cen-

tenar de sanas y frescas, no recobra su anterior frescura, y en cambio, si se la deja algún tiempo irá pegando su corrupción a las sanas. Por consiguiente, eso de «Haber vivido los hechos sublimes de la historia y haber gustado su hermosura moral hasta sentir anhelos de imitarlos», que nos dice el respetable autor, es pura fantasía sin el menor asomo de realidad y de verdad, malamente utilizada para demostrar lo indemostrable.

Miradas las cosas con criterio, amoral, oportunista, ajurídico y religioso, o sea, pagano la historia del Imperio romano posee indiscutibles y grandiosas bellezas, pero, si la estudiamos con neto criterio cristiano la perspectiva es muy otra y el juicio formado es diametralmente opuesto. La belleza física es la misma para todos por basarse en la materia, que es la misma para todos, téngase el criterio que se tenga, pero la belleza moral que es de la que aquí se trata, es cosa más delicada y compleja y se basa en valores espirituales, que son producto de muy variados factores y de principios, leyes y verdades de orden espiritual, que están muy por encima de los sentidos y de todas las facultades sensibles, que la razón serena, la voluntad pura, la conciencia limpia deben dominar y dar la orientación en conformidad con esos principios, leyes y verdades. Y de aquí el que la apreciación y el juicio formado varíe, según el criterio, sea pagano o cristiano, por ser completamente distintos los principios leyes y verdades y elementos que los forman.

Desengáñese el rezagado defensor del clasicismo que como elemento educador para quienes tienen ideas verdaderamente cristianas, es decir, aman a Cristo y su ley y con arreglo a ella quieren vivir, no es elemento educador y de ejemplaridad ni la historia de Roma ni la de Grecia y menos la mitología, ni la de otro pueblo alguno; pues, por cada caso de ejemplaridad que levante el espíritu a la serena y pura esfera de la virtud, aparencen en frente de él una docena de escandalosos, manchados por las bajas pasiones humanas, la ira, la soberbia, la lascivia, la avaricia, la envidia, el rencor, la intemperancia, el odio, el

desorden, la injusticia en cualquiera de sus innumerables formas que brutalmente le empujan a las bajas y hediondas regiones del vicio y de la injusticia.

En confirmación de nuestro aserto vamos a citar un solo caso tomado de la historia de Roma, pueblo eminentemente clásico y que tan de cerca nos toca, por ser el castellano hijo del latín. Y para que no se nos pueda decir que nuestro espíritu cristiano nos lleva a la exageración, vamos a copiar algunas frases y juicios formados por Suetonio, que vivió del 70 al 140 de nuestra era y fué secretario de Adriano, en su obra los doce Césares, que a falta de otros méritos literarios, es por todos reconocida como imparcial.

Comencemos por decir que de los doce biografiados no sé si llegarán a un par los que merezcan el honroso título de modelos y ejemplares que imitar, y, en cambio, la mayoría llevaron el vicio y el escándalo hasta la monstruosidad y a veces hasta el ridículo y la locura.

El mismo Julio César, murió *brutalmente* asesinado en una conspiración por no poder soportar el pueblo los excesos de su satánica ambición. De él dijo Curión en un discurso, con espantosa frase epigramática de escandaloso realismo: «Què era el marido de todas las mujeres y la mujer de todos los maridos». No se puede decir frase más injuriosa. Y lo peor es que no estaba desprovista de todo fundamento. ¿Qué diremos de Tiberio, Calígula, Nerón, Vitelio, y otros, sino que eran fieras salvajes cubiertas con imperial púrpura? Del primero dice Suetonio que su avaricia carecía de límites, su crueldad era espantosa por los refinamientos de las torturas a que sometía sus desventuradas víctimas; y de su inaudita lujuria nos da idea el hecho de haber creado un cargo palatino con el título de «*Intendente de los placeres*». Un solo hecho nos basta para juzgar de la horrenda inmoralidad de Calígula y es que no se contentó con abusar brutalmente de sus tres hermanas, sino que además las prostituyó entregándolas a sus amigos». Al lado de esta repugnante infamia, el acto ridículo de haber

querido nombrar Cónsul a su caballo de carreras, «Incitatus» carece de importancia.

Nada decimos de su crueldad porque de ordinario, la lujuria y la crueldad van del brazo. De ese feroz chacal, que tuvo por nombre Nerón, que iluminaba las calles de Roma quemando los cuerpos de los mártires cristianos, puede afirmarse que batió el récord, como ahora se dice, de la crueldad en los miles de inocentes víctimas de su satánico furor contra todo lo que no era de su agrado. En este monstruo se cumple lo preinserto de que la lascivia y la crueldad no suelen separarse. Cohabitó con su misma madre dándole después muerte, así como también a dos mujeres Popea y Octavia. Castró, un joven tomándolo luego por esposa y lo vistió con las ropas de las emperatrices... Aquí se hermanaron la lascivia, la crueldad, la necedad y la locura. Y, para que ningún aspecto de la criminalidad faltase en esta bestia feroz coronada, acusó villana y cínicamente a los cristianos de haber sido los autores del incendio de Roma que por orden suya se había verificado para darse el placer insensato de reproducir estúpidamente el incendio de Troya descrito en la Eneida.

Aunque no perteneciente a la famila de los Césares, ocupó su puesto de emperador de Roma el corrompido e imbécil Vitelio, si bien es cierto que no gobernó él realmente, pues estaba a merced de los caprichos de gente envilecida y especial mente de su liberto, Asiático con quien se hallaba íntimamente unido con escandalosa amistad desde su juventud impúdica.

No continuamos revolviendo más en este nauseabundo y asqueroso lodazal por consideración al estómago del lector. Es de notar que estos criminales murieron criminalmente para que ni en la muerte brillase en ellos los resplandores de la justicia. ¡Oh! «*la hermosura moral de los hechos sublimes de la historia*» de que nos habla el autor. ¿Es posible tanta y tan grave obcecación...?

El estudio y conocimientos de estas bajezas y porquerías ¿deben ser considerados como edificantes y confortadores ejem-

plos o como desedificantes y demoledores escándalos para la impresionable fantasía, débil corazón y flaca voluntad de la irreflexiva juventud, ávida siempre de aventuras y novedades?

Y si la historia de Roma tiene estos caracteres, ¿qué deberá decirse de la de Grecia, que es su progenitora y modelo, de la cual oportunísima y gráficamente decía, como antes hemos visto, S. Agustín: «Es cosa averiguada que Homero fingió todas estas cosas (trasladar a los dioses las flaquezas de los hombres): pero fué siempre atribuyendo divinidad o haciendo dioses a unos hombres viciosos y malvados, para que los delitos más enormes no pareciesen tales; y para que se juzgase que cualquiera que hiciese aquellas maldades no imitaba a unos hombres perdidos, sino a unos dioses que habitaban en los cielos». Los estudios clásicos podrán ser lo que se quiera menos, desengáñese el clasicista religioso, *«hechos sublimes» de hermosura moral que preparen al educando para sentir la belleza virginal y suave del mundo restaurado por Cristo»*.

Y esta triste verdad de que la historia, lo mismo antigua que moderna, de pueblos de civilización rudimentaria que de los de civilización avanzada, de ideas absolutistas o democráticas, con este o aquella forma de gobierno, con predominio de la cultura, de lo literario o lo realista..., no constituya un modelo puro que imitar, nace del estado de la humanidad: es que ésta no se encuentra en las condiciones con que salió de las manos del Creador. La tragedia del Paraíso, la caída original, es ciertamente un misterio para la limitada razón humana; pero un misterio sin el cual la historia toda de la humanidad se convierte en una serie de misterios inexplicables y de absurdos opuestos a la razón humana. Por eso es desatinada la conducta de los paganos y neopaganos que, por no querer admitir el dogma católico del pecado original, cuya comprensión está fuera de los alcances o de la esfera de la humana inteligencia, como otras muchísimas verdades del orden natural y sobrenatural, hecho muy natural dada la limitación de todas las facultades humanas, se ven precisados a admitir una mul-

titud innumerable de absurdos contrarios a la razón para explicar los acontecimientos que constituyen la historia de la humanidad caída. Por lo tanto es incongruente el proceder de los paganizantes que, por prudencia de la carne como la llama San Pablo, soslayan las verdades de la fe y huyen de los dogmas, sin atreverse a afrontar los problemas religiosos con la valiente sinceridad de los Apóstoles que, como decía S. Pablo, predicaban a Jesucristo crucificado, escándalo para los judíos y locura para los gentiles, y andan por caminos escabrosos y extraviados intentando el imposible de fundir la luz con las tinieblas, cayendo para ello en flagrantes absurdo, como los que vamos reseñando.

Para que los ciegos idólatras de todo lo moderno y aborrecedores, también ciegos, de lo antiguo no puedan decir que todos esos males de los antiguos Césares han sido remediados por las modernas democracias, vamos a demostrar con la brevedad posible, que la historia de éstas no es más ejemplar que la de aquéllos, y por consiguiente desde el punto de vista educador, tampoco prepara para sentir «*la virginal y suave belleza del mundo restaurado por Cristo*». Puede decirse que el espíritu que informa y da vida a las democracias modernas es el de la revolución. No nos interesa discutir aquí si el espíritu revolucionario, característica de la época actual, encarnado en la gran revolución francesa, madre y prototipo de todas las demás revoluciones que a ella han seguido en todas las naciones, trajo a la sociedad un número de bienes mayor que el de males o viceversa: tenemos nuestra opinión formada sobre ello, pero a nada conduce en estos momentos exponerla aquí, ni lo creemos pertinente al estudio que estamos haciendo.

Dícese que en cierta ocasión Platón daba una fiesta a la cual acudió Diógenes, el cínico; y, al entrar en la sala confortablemente alfombrada y amueblada, donde se verificaba la reunión, dijo, *cínicamente:* «Calco Platonis fastum» a lo cual replicó Platón: «Calcas, sed alio fasto». Y hubiera podido añadir que era de peor índole que el suyo. ¿No podría decirse algo parecido

de las democracias modernas que venían a destruir los males y abusos de los regímenes antiguos, pero que traían otrosmales y abusos de peor condición que aquéllos? Sea lo que fuere de la historieta y de su aplicación, lo indudable es que el espíritu de la conocida revolución francesa y de todas las que se han seguido, lo mismo en España que fuera de ella, ha ocasionado tantos atropellos, tantas injusticias, tantos delitos, tantos crímenes, robos, profanaciones, inmoralidades, incendios, asesinatos, sacrilegios..., que nadie, si es persona honrada y menos si es religiosa, puede poner tales hechos y los criminales que los realizaron como ejemplos de moralidad a los jóvenes educandos. La brutal irreligiosidad y criminalidad de los rojos españoles son de todos bien conocidas y por la mayoría de los católicos y personas de orden sufridas nada vamos a decir, pues están en la memoria de todos, todavía sangran; y todos verán que nada tienen de *sublimes* ni pueden ponerse como modelo de virtud y perfección para formar una juventud laboriosa y cristiana. Por lo cual nos vamos a limitar a hacer breves indicaciones acerca de la revolución francesa, que, como dicho queda, ha sido la madre y el modelo de revolución de las demás naciones. Y de ésta sólo apuntaremos los hechos que ponen de manifiesto que es substancialmente ineducadora y escandolosa y consiguientemente su previo conocimiento no prepara para sentir y comprender las bellezas del catolicismo, sino todo lo contrario, fué desde su principio opuesta radicalmente en ideas, hechos, procedimientos y hombres al catolicismo.

Comenzó por la llamada declaración de los derechos del hombre, lo cual es ya una equivocación fundamental, pues las sociedades no se reforman reclamando derechos, sino cumpiendo deberes; pues los derechos y los deberes son correlativos, y, si todos los hombres cumpliesen bien todos sus deberes, todos los hombres serían respetados en todos sus derechos; y, en cambio, de nada sirve proclamar derechos, si después no se cúmplen los deberes correlativos, como aquí sucedió;

pues, habiendo proclamado el derecho de todo ciudadano a profesar la religión que mejor le parezca, se perseguía a muerte, se encarcelaba y se asesinaba brutalmente a honrados ciudanos por tener ideas católicas. Resultando tal proclamación una farsa indigna y deshonrosa. El verdadero reformador y salvador de la sociedad no inició su gigantesca obra por la declaración de los derechos del hombre, sino recordando a todos el cumplimiento de sus recíprocos deberes. Pero esta insinceridad, que hace despreciables a quienes la practican, resulta cosa de poca monta al lado de aquella inmensa de salvajismo, irreligión desenfreno moral, de criminales atropellos en la propiedad, en el honor, en la dignidad, en el hogar y en la vida de las personas honorables, a las cuales se les negaba el agua y el fuego y eran perseguidas como animales dañinos sólo *por el gran crimen de no ser criminales,* o sea, revolucionarios. Y esto, aunque merecido, no es insulto por mí inventado; Bakunín más tarde ha afirmado que «era preciso acostumbrarse al crimen, *pues los criminales eran los únicos verdaderos revolucionarios.* En cambio, una impúdica meretriz fué colocada e incensada en un altar de la catedral de París, donde se realizaron actos de tan asquerosa lubricidad que no escribimos por no manchar el papel, colocándola en unas andas y sacándola luego en ridícula e impía procesión. La libidine y la impiedad no pueden ir más allá. Y para que nada afrentoso, criminal y antirreligioso faltase en esta revolución, fueron escandalosamente profanados más de dos mil templos en Francia, convirtiéndolos en clubs antirreligiosos e inmundos cabarets: la Asamblea ordena la persecución y encarcelamiento de las personas sospechosas (las amantes del orden social cristiano y la disciplina social) y luego la autoridad municipal (la *commune*) consiente el asalto a las cárceles por las turbas criminales, donde saciaron su sed de sangre inocente verificándose las famosas y horrendas matanzas en que perecieron brutalmente asesinados más de mil trescientos ciudanos inocentes, entre los cuales se hallaban unos doscientos sacerdotes. Estos

actos de execrable barbarie fueron copiados en Provincias contándose por miles las inocentes víctimas. Luis XVI fué guillotinado por ser Rey de Francia y la desventurada María Antonieta por sospechosa. Con este criterio jurídico el asesinato entra en la categoría de la legalidad.

He aquí la gran obra de un pueblo separado de la Religión, de la moral y del derecho cristianos capitaneado por los indeseables Robespierre, Danton, Marat, Talleyrand, Desmoulins..., y otros malhechores de más baja estrofa, pero no mejores intenciones; hasta el mismo Napoleón, figura preeminente de aquella época y en la historia de Francia, que barrió aquella inmundicia que asfixiaba a Francia, y en lo político, y sobre todo en lo militar, era figura destacadísima, no es un modelo que se pueda poner de ejemplo que imitar a los educandos, por su conducta privada, su gobierno absorbente y despótico y sus ocultas inteligencias y complacencias con los *imponderables* de la Revolución, según se desprende de lo escrito por Taime. Glorioso vencedor en centenares de batallas contra los enemigos materiales exteriores y mísero vencido en las batallas interiores del espíritu contra sus desenfrenadas pasiones.

Y nada más decimos respecto del particular para no alargar demasiado nuestro trabajo y por estimar más que suficiente lo dicho para dejar demostrado nuestro tema con toda claridad; pues no creemos exista viviente que se atreva a afirmar que los hechos narrados son «*hechos sublimes de hermosura moral que abra el corazón a todo afecto generoso y delicado*» como afirma el candoroso o apasionado Padre. Y, si esto último puede afirmarse con verdad respecto de los hechos históricos, ¿qué deberá decirse de los narrados en la literatura, especialmente en la sección de novelas, donde por una que no sea perjudicial para los jóvenes en su período educador se encuentran ciento o mil que, por una razón o por otra, lo son y algunas y para ciertos educandos en grado extremo, aun de las que no entran en la categoría de pornográficas. De éstas

debe decirse con toda razón que constituyen el tóxico moral moderno de la juventud que le envenena el alma y le destruye el cuerpo y que, si se las dejase circular libremente, no habría raza por vigorosa que fuese que no degenerase hasta acabar con ella, y el mundo se convertiría en repugnante lazareto de degenerados, imbéciles o locos. La razón de que en este período de la vida las novelas, aún las óptimas, que en otra época de la vida pudieran ser provechosas, en la actualídad no los on, es que en este género literario, de ordinario predomina la imaginación y se sobrepone a la realidad, y la vida humana la forma un conjunto de realidades, no siempre agradables, y no un tejido de placenteras fantasías; y el fin de la educación es preparar la juventud para la vida que nos da la realidad y no la imaginación del novelista, por lo cual se corre el peligro de malograr el fin sacando seres inadaptados, que andan por el mundo en choque contínuo con todos; porque el mundo real no es el que su loca fantasía, sobrescitada por las novelas, se había forjado. Esto aparte de que los estudios serios sufren lamentables quebrantos. Por eso en los buenos colegios se vigila con esmero las lecturas de los educandos para que todo vaya bien ordenado y cada cosa en su tiempo. ¡Cuántos jóvenes de uno y otro sexo han depravado o por lo menos se han hecho desgraciados por haber dado en su período educador más importancia a la imaginación que a la realidad!

XXXIV

La lectura de las obras cumbres de la literatura. **¿Cuáles son? Modo de apreciar esas cumbres. Los eximios fundadores de Ordenes Religiosas ¿qué dicen sobre el particular? Y de la filosofía ¿qué debe decirse...?**

Sin duda la perspicacia y buen sentido del autor le han hecho ver los peligros de las lecturas de imaginación y acaso el no

haber visto en las bibliotecas de los noviciados de su Orden ni una sola novela ni buena ni mala, han hecho que diga *«leyendo y saboreando las obras cumbres de la literatura»;* mas esta limitación nada resuelve en ningún concepto. En primer término; ¿quién ha de determinar la altura de las obras para ver si están entre las de categoría cumbre, o no? Pues de todos es sabido que las opiniones son muy variadas y de gustos se ha escrito mucho, pero nada definitivo. Mas como la cosa es tan absurda y tan rara no vamos a perder tiempo en detalles. Es de suponer que entre las obras cumbres no faltarán la Odísea de Homero, la Eneida de Virgilio, el Quijote de Cervantes, la Celestina de Rojas, el Fausto de Goethe..., y otras. Y ahora preguntamos: ¿Puede escribirse en serio que la lectura de estas obras y otras a ellas parecidas es «preparación adecuada para percibir y gustar el contenido de la Religión católica? ¿No resulta (objetivamente) verdadera injuria, un sacrilegio para la Religión católica, poner como camino y atrio para llegar a su conocimiento y gustar de sus enseñanzas las fábulas, no siempre honestas de escritores paganos o cristianos? ¿Es que se cree que la Religión es una fábula humana y no una realidad divina? ¿Qué puntos de contacto puede haber entre la Religión católica, toda verdad, toda sinceridad, orden, disciplina, rectitud, equidad, pureza, horizontes infinitos, serenidad sublime, elevada ecuanimidad, rectitud, realidad suprema... con las obras humanas de la literatura humana donde la invención, la fantasía, la ficción y hasta el error y la mentira tienen lugar, y a veces preferente y preeminente, los caminos tortuosos y las sendas torcidas, los horizontes limitados, siempre mezquinos, aunque a nuestra ingénita pequeñez parezcan grandes, la falta de limpieza moral y espiritualidad en algunos casos, que en otros llega a franca inmoralidad y aún a escandalosas obscenidades y grosero materialismo, los enredos y simulaciones, los apasionamientos, hipocresías, el ambiente mundano o pagano en que se desenvuelven todos los acontecimientos y el criterio pobre, hu-

mano y positivista con que suelen apreciarse, la sobrescitación, alboroto y desordenados impulsos y movimientos de bajas pasiones, etc., etc. . . ? ¿No es esto pretender fundir la luz con las tinieblas, a Cristo con sus irreconciliables enemigos, mundo, demonio y carne? Qué se diría de quien para ir a San Sebastián, París y Berlín, tomase billete para Cádiz, Ceuta y el Sahara? De estos absurdos hablaremos más en concreto en la síntesis doctrinal con que pensamos terminar nuestro trabajo. Mas antes de pasar a hacer rápidas notas a otros escritores cuyas ideas estimamos paganizantes (hablamos siempre objetivamente, guardando el mayor respeto a las personas y sus intenciones), nos vamos a permitir hacer a este que es religioso una pregunta muy sencilla y de fuerza probatoria aplastante.

Si los estudios clásicos tienen todas esas virtudes por él asignadas para apreciar justamente la excelencia de tan sublimes personalidades: Cristo, la Virgen y sus Santos, conocer y sentir la verdad benéfica de esa celestial doctrina: gustar el sutil y exquisito psiquismo de la vida cristiana. . . «en suma, constituyen» la preparación adecuada para percibir y gustar el contenido de la Religión católica; ¿cómo es que a ninguno de los eximios fundadores de Ordenes religiosas que tanto, tan sinceramente y con tanta abnegación buscaban el conocimiento, el sentimiento, la práctica y la difusión del contenido de la Religión, y para ese objeto fundaban con no pequeños sacrificios sus respectivas Ordenes religiosas se les ocurrió establecer un noviciado previo literario, donde se empapasen los aspirantes en la lectura de las obras cumbres de los clásicos antiguos y modernos, para «capacitarse para comprender las verdades de la fe y *«sentir la virginal y suave belleza del mundo restaurado por Cristo»*, o por lo menos, ordenar la lectura de sus libros con insistencia y perseverancia y detenimiento durante todo el tiempo del reglamentario noviciado que existe en todas las Ordenes religiosas? No hay que olvidar que entre los fundadores existen figuras de tanto relieve intelectual y moral como San Agustín, S. Jerónimo, S. Benito, S. Isidoro de Sevilla, San

Bernardo, S. Francisco, Sto. Domingo de Guzmán, S. José de Calasanz, S. Ignacio de Loyola, S. Vicente de Paul, S. Felipe Neri, S. Juan Bosco... Y lo mismo puede decirse de los cientos de Generales, muchos de ellos eximios en ciencias y virtud, que a través de los siglos han ido sucediéndose en el gobierno de las Ordenes y Congregaciones. Es más, no sólo no está ordenado sino prohibido durante el noviciado la lectura de los clásicos antiguos y modernos, aunque sean obras cumbres, con el fin de concentrar la atención en las verdades de la fe, lo mismo de orden dogmático que moral y en la vida de N. S. Jesucristo, divino modelo de toda santidad y perfección, y así salir mejor formados para después difundirlas por el mundo en bien de la sociedad en parte hoy todavía pagana y en parte paganizada.

Suponemos que esta repulsa general de varones tan destacados en ciencia y santidad modere sus descentrados e indiscretos entusiasmos por los estudios clásicos que le han conducido al absurdo de ponerlos como adecuada preparación para comprender y sentir la espiritualidad del catolicismo, que es una religión divina.

En cuanto a lo que dice acerca de la filosofía, dentro de ciertos límites puede admitirse, si se trata de una filosofía de determinadas condiciones, pero no si se refiere a la filosofía en general; pues el noventa por ciento de los errores modernos, sociales, políticos, económicos, jurídicos, morales y religiosos, son hijos de la llamada filosofía moderna que ha ido a desembocar en el irracionalismo a través del racionalismo y al escepticismo, que es su lógica consecuencia y la degradación de la misma inteligencia.

Por desgracia este ambiente pagano y positivista, aunque donde más irreparables daños puede causar es en el campo de la educación, no es sólo ahí donde está ejerciendo su nefasta influencia que viene ya invadiendo, en mayor o menor grado, todas las manifestaciones de la vida tanto individual como colectiva, y de ahí la complicación y agudización de todos los

problemas de orden moral de la sociedad moderna y las dificultades, a veces insolubles, para su resolución. Es que faltan las intensas corrientes de espiritualismo netamente cristiano necesarias para renovar y purificar el ambiente de esta sociedad moderna, pletórica hasta la congestión de vida material. Ahóndese en cualquiera de los problemas hoy planteados en la sociedad moderna y se verá que se enfocan y quieren revolverse con criterio pagano, *prácticamente* pagano, pues se prescinde en absoluto de las normas derivadas del concepto cristiano de la vida; es decir, se procede y obra, cual si la Religión fuese un mero traje de etiqueta, con que se ha de asistir a los actos del culto en la Iglesia. Y se ha difundido en tales proporciones y los contagiados son tantos que, si alguno se permite en una reunión cualquiera sentar las normas cristianas referente al caso allí ventilado se le tacha de necio y exagerado e inadaptado al medio moderno sin darse cuenta o desconociendo los que así se expresan que caen de lleno en errores condenados por la Iglesia católica fundada por Cristo para velar, entre otros fines, por la pureza de la doctrina por El enseñada. Es más condenados por la misma razón natural; pues ésta nos muestra clara y terminantemente que las máximas y normas divinas de Jesucristo no son las que han de adaptarse al medio moderno, que es obra de los hombres, que es humano, sino viceversa, los medios de todos los tiempos, que son siempre humanos deben adaptarse a las normas divinas; lo cual expresa S. Pablo con la claridad y energía en él habituales diciendo: «Si todavía agradase a los hombres no sería siervo de Cristo. Si adhuc hominibus placuissem non ero servus Cristi».

XXXV

Explicación de raros procederes. Egregia figura de San Pablo según el Evangelio. San Pablo visto por un paganizante desde el Olimpo. Cúmulo de irreverentes y necios desatinos acerca de San Pablo, incomprensibles en un escritor católico.

Para que se vea que el error cunde haremos breves observaciones a algunas frases aisladas de otros escritores católicos; pues que los anticatólicos las escriban y pronuncien nada tiene de sorprendente ni extraordinario, ya que están conformes con su heterodoxa ideología; y es hoy bien conocido, aunque no de todos los que debieran conocerlo para organizar convenientemente la defensa, que el sectarismo internacional tiene muy bien montada su máquina de guerra para las luchas de ideas que preceden y acompañan a las guerras de las armas, según hemos demostrado en opúsculo reciente titulado *La lucha entre el Catolicismo y la Revolución mundial.* Es más, creemos que los autores católicos de escritos paganizantes, son víctimas más o menos inconscientes de la red hábilmente tendida por el sectarismo internacional. Porque sólo así tienen explicación ciertas ideas en tales individuos, que en otro orden de cosas son lógicos y perfectamente honorables.

Todo hombre culto y más si es cristiano, conoce la figura gigantesca de S. Pablo, su vigor intelectual, su austeridad moral, su ardiente y abnegado celo por la difusión de la doctrina evangélica y de la verdad en general, su invicta fortaleza de espíritu, su sereno y abnegado valor en las luchas de las ideas, su humildad, su sinceridad y seriedad en todos sus actos. Era, en una palabra, el hombre elegido por Dios para predicar el Evangelio a los gentiles y difundirlo por el mundo; y, cuando Dios elige a un individuo para un fin determinado le adorna con todas cualidades y facilita los medios para su desempeño adecuado.

Asimismo es bien conocida la emocionante escena del camino de Damasco con cartas de la Sinagoga para llevarse presos a Jerusalén todos los cristianos que allí encontrase. Dios piadosamente le impide aquella mala acción derribándolo del caballo que montaba, con un resplandor que deslumbra sus ojos corporales y alumbra los de su espíritu, oyendo a la vez misteriosa voz que le dice. «¿Saulo, Saulo, por qué me persigues?». A la cual él sin ver a quien le hablaba, respondió: «Quién eres Tú»—Yo soy Jesús a quien tú persigues: dura cosa es para tí dar coces contra el aguijón. Señor, ¿qué queréis que haga?—Vete a Damasco y pregunta por un siervo mío llamado Ananías y él te dirá lo que has de hacer. Al mismo tiempo ordenaba Dios a Ananías, jefe de los cristianos de Damasco que fuese a ver a Saulo, el cual estaba ya convertido y por lo tanto nada tenía que temer; pues ese mismo es el elegido para llevar mi nombre y anunciarlo delante de todas las naciones; y de los reyes, y de los hijos de Israel, y yo le haré ver cuántos trabajos tendrá que padecer por mi nombre.

Pues bien, este sencillo y trascedental relato, donde se ve el poder infinito de la mano de Dios y su piedad y ternura sin límites, nos hace ver que S. Pablo es indiscutiblemente, en cualquier aspecto que se le estudie, una de las grandes figuras del nuevo Testamento y su obra apostólica gigantesca.

Veamos ahora la descripción que de esta egregia figura evangélica hace un escritor católico en una revista católica que lo contempla y estudia desde Olimpo en colaboración con sus dioses y a través del prisma del clasicismo. Copiamos a la letra, sólo los paréntesis y subrayados son nuestros.

«Pablo se había indispuesto seriamente con la familia de Júpiter; presto tendría que pagar las consecuencias; un poco más tarde las divinidades del Olimpo las pagarían a su turno de una manera más trágica, pues Pablo acabaría por triunfar en toda la línea.

Muy pronto hubo de ser desterrado del Olimpo: Marte desató contra él sus iras en una lucha de titanes. Neptuno lo hizo

naufragar y lo sepultó un día y una noche en lo profundo de sus abismos; toda esa feral conjuración había sido urdida por Plutón, el dios del infierno. El conflicto con Diana de los efesios, cuya majestad era venerada por el Asia y mundo universo no era sino un episodio en aquella contienda apocalíptica...

En Atenas, antes de su estancia en Efeso, se había llevado un chasco penoso; el humorismo ático le había hecho blanco de sus dardos; aquella gente, amiga de novedades destruyó el efecto de su elocuencia *con una sonrisa de sabor volteriano.* Pablo esta vez parece sufrir miedo ante el ridículo, y abandonó Atenas...

El apóstol era un enamorado de la aventura que consiste en correr desalado en pos de lo incierto, en pos de algo que no excluye la muerte, pero que también puede traer consigo caudal de triunfo, de gloria y también de heroísmo. Es el vivir peligrosamente, pero sin ser arrollado por el peligro; el sacar lances a la muerte en un circo en el que son espectadores Dios, los ángeles y los hombres. Y el apóstol sale con vida, y cuando en Listra lo sepultan los judíos bajo una lluvia de piedras y lo creen muerto, Pablo se mueve debajo de aquella mole y abre un túnel, por donde escapa para proseguir en su *tarea de aventurero* sin esperanza de enmienda. Pablo supo, como nadie, experimentar la intensa emoción de haber jugado muchas veces la vida sin haber tenido el disgusto de perderla, sino solamente cuando fué tiempo y hubo comprendido que de algo era necesario morir.

... Ahora quiere darle (al paganismo) un golpe en la cara haciendo que ese paganismo le lleve gratis hasta Roma: comerá y viajará a costa del paganismo; Júpiter mismo creará un cuervo que le habrá de sacar no sólo los ojos, sino el corazón.

Ese gracioso donaire no era difícil para *el ánimo altamente picaresco del apóstol*: todo se reducía a ir a Jerusalén, alborotar a los judíos, hasta el punto de que él mismo tuviera que parar en la prisión, y luego en una causa que ya tenía ganada, apelar al César...

En Jerusalén comenzó entonces «la historia del cautivo»: verdadera *tragicomedia* de la que Pablo sale siempre maltrecho, pero triunfante y sus opositores maltrechos y abochornados... Después de una amenísima travesía, hecha de valde, llega el apóstol a Roma; ya le pueden dar libertad y de hecho se la dan; Pablo no necesita estar preso, sino cuando es menester hacer un largo viaje y no tiene recursos para hacerlo a costa del propio bolsillo. Al llegar a la Ciudad Eterna prorrumpe en una carcajada delante del palacio del César...».

Ahora nos permitimos preguntar: Quien no conozca a San Pablo más que por esta fotografía sacada desde el Olimpo, ¿qué idea se formará de él? Seguramente la de que era aventurero a la alta escuela, un pícaro afortunado y hábil en toda clase de enredos, un truán inteligente e interesante y un osado de gran talento natural..., todo menos la egregia figura de San Pablo austera, abnegada, viril, de rectitud y sinceridad inquebrantables, de alma grande y dispuesta a todos los sacrificios por Cristo, que lo había detenido en su funesta carrera de perseguidor de la Iglesia, le había perdonado sus pasadas y enormes faltas, había iluminado su inteligencia para conocer los errores propios y las verdades y misterios divinos, purificado y fortalecido su flaco corazón con los especiales y poderosos auxilios de la divina gracia para llevar a cabo con sacrificios sin límites empresas sobrehumanas en la difusión del Evangelio..., es decir, el apóstol de las gentes formado por Cristo para llevar su nombre a todas las naciones, como anunció el Señor a Ananías. Es de advertir que San Pablo, por regla general, tiene la admiración, pero no las simpatías de los modernistas innovadores en materia religiosa y de todos los que están en continua comunicación espiritual con ninfas, ondinas, silfides y dioses que, como Júpiter, «*truenan en el cielo y adulteran en la tierra*». Es que su entereza doctrinal, su sinceridad y su austeridad intelectual y moral les da en el rostro y tácitamente reprende su frivolidad espiritual y sus orientaciones paganizantes

Sólo así se explica lo que este mismo autor dice en el párrafo titulado, *La clave del enigma*, absurdo y desconcertante naturalismo en un católico: «San Pablo no es el protagonista en su vida católica; su figura es demasiado modesta para desempeñar papel principal. El se contenta con hacer *el papel de bufón del Rey;* y Cristo, protagonista verdadero se divierte con las ingeniosas salidas de su bufón.

En fin de cuentas, la caballería andante que profesa Pablo es una orden especial inconfundible, que tiene sus privilegios y singularidades. A juzgar por el contenido de sus epístolas, Pablo es, a veces, *asno en que cabalga la gloria de Cristo;* a veces polluelo que, descansando sobre las alas de esa águila que es Jesús, sube a alturas inmensas. Esa es la tragedia de Pablo. . .

No seguimos copiando, pues lo preinserto es más que suficiente para ver que todo el trabajo está escrito con criterio absolutamente naturalista pagano; pues, aunque algunas veces al final del artículo babla de la divina gracia lo hace de manera incidental y accidental sin influir substancialmente en la formación de la persona y desarrollo de su vida, ni en la ordenación y realización de todas sus actuaciones apostólicas, como se desprende de la lectura del nuevo Testamento; por lo cual en este trabajo no aparece en su propia y gigantesca figura, sino en monstruosa y ridícula caricatura, en la cual es imposible reconocer, no ya la soberana personalidad del apóstol de las gentes, al auténtico S. Pablo, sino ni siquiera a Saulo de Tarso.

Suponemos que, si el autor de la conferencia a los Padres de familia y amigos de la enseñanza, antes analizada, hubiera leído este trabajo no se hubiese atrevido a escribir que el clasicismo y la lectura de sus obras cumbres dispone para apoderarse de la verdad religiosa y moral «y que es preparación adecuada para percibir y gustar el contenido de la Religión católica».

XXXVI

Un libro de inmensa propaganda y por lo tanto sospechoso. «La Incógnita del hombre» de Carrel. ¿Murió Carrel católico? La Incógnita es un libro muy peligroso por su confusionismo. Carrel pretendía sustituir el mecanicismo por el humanismo, no era espiritualista, sino antimecanicista. Para Carrel, Dios era un ser sublime, pero abstracto e ilusorio. Ningún católico puede elogiar las doctrinas religiosas de Carrel. Hechos y principios básicos de la educación.

Un libro de insólita propaganda.

¿«La incognita del hombre» de Carrel, puede ser leida por todos impunemente?

A fines del año 1944, en una revista católica apareció un artículo, firmado, con el título *Alexis Carrel*, el cual comenzaba con el siguiente párrafo. «El 5 de Noviembre falleció en París el Dr. Alexis Carrel. Días antes comunicó la prensa su extrema gravedad y la noticia de que el genial biólogo francés había pedido y recibido los santos sacramentos. Con la muerte de Carrel desaparece, no sólo una de las figuras culminantes de la ciencia, sino que también *el espiritualismo pierde un esforzado capitán*. En la vanguardia de esa brillante legión de sabios y de intelectuales que desde hace algunos lustros rectifican la línea materialista y atea de las generaciones de científicos que les precedieron, Alexis Carrel ha prestado inestimables servicios al pensamiento religioso contemporáneo, sobre todo en los últimos años de su vida en que sus tesis espiritualistas *desembocan ortodoxamente en el orden católico*, (subrayamos y seguiremos subrayando nosotros). Su posición científica y religiosa ante el mundo moderno está injertada en las raíces más puras de ese fenómeno impresionante que preside la filosofia de la historia de nuestro tiempo: la vuelta a la Igle-

sia católica, después del divorcio iniciado en el Renacimiento y fructificado en la Enciclopedia de la «élite» de la cultura».

Nada sabemos con certeza respecto de la conversión de Carrel y con toda el alma nos alegraríamos de que la noticia anterior fuese un hecho real, porque de corazón deseamos el bien a todos nuestros semejantes sin distinción de clases, nacionalidades, razas, ideas. . . , y ninguno mayor que morir en gracia de Dios, en el seno de la Iglesia. No porque la verdad de la fe católica gane ni pierda con que mueran profesándola uno o muchos sabios más entre los millones de distintas categorías que han muerto profesándola. La verdad de la fe católica está muy por encima de la cultura de quienes la profesan: Es siempre la misma, sean sabios o ignorantes, griegos o romanos, indios, chinos, africanos o europeos los que en ella vivan. En cambio, afirmamos de manera rotunda que su *espiritualismo* sólo puede ponderarse mirándolo con criterio plenamente pagano, pues, estudiado con criterio netamente católico, es la antítesis del verdadero espiritualismo cristiano, como vamos a mostrar con lo que dice en su obra «*La Incógnita del Hombre*». Obra de la cual se ha hecho una difusión y propaganda nunca vista en los libros publicados por escritores católicos, lo cual conviene tener en cuenta. Carrel era médico especializado en biología, donde gozaba de justa reputación, por sus interesantes trabajos en la materia: pero la obra a que nos referimos no es de carácter técnico de esa especialidad, ni puramente científica, sino más bien un estudio de carácter filosófico-social para lo cual todos se creen capacitados, sin fijarse en su espiritual delicadeza y su enorme complejidad, de ahí el que los puramente científicos, cuando se meten a filosofar, de ordinario, caen en vulgares y lamentables errores. Un ejemplo clásico en la materia es el de Berthellot, astro de primera magnitud en química y que se metió a filosofar y en filosofía no pasaba de vulgar y deleznable aerolito. Algo de esto ha sucedido a Carrel, aunque en grado distinto e inferior por carecer de la personalidad científica de Berthellot.

«La Incógnita» es un libro peligrosísimo en la época actual, a causa de las corrientes naturalistas y acristianas o paganas que tratan de torcer y desvirtuar el concepto cristiano, netamente católico, así como de difundir el morboso afán de vanguardismo creyendo que con ello se van a sugestionar los anticatólicos y vendrán al seno de la Iglesia; y tratan de ensanchar sus puertas para que por ellas puedan entrar sin el menor tropiezo, aun los que vengan cargados con el enorme fardo de prevenciones y falsedades contrarias al catolicismo, cooperando a la funesta formación de ese ambiente religioso y moral semicristiano y semipagano, que tanto se va extendiendo y a tantos va contaminando, los cuales no ven inconveniente en armonizar los intereses de Cristo con los de sus enemigos el mundo y la carne y encender una vela a Dios y otra al diablo, lo cual equivale a pretender fundir la luz con las tinieblas contra lo escrito por S. Pablo, y supone el olvido de lo dicho por el Maestro de la humanidad, Cristo-Jesús: «arcta est via quae ducit ad, vitam et pauci qui inveniunt eam»; es estrecha la vía que conduce a la vida y son pocos los que la encuentran y siguen.

«*La Incógnita del Hombre*» es un libro confusionista e ilógico, en que se usan expresiones católicas con significado anticatólico y se sientan premisas verdaderas sacando de ellas consecuencias falsas y todo ello mezclado y revuelto con indiscutibles verdades de orden científico, filosófico, moral, social. . ., y ello hace que quienes lo lean sin la preparación adecuada se alucinen y caigan en graves errores.

Sólo así se explica decorosamente lo escrito por el firmante del artículo que comentamos. Aunque desde puntò de vista distinto ese confusionismo explica la benevolencia con que la obra ha sido recibida por el sectarismo internacional y que ha hecho subir la difusión en proporciones insólitas, llegando su venta a la fabulosa cifra de 250.000 (doscientas cincuenta mil) ejemplares en francés, a la cual han de añadirse los vendidos en otros idiomas a que se ha traducido, que también hacen una suma no pequeña. Como se ve esto es algo desmesurado

y anormal en libros de esta índole, y, por lo tanto, digno de tomarlo en cuenta para no ser sorprendidos, máxime tratándose de un asunto que nada tiene de claro.

En nuestro deseo de reducir las páginas de nuestro libro pensábamos dar en extracto las peregrinas afirmaciones y cálidos y entusiastas juicios del articulista, aunque el artículo no es largo; pero tomando en consideración la importancia de la revista en que se ha publicado, el interés del tema, el caer plenamente dentro del asunto en nuestro trabajo ventilado, la fuerza probatoria que de suyo tiene y las circunstancias actuales que aumentan las fundamentales rectificaciones de que creemos debe ser objeto, nos ha hecho modificar la opinión y copiar a la letra algunos párrafos en la forma, bien que abreviada, que lo hemos hecho en los demás trabajos analizados; así se verá con toda claridad la justeza serena de nuestras observaciones y afirmaciones.

En el párrafo epigrafiado *Campeón del espiritualismo* dice: «Al lado de múltiples trabajos científicos de inapreciable valor en el campo de la Biología, Alexis Carrel escribió dos libros «La Incógnita del hombre», y «La plegaria», en los que se plantean los problemas del hombre y de la religiosidad de nuestros tiempos.

Para Carrel la civilización contemporánea se encuentra en crisis... Al extraordinario avance de las ciencias no ha seguido el del espíritu... Se ha llegado a divinizar de tal modo la ciencia, que el *hombre, supremo rey de la creación,* se ha convertido solamente en un objeto de estudio y experimentación sacrificado a la voracidad de cada disciplina...

Carrel proclama la vuelta al estudio del hombre. La humanidad debe abandonar la primacía de la máquina y de la *materia inanimada* para prestar atención *al cuerpo y al alma humana*». Las ciencias de la materia *inerte,* dice, han hecho progresos inmensos, mientras que las de los seres vivientes permanecen en estado rudimentario; por eso es necesario liberar al hombre del cosmo creado por el genio de los físicos

y científicos... Para Alexis Carrel la tarea que incumbe a nuestro tiempo es la de rectificar la obra renacentista que encadenó al hombre a la Naturaleza y a la Ciencia...

«Sólo una doctrina espiritualista, *obra de una minoría adelantada*, que tiña con su sentido al mundo moderno, puede llegar, concluye Carrel, *a la reconstrucción del hombre*». (Más adelante veremos de qué clase de religiosidad, espiritualismo, liberación..., habla Carrel).

El párrafo siguiente y último va encabezado con el título, «*El Creyente*». «Toda la vida de Alexis Carrel está presidida por el *signo del espíritu*. (Ya veremos hasta que punto puede hacerse esta afirmación y su exactitud). En los días de su iniciación en la medicina, allá en el hospital de Lión, se enfrentó por primera vez con el milagro, y tuvo la valentía de desafiar la crítica de toda una asamblea de médicos y los prejuicios de un ambiente materialista, al proclamar una curación milagrosa de Lourdes.

Una madre angustiada se presentó un día a Carrel con un niño que se había fracturado una pierna. El médico reconoció la herida. La parte inferior de la pierna colgaba muerta sostenida sólo por los músculos; el hueso estaba partido y podrido y dejaba de parte a parte un hueco de tres centímetros. Carrel expuso su opinión; no había remedio y era preciso amputar la pierna. La madre preguntó, si debía llevar el niño a Lourdes. El médico para no quitarle la esperanza, asintió. A los pocos días se presentó ante la Asamblea de Médicos de Lión. Comunicó el hecho científico, la rotura y la podre del hueso. Toda la Asamblea, unánimemente dió el caso por perdido. Entonces Carrel presentó al niño, que en la gruta de Lourdes había quedado completamente curado. La Asamblea no se dignó siquiera ver el fenómeno y el médico fué expulsado de su seno. Ocho años después Alexis Carrel ganaba el premio Nóbel.

Es conveniente leer con atención lo que vamos a subrayar pues en ello verá el lector claramente el confusionismo, la desorientación y el criterio naturalista y paganizante que adopta

el articulista para encomiar un libro de criterio acristiano y pagano y terriblemente paganizante por la forma que está escrito, como antes hemos indicado.

«A pesar *de que hay algunas afirmaciones en «La Incógnita del hombre» que pugnan en parte* (no en parte sino completamente) *con la teoría católica* y la obra está escrita casi sin referencias a la Iglesia, por toda ella laten unos *sanos y profundos principios religiosos.* Se exalta *poéticamente* el espíritu místico y ascético del catolicismo, al que considera el biólogo como la más elevada forma de la *actividad religiosa:* se elogian las instituciones de la Iglesia: se reconocen, pero siempre desde un plano abstracto la elevada función de la religión católica. . .

«Una extraordinaria atención dedica Carrel al milagro, que admite *como un hecho científico irrefutable,* sobre el milagro ha dejado escritas páginas imperecederas: El milagro se caracteriza principalmente por una extraordinaria aceleración de los procesos de reparación orgánica. *La única condición para que el fenómeno se produzca es la plegaria.* Pero no es necesario que sea el mismo paciente el que rece, ni siquiera que tenga fe religiosa. Basta que alguien en su derredor se halle en estado de oración. Estos hechos son profundamente significativos. . . Prueban la importancia objetiva de las actividades espirituales que los higienistas, los médicos y educadores han dejado de estudiar y que *abren al hombre un mundo nuevo».*

Son tan graves las observaciones que hemos de hacer a este infundioso, indiscreto y pernicioso párrafo para la causa católica que nos duele en el alma vernos en la precisión de hacerlas; pero nos creemos en la obligación moral (unicuique mandavit Deus de proximo suo) de salir a la defensa de la verdad y de la Religión, impugnando franca y resueltamente, aunque sólo siempre en su aspecto objetivo, salvando siempre las intenciones subjetivas, a las corrientes paganizadoras que están invadiendo el campo católico y que tantos males pueden causar y de hecho causan en las almas sencillas y poco prepara-

das en estudios religiosos; pues se va creando un ambiente acatólico o pagano, donde algunos, guiados por una prudencia que S. Pablo llamaba de la carne, a sentar principios neopaganos que el catolicismo verdadero rechaza de plano, como «los tiempos van cambiando y evolucionando y los católicos no pueden permanecer inmóviles; hay que convivir con todos, las ideas deben ser siempre respetadas; la edad moderna no es la edad media; las puertas de la Iglesia deben estar siempre y para todos abiertas. . . ;» con otra serie de frases hechas y difundidas por los enemigos de la Religión para corromperla y destruirla, plenas de confusionismo para cazar incautos y dividir las huestes católicas, las cuales no sufren el más ligero análisis; pues todos sabemos que los tiempos cambian, pero la verdad es inmutable, y en tiempo de Adán tres y dos eran cinco y el todo mayor que una parte, y hoy siguen siendo lo mismo: ciertamente la edad moderna no es la misma que la edad media, y sin embargo las leyes astronómicas, las físicas, las químicas, las biológicas, las morales y las cosas todas de importancia la tierra, el mar, el hombre, en lo substancial siguen siendo los mismos y, si alguna variante hay, es en lo accidental, las personas deben respetarse; pero sus malas doctrinas combatirse, según decía S. Agustín «*diligite homines et interficite errores*» . . . , por lo cual es una incongruencia acudir a estos vagos y tendenciosos aforismos para demostrar lo indemostrable y apoyar un absurdo, como son las teorías naturalistas, paganas y modernistas; pretendiendo adaptar la sublime e inconmovible doctrina divina, la doctrina de Cristo, a las invenciones humanas, rastreras, volubles, inconsistentes y fomentadoras de la disolución, el error y el vicio, en vez de modificarse y adaptarse éstas a aquéllas para quedar dignificadas y elevadas y así ceder en bien de la humanidad caída.

En primer término hemos de confesar ingenuamente que no nos explicamos cómo un escritor católico puede decir, que Carrel «sobre el milagro, ha dejado escritas páginas im-

perecederas». Pero, si Carrel no admite el verdadero milagro, sino al contrario, admitida la descabellada teoría del biólogo francés, todos los milagros realizados por N. S. Jesucristo y los Santos pierden su valor probatorio de la divinidad de la Religión católica; puesto que las curaciones milagrosas, según Carrel, no son obras de Dios, sino de la naturaleza (lo cual armoniza con su ideología, pues era ateo, como luego verá el lector) sin la menor intervención de Dios. Basta que en derredor del paciente, que puede ser un incrédulo, se halle alguno *en estado de oración*, para que se produzca *el fenómeno*, que se caracteriza por una extraordinaria aceleración de los procesos de reparación orgánica, lo cual *prueba la importancia de las actividades religiosas humanas,* no la intervención divina. Todo esto no pasa de un fenómeno fisiológico raro, el cual de milagro sólo tiene el nombre.

De nuevo repetimos que no nos explicamos cómo un católico, por poco versado que esté en estudios teológicos, puede entusiasmarse con estos enredos de *actividades religiosas* y *estados de oración,* que trascienden a incredulidad y naturalismo pagano; pues le bastaría asomarse al diccionario y ver lo que se entiende por milagro: «*Acto del poder divino superior al orden natural y a las fuerzas humanas*». Todo esto huelga para Carrel; le basta que haya *extraordinaria aceleración en los procesos de reparación orgánica y un individuo cerca en estado de oración, sea moro, judío, pagano o cristiano.* ¡Y del autor que escribe estas... cosas se afirma por un escritor católico que «sobre el milagro ha dejado escritas páginas imperecederas»!

Al principio hemos dicho que ignoramos cómo murió Carrel y que deseamos haya sido dentro del catolicismo; en cambio, no dudamos que era ateo cuando escribió «La incógnita del hombre» y que este libro desde el punto de vista religioso es detestable por las razones antes apuntadas, pues el anticatolicismo larvado es más peligroso que el franco, como es más peligroso y aborrecible el enemigo que acomete por la es-

palda que el que lo hace de frente y con la visera levantada.

Es cierto que en el citado libro se exalta poéticamente el espíritu místico y ascético del catolicismo, el cual considera como la más elevada *forma de actividad religiosa*; pero no hay que confundir la virtud pagana de la actividad religiosa con la verdad de la religión católica. Se elogian las instituciones de la Iglesia, pero desde el punto de vista humanístico y filantrópico. Se reconoce la elevada función de la religión católica; pero con ese mismo criterio naturalista y desde el punto de vista social: y esto es algo así, como elogiar a un médico por sus muchas obras benéficas, mas no su labor profesional, no por ser un buen médico... Nada de esto es verdadero catolicismo, muchos impíos famosos han hecho elogios parecidos: esto es naturalismo católico, o paganismo respetuoso para la Iglesia como fundación humana, no como fundación de orden divino del Redentor del género humano.

Cierto que en «La incógnita del hombre» se habla de Dios. del espíritu, del alma, pero no por eso puede llamársele enfáticamente por un católico «*Campeón del espiritualismo*»; puesto que el espiritualismo de Carrel es absolutamente pagano, el cual es sólo una caricatura del verdadero espiritualismo cristiano, mera ficción y engaño. Realmente Carrel es ateo, no admite la existencia real de Dios, puesto que afirma que Dios es un *ser sublime e ilusorio como la abstracciones matemáticas y las ideas de Platón;* y lo abstracto no existe en sí, sino sólo en la mente de quien realiza la abstracción, y lo ilusorio carece de toda realidad. Por consiguiente, para Carrel Dios es una palabra, un mito, una ficción no una realidad: luego es un verdadero ateo; y si se le quiere conceder el título de creyente, será sólo *mitológico,* olímpico o pagano. Afirmación suya es también y de carácter básico en la materia que «la razón ha barrido todas las creencias religiosas». Y para que se vea que lo de las *actividades religiosas* de que habla varias veces son mera hoja de parra para cubrir su absoluto ateísmo y que su espiritualismo no es cristiano sino pagano, afirma también que

«las actividades espirituales pueden producir modificaciones anatómicas y funcionales de los tejidos y de los órganos» o sea, curaciones milagrosas. En otros términos, que éstas proceden de la naturaleza, no de la acción de Dios; y en consecuencia nada prueban en confirmación de la verdad de una doctrina, carecen de valor; y Jesucristo, al mandar a un paralítico que cogiese su camastro y se fuese a su casa, en prueba de su divinidad, desconocía la lógica y faltó abiertamente a ella. ¿Y de un escritor y de la obra donde estas cosas se dicen un católico hace grandes elogios consignando que «por toda la obra laten *sanos y profundos principios religiosos»? ¿Ubinam gentium sumus?* Y por si no fuese suficiente lo dicho para demostrar la sinuosidad y confusionismo de la ideología de Carrel y de que su espiritualismo es de pega y pagano, dice en otra parte que «una reacción espiritualista sería más funesta que el materialismo, que es preciso derribar»: ¿está claro? Y aquí no se trata de resabios de antiguas ideas, sino de ideas y sentimientos que se viven y de un anticristianismo larvado y de guante blanco.

Nos habla en «La incógnita del hombre» de minorías adelantadas y del espíritu, que están llamadas a liberar la civilización moderna del agobiante mecanicismo, estudiar al hombre completo, al alma y al cuerpo y llevarle a Dios.

Pero de que sirven estas frases de teatral y capcioso espiritualimo, si luego resulta que, como ya hemos dicho, para el biólogo francés, Dios es un ser ilusorio o una abstracción sin realidad objetiva; y en otra parte nos dice que «realmente el cuerpo y el alma son dos vistas del mismo objeto tomadas por métodos distintos. Y ¿a qué viene este embrollo y esta ficción y qué se proponía con ello Carrel? No lo sabemos, pero es indudable que su sinceridad no queda bien parada acudiendo para fines ocultos a este lenguaje equívoco.

Para nosotros la ambigua y falsa posición del autor de «La incógnita», despojada de equívocos, ficciones y artilugios, hállase en pretender que prevalezca la biología sobre la mecá-

nica, sustituyendo el materialismo mecanicista por el materialismo humanístico, tan falso el uno como el otro y ambos opuestos al verdadero espiritualismo cristiano. «Las ciencias de la materia inerte, dice Çarrel, han hecho progresos inmensos, mientras que las de los seres vivientes permanecen en estado rudimentario; por eso es necesario liberar al hombre del cosmos creado por el genio de los científicos, cosmos en que se halla preso desde el Renacimiento». Y, después de consignar que la civilización moderna olvidó la verdadera naturaleza del hombre, al aplicarle los conceptos del mundo mecánico; y que ignoró valores supremos del pensamiento y del sentimiento y la conciencia considerándolo como una mera máquina y como una substancia química..., concluye diciendo que «sólo una doctrina espiritualista, obra de una minoría *adelantada* que tiña con *su sentido* al mundo moderno, puede llegar a la reconstrucción del hombre».

Analizando con detenimiento y fijándose en lo subrayado, se ve que Carrel excluye al catolicismo como salvador del mundo moderno y su civilización materialista: Dice una *minoría* espiritualista, el catolicismo es una *mayoría espiritualista,* ha de ser esa mayoría *adelantada* y al catolicismo lo consideran, aunque injustamente, los impíos retrasado. Y esa minoría ha de *teñir con su sentido* el mundo moderno, y de sobra sabía Carrel y saben todos que el catolicismo no es un mero barniz exterior, sino algo interior y substancial que ilumina la inteligencia, forma el corazón y conforta la voluntad para adherirse a la verdad y practicar el bien; y finalmente el objetivo de todo este artilugio confusionista no sólo no es católico, sino que es esencialmente anticatólico y plenamente pagano; el espiritualismo cristiano no combate el error del materialismo mecanicista para colocar en su lugar el error del materialismo *humanista biológico*, sino para colocar, como es razón, a Dios, al Ser supremo y esencial, *al que Es* el centro de todo lo creado, y luego al hombre en el lugar que le corresponde, al mundo de la materia inanimada, a la biología y a la mecánica. . . , en los suyos propios; pues lo contrario

sería sustituir, como quiere el autor de «La incógnita del hombre», un error con otro error, lo cual es opuesto a la verdad cristiana.

En resumen; el espiritualismo de Carrel nada tiene de laudable, como tampoco lo tiene el de los modernistas y espiritistas, con los cuales no le faltan puntos de contacto. Carrel es un biólogo, pero no un filósofo ni un sociólogo, y menos un cristiano. Por esto, al acometer audazmente los problemas tratados en «La incógnita» cae en desorientadoras contradicciones y en lamentables errores, que los católicos no podemos aplaudir, así como tampoco el libro en que se difunden.

A Carrel podría aplicarse la conocida anécdota de la entrada de Diógenes el cínico, en casa de Platón. Refiérese que cierto día se reunieron en casa de Platón varios filósofos y personajes griegos; y al entrar Diógenes en el salón y ver las confortables alfombras y poner sobre ellas sus sucios pies dijo *cínicamente*: «piso el fausto de Platón». A lo cual éste discretamente contestó: «Lo pisas, pero lo haces con otro fausto». *Calco Platonis fastum; calcas sed alio fasto.* Carrel podría decir con verdad detesto el error materialista, lo combato y quiero destruirlo; pero también se le podría contestar con toda verdad: «lo combates y quieres destruir, pero es con otro error, el materialismo humanista y pagano».

Y con esto damos por terminado el análisis de escritos paganizantes, que tanto daño están haciendo en la moderna ideología y en las costumbres públicas y privadas, no por estar agotada la materia ni mucho menos, sino por estimarlo suficiente, para mostrar al público inteligente y discreto, dónde está el origen de este ambiente corruptor que nos envuelve y que todo buen católico y toda persona de orden lamenta.

La existencia de ese ambiente *cristiano* o pagano y el contínuo progresivo y peligroso confusionismo que le sirve de hoja de parra para cubrir su deshonestidad, no se oculta a todo observador de fino sentido espiritual y recta conciencia, asi como los peligros y males que ellos entrañan, tanto para la so-

ciedad como para los individuos; puesto que, según demuestra la historia, en las civilizaciones avanzadas, el orden, la disciplina y la paz sociales no pueden sostenerse mucho tiempo cimentados en enredos políticos y sociales, en ficciones y mentiras, y, que, cuando el hombre se alza soberbio contra los legítimos derechos de su Creador, es absurdo exigirle que respete los de sus conciudadanos.

En cambio existen no pocos que, con incomprensible frivolidad en materia de educación creen que toda educación que no es positivamente anticristiana es verdaderamente cristiana y hasta católica, lo cual es vulgar error; pues entre esos dos extremos hállase la *acristiana* o *pagana* que no es mejor que aquélla, aunque se presente con formas más suaves y consiguientemente sea menos alarmante; pero téngase en cuenta que es la pendiente por donde se baja a la primera, la cual ellos con razón detestan. Es de advertir que como vivimos bajo el signo del embrollo y en tiempos de desenfrenado camufleo, éste llega a las palabras; y a la educación anticristiana se la llama *láica*, a causa de ser la palabra anticristiana muy clara y expresiva y produciría reacciones fuertes en contra de la idea que ambas representan. Véase si el asunto tiene trascendencia siempre y especialmente en los tiempos en que vivimos.

Antes de pasar a hacer breve síntesis de las ideas indicadas en el análisis y de mostrar la incongruencia y despropósito del sistema de ciertos católicos que pretenden salvar la sociedad con debilidades, tolerancias, concesiones y claudicaciones al enemigo, estimamos oportuno echar rápida ojeada sobre el ambiente espiritual en que se mueve la sociedad actual; y para ello vamos a copiar con ligeras modificaciones lo que escribimos en nuestro libro «*Errores pedagógicos y máximas educadoras*» el año 1942.

Espantosa crisis moral y material en que se agita la moderna sociedad. Algunas de sus causas y remedios.

Que la Pedagogía moderna es radicalmente errónea demuéstranlo de manera palmaria los resultados. El argu-

mento de Bossuet contra la doctrina protestante es aplicable a la Pedagogía moderna: «Varías, decía el insigne prelado, luego no estás en la verdad». Como la verdad es de suyo inmutable, cuando la doctrina carece de estabilidad y contínuamente está recibiendo retoques en lo substancial de todos aquellos que entienden algo en la materia, es prueba inequívoca de que los reformadores y los que les siguen la estiman errónea. Yo bien sé que para quienes no admiten verdades absolutas, sino que la verdad se halla en perenne evolución, el argumento de Bossuet carece de fundamento: pero a la vez también sé que eso es puro «relativismo» y que el «relativismo filosófico» es la aberración más monstruosa que ha sufrido la inteligencia humana; que es irracionalismo práctico, que parte de un absurdo y conduce a una multitud innumerable de ellos; y que el modernismo teológico es una de las más perniciosas herejías que ha sufrido y condenado la Iglesia, por lo cual queda en pie especialmente para los católicos, el argumento preinserto y que la Pedagogía moderna se basa en el error, se desenvuelve en un ambiente de ficción y falsedad y termina en los desastres más espantosos registrados en la historia de la humanidad en todos los órdenes de la vida.

La fragua donde se forjan las generaciones.

Si es cierto que la educación es la fragua donde se forjan las generaciones, y que los educandos de hoy son los ciudadanos de mañana, y que al árbol se le conoce por sus frutos, gravísimos y fundamentales errores deben informar la Pedagogía moderna, cuando ha llevado la sociedad presente al estado caótico y de plena desorientación moral en que hoy se agita con convulsiones de epiléptico y estertores de muerte. (Véase nuestro libro «Causas y causantes del Moderno caos social»).

Es ciertamente bien triste y altamente significativo el que después de haber centralizado los Estados la educación, despojando, contra toda justicia, a los padres del derecho in-

nato de llevar a la relativa perfección posible en el cuerpo y en el espíritu a la imperfecta criatura que ellos engendraron, con el pretexto de formarlos él a la perfección, de suerte que resulten hijos cariñosos, amables compañeros, honrados conciudadanos, trabajadores incansables, abnegados servidores de la Patria, hidalgos caballeros que rindieran culto fervoroso a todos los nobles ideales humanos, base del engrandecimiento y perfección de los pueblos, cual son la santidad del hogar, el deber, el trabajo, el altruísmo, la honradez, la justicia, la rectitud, el patriotismo, el arte, la ciencia. . . ; después de haber creado una burocracia inmensa para este fin y haber gravado al contribuyente con cientos de millones para sostenerla; después de haber formado un cuerpo oficial compuesto de muchos miles de individuos dedicados exclusivamente a la educación de la juventud; después de emplear miles de millones, que son sudor y sangre del agobiado contribuyente, en la construcción de edificios para centros docentes, en la instalación de museos, gabinetes, laboratorios con el material y recursos adecuados a cada caso, es decir, después de montar la complicada, dispendiosa e inmensa máquina burocrático-docente; después de haber llevado a la práctica con minuciosa escrupulosidad esa enorme balumba de sistemas, teorías, prácticas, experiencias, ensayos, ideas, instrucciones, observaciones, notas, métodos, ejercicios. . . , en que es tan rica y pródiga la Pedagogía moderna, la sociedad modelada en estos ponderados troqueles ha desembocado en el imponente y catastrófico estado actual del mundo materializado, paganizado, corrompido, amoral, ajurídico, sin espiritualidad, sin ideales elevados, sin concepto de la justicia, del deber, de la hidalguía; y, en cambio, idolatrando, en la práctica al menos, aunque todavía no se tenga el impudor de defenderlo en teoría, la mentira, el engaño, la falsía, la fuerza material, posponiendo la fuerza de la razón a la razón de la fuerza; claro está que con excepciones.

Sé muy bien que no tengo derecho a erigirme en mora-

lista catoniano, ni tengo el candor de intentarlo; pero todos tenemos derecho, por lo menos, a ser sinceros y honrados en la exposición de nuestras ideas y en referir los hechos que presenciamos y sacar las consecuencias que de ellos se deriven lógicamente, que es lo que a continuación vamos a hacer; pero no sin advertir antes, aunque quizá no se necesitase consignar, que nosotros hablamos en regla general y que no hay regla sin excepción; por lo tanto, no nos referimos ni aludimos a esta o la otra nación, a este o aquel pueblo, a este o aquel partido, en nuestras afirmaciones. Por otra parte, de buen grado reconocemos que, no obstante de ser la educación el factor principalísimo en esta materia, puede haber otros que produzcan iguales efectos; y, además, que ni todos han sido formados por la Pedagogia moderna, ni todos los que respiran un ambiente contaminado quedan «ipso facto» intoxicados, pues hay quienes son refractarios al contagio por naturaleza o por el uso de preservativos oportunos. Por lo tanto, nadie debe darse por aludido, si no es nombrado concretamente.

Ante el más ruidoso y aleccionador fracaso.

Hechas estas aclaraciones, permítasenos manifestar que estamos ante el más ruidoso ya leccionador fracaso de la civilización moderna y de la educación que la ha engendrado y alimentado. Estar oyendo en todas partes y a todas horas fervorosos cantos y entusiastas himnos a la educación, a la cultura, a la ciencia, a la evolución y progreso sociales, a todos los valores de la época moderna en general; y, al volver luego los ojos a las realidades de la vida, sólo ver ruinas y desastres morales, es horrible decepción. En ruinas está la moral pública y privada, como lo atestigua ese frenesí de que es víctima la sociedad presente, por toda clase de goces y placeres, sean de la clase que sean, en esta o aquella forma, legítimos o ilegítimos, baratos o caros, fáciles o difíciles, vulgares o refinados, dentro de los límites del pudor o saltándolos con escándalo y desvergüenza..., y en prueba de ello ahí están las playas naturales

y artificiales, los cines, los bares, las mismas calles, la desenvoltura de la juventud masculina y femenina, con otros muchos resquicios que no vamos a nombrar, por donde salen llamaradas denunciadoras de incendios ocultos: frutos naturales de la *moral laica.*

Y de la justicia en las relaciones sociales, ¿qué se ha hecho? Puede decirse que, si se exceptúan las familias sólida y sinceramente católicas, en general ha desaparecido la tierra; el que impunemente pueda engañar a su prójimo en los pactos que con él realice, suele hacerlo sin escrúpulo de conciencia, la cual se tranquiliza con la brutal frase, denunciadora de absoluta ausencia de sentido moral y jurídico, «que no sea tonto». Lo de la balanza de la justicia colocada en su fiel, sin inclinarse a un lado ni al otro, pasó a la historia desde hace ya muchos lustros; en la época moderna las pesas principales que la inclinan definitivamente son las influencias, ya de familia, de clientela política, de cuerpo, de clase, de secta, de poder, de partido, del dinero, del cohecho, del amor, del odio, de la envidia..., habiendo llegado el impudor a tan repugnante grado de cinismo, que en público Parlamento español se dijo que la justicia republicana tenía dos balanzas, una para los amigos y otra para los enemigos. Claro está que, aunque no lo hubieran dicho con esa desvergüenza, lo practicaban de tal forma, que hasta los ciegos no podían menos de verlo; y era tan grande el afán de ocupar puestos remunerados y el ansia de cobrar nóminas por diversos conceptos, que había quien reunía media docena de sueldos, cuya suma ascendía a algunas decenas de miles de pesetas, lo cual dió origen a la invención de la pintoresca palabra «enchufe», que todavía sigue usándose con más o menos propiedad.

La convicción de que no son las razones y la justicia las que resuelven los pleitos, sino las influencias e intrigas, es que se estima como locura entablar un pleito contra un hombre poderoso en la política, en la banca, en las sectas. ¿Qué otra cosa son, sino el imperio actual de la injusticia, esos famosos

y grandes «*affaires*», como el reciente de Stavisky, donde unos cuantos bandidos elegantes, en combinación con varios representantes de la autoridad, de la judicatura, de la política, de la banca... montaron una máquina para desvalijar impunemente a miles de modestos y confiados propietarios y trabajadores? ¿Qué significan, sino completa perversión del sentido jurídico y moral, esos inmensos latrocinios (ese nombre les da Menéndez Pelayo) oficiales verificados con el nombre de «*desamortización*», impúdicamente realizados por varios Estados modernos? Si el representante de la justicia de esa manera atropella el derecho de los ciudadanos realizando esas inmensas injusticias, ¿tiene algo de extraño el que los ciudadanos hagan lo mismo y que la noción de la justicia desaparezca de la tierra?

Pasando al orden social: las actuales relaciones entre obreros y patronos o empleados son de evidente y feroz salvajismo; no están basadas en la razón y la justicia, sino en la fuerza bruta, en la lucha de clases proclamada por Marx y el odio a muerte y rencoroso por esa lucha producido.

¿Reina del hogar o ciudadana de la calle?

La familia, célula de la sociedad política, está deshecha; el hogar está roto, su ambiente suave y acogedor ha desaparecido, se vive en la calle; la mujer, antes señora y reina del hogar, ahora se ha transformado en ciudanana de la calle; ordinariamente, la casa se utiliza sólo para dormir; rara vez se reúnen todos en la mesa, cada cual va a sus asuntos, que en las mujeres suelen ser el tocador, el callejeo, las tiendas, las visitas, los paseos concurridos, el cine. el teatro y otras cosas **tan transcendentales** como esas: los hombres tienen la vida algo más seria, aunque no siempre más modesta y honrada; pues han de allegar, por medios lícitos o no lícitos, los recursos necesarios, que son muchos, para sostener la familia en esa vida de disipación y frivolidad, que es siempre tan cara como inútil. ¿Qué más? ¡Si hasta las fiestas clásicas del hogar, como son las de Navidad y Año Nuevo, se trata de arrancarlas de él y

llevarlas a los restaurantes de moda! Esto en las clases pudientes; en las otras sucede algo parecido, aunque en forma más atenuada, y, desde luego, con honrosas excepciones en todas ellas.

Los profesionales de la política

La Política, ese nobilísimo arte de gobernar los pueblos en bien de ellos y para que mejor y más fácilmente todos puedan realizar sus fines, ¿en qué se ha convertido? Salvo contadas y transitorias excepciones, y por lo mismo honrosísimas, es el arte de labrarse los profesionales de ella una posición de poder, de riqueza, de mando, de influencia, de impunidad para sí y sus respectivas familias y clientelas, a expensas del bienestar de los pacíficos y honrados ciudadanos que trabajan, pagan y callan, al menos en público, aunque en privado protesten, murmuren y critiquen con razón, pero sin eficacia, de los atropellos, vejaciones, injusticias, desaciertos, ambiciones, egoísmos sordideces, escándalos administrativos... Y no es fácil hacer algo práctico para detener, y menos purificar, la secular corriente de corrupción que lleva al abismo a la sociedad, a causa de que los concupiscentes y tiránicos profesionales de la moderna política disponen en cada nación, y hasta internacionalmente, de recursos inmorales para ahogar en sangre o con inicuas y aplastantes persecuciones a los ciudadanos honrados que levantan la voz contra su impudente y cínica actuación gubernamental. Para convencerse de que lo que aquí se dice es debilísimo reflejo de la realidad, basta hojear las actas de los Parlamentos, de las respectivas naciones, o los libros modernos de Gassot y Tardieu «La revolutión française» y «Sur la Pente», y si no quieren tomarse esa molestia, y, sobre todo, si son ya de edad madura, que traigan a la memoria lo que ellos mismos han visto, oído y leído en la Prensa y recuerden cómo a su lado y en su presencia se han levantado de la nada y ocupado los más altos puestos políticos y sociales individuos indocumentados, que han entrado por la puerta fal-

sa y ascendido por la escalera «de servicio», sin otros méritos que su arrivista audacia, sus turbios procederes, su cínico desahogo para subir, apoyándose luego en esas mismas innobles e inmorales cualidades para sostenerse y actuar en la gobernación del país, aunque sea desastrosa y siniestramente, como tantos otros que por caminos parecidos o peores han llegado o *«arribado»* a idénticos suculentos puestos, con escándolo e indignación de toda persona decente y honorable.

Es más, si hasta la misma ciencia, ese nimbo divino con que Dios aureoló al hombre elevándolo sobre los animales brutos y aproximándolo a los espíritus angélicos, se la ha prostituído en variadas formas; porque, así como el arte queda profanado cuando se le utiliza para excitar los groseros y degradantes apetitos de la bestia humana, en vez de los nobles y elevados anhelos del espíritu, así lo queda la ciencia cuando artera y sofísticamente se la emplea para separar al hombre de la religión y de Dios, principio y término de su perfección relativa y absoluta. Para darse cuenta de lo que se ha delinquido en la materia, no hay más que adentrarse un poco en la génesis y desarrollo de las ideas modernas, Puede además recordarse lo que se escribe en los «Protocolos de los Sabios de Sión», y en las actas del «Congreso del libre pensamiento», celebrado en septiembre de 1905.

Las guerras modernas son siempre mundiales

Coloquémonos ahora en otro punto de vista, en el de las guerras modernas; advirtiendo que no negamos la licitud de la guerra, cuando reune todas las condiciones necesarias para ello, que en muchos casos indudablemente faltan, sino que nos limitamos a hacer algunas observaciones íntimamente relacionadas con lo que ahora tratamos.

Aunque no pueda decirse con razón que de la guerra moderna ha desaparecido el factor humano, entre otras razones, porque ni la técnica ni la ciencia bélica subsisten en sí mismas, sino que se hallan encarnadas en hombres que las han de apli-

car, sin embargo, no puede dudarse de que la técnica es de inmensa importancia y que a ella contribuyen de manera más o menos directa todas las ciencias de la naturaleza, en especial las físico-químicas. Ahora bien, estas ciencias representan la labor perseverante e ingente de muchas generaciones formadas por millones de hombres, de todas las razas y países y de las distintas clases sociales, que han aportado, en grados distintos, los materiales necesarios para llegar al gran desarrollo actual. No hay duda que la generalidad de los trabajadores de esa universal y gigantesca empresa han realizado su labor, más o menos conscientemente, para cooperar al bien general, a la prosperidad humana y al desarrollo y perfeccionomiento de la vida del hombre sobre la tierra, mediante el aprovechamiento de las distintas fuentes de riqueza que en ella se atesoran, y el dominio de las fuerzas de la naturaleza, que deben rendir el homenaje y los servicios correspondientes a su rey.

Todos esos tesoros variados de ciencia acumulados en la sucesión de los siglos por nuestros antepasados, especialmente después del descubrimiento y civilización del Nuevo Mundo, con humanitarios fines, ¿se cumplen en las guerras modernas?

No solamente no se cumplen, sino que se realiza todo lo contrario, lo radicalmente opuesto a todo lo humanitario y racional, como si la humanidad fuese víctima de horrible ataque de epilepsia, la cual, en medio de espantosas convulsiones y retorciéndose frenéticamente, se golpea, se muerde y desgarra sus propias carnes. No se trata de unos millares de hombres que se baten en la divisoria de los respectivos campos, llamada línea de fuego, mientras a unos cuantos kilómetros de ella los demás ciudadanos siguen ocupados en sus habituales faenas, propias de seres racionales, y comentando con los vecinos las noticias, que de tarde en tarde llegan, y con más o menos tristeza o alegría, según sean; y al retirarse al pacífico hogar, antes de entregarse al diario descanso de la noche, orar por los muertos de ambos bandos, por el triunfo de los suyos y la pronta terminación de la guerra. No, ahora la unidad de los

combatientes no es el millar, es la centena de millar y el millón; la línea de fuego más o menos larga y quebrada, es toda la nación, y no únicamente en la tierra, sino en el aire y en los mares que la rodean y hasta en los que no la rodean, y no sólo para la marina de guerra, sino también para la mercante, que va a llevar o traer lo necesario para la vida de todos; por eso con razón puede decirse que todas las guerras modernas son mundiales, por extender su campo de acción al mundo entero, y sentirse sus efectos asimismo en todo él; y las víctimas, muertos y heridos, que pueden ocurrir, ya no es entre los jóvenes solteros de veinte a veinticinco años, que cumplen el servicio militar, sino de todas las edades y de ambos sexos, desde los niños de días a los ancianos centenarios, si los hubiere, y lo mismo sanos y robustos que débiles o enfermos, porque ni las bombas explosivas ni las incendiarias, ni los edificios al desplomarse, ni el fuego al propagarse por una barriada, distinguen de edades ni sexos, y lo mismo los bestiales gases asfixiantes, si llegan a usarse, contra los cuales están ya preparadas las naciones, poseyendo, unas más y otras menos, entre todas, muchos millones de caretas: otro tanto ocurriría en la guerra bacteriológica, si en su ciego furor, la humanidad cometiese este horrendo crimen de utilizar los perseverantes estudios de varias generaciones para defenderla de las enfermedades contagiosas, para propagarlas.

En suma resulta algo tan importante, como monstruoso y detestable, contemplar miles y miles de fábricas, levantadas para comunicar fuerza, vida y alegría a la humanidad, empleadas todas y febrilmente trabajando en la preparación de instrumentos de muerte con que sembrar sobre ella el espanto, la desolación, el luto, la mutilación y la muerte, cual si se viviesen momentos apocalípticos en que el ángel exterminador cruzase por los aires anunciando la total destrucción de esta sociedad prevaricadora y apóstata. Es algo trágicamente monstruoso, que desborda los límites de lo humano y de lo racional, el que millones de hombres estén ocupados en aplicar con

todo esmero, delicadeza, habilidad y constancia las sublimidades de las ciencias modernas a la preparación de instrumentos, armas y municiones con que otros millones de camaradas suyos puedan destrozar, herir y matar a otros millones de semejantes suyos, seres racionales como ellos, que militan en otro campo, donde a su vez se ha realizado algo parecido y con el mismo fin de derramar sangre, herir y matar semejantes suyos. Añádase a esto los horrendos efectos de la exterminadora bomba atómica del final de la guerra pasada, utilizada por los *aliados* y que no utilizó el Eje por no poseerla.

¿Qué falta o qué sobra en la conciencia humana para que la sociedad moderna se halle en espantosa crisis?

Al contemplar esta absurda ferocidad, viene al pensamiento y a los labios la pregunta, ¿Qué falta o qué sobra en la inteligencia o en el corazón o en toda el alma, puesto que ella lo mueve todo en el mundo, «mensagitat molem», de las generaciones modernas para que pasen de un extremo a otro extremo, en materia tan grave como la presente, del pacifismo absoluto prácticamente imposible y absurdo, al belicismo absoluto y despiadado, teórica y prácticamente también absurdo e inmoral, o sea a las crueldades y barbarie de una guerra de exterminio del adversario, sin reparar en medios ni respetar derechos, dejándolo todo al imperio tiránico y brutal de la fuerza material? Después de tantos y tan calurosos himnos entonados a la filantropía, al humanitarismo, a la fraternidad y solidaridad universal, a la cultura, a la educación, a la ciencia, a la nativa bondad humana, a la fuerza suprema de la razón, al poder de los acuerdos, inteligencias y pactos internacionales, a la Sociedad de Naciones..., venir a parar en situaciones políticas y sociales como las de Rusia, Méjico y la segunda República Española, donde los robos, los incendios y los asesinatos en masa de quienes no piensan como los inicuos detentadores del poder y la fuerza, se cuentan por millones, y en

los horrores de una nueva guerra mundial de exterminio y extensión nunca vistos, es algo tan horrendamente trágico, que denota una causa gravísima, que es preciso determinar y combatir eficazmente, si la sociedad ha de salvarse de la horrible crisis en que se encuentra.

Desde luego, puede contestarse a la preinserta interrogación que los lamentados males no proceden de exceso de ciencia en la época moderna, pues la ciencia de suyo es buena, y la verdadera ciencia nunca sobra; al contrario, la causa de los referidos males hállase en dos faltas transcendentales de que adolece la ciencia moderna: la de integridad y la de elevada y sana orientación. Se ha creído que las únicas importantes y con las cuales se resolvían los problemas de la vida humana eran las ciencias de la materia: la física, la química, las matemáticas, la mineralogía, la botánica..., quitando, en cambio, importancia y consideración, como inútiles para la resolución de los problemas humanos, a las ciencias del espíritu: la religión, la moral, el derecho natural, la ética..., y esa mutilación desatinada es un gravísimo error, cuyas consecuencias estamos palpando, así como las de la falta de sana y elevada orientación, pues hoy todo se dirige y hace girar en derredor del hombre y de sus materiales placeres, y es muy poca cosa el hombre, y menos sus vulgares deleites y gustos, para servir de centro y orientación del mundo que con sabiduría infinita Dios creó.

La enorme gravedad de la crisis mundial moderna nace en parte de la también enorme gravedad de la mutilación espiritual y desorientación apuntadas, y además, del gigantesco desarollo de las ciencias de la materia. Si un carrito cargado de hortalizas, tirado por un jumentillo que marcha por una carretera, se desorienta y sale de ella, volcando en la cuneta, lo ocurrido no pasa de un accidente minúsculo de fácil arreglo; pero si, al contrario, en lugar del carrito se trata de un gran tren militar que, arrastrado por potente máquina moderna marcha a toda velocidad con tropas y material de guerra, com-

puesto, entre otras cosas, de gran cantidad de bombas explosivas, se sale de los carriles al atravesar a toda marcha por una estación de cruce llena de trenes y de gente, la catástrofe sería de las que hacen época. He aquí el caso de la sociedad moderna; es un tren enorme, cargado de explosivos y repleto de gente, que a toda velocidad va cruzando por toda clase de poblaciones, donde se agolpa a su paso gentío inmenso; y claro está que, en estas condiciones, los descarrilamientos son por necesidad catástrofes espantosas. De ahí la necesidad de que la orientación sea perfecta, los carriles de absoluta firmeza y sea conducido con extraordinarias precauciones y con la máxima prudencia, para evitar los consiguientes peligros, de pavorosos cataclismos como los actuales. Ahora bien: ¿quién ha traído la sociedad a esta deplorable situación? No hay duda alguna que han sido las sostenidas y desorientadoras locuras, insconcientes unas veces y sectarias y criminales otras, de una educación laica y materialista, substancialmente anticatólica y anarquizante, que es donde lógicamente desemboca la Pedagogía moderna basada en los principios naturalistas y paganos sostenidos por su progenitor el audaz, despreocupado y siniestro Rousseau ayudado y empujado por el sectarismo internacional. Por lo tanto, el camino para remediar estos gravísimos males está bien indicado: «sublata causa tollitur effectus». (Véase «Nueva Reconquista de España», capítulo VII, página 82, P. Teodoro Rodríguez).

Esta labor disolvente comenzada por los impíos que tratan de acabar con la Iglesia sin preocuparse de que en su caída arrastrarían la sociedad entera, ha producido daños incalculables, algunos de los cuales concluimos de apuntar, en la sociedad actual, que, no obstante sus brillanteces materiales, está herida de muerte en su mismo corazón, como toda persona culta y reflexiva que no se halla deslumbrada por sus resplandores externos. De ello se dan cuenta hasta muchos anticatólicos que han tomado parte con propagandas y demoledoras ideas en la inquietante situación actual, por ejemplo Spengler, el mismo

Carrel..., aunque no coincidan y desvaríen al indicar los medios adecuados para resolver el problema angustioso que se deriva de prescindir de Dios y de las leyes por él impuestas para la buena marcha del mundo moral.

Ahora nos permitimos preguntar: si los católicos, cuyo regenerador espiritualismo puede infundir corrientes purificadoras en esta sociedad materializada, sensualista y paganizada, traicionando sus altos ideales, la infunden ideas enervantes, positivistas y paganizantes por medio de una educación mundana, muelle, rastrera y floja, despojada de las vigorosas y purificadoras austeridades de la Cruz de Cristo y privadas del espíritu de sacrificio, forjador de las altas virtudes y nobles ideales de los pueblos verdaderamente cristianos... ¿adónde irá a parar esta sociedad degenerada moralmente a pesar de sus brillantes apariencias? Aquí puede decirse lo de San Agustín. «Si vosotros que estáis puestos por Dios para guardar los pueblos y liberarlos del error por miedo a las persecuciones y sufrimientos saceptáseis el error, ¿quiénes serán aquéllos por los cuales el error será expulsado de vuestra alma?

Indudablemente es un mal gravísimo el que los impíos levanten campañas contra Cristo, su Iglesia y todas las verdades y principios en que se halla fundado el orden social cristiano, única base inconmovible de las sociedades de alta civilización; pero, si los católicos cultos se unen a los impíos para socabar los cimientos del orden social cristiano, la sociedad se hundirá necesariamente. Cuando una plaza está sitiada el ímpetu bélico de los enemigos puede causar graves daños y peligros, pero ninguno comparable a que entre los defensores comience a difundirse la idea de que deben ser toleradas las injustas exigencias del adversario para evitar los sufrimientos de la lucha. Por eso decía Pío XI con toda razón y harto dolor de su alma que quizá la inquietante y funesta difusión del mal en la sociedad presente fuera debida a no querer luchas los católicos o a hacerlo flojamente.

Si del rápido análisis que hemos hecho de algunas obras

de católicos resulta claro como la luz del día el contrasentido y la incongruencia, aparte de la ilicitud y gravísimos males que acarrea a la religión y a la sociedad toda, el que escritores catolicos defiendan teorías y prácticas en materia de educación que sólo pueden sostenerse admitiendo los erróneos principios rusonianos de la pedagogía moderna, hija del impundoroso desenfado intelectual y moral de su padre putativo Rousseau y del odio implacable, rencoroso y ciego a la Iglesia catolica del efectivo y real, el sectarismo internacional, ahora al hacer breve estudio de conjunto aparecerá en toda su magnitud la monstruosidad, religiosa, moral y filosófica de la aberración de tan absurdo contubernio.

Como el árbol se conoce por sus frutos vamos a copiar el párrafo del mismo libro donde se comparan los frutos de la pedagogía antigua y los de la moderna o rusoniana.

Lo que se practicaba en tiempos de los Reyes Católicos y la pedagogia rusoniana.

En tiempos de los Reyes Católicos no había detalladas medidas antropométricas, ni escuelas de orientación profesional, ni tesis, ni escolaridad obligatoria, ni monopolio docente, ni libro escolar, ni registro paidológico, ni medidas del desenvolvimiento mental, de la fatiga mental, ni jardines de la infancia, ni tantas divisiones, subdivisiones, clasificaciones en sistemas y métodos pedagógicos con sendos y rimbombantes nombres griegos, ni otra multitud de espectaculares artilugios de la moderna pedagogía; pero había, en cambio, alto concepto del deber, sincero entusiasmo por la verdadera ciencia, abnegado entregamiento al servicio de los grandes ideales, natural subordinación en los valores humanos y seriedad, orden, disciplina entre fines y medios en el trabajo intelectual, hábitos de reflexión y meditación sobre los complejos problemas humanos, amplitud de horizontes en el espíritu, razonable preferencia de los conocimientos hondos y propios sobre los superficiales, de mera erudición y ajenos; no se conocía la necia máxima ru-

soniana, «el hombre que piensa es un animal depravado»; no existía la general desorientación producida por el ruido y barullo de miles de ideas opuestas, lanzadas estrepitosamente al público por centenas de millar de periódicos, revistas y libros; se conocía la discreta máxima «mens sana in corpore sano», pero había también sentido común bastante para aplicarla racionalmente...

Pues bien, en ese sencillo y racional ambiente pedagógico se incubaron nuestros siglos de oro y la admirable grandeza de la España del siglo XVI, donde había exuberancia de hombres eminentes en todos los ramos de la actividad humana en aquella época conocidos: teólogos, filósofos, humanistas, dramaturgos, novelistas, ascéticos, místicos, guerreros, navegantes, conquistadores, cosmógrafos, colonizadores, misioneros, estaditas, escultores, pintores, órfebres, musicólogos, arquitectos, matemáticos, sociólogos, pedagogos, moralistas, internacionalistas, etc., etc., que muchos de ellos brillan con luz propia y como astros de primera magnitud en la historia de la humanidad.

¿Qué saldrá en España de esa incoherente balumba de ordenanzas, normas, reglas, prescripciones, medidas, registros de la complicada Pedagogia moderna y sus artilugios materialistas, inventados para suplir los insustituíbles principios y normas derivados de la doctrina del Maestro, del Pedagogo de la Humanidad? El tiempo nos lo dirá. Lo expuesto anteriormente nada tiene de esperanzador.

Es absolutamente falso que la moral católica sea autónoma como la laica.—No es deshonroso obedecer a Dios, sino el rebelarse contra El.—El Psicoanálisis y Jesucristo.—El hermano lobo de San Francisco y la hermana Prensa.—¿Hay paridad?—Lo que dice San Pablo sobre el particular.

Trabajo nos ha costado y repetir la lectura varias veces creer que un escritor extranjero que tiene traducidas al caste-

llano algunas de sus obras y ocupa relevante puesto entre los sacerdotes católicos haya podido escribir las dos frases siguientes, que patentizan el daño que en la educación católica están haciendo las influencias paganizantes y el deseo de conquistar adeptos para el catolicismo halagando sus ideas.

«... Entendemos con ello, que estas leyes (las morales) nos fueron impuestas por la inteligencia divina por la mente de Dios, *cuyo reflejo es nuestra razón.* Por lo tanto, si nuestro entendimiento es un reflejo del divino, no puede nuestra moral (la católica) ser tachado de heteronomía, por el mero hecho de remontarse a Dios...» Esto no pasa de un vulgar embrollo sofístico que nada prueba ni nada nos interesa ahora; en cambio nos interesan muchísimo las ideas en él barajadas, entre las cuales hay dos supuestos completamente falsos e inconcebibles en escritor de tales prestigios. Supone que la moral católica es autónoma, es decir que las leyes que en ella existen no son impuestas por Dios al hombre por el Creador a sus criaturas, sino que nos las imponemos nosotros a nosotros mismos. Alguien pudiera creer que esto carece de importancia mientras existan las leyes morales y por lo tanto la moral pública y privada.

Aquí está el truco y el error de la moral láica y su inutilidad práctica en todos los órdenes de la vida: en realidad no son verdaderas leyes, sino meros propósitos más o menos serios y eficaces; pues el que impone la ley puede dispensarla, cambiarla y anularla y obrar como le plazca, pues toda la fuerza obligatoria de tal ley depende de su libérrima y autónoma voluntad; y por consiguiente no existe falta ni responsabilidad alguna al dejarla de cumplir, que es lo que se pretende. Esto como es fácil comprender es opuesto a la doctrina católica, es puro laicismo, neopaganismo y anticatolicismo, puesto que si eso fuese verdad la Religión católica caería por su base.

Es el segundo falso supuesto el que es nota deshonrosa para la moral católica, de la cual es preciso vindicarla, la heteronomía o sea que está basada en el principio evidente de que

el Creador tiene facultad de ordenar las criaturas a un fin y ponerle las leyes convenientes para que puedan conseguirlo. Más diremos, no sólo tiene facultad sino necesidad derivada de la infinita perfección de su esencia y divinos atributos, puesto que los seres racionales obran siempre para un fin y, en cuanto está en su mano, disponen las cosas para que puedan realizarlo. Si no es deshonroso para un hijo obedecer a su buen padre que le ha traido a la vida, le ha criado y educado con todo regalo y cariño y le ha dado una posición brillante y sigue amándole y protegiéndolo con esmerada solicitud e inagotable amor, con mucha mayor, infinitamente mayor, razón no lo será el que el hombre ame, respete y obecezca a Dios su creador de quien ha recibido la existencia y todo cuanto tiene y posee de orden material y espiritual, entre cuyos excelsos dones están la inteligencia para conocerle, la voluntad para amarle y la libertad para servirle con mérito, y le ha colocado en plano superior al de toda la creación material, que ha puesto a su servicio constituyéndole usufructuario y rey y señor de toda ella. No, no es deshonroso amar y servir a un señor de grandeza, majestad y poder infinitos, de quien hemos recibido todo lo que somos y tenemos, y cuya bondad es tan infinita como su poder y nos ama con amor infinitamente superior en intensidad y ternura al amor de los padres más amantes de sus hijos que puedan existir en el mundo. Lo deshonroso, lo indigno, lo execrable y lo irracional es que la criatura pretenda emanciparse de su Creador y rebelarse con monstruosa ingratitud contra su padre infinitamente bueno.

Y para que se vea cómo el ambiente neopagano va envenenando a quienes lo respiran incautamente hemos de advertir que el traductor del libro es un sacerdote y en la empresa que lo ha editado hay también sacerdotes; y sin embargo, no aparece en él nota alguna llamando la atención al lector sobre los indicados errores.

No pensábamos poner este caso pero las circunstancias nos obligan a citarlo, por tratarse de un libro dedicado a la educa-

ción de los jóvenes, ser prestigioso el autor y leerse mucho entre los educadores de la América latina. Por otra parte se trata de una doctrina fundada en principios falsos, irreligiosos, inmorales y sucios. Del psicoanálisis puede con razón decirse que lo bueno que en él se encuentra no es nuevo, y que lo nuevo no es bueno. Afirma Freude, claro está sustituyendo las pruebas reales por imaginarias conjeturas, entre otras varias cosas erroneas, afirma que muchas de las enfermedades, especialmente las de carácter nervioso, histerismo, neurastenia, trastornos mentales, anormalidades, manías, rarezas. . . , proceden de la represión de la pasión sexual, *la libido*, como él dice, existe aun en los niños respecto de sus padres, aunque oculta e inconsciente, cuyos morbosos efectos quedan grabados indeleblemente en las almas de cera de los niños. . . Pues bien, este prestigioso sacerdote, en vez de combatir o no mentar semejantes hipótesis indemostradas e indemostrables, coloca sobre ellas pudoroso y elogioso velo diciendo que Freude «*no hace sino atestiguar y probar científicamente las palabras con que el Señor maldijo a quienes escandalizaren a los niños*». Imposible parece que tan respetable sacerdote de esta manera, aunque indirecta, se haya sumado a los defensores de un individuo de las nada ejemplares características de Freude; pero ello es así y demuestra la extensión del mal que denunciamos, y los serios peligros del contagio, cuando ha alcanzado a tan respetables sacerdotes y religiosos.

Y vamos a citar un caso verdaderamente notable y que evidencia cómo el criterio laxo y erróneo del laicismo y neopaganismo va invadiendo el campo católico y manchando la inmaculada pureza de nuestra santa fe. Daba unos ejercicios espirituales un ilustrado sacerdote que ha escrito bastante en la prensa diaria; y en una de sus pláticas dice con la mayor naturalidad, cual si se tratase de una verdad clara e incontrovertible que a la prensa (sin distinción de colores, orientaciones e ideas), debe llamársele, *la hermana prensa* como S. Francisco llamaba a un lobo *el hermano lobo*. De suerte que a un

periodicucho o revisteja que la falta de méritos literarios los suple con blafemias, lubricidades, calumnias, excitaciones al crimen contra las autoridades y las personas de orden, especialmente los católicos y entre éstas las de más categoría, cuya lectura está vedada por derecho natural y por la autoridad eclesiástica..., según este piadoso sacerdote, habría de ser llamadas por los católicos *hermanos:* no sé por qué no añadió *queridísimos* (¡¡). Esto no sería un acto de caridad, sino de verdadero escándalo, ni una prueba de delicada gentileza, sino vergonzosa cobardía y pernicioso confusionismo. El ejemplo del lobo está fuera de su lugar por más de un concepto: el lobo era una obra de Dios y la prensa es obra de los hombres y alguna es obra del diablo o de hombres diabólicos; el lobo prometió a S. Francisco no hacer daño a los hombres y así lo cumplió, cierta prensa tiene por fin principal hacer el mayor daño posible a los hombres...,

Esta salida de tono en unos ejercicios espirituales es una novelería y afán de halagar, creyendo, sin duda, que por ese camino se convierten las gentes: ni la doctrina, ni la práctica de Jesucristo y de los apóstoles corroboran esa creencia. Y San Pablo, como antes hemos dicho, recomendaba con insistencia a Timoteo que guardase el depósito de la fe huyendo de las innovaciones; pues en esa materia son siempre peligrosas.

Nueva crítica paganizante de una obra de un escritor impío.

La Oración. Su poder y efectos curativos vistos por un fisiólogo.

Después de escrito el capítulo referente a la crítica publicada en una revista católica acerca del libro de Alexis Carrel «La incógnita del hombre», donde expusimos nuestro modesto parecer sobre el particular leal y sinceramente, con los ojos puestos en el sagrado deber, que todos los católicos tenemos, de amar la pureza de nuestra fe, que según anunció proféticamente N. S. Jesucristo a S. Pedro, había de sufrir a través de los siglos rudos combates, variados en la forma, pero siempre for-

midables en el fondo, de sus implacables enemigos, asegurándole la victoria y exhortando a sus discípulos a que luchasen varonilmente, «estote fortes in bello» llega a nuestras manos la crítica de la traducción de otro libro del mismo Carrel con el título: «*La oración. Su poder y efectos curativos vistos por un fisiólogo*» de fondo parecido al anterior, aunque de forma distinta: Y en el alma sentimos no poder rectificar, sino confirmar plenamente, lo allí afirmado; pues está escrita con tal confusionismo, tal equilibrismo y orientaciones tales, que la conceptuamos impropia de los discípulos de Cristo, que es luz del mundo y verdad substancial, por cuya defensa murió en la Cruz; y, sobre todo, por el criterio neopagano que lo informa y demuestra que el peligro en este trabajo denunciado se va convirtiendo en triste realidad.

Comienza el crítico enfocando mal el asunto desde el primer momento. «¿Quién, dice, cosechará más, el bien o el mal con la versión española?» del libro indicado. Este interrogante podrá hacerse o no con criterio neopagano, pero nunca con criterio netamente cristiano; pues los católicos admitimos el principio de que no debe hacerse el mal, aunque de él resulte un bien, «non sun facienda mala ut eveniant bona». ¿Sería lícito a un juez sentenciar contra justicia en un litigio de un millón de dólares entre un rico sin hijos y una comunidad de religiosas dedicadas a la asistencia de enfermos que lo pasan muy mal por escasez de medios de subsistencia en atención al bien que de su resolución habían de recibir las cien religiosas que formaban la moribunda Corporación? Ningún católico podría aplaudir la injusta resolución. Por lo tanto, si en este libro de Carrel existen ideas erróneas o falsedades en materia de religión y moral, aun teniendo algunas cosas buenas no se le puede elogiar y hacer propaganda de él.

Y que tiene errores fundamentales lo va a ver el lector por sí mismo en las citas que a la letra vamos a hacer de párrafos del artículo. Es más, puede decirse que está todo el libro escrito con un criterio substancialmente erróneo y pa-

gano y se mueve el autor en un ambiente completamente falso, al suponer que la oración entre los católicos es un puro fenómeno fisiológico, de orden meramente natural sin contacto alguno con lo sobrenatural, es decir, que la oración de los cristianos en nada se distingue de la de los paganos, lo cual es abiertamente erróneo. No, la oración cristiana ni es ni obra como una glándula de secreción interna, por ejemplo, la suprarenal o la tiroídes; y afirmar de ella estas cosas es materialismo grosero y profanación manifiesta del santo espiritualismo cristiano; y esto es siempre verdad, lo mismo para las almas que viven y practican el catolicismo en espíritu y en verdad, con noble sinceridad de corazón en un laudable ambiente de sencillez, de rectitud, de pureza, que si viven en otros ambientes religiosos complejos, tortuosos e impuros; por lo cual tal libro es siempre y en todos los ambientes irrecomendable y de él jamás puede decirse *que «ofrece innegablemente un nada despreciable interés apologético»*. Porque es una aberración del neopaganismo, que se está infiltrando en el catolicismo, defender la verdad sublime y espiritualismo de nuestra pura y sagrada Religión con esas ficciones, esos errores y ese materialismo.

Y lo notable del caso es que el mismo autor del artículo reconoce, y así lo afirma, que en el librito La Oración «Existen *«claras infiltraciones de la herejía modernista en no pocas de sus no muchas páginas y contradicciones, inexactitudes y encastillamientos en varias de las ideas vertidas»*. Y reconociendo esta maléfica tara en el opúsculo, a pesar de todo ¿puede atribuírsele «no despreciable interés apologético»? ¿Acaso nuestra Religión carece de fundamentos inconmovibles, para que se vaya a buscar futilidades humanísticas acompañadas de evidentes errores? El verdadero criterio católico huye, siguiendo el consejo de S. Pablo, de toda novelería paganizante que extravía de la fe. Carrel todo lo mira y estudia con criterio humanista y positivista por eso sus doctrinas pueden inspirar sim-

patías a los neopaganos, pero en manera alguna a los verdaderos católicos.

Respecto a la brutal afirmación de Carrel, «*la mayor parte de los que oran son de temperamento egoista, mentirosos, soberbios, fariseos, incapaces de sentir la fe y el amor* no sólo las consideramos, como hace el articulista, *inadmisibles* sino vulgares insolencias e injuriosas y falsas necedades lanzadas contra el catolicismo en donde el sectarismo ha desplazado a la fisiología, a la verdad histórica y al decoro científico.

En cuanto a las otras frases acerca de las consecuencias que la pérdida de la fe puede ocasionar en los pueblos, hemos de manifestar que en nada disminuyen ni justifican las inicuas copiadas, ni tienen la menor originalidad, pues hace medio siglo que nosotros venimos defendiendo la tesis de que sin religión la moral carece de base racional y sin religión y moral no es posible el derecho, ni el orden social y sin éste la sociedad se convierte en un verdadero caos. (Acerca de esto hemos publicado todavía no hace dos años un libro titulado, *Causas, causantes y remedios del moderno caos social)*. Cierto que nosotros lo hemos hecho en castellano y con forma y fondo cristianos y Carrel lo ha hecho en francés, con formas modernistas y de fondo naturalista y pagano.

XXXVII

Hechos y principios básicos de la educación. La frivolidad espiritual cultivada con esmero por los enemigos de Cristo y discípulos de Rousseau.

Hemos hecho rápido análisis de algunos libros, folletos y revistas que, no exentos de autoridad y prestigio, profusamente circulan por todas partes y andan en manos de la mayor parte de los educadores católicos, especialmente españoles, donde claramente se ve la influencia, más o menos consciente del ambiente pagano y positivista que hoy nos envuelve y se res-

pira por todas partes (quizá donde menos males haya causado sea en España) y en formas variadísimas y con nombres distintos; pragmatismo, modernismo, positivismo, naturalismo, humanismo, neopaganismo, americanismo, . . . se ha difundido con peligros evidentes para el catolicismo y toda la sociedad. Ello es consecuencia lógica delos falsos principios sentados en educación por J. J. Rousseau, hombre funesto, aprovechado por el sectarismo internacional para sus ocultos y siniestros fines e inconsciente y benévolamente por ciertos católicos, siempre inquietos y ganosos de novelerías y vanguardismos vanos que tantos y tan graves daños han producido siempre en la Iglesia de Dios y en la humana sociedad.

Frutos son éstos de la moderna frivolidad espiritual con esmero y cariño cultivada por los enemigos de Cristo y de la Iglesia, pues odian la luz, (quí male agit odit lucem) y Cristo es la verdadera luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, como dice el evangelista, S. Juan: «erat lux vera, quae illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum». De esta frívola superficialidad espiritual moderna están contagiados en mayor o menor grado muchísimos católicos, por lo cual tan fácilmente se desorientan dejándose arrastrar de «todo viento de doctrina», en expresión de S. Pablo. Hallándose el origen de este lamentable hecho en la moderna educación casuística, ligera, donde los principios fundamentales y las verdaderas madres quedan ahogados por el volandero detalle, formando así alumnos que son almacenes de conocimientos ajenos en vez de ser fábricas de ideas propias, donde tiene importancia suma y decisiva lo que dicen los demás, careciendo de pensamiento personal, . . . que es de suyo un mal positivo y grave, porque el hombre no es un cajón de sastre ni tienda de retales científicos, sino un ser racional que siente, piensa, ama y obra por propia y libre iniciativa. Es de advertir que estos métodos educadores son muy del agrado del sectarismo internacional y éste los ha preparado y los sostiene para mejor poder difundir sus errores filosóficos, religio-

sos, morales, políticos, económicos, . . . y de esta suerte dirigir ellos desde las sombras sin dar la cara a la sociedad para sus fines y provechos.

Este aspecto de la cuestión educadora o no lo ven o no estiman conveniente darse cuenta de ello no pocos católicos, al menos de nombre, sumándose a ellos y siguiéndolos servilmente en el problema educador, con lo cual preparan su derrota en el campo religioso y social. Esta es una situación absurda e insostenible dentro de la ideología seriamenie católica, como vamos a demostrar directamente con la posible brevedad.

XXXVIII

La educación católica y la rusoniana son antitéticas. La educación es la formación para la vida

La educación moderna o modernista, la basada en los principios de Rousseau, diametralmente opuestos a los de la educación católica, que ni es antigua ni moderna y menos modernista, sino *perenne* como lo es la doctrina de Cristo y su Iglesia.

El problema educador no es un problema referente a cosas abstractas sin contacto inmediato con las realidades de la vida, sino a cosas muy concretas, como es la *formación integral para la vida de los jóvenes*, según ya queda dicho. Por lo tanto, lo primero que se necesita conocer en concreto son las condiciones lo mismo generales que individuales del educando o sujeto de la educación (la materia que se ha de moldear): lo segundo los fines así generales como particulares para aplicar los moldes adecuados a ello y los instrumentos oportunos. De muy distinta manera se procede, cuando se ha de trabajar sobre escayola que sobre bronce, para obtener un automóvil de carrera que para un carro de mudanzas tirado por caballos.

Hemos dicho que la educación es *la formación integral para la vida;* lo cual significa para la adquisición de los cono-

cimientos, hábitos, virtudes, fuerzas, . . . necesarios y convenientes para realizar con la perfección posible todos los fines generales y particulares de la vida (de los particulares no nos ocuparemos aquí, sino incidentalmente) en todos los aspectos que ésta posee, intelectual, físico, religioso, moral, político, familiar, económico, social, . . . por eso la educación indica avance, desarrollo y *perfeccionamiento,* por lo cual todo hombre educado, debe ser más perfecto que el ineducado en igualdad de circunstancias. Claro está que aquí hablamos de la educación para el bien; pues la educación para el mal es una monstruosidad tan enorme que queremos suponer que no existe en la tierra quien de intento eduque para el mal; pero, si se diese esa monstruosidad aun entonces se cumpliría la condición del perfeccionamiento: y un individuo educado para ladrón o asesino robaría y asesinaría con más *perfección* (¡¡) que los no educados para esos abominables fines.

XXXIX

El modelo de los católicos es Jesucristo

De aquí se sigue la necesidad de la existencia de un modelo que imitar y un ideal hacia el cual se dirijan los actos educadores: y, tratándose de católicos, ni que decir tiene que el modelo y el ideal es Jesucristo, dechado de toda perfección.

Asimismo, siendo educados y educadores seres libres y racionales, que no deben determinarse a sus acciones por los impulsos ciegos de las pasiones, sino racionalmente, o sea, apreciando rectamente y con serenidad el pro y el contra del acto que se va a realizar; y naturalmente esto supone poseer justo concepto de la vida y sano criterio para apreciar las cosas de ella con rectitud y en su justo valor.

XL

Lo que sintetiza la palabra educación

En suma, las ideas sintetizadas en la palabra *educación* son: estado o condiciones del educando o sujeto, perfeccionamiento del mismo, modelo que imitar e ideal que seguir, sano concepto de la vida y recto criterio para apreciar con justeza sus valores. Quizá diga alguno de los picados o enfermos de modernidad y modernismo, dolencia comunísima en los tiempos presentes, que esto es ahondar demasiado en los problemas o cosas de la vida, que lo moderno, lo cómodo y lo elegante es patinar airosa y ágilmente sobre la superficie de ellas, no entra en nuestro plan discutir ahora este tema, lo único que afirmamos rotundamente es que la razón natural, la práctica de las gentes sensatas y la opinión de todos los arquitectos antiguos y modernos y así lo había dicho San Agustín es «que cuanto más alto y más firme ha de ser el edificio más hondo se coloca el cimiento».

Los resultados de estas teorías modernistas, hijas de la inconsciencia y frivolidad en unos y de solapados y aviesos proyectos en otros, a la vista de todos están y muestran con toda claridad de parte de quien está la razón.

Como ya hemos indicado antes en el análisis precedente, prescindir en la educación de las condiciones del educando es algo tan incongruente y absurdo como si se presentase un individuo en un bazar de ropas hechas pidiendo un traje sin decir si era para hombre o mujer, alto o bajo, joven o anciano, ni si había de ser de seda o percal, paño fino o gordo. . . , y, al ser interrogado acerca de estos extremos, respondiese que todo eso carecía de importancia y que lo que le interesaba sólo era comprar un traje. A quien así procediese sería tenido por un imbécil o por un truhán de mala ley que iba con fines ocultos. Una incongruencia y un absurdo parecidos a éste es el de quienes, al escribir de pedagogía y dar reglas para la formación

moral de los educandos, prescinden por no darles importancia de las condiciones de espíritu en que se hallan los educandos, sin darse cuenta que las normas de acción prudentemente establecidas para guiar individuos carentes de malas pasiones que les impulsen hacia el desorden, a la sensualidad, al egoismo en cualquiera de sus variadas formas, al quebrantamiento de las leyes, al mal en general, es decir, absolutamente sanos de alma y limpios de corazón, pueden ser imprudentes y desastrosas para conducir jóvenes de ardientes pasiones, bajos instintos, desordenados apetitos, ciegos impulsos al mal en todas las formas que se lo presenten las ocasiones, viviendo en un medio corrompido y corruptor; así como determinados alimentos pueden ser provechosos para individuos sanos y de estómago fuerte, siendo perjudiciales para un enfermo.

En otros términos el problema de la educación no es un problema abstracto sino eminente y singularmente concreto, por lo cual para su planteamiento y resolución es de absoluta necesidad ceñirse a los datos concretos que lo determinan y precisan.

En la educación existe un dato fundamental, de influencia decisiva en la buena o mala resolución. Este trascendental dato es el estado real en que hoy se encuentra la naturaleza humana, o sea, la del educando; si está pura, limpia de toda tara pecaminosa como salió de manos del Creador, o al contrario contaminada por una transgresión posterior, por el pecado original. He aquí el dato fundamental en que está basada la distinción entre los dos sistemas antitéticos de educación, el católico o cristiano y el acatólico o pagano, hoy también llamado naturalista, rusoniano, *modernista* (no debe llamarse moderno, como los confusionistas quieren y contra toda razón hacen, para evitar inconvenientes equívocos, pues moderno y antiguo son vocablos que se refieren al tiempo y aquí no se trata de tiempos distintos sino de ideas distintas).

XLI

El pecado original es un misterio sin el cual toda la vida humana estaría llena de misterios.

¿Quién está en la verdad? Para los católicos no hay duda alguna, se lo dice la fe y basta; pero además se lo corrobora la experiencia y la razón: pues, según hemos dicho, el pecado original es ciertamente uno de los miles de misterios que envuelven al hombre a causa de su limitada inteligencia, pero es un misterio sin el cual toda la historia de la humanidad sería racionalmente inexplicable, se convertiría en una serie ilimitada de insondables misterios. Por eso juzgamos monstruosa inconsecuencia de desastrosos efectos el que haya católicos que directa o indirectamente, próxima o remotamente en materia de educación se apoyen en principios sólo defendibles dentro de la doctrina rusoniana, naturalista o pagana.

Por consiguiente el pedagogo, al establecer sus máximas educadoras debe tener en cuenta, debe partir, si no quiere ir a un desastre moral espantoso, del principio indiscutible de que los educandos todos sin una sola excepción son individuos con malas pasiones, desordenados instintos, en grados diferentes y más o menos dominadas y sometidas a la razón, que les empujan con mayor o menor fuerza al quebrantamiento del orden moral puesto por Dios para que los hombres puedan realizar sus fines temporales y eternos de manera conveniente; y en ese quebrantamiento está el pecado: lo cual expresaba San Pablo diciendo: «Siento en mis miembros (la parte inferior humana) una ley que contradice a la ley de mi razón y me hace cautivo de la ley del pecado», es decir, que podía caer en pecado. Precisamente uno de los fines primordiales de la educación es fortalecer, vigorizar la parte superior del hombre y debilitar los impulsos irracionales y pecaminosos de la parte inferior, para que en la inevitable lucha entre la razón y la concupiscencia triunfe siempre aquélla y ésta quede subyuga-

da; ya que su supresión absoluta y la impecabilidad son imposibles naturalmente, mientras se viva en carne mortal.

Esto es la realidad, esto nos enseña la historia de todos los tiempos y la experiencia cotidiana de todos los mortales. Los Emilios, las Sofías y demás tipos novelescos son seres irreales creados con fines tendenciosos por los neopaganos, aunque estén bautizados como Rousseau. Y, si toda la humanidad se educase con arreglo a las normas del Emilio de Rousseau el actual caos social se convertiría en un verdadero infierno social, que acabaría con aquélla. Por fortuna todavía queda algo de sentido común y de sentido de la realidad en el mundo, a pesar de los esfuerzos realizados, más o menos directos y conscientes, del sectarismo internacional y de las corrientes paganas. Otro de los elementos que integran la educación es el perfeccionamiento del educando, que, cuando se trata de educación en su aspecto general, ha de revestir este mismo carácter general, o sea, en el pensar, en el sentir, en el hablar y en el obrar. Esto supone un modelo de perfección, que aquí es Cristo-Jesús; y un ideal que aquí, como es lógico, es el cristiano, y asimismo han de ser cristianos, tanto el concepto de la vida, como el criterio para apreciar sus valores. Por manera que los educadores, para que puedan ser llamados educadores católicos y para cumplir los sagrados deberes que de tan alto calificativo se derivan, es preciso que todos y cada uno de los problemas que en su vida profesional se les presenten los enfoquen y resuelvan en conformidad con esos tres fundamentales principios: 1.° Que el educando es un ser caído del estado de pureza y santidad en que fué creado con pasiones o impulsos al mal. 2.° Que la perfección que la educación ha de comunicar a quien la recibe ha de inspirarse en el modelo Cristo-Jesús y en conformidad con el ideal cristiano: y 3.° que el concepto de la vida y el criterio para apreciar los valores de ella han de ajustarse a la doctrina evangélica.

Salta a la vista que en esto nos referimos a la educación en su aspecto social y humano, moral y religioso, no a lo pura-

mente técnico; pues éste, mientras no se salga de la esfera del tecnicismo, ni es cristiano ni pagano; el teorema de Pitágoras, ni la fórmula de Ohm, ni las leyes de Ampère, ni las declinaciones, conjugaciones y reglas gramaticales del griego, del latín o cualquier otro idioma de la retórica y poética de suyo no pertenecen a esta o aquella confesión religiosa, partido político o sistema social. Y ahora preguntamos: estudiados a la clara luz de esos tres indiscutibles principios los problemas educadores presentados en los libros analizados anteriormente ¿hállanse en ellos resueltos en católico o en pagano? Recuérdese el baile, que titulamos *místico pedagógico*, la desatinada proposición de *que a máxima disciplina se produce la máxima corrupción,* la insólita afirmación de que *los estudios clásicos son preparación adecuada para la inteligencia y asimilación del contenido de la Religión católica* la irreverente e injusta bufomada de llamar al austero e inmenso S. Pablo, al *Apóstol de las gentes, el bufón de Cristo. La inconcebible expresión, al morir Carrel, el espiritualismo cristiano ha perdido uno de sus grandes campeones; cuando de hecho Carrel era ateo y había escrito en «La incógnita del hombre» que antes que una reacción cristiana era preferible el materialismo mecanicista.* Todas estas y otras miles de afirmaciones a ellas parecidas no sólo carecen de espíritu cristiano, sino que demuestran los estragos que el neopaganismo está haciendo en las filas católicas. Y, si contra esas disolventes y falsas doctrinas no se levanta por los escritores católicos una campaña resuelta, franca, vigorosa y potente que ponga al descubierto y con toda claridad el error ideológico que entrañan y las consecuencias catastróficas, que necesariamente han de seguirse de alimentar con ese tóxico mortal las nuevas generaciones, esperan a la Iglesia católica en especial y a la sociedad en general amargos días de dolor y luto inenarrables; pues cosa cierta es que la sociedad del mañana la constituirán los educandos de hoy y que quien siembra vientos recoge tempestades.

Entremos directa y valientemente en el fondo de la cues-

tión, pues su inmensa gravedad así lo exige, aunque los enemigos de Cristo y de su Iglesia traten de ocultarlo, deslumbrando a los incautos con el brillo de lentejuelas científicas y aturdiendo con el estrépito de los voceros del error y los espectaculares resplandores del frívolo mariposeo sobre los grandes e inquietantes problemas de la humana vida, que encanta a algunos católicos; han de saber éstos que todo ello es un acuerdo del sectarismo internacional, considerándolo medio eficaz para combatir con éxito el catolicismo (1).

No es necesario acudir a prolijas y profundas investigaciones para darse cuenta del indeseable e inquietante estado de la presente sociedad; basta tener ojos en la cara y reflexión en el espíritu para darse cuenta de ello y de que la breve descripción preinserta, tomada de nuestro libro «Errores Pedagógicos y Máximas Educadoras» nada tiene de exagerada, sino que es pálida copia de la amenazadora realidad. Y es precioso tener muy presente que los huracanes que hoy en ella rugen, y son precursores de la tormenta que se avecina, son los frutos naturales del nefasto árbol de la educación laica durante varios lustros y, si no han sido más abundantes y funestos, es debido a haber estado neutralizados en parte por la tradicional educación católica. Por eso la revolución mundial trabaja, hace esfuerzos sobrehumanos y pone en juego todos sus múltiples y ocultos recursos para remover ese obstáculo que le impide el triunfo total y definitivo, derribando ese dique que contiene su formidable empuje contra el orden social cristiano y la educación católica, donde forma el catolicismo sus adeptos y sus dirigentes. Esta es la realidad auténtica y verdadera, aunque la aparente y mixtificada sea otra, para mejor poder sugestionar y adueñarse de los incautos y de los irreflexivos y frívolos.

Vean esos ilusos y audaces vanguardistas y noveleros a quiénes hacen el juego con sus ligerezas y sus inconsciencias

---

(1) Vide «Causas, causantes y remedios del moderno caos social», por el P. Teodoro Rodríguez.

y para quienes trabajan. Si el enemigo es tan fuerte, atrevido y decidido, por sí solo y tales funestos frutos cosecha, ¿qué sucederá el día en que se unan a ellos consciente o inconscientemente, pero siempre con indiscreción grave, gran parte de los educadores católicos? El triunfo sería seguro y la catástrofe social también; porque difundir el error, la indisciplina y la desmoralización por medio de la educación, equivale a envenenar las fuentes de la sociedad. Bien lo saben los capitostes del anticatolicismo internacional y los promotores de la revolución mundial.

XLIII

Lo que se proponen los impugnadores, ciegos unos y aviesos otros, de los métodos educadores tradicionales católicos.

¿Qué es, en resumen, lo que se proponen los enemigos de los métodos tradicionales de educación católica? Con unos u otros términos y expresiones y de una u otra forma en lo sustancial en todos ellos es la supresión radical o disminución de la represión de las bajas pasiones humanas; las coacciones, prohibiciones y ordenaciones que constituyen trabas a los libres movimientos de los educandos, de las prácticas religiosas o de otro orden cualquiera que produzcan molestias materiales y contraríen la voluntad individual, los ejercicios penosos; la vida austera y recogida; el cercenamiento de libertades inconvenientes; lo que de alguna manera mortifica el cuerpo o contraría el espíritu; las actuaciones de la autoridad contrarias a la manera de pensar y obrar de los subordinados; la reglamentación detallada y exacto cumplimiento de los actos colectivos; el aislamiento de la agitada vida mundanal y del libre trato con personas del mismo o distinto sexo, el silencio y recogimiento necesarios para una vida seria, laboriosa, opuesta a las disipaciones, frivolidades e insubstancialidad de-

la vida mundana; la exigencla clara, precisa y absoluta del cumplimiento del deber, cueste lo que cueste, dentro siempre de lo justo y racional; y otra multitud de cosas más o menos importantes en sí, pero necesarias para que en el centro educador haya orden y disciplina, sin los cuales el centro educador se convierte en foco infecto de corrupción social, moral y religiosa, donde los alumnos en vez de virtudes que los eleven y dignifiquen adquieren vicios que los degradan y envilecen.

Y en sustitución de la santa y elevadora austeridad cristiana rodear a los jóvenes de toda clase de comodidades y goces materiales, de elegante y moderno confort; fomentar la vida independiente y regalada; aumentar y ensanchar las libertades personales y colectivas; abundancia de pasatiempos y de espectáculos sin escrupulizar en el color y las tendencias; exuberancia de toda clase de lecturas más o menos frívolas, más o menos convenientes, más o menos peligrosas; fomentar la vida exterior, disipada y mundana; libertad de trato con personas del mismo o distinto sexo sin preocuparse del grado de su intimidad y de los fines que lo motivan: poco o ningún trabajo y ése agradable; muchas, variadas y elegantes recreaciones, caras o baratas; y sobre todo mucho y aristocrático sport con variados y uniformados equipos bien entrenados, que puedan luchar en los concursos y traerse el premio al centro educador cual si para esto se hubiera fundado y para eso primordialmente hubiesen ingresado en él los alumnos, y todos fuesen príncipes o por lo menos hijos del Jefe del Estado... Realmente a juzgar por la desmedida importancia que hoy se concede a los deportes (somos partidarios de ellos utilizados ordenada y racionalmente, sin convertirlos en principal o preponderante fin de la vida humana) se podía entablar el siguiente diálogo: «¿Quién hizo al hombre?—Dios.—¿Para qué lo hizo?—Para comer, beber, divertirse y desarrollar sus extremidades torácicas y abdominales». *Ne quid nimis. Est modus in rebus*, decían los antiguos, y es verdad en todas las épocas. En los tiempos sinceramente cristianos los hijos de los reyes se edacaban con

la modestia de los demás ciudadanos; en éstos, democrático-paganos, los hijos de los ciudadanos se trata de educarlos para príncipes.

En suma, lo pretendido por los ciegos opositores a las tradicionales normas de educación cristiana e injustos e inconscientes detractores de la labor docente de las Ordenes religiosas, que, en ciertos aspectos, a pesar de las inevitables deficiencias de toda obra humana, es lo mejor que existe en la materia, e ilusos admiradores y encomiadores de los métodos de la educación neopagana, naturalista, saturada de positivismo materialista, es educar acatólicamente respirando ambiente anticatólico y siguiendo métodos paganizados y paganizadores. ¿Es esto posible? ¿No constituye un monstruoso absurdo?

LXIV

¿Por qué la sociedad moderna sufre horriblemente a pesar de su espléndida civilización material?

Todos vemos, y los buenos católicos con el Sumo Pontífice al frente lamentamos, el estado presente de la sociedad, que, en medio de una civilización material espléndida, con maravillosos inventos para atender a las distintas necesidades de la vida, lo mismo en estado de salud que de enfermedad: telégrafos, teléfonos, luz eléctrica, trenes eléctricos, automóviles, sanatorios magníficos con material quirúrgico admirable por la perfección, la variedad y la abundancia, la quinina, la penicilina, fábricas inmensas para toda clase de productos, etc... lejos de ser feliz, sufre horriblemente y busca la paz y el bienestar por todas partes y éstos huyen delante de ella, lo cual la desespera y agita constantemente, como el enfermo con alta fiebre que cambia a cada momento de postura sin encontrarse bien en ninguna; y es que la causa de la fiebre no está fuera, en la postura adoptada, sino dentro de sí mismo, está en la enfermedad que le atormenta y tiene en trance de muerte: La sociedad moder-

na está gravemente intoxicada, padece mortal enfermedad y, mientras ésta no desaparezca, son inútiles todos los movimientos, pacíficos o revolucionarios, y esfuerzos para hallar la paz y bienestar anhelados: «perseguirás, dijo un poeta, la libertad en vano,—oh sociedad rebelde y corrompida,—que, cuando un pueblo la virtud olvida,—lleva en sus propios vicios su tirano.» Recuérdese lo anteriormente dicho en el párrafo transcrito del libro «Errores pedagógicos y Máximas educadoras» y se verá con meridiana claridad, lo desastroso del estado moral de la sociedad moderna, y que va agravándose de día en dia y que todo ello procede de la aplicación de los principios laicos o paganos al régimen de los pueblos mediante el procedimiento lento, pero de eficacia segura, cuando es sostenido con perseverancia, de la educación laíca o acatólica y pagana desde la escuela de primeras letras hasta el doctorado universitario. Esos son los envenenados frutos del venenoso árbol del laicismo con que han sido alimentadas varias generaciones mediante la educación. Y si no se ha llegado ya a la catástrofe final es debido, como antes se ha dicho, a la acción salvadora de los principios católicos educadores que han actuado como contraveneno del laicismo.

Esta situación caótica y absurda de la sociedad moderna; esta insólita paradoja, de que habiéndose multiplicado extraordinariamente la mayoría de los elementos del bienestar humano, los individuos de las generaciones actuales no sean realmente más felices que los de las generaciones pasadas, lo vemos y sentimos la generalidad, aunque no todos tengan la sinceridad y el valor de confesarlo públicamente. Y en prueba de ello voy a citar algunos testimonios de excepción pues hablaban cuando todo les sonreía: la fortuna con el triunfo completo de sus formidables enemigos, después de una guerra mundial apocalíptica. Mac Arthur estimando justamente que la paz es condición imprescindible para la felicidad, usando un símil de absoluta modernidad dijo: «Para que venga la paz deseada, completa y perenne es preciso sincronizar lo espiritual

y lo material. Este ha ido más de prisa que aquél». Truman expresó la misma idea en otra forma: «La fuerza no puede producir la paz». Algo parecido dijo Atlee, jefe del partido laborista y hoy del gobierno inglés. Los jefes supremos del Imperio británico, Lloyd Gorge, Robert, Boden y Vassey, al terminar la primera guerra mundial, en el mensaje dirigido a sus subordinados, decían: «Ni la educación, ni la ciencia, ni la diplomacia, ni la prosperidad comercial constituyen elementos sólidos para el desarrollo ordenado de la vida mundial». Y Harding, Presidente de la República de los Estados Unidos, afirmó que, «para conducir el mundo por el camino de la paz, era necesario implantar el Evangelio en él y que lo que necesita el mundo es un poco de devoción religiosa». Ya antes un destacado socialista había dicho que no existiría problema social si se *viviese* el Evangelio. Estamos conformes con esta idea y la venimos exponiendo y defendiendo hace más de medio siglo en nuestros escritos de carácter social; pero no ha de estar recortada, como desean los socialistas, sino en su natural integridad, es decir, vivida por todos; los de arriba, los de abajo y *los de en medio,* por los ricos y los pobres, los patronos y los obreros,... pues sólo así sería justa y tendría verdadera eficacia la idea; y este es el espíritu que informa toda la doctrina evangélica, fuente pura e inexausta de verdad y de justicia.

Sí, aunque no sean muchos los que tengan el valor de confesarlo paladinamente, es indudable que el mundo necesita detenerse en esa frenética carrera de laicismo y vuelva sus ojos a la salvadora religión, «que tenga siquiera un poco de devoción religiosa» según dice Harding, para alcanzar la paz y el bienestar de todos deseado. Por eso es inconcebible y de desastrosos efectos el que algunos indiscretos católicos quieran introducir corrientes mundanas, paganizadoras en la educación de la juventud.

XLV

Inconcebible absurdo pretender remediar los desastres sociales producidos por el laicismo ecucador ampliándolo con el neopaganismo rusoniano.

Y desde luego es el absurdo de los absurdos el que, habiendo venido la sociedad moderna al inquietante, por no decir desesperado estado en que se encuentra, caótico, permanentemente revolucionario, anárquico, . . . por haberse separado de los principios cristianos, siguiendo los paganos y paganizantes traidos por el Renacimiento y llevados a su pleno y fatídico desarrollo por la Enciclopedia y en la educación principalmente por Rousseau y habiendo invadido esta rebeldía universal todos los órdenes de la vida, el familiar, el político, el nacional, el internacional, el económico, el social . . ., se pretenda ponerle remedio, ampliando las causas del mal e in troduciéndolas en el campo católico por medio de la educación paganizante. Esto es algo tan desatinado, como, si un médico que visitase una familia en la parte baja de una montaña y debido a la influencia de un pantano existente en el valle se hallaban todos enfermos, menos uno de los hijos que al casarse se había instalado en la parte alta, diese como remedio el que toda ella, y hasta el hijo casado y sano, se instalasen más próximos al pantano. ¿Qué se diría de tal médico? Se diría y con motivo que o era un necio o un malvado o estaba loco. Pues eso mismo puede y debe decirse de quienes para remediar los catastróficos efectos producidos en la sociedad a causa de la sustitución de los austeros y sabios principios educadores católicos, por la frívola y anárquica indisciplina de la educación acatólica y pagana y se empeñan en ampliar la frivolidad y la indisciplina e introducirla en la educación católica. Esto es sencillamente un desatino que producirá insospechados desastres de orden espiritual y material, si se le deja vía libre.

XLVI

El único animal que tropieza dos veces en la misma piedra. Paralelo entre lo hecho por algunos católicos en la cuestión social **y lo que se pretende hacer en la educadora por otros. La fragua donde se forjan los conductores de los pueblos. Filii tenebrarum prudentiones filiis lucis.**

Está visto que el hombre es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra. Los católicos no hemos escarmentado con lo ocurrido en la llamada cuestión social en lo referente a las relaciones entre patronos y obreros. En verdad no se movían patronos y obreros siempre dentro de la justicia, virtud que acompañada de la verdad debe presidir a todos los actos humanos, existiendo abusos por ambas partes, aunque en tesis general era más frecuentes y deplorables los de los primeros, si bien es cierto, que a veces la culpa era de los segundos. Esto estaba a la vista de todos e impresionaba tristemente a muchos, entre ellos a los Romanos Pontífices, en los cuales suena siempre el eco del divino y simpático «*Misereor super turban*» pronunciado por Jesús.

De sus manos, quizá sería mejor decir, de su clara inteligencia y su bondadoso corazón salieron varios documentos, llamando la atención a los católicos y al mundo económico entero acerca de la grave situación creada en la sociedad por el ingente desarrollo de la industria y el comercio y de los problemas económicos y morales de ello derivados para la vida social de los pueblos, y de las orientaciones que era preciso tomar para la inteligencia y paz de los colaboradores en la producción. La Encíclica *Rerum novarum* de S. S. León XIII puede decirse que fué el primer aldabonazo que sacó del sueño letárgico en que se encontraba el mundo económico, atolondrado y sugestionado por el fragor de la maquinaria de la exu-

berante industria moderna, haciéndole fijarse y ver el problema económico, como todos los problemas humanos; pues el hombre no es una mera rueda del gigantesco engranaje de la industria moderna, sino un ser libre, consciente y social a la vez que individual. Los Pontífices siguientes Pío X, Benedicto XV, Pío XI, Pío XII han continuado la gloriosa e interesantísima labor iniciada por León XIII y en esos documentos pontificios está tratada con toda justeza e imparcialidad el problema social, sin inclinarse a un lado ni a otro, sino mostrando a todos sus deberes y sus derechos, pues el santo Evangelio ni es patronalista ni obrerista, sino divino, y, por lo tanto, absolutamente justo. Esa doctrina debiera ser la norma de actuación en los asuntos sociales de todos los católicos: pero posteriormente han venido las interpretaciones, y, por desgracia, no todos se han conservado a la altura debida, sino que se han dejado llevar de sus particulares opiniones, acertadas unas veces y desacertadas otras, y de sus simpatías y antipatías, justas en unas ocasiones e injustas en otras, no manteniéndose siempre en la elevada y serena región de las ideas y de los principios, como hicieron los autores de las encíclicas comentadas, sino que descendieron a la región de los impresionismos y de los apasionamientos en las discusiones y, contagiados no pocos por el ambiente de las democracias laicas en las discusiones, y arrastrados por la inexperiencia de la vida y subyugados por el mito moderno del número y de la masa, no dándose cuenta de que un pequeño brillante fino vale más que muchos miles de cantos rodados que forman inmenso montón con muchas toneladas de masa, han embrollado de tal suerte la cuestión social, que, si se siguiesen a la letra las teorías de algunos católicos indiscretos y obcecados, se obtendría el efecto contrario al piadoso y sabiamente pretendido por los citados Sumos Pontífices; es decir, que en lugar de rectificar sus errores los socialistas y aceptar la verdad católica, se verificaría lo contrario; los católicos abandonaría la verdad de Cristo aceptando los errores de Marx y Lenín. Con ello vendría infaliblemente,

si no el fin del mundo, sí el fin de la civilización y de la sociedad. A este caótico y peligroso estado han traído la cuestión social la indiscreción apasionada, salvamos la buena voluntad, de algunos católicos bajo la influencia del medio confusionista en que hoy se desenvuelve la sociedad.

Sin aprender con esta soberana lección de cosas, algunos católicos, con la mejor voluntad, no lo dudamos, obedeciendo a esas mismas sugestiones o a otras a ellas parecidas, bajo la influencia, hábilmente preparada, según costumbre, por los enemigos del catolicismo y para dar el golpe de gracia a la Iglesia católica a la cual *entrañablemente* odian con demoníaco rencor, tratan ahora de crear una situación educadora parecida a la social en la que se unan los métodos educadores cristianos tradicionales, fundados en la doctrina del Evangelio y de los apóstoles, con los métodos naturalistas, neopaganos, inspirados en los errores pedagógicos de Rousseau; pero no con la rectificación de éstos y volviendo los naturalistas a la neta tradición educadora cristiana, madre de la civilización occidental, de donde salieron, sino al contrario, abandonando los católicos la verdad evangélica para aceptar los errores de Rousseau y sus secuaces más o menos paganizados y paganizantes y sus inspiradores de no fácil clasificación.

Es de advertir que, si esa política de tolerancia y defección de algunos católicos en las cuestiones sociales ha producido inmensos desastres en la sociedad moderna, los producidos y cosechados en los extensísimos y variados campos de la educación son incomparablemente mayores y de más importancia y transcendencia, a causa de ser los centros educadores la fragua donde se forjan para el bien o para el mal los futuros conductores de los pueblos. Con este motivo el sectarismo internacional ha dicho y sigue diciendo que «la ley educadora es la primera entre todas las sociales y que es necesario de toda necesidad que esté siempre eficazmente intervenida por sus amigos y sus adeptos; pues su acción alcanza a muchos millones de conciencias que es necesario que sean moldeadas en sus tro-

queles». Desde el punto de vista jurídico, moral y religioso esta máxima es espantosa; pero desde el punto de vista político sectario indica una visión clara del problema. «Filii tenebrarum prudentiores filiis lucis». Los hijos de las tinieblas proceden con más prudencia que los hijos de la luz, dice la Escritura. ¿Se convencen ahora y se dan cuenta los cándidos adversarios de la tradicional educación católica con quiénes y para quiénes trabajan y los funestos efectos de su indiscreta y audaz labor?

XLVII

La indisciplina en todos los órdenes de la vida moderna, hija del satánico «non serviam», constituye la característica de la sociedad actual.—Causas y remedios.—Lo que es vivir el catolicismo.—El concepto cristiano de la vida.—Ante el gran Pedagogo de la Humanidad ¿qué son Rousseau y todos los dinamiteros sociales, que le precedieron o siguieron?

Es un hecho indiscutible que ven hasta los más miopes que la sociedad moderna está completamente desquiciada en todos los órdenes de la vida y que la indisciplina y el desenfreno moral e ideológico teórico y práctico cunde por todas partes en variadísimas formas; pero en todas ellas late el satánico «non serviam», y en estas condiciones las luchas de la vida se centuplican y ésta se hace moralmente imposible a causa de los egoismos particulares que obscurecen las luces naturales de la razón y hacen que no se vean con claridad las líneas rectas y brillantes de la justicia objetiva y se confunda la utilidad particular con el bien común, y marchando por estos caminos la sociedad va al insondable abismo de la anarquía, donde nadie podrá vivir, salvo los criminales de profesión. ¿Y esta trágica situación dirá alguno es irremediable? No por cierto; y para los católicos es sencilla, aunque algo austera; se reduce a vivir

en católico, en llevar a la práctica lo que profesamos en teoría, lo cual es natural y lógico porque todos debemos vivir nuestras ideas; pues éstas no son prendas de lujo y etiqueta que se ponen para ciertos actos y luego se guardan para otra ocasión semejante. Este *racional* proceder en algunos momentos resulta algo austero, pero en otros muchísimos y aún en esos mismos va acompañado de tan pura y agradable satisfacción interior que compensa con creces la austeridad exterior.

En cambio, para los anticatólicos, los neopaganos, los naturalistas, los rusonianos, los positivistas, . . . la tiene dificilísima por no decir imposible, puesto que a esta situación se ha llegado por haberse abandonado el espiritualismo cristiano en la educación, sustituyéndolo por el egoismo materialista de esas escuelas. Quizá alguno pregunte, ¿en qué consiste eso de vivir el catolicismo? Consiste en estudiar y resolver todas las cuestiones que se presenten en la vida en conformidad con las normas derivadas de la doctrina católica lo mismo en teoría que en la práctica; antes la hemos sintetizado en los tres principios fundamentales: mirar y resolver todas las cosas que nos ocurran en conformidad con el divino modelo, Cristo-Jesús, y con criterio plenamente cristiano, tener concepto verdaderamente cristiano de la vida; y casi podríamos resumir las tres en esta última bien entendida y sinceramente aplicada. Se tiene verdadero concepto cristiano de la vida, cuando a cada cosa se le da el valor que tiene y se la coloca en el lugar que por naturaleza le corresponde; es decir, el asignado por Dios, creador de todas las cosas, porque éstas ni son eternas ni se han hecho a sí mismas; y Dios es el orden substancial y nada sale de sus omnipotentes y omniscientes manos desordenado, pues sería indigno de la perfección infinita de sus divinos atributos. La creación no es un revuelto y confuso caos, donde todo se halla descentrado y movido por el ciego azar, sino un universo de variadísimo e incontable número de seres, todos ellos perfectamente ordenados, cada cual con su respectivo fin, disponiendo de los adecuados medios para su realiza-

ción, al cual marchan todos convenientemente subordinados por medio de leyes físicas, para los que carecen de libertad, y morales para los que gozan de ese precioso y elevado don espiritual, para evitar encuentros y choques que alterarían el concierto, la armonía y sublimes encantos de la creación, que ha emocionado y emociona hondamente a todos los que con criterio más o menos ilustrado la contemplan e hizo exclamar a David «Los cielos cantan la gloria de Dios, y la magnificencia de la obra de sus manos la anuncia el firmamento» y el eximio agustino, Fr. Luis de León cantó en su inmortal oda a «La Noche Serena».

Sí, todo en el mundo está ordenado y con sapientísimas leyes de subordinación según las respectivas categorías y valores.

Estos elementos puede decirse que son los generales o humanos, pero a ellos es preciso añadir y tener muy en cuenta los especiales de la Religión cristiana que se encuentran consignados en el Evangelio y demás libros del Nuevo Testamento, los cuales todos se hallan polarizados en dos ideas madres la de la caída del género humano y la de la redención del mismo con todas las importantísimas derivaciones de esos dos grandes y universales hechos que han trasformado fundamentalmente la vida del hombre sobre la tierra. Por consiguiente, quien prescinda de estos dos hechos fundamentales o no les dé el valor que de suyo tienen y la Iglesia concreta, en virtud de la misión a ella confiada por su divino fundador, que la constituyó columna inconmovible de la verdad religiosa, no verá los acontecimientos con verdadero criterio cristiano, o sea, desde el punto de vista adecuado para contemplarlos a su verdadera luz y apreciarlos en su justo valor; pues el hombre que hoy anda por el mundo y en él trabaja para «comer su pan con el sudor del rostro» como le anunció Dios en el momento del juicio de su horrenda transgresión, de su inconmensurable ingratitud, es de condiciones físicas y morales, sobre todo morales, muy distintas de las que poseía al salir de las

manos de su creador y pasearse por el vergel incomparable lleno de delicias de innúmera variedad todas y siempre honestas y encantadoras.

En ese dichoso estado no existía el desorden, cada cosa ocupaba su puesto y obraba en conformidad con él y con la categoría de su ser, por lo cual la subordinación era completa y perfectamente armónica y lógica o racional puesto, que la lógica es el camino natural de la razón. Los seres materiales que constituyen el inmenso y rico palacio perfectamente amueblado y con toda clase de servicios hecho y regalado por Dios al hombre para su bienestar y felicidad obedecían y servían fielmente al hombre su rey y señor; la sensibilidad, las pasiones y todo lo que constituye la parte inferior humana se hallaba plenamente sometida y obedecía a la razón y parte superior y todo el hombre sometido a su Creador y Señor, a Dios. En este feliz estado no existía la lucha actual entre la parte inferior y superior del hombre de que nos habla S. Pablo y todos experimentamos, sino que todos los movimientos e impulsos de la naturaleza humana estaban ordenados y se dirigían al bien y siguiéndolos se iba a la perfección y santidad. Mas toda esta sublime armonía en el ser humano fué rota por la desobediencia de nuestros primeros padres al levísimo precepto que, para reconocimiento de la soberanía divina del Creador de todo, Este impuso, o sea, el pecado original, que como antes hemos dicho es un misterio, pero que explica todos los misterios de la nada edificante historia de la humanidad caida.

Mas para tener exacta idea de la vida cristiana es preciso añadir al conocimiento de la tristísima caida de la humanidad por el pecado original su venturosa Redención por N. S. Jesucristo, o sea, el Verbo Divino encarnado en el virginal seno de la inmaculada Virgen María, el cual, en expresión de S. Juan, era la «verdadera luz» que iluminó al mundo con su ejemplo y su palabra y después de horrorosa pasión fué crucificado en el alto del Gólgota, saliendo, como había profetizado, del se-

pulcro al tercer día triunfante y glorioso. Su vida mortal fué sólo de 33 años y de ellos tres los consagró de manera especial a la vida pública, pero, desde el pesebre hasta la cruz, su vida fué una lección ininterrumpida, una escuela perenne de elevada educación humana, no sólo para los que entonces vivían y tuvieron la inmensa dicha de escuchar sus encantadoras pláticas de sencillez y sublimidad supremas, sino también para todas las generaciones que a través de los siglos habían de sucederse, pues no vino a redimir solamente a los habitantes de la Palestina en aquella época, sino a todo el género humano y para ello fundó la Iglesia la cual había de continuar su misión educadora y redentora hasta la consumación de los siglos, colocando a su frente a S. Pedro como representante suyo y cabeza visible maestro infalible de la verdad católica. Por eso con toda razón y magnífica clarividencia S. Clemente de Alejandría llamaba a Jesucristo el *Pedagogo de la Humanidad:* su doctrina ni fué ni es transitoria, es perenne por hallarse fundada en los principios eternos de la verdad y del bien y proceder de la sabiduría infinita del Verbo divino encarnado.

Y lo asombroso, lo inconcebible es que ahora existan sacerdotes y religiosos que inconscientemente laboren para sustituir esta soberana pedagogía, que sacó al mundo de los errores paganos y produjo la espléndida civilización occidental cristiana, por la mezquina, falsa, naturalista, laica y pagana de Rousseau, que como antes hemos apuntado, ha convertido la sociedad moderna en un caos religioso, moral, jurídico y social, donde impera la fuerza bruta, el odio de clases, el egoismo individual y colectivo y todas las bajas pasiones humanas. Al lado de Jesucristo, ¿qué son los Rousseau y todos los anteriores y posteriores dinamiteros espirituales, más o menos prestigiosos o *prestigiados* que de todo hay, Condillac, Chalottais, Voltaire, Helvecio, Diderot, Dalembert, Overbeger, etc. etc. etc. . . ?

Resumen sintético de lo dicho y sus bases doctrinales.

XLVIII

La sociedad moderna se desmorona por falta de base ideológica. La ideología moderna es disolvente. Las ideas mueven el mundo y son difundidas y asimiladas por la educacion. El camino para sacar la sociedad moderna de la anarquía que la deshace.

Es un hecho indiscutible que está a la vista de todos, por lo menos de todos los que piensan acerca de lo que les entra por los ojos, que la sociedad moderna está completamente *desquiciada*, sin meternos ahora a juzgar si es mejor o peor que la de otras épocas. Está plenamente descentrada en su aspecto moral, jurídico y social. Da la sensación de una gigantesca fábrica con múltiple y complicadísima maquinaria instalada de prisa y corriendo por noveles e inexpertos ingenieros que en su inmenso y brillante trabajo no se preocuparon de muchas cosas, interesantes unas, baladíes otras, cuidando más del ornato y la capacidad de producción que de la profundidad de los cimientos y de la inconmovible solidez de las bases de tanta, tan variada y complicada maquinaria, por lo cual al poco tiempo de funcionar, aun siendo excelentes las máquinas se descentran, se deterioran, pierden rendimiento y realizan el trabajo con grandes dificultades inutilizándose muchas de ellas. Los cimientos y bases de la sociedad, sean antiguas o modernas, son, los inmediatos, el orden y disciplina sociales y, las mediatas, son las ideas, tanto filosóficas, como religiosas, morales, jurídicas, económicas, sociales. . .

¿Y qué es lo que se puede y debe decir tanto de las unas como de las otras? Pues sencillamente que, en general, salvo hasta cierto punto las de aquellos que viviendo en la actuali-

dad presente, pertenecen por sus ideas y costumbres a otros tiempos, son desatinadas y se mueven en el absurdo. No vamos a descender a detalles, pues lo hemos hecho en nuestros libros «Causas, causantes y remedios del moderno caos social» y «Criticismo, irracionalismo y escepticismo» y allí podrá el lector informarse; pues no queremos dar demasiada extensión a este trabajo. Ahora nos limitamos a afirmar que si se aplicasen lógica y lealmente, con todas sus consecuencias, las ideas desatinadas, (no hay desatino, por grande que sea que no se haya dicho por algún filósofo) la filosofía alemana en cualquiera de sus variadas formas y derivaciones racionalismo, irracionalismo, idealismo, escepticismo, pragmatismo, pesimismo, kantianismo, hegelianismo, marxismo, etc., etc., no sólo no podría subsistir la sociedad, sino que el mundo entero estaría ardiendo por los cuatro costados o habría estallado como un triquitraque.

Pero, aunque todavía no se haya llegado a esos extremos por razones largas de exponer, se va camino de ello, pues las bases inmediatas, el orden y disciplina sociales, se hallan maltrechos, en ruinas y heridos de muerte, y con ello en gravísimo peligro todos los valores espirituales, entre los cuales descuellan los religiosos y morales que tan directamente afectan al catolicismo (este tema lo hemos desarrollado en un folleto titulado *La lucha entre el Catolicismo y la Revolución mundial),* y de ahí la conveniencia o necesidad y la obligación que tienen los verdaderos católicos de todas las categorías de trabajar con todo empeño en evitar la catástrofe que amenaza a la sociedad actual: o en otros términos sanear, reparar y consolidar las bases que la sostienen, que, como hemos dicho y todos sabemos, son la disciplina y el orden sociales cristianos, contra los cuales tienen enfiladas sus baterías todos los enemigos de Cristo y de su Iglesia, sin preocuparse en su ceguera y odio satánicos de que las consecuencias serán catastróficas para toda la sociedad, incluso para ellos mismos.

Evidentemente se ha llegado a este estado de cosas, a esta

situación moral y social de siniestros presagios y realidades espantosas que crecen por días colocando la sociedad al borde del abismo, de la anarquía y la disolución social, por haberse seguido consciente o inconscientemente caminos equivocados fundamentalmente; y, ni que decir tiene, que este camino es el de las ideas; pues es un hecho que se ha cumplido siempre a través de la historia y sigue cumpliéndose que las ideas mueven al mundo, más o menos rápida y directamente, «mens agitat molem» y que las ideas se difunden y asimilan por la educación. De ahí el que la revolución mundial en todos sus sectores ha declarado, según queda dicho, que la ley de educación es la primera de las leyes sociales y es asunto vital para la vida de ella que esté en sus manos en absoluto o, a lo menos eficazmente intervenida por sus adeptos.

«Los revolucionarios tienen bien estudiado este asunto, pues viven por y para la revolución. Disputando en el parlamento alemán el líder de los católicos Windsthort con los marxistas les dijo que la última batalla que habría de reñirse entre ellos y el catolicismo sería el campo de la educación; asimismo en el Senado español dirigiéndose al Sr. obispo de Salamanca, el Agustino Padre Cámara, que concluía de pronunciar un notabilísimo discurso acerca de la influencia de la doctrina católica en la marcha de los pueblos, el Jefe de los Conservadores, Sr. Cánovas del Castillo dijo estas memorables palabras: «Días vendrán en que la sociedad, si quiere salvarse, se arrojará en brazos de la Iglesia católica. . . » Como es fácil observar nuestra tesis no es una novelería impresionista, sino que tiene hondas raíces en la tradición católica y se halla respaldada por figuras egregias de la polémica moderna. No podía ser otra cosa dadas su verdad absoluta y su trascendencia inmensa para la vida de los pueblos.

El camino seguido por la sociedad moderna para llegar al estado anárquico en que se encuentra ha sido la educación laica, materialista, positivista, pagana, anticatólica, laxista, de exaltación de los goces sibaritas y derechos humanos, de culto

idolátrico a la libertad e independencia individuales y a los bajos impulsos de los sentidos y pasiones de la parte inferior del hombre, descendiendo siempre de nivel buscando lo fácil y cómodo... es decir, en una palabra, por haber seguido un camino en la educación y en la vida diametralmente opuesto a las máximas educadoras tradicionales del catolicismo y a las normas de vida netamente cristianas de ellas lógicamente derivadas.

Ahora bien, si queremos salvar la sociedad y sacarla del abismo caótico y anárquico en que se encuentra, la misma razón natural nos dice que es absurdo pretenderlo siguiendo el mismo camino con dirección descendente, sino que es necesaria de toda necesidad una rectificación radical, absoluta y con orientación opuesta en las causas y en las premisas para obtener la deseada y salvadora rectificación en los efectos y consecuencias, que han deshecho moralmente una sociedad pletórica de vida material y la hace inhabitable a pesar de los abundantísimos medios de vida y extraordinario confort de que dispone. Esto quiere decir, que la educación saturada de máximas y procederes materialistas y de positivismo pagano ha de ser sustituída por otra netamente cristiana en las ideas y en la práctica de la vida. La exaltación de los goces de la vida sensible y de los derechos más o menos discutibles y convenientes debe sustituirse por la noble y elevada del cumplimiento del deber en sus diferentes formas y clases, para con Dios, con la sociedad, con sus semejantes, . . . cueste lo que cueste; el culto idolátrico a la libertad e independencia individuales, debe sustituirse por la oportuna y para todos conveniente subordinación y respeto a los mandatos de la autoridad, el sibaritismo y comodidades innecesarias deben sustituirse por la vida modesta y útil, en que el trabajo y el descanso, lo material y lo espiritual ocupen los respectivos puestos, según las circunstancias y las edades lo exijan; en vez de las superfluidades costosas y gastos inútiles fomentar el espíritu económico, de previsión y de beneficencia; en vez de una vida disipada, mundana, de callejeo, de terraza, . . . la recatada vida de familia

con sus racionales y honestos placeres en acogedor y risueño hogar, donde todos sus miembros se encuentran más satisfechos y contentos que entre el barullo y agitación de la vida disipada del mundo; en vez de rodar inconscientemente sin esfuerzo alguno por la pendiente del vicio, irse elevando moralmente ascendiendo siempre por la pendiente, no tan áspera como los poltrones se figuran, del trabajo y la virtud; en vez de hozar en la tierra y revolcarse en el lodo, como los animales inmundos, remontarse, cual las águilas, a las altas cimas de las montañas y volar por la limpia, serena y luminosa región de la verdad, del bien, de los altos ideales y de las empresas generosas. En suma, abandonar las normas de vida derivadas del grosero materialismo pagano y seguir las que se desprenden del espiritualismo cristiano; no ser discípulo de Rousseau, abandonando su escuela, y ser discípulo de Cristo entrando de lleno y con fervoroso entusiasmo en su redentora escuela. Este es el camino, no hay otro para salvar la sociedad moderna. Sería monstruoso despropósito rayano en la locura pretender el ascenso a las alturas resplandecientes del espiritualismo cristiano siguiendo la trayectoria descendente del positivismo materialista pagano.

XLVIX

El verdadero cristiano; sus características.—Palabras de Heine, Anatole France, Napoleón y S. Agustín acerca de la humana felicidad. «La luz es placer para los ojos sanos y tormento para los enfermos» S. Agustín.—La vida extravertida de las grandes poblaciones, Madrid, París. . . y la hogareña de las pequeñas.—El mito tendencioso de la austeridad cristiana. Estadística de suicidas.

Concretemos ahora en qué consiste ser discípulo de Cristo. La cosa nada tiene de difícil, es clarísima y, si para alguno no lo fuere, la obscuridad provendría de los nubarrones formados

por los densos vapores que se levantan de las bajas pasiones humanas que se interponen entre su inteligencia y el sol del mundo moral Cristo-Jesús, que, en expresión de S. Juan: «es la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo». Por fortuna el noventa y nueve por ciento de lo que se dice en el Nuevo Testamento, al menos de carácter práctico, goza de claridad meridiana y hállase al alcance de todos. Ser discípulo de Cristo es aceptar toda su doctrina, lo mismo de orden teórico que práctico e inspirar en ella todos los actos de su vida, o sea *crearla y vivirla*, conformando con ella y sus normas todos los actos de la vida, lo mismo interiores que exteriores; en el pensar, en el querer, en el obrar, en el hablar, en el enjuiciar los asuntos de la vida, lo mismo privada que pública, de orden teórico y práctico, de carácter religioso, moral, jurídico, económico, educador, . . . teniendo un concepto de la vida y de todas las cosas a ella pertenecientes en conformidad con la doctrina evangélica y las normas de conducta de ella derivadas, tomando siempre y en todo a Jesucristo N. Señor como dechado perfecto y supremo modelo que imitar, procurando aproximarse a El todo lo posible.

Esto es de suprema sencillez en teoría, aunque en la práctica no esté exento de cierta austeridad para la flaca y viciada naturaleza humana, donde el pecado original ha dejado la inclinación al mal (fomes pecati, que dicen los moralistas) que es como la cicatriz de la profunda y extensa herida, que dificulta en parte los naturales y primitivos impulsos al bien. Ella no es tanta ni tan penosa, como algunos se figuran, y muchos, con manifiesta y tendenciosa exageración pregonan; pues existe la suprema ley de la compensación, piadosamente establecida por Dios; y a la lucha contra las malas pasiones síguese, mejor dicho, acompaña siempre la deliciosa y confortadora paz del alma, que, como dice S. Pablo, «*supera todo sentido*». Y testigos de tanta excepción en la materia como S. Pablo y S. Agustín dicen; el primero: «Sobremanera abundo de gozo en mis tribulaciones» y el segundo: «Tú lo has dicho, Señor, y así se cumple, que

todo espíritu desordenado sea tormento de sí mismo». Esto se ve claramente en las Comunidades religiosas. De ordinario, los más satisfechos, los más alegres y felices son aquellos que trabajan más, cumplen mejor los deberes impuestos por la regla, llevan una vida más ordenada y disciplinada. Paseaba un día el impío y escéptico Heine con un amigo suyo por un parque de la ciudad, donde jugaban con gran alborozo, risas, voces, carreras, . . . unas niñas y, al observarlo Heine, se le soltaron las lágrimas; y, al ser interrogado por el amigo acerca de la causa de aquellas sorprendentes lágrimas, le respondió: «No puedo menos de llorar al ver que estas criaturas con su inocencia han conseguido la felicidad que yo en vano busco con mis trabajos y éxitos literarios». Y pudo añadir con verdad con mis desórdenes sensuales, pues a él pertenece una frase, que no copiamos aquí, de lo más impía, sensual y cínica que se puede imaginar. Anatole France, niño mimado en los éxitos literarios, decía, a raiz de uno de los más resonantes, a sus amigos: «Si pudieseis leer en mi alma os espantaríais: porque no hay criatura en el mundo tan desgraciada como yo. Y me creen feliz, cuando no lo he sido ni un día ni una hora». Hallábanse reunidos varios generales franceses con Napoleón conversando amigablemente de diversas cosas; y uno de ellos le dijo: Mi general «¿cuál ha sido el día más feliz de su vida?». Todos esperaban que contestase que el día del triunfo en una de sus grandes batallas o el de alguno de sus grandes éxitos políticos. Sin embargo el respondió sin el menor titubeo: El día de mi primera comunión». ¿Qué demuestra todo esto? Que la verdadera, la grande, la efectiva felicidad es algo muy íntimo y elevado, algo que desborda la baja y mezquina esfera de los sentidos limitados. algo que no habita entre las estruendosas manifestaciones, más o menos sinceras de los humanos éxitos; lo cual expresaba S. Agustín con lapidaria frase: «Nos hiciste Señor para Tí, y nuestro corazón está inquieto, cuando no descansa en Tí».

De suerte, que eso de la austeridad cristiana es muy relati-

vo, y se la saca de sus naturales límites y se la exagera con ponderaciones tendenciosas por los implacables enemigos de Cristo y de su Iglesia; de suyo nada tiene, para los espíritus ordenados y conscientes de su posición respecto del Creador, de duro ni menos de insoportable como afirman neciamente los anticatólicos y sensuales; porque, después de todo, se reduce a llevar una vida ordenada y racional, que mejora al hombre física y espiritualmente, individual y socialmente. Claro está que para quienes tengan un concepto de la vida materialista y crean que el hombre es un animal, algo más perfecto que los de más, pero sólo animal, que se halla en la tierra, como cualquiera otro de los inmundos, para comer, beber y hozar en el cieno, la sencilla y sublime espiritualidad de la vida cristiana le parecerá de insoportable austeridad y rigor: pero esta apreciación no está fundada en la realidad objetiva, sino en el desordenado y falso concepto de la vida del sujeto que la formula; es que está contagiado del modernismo materialista y neopaganismo, aunque figure entre los cristianos por estar bautizado y convenirle esa postura en sociedad; es que en él se cumple a la letra la frase de S. Agustín: «Oculis aegris odiosa est lux quae puris est amabilis». La luz es insoportable tormento para los ojos enfermos, siendo deleitosa y amable para los sanos. Quienes de esta suerte se expresan es que tienen enfermos o llenos de tierra los ojos del espíritu.

A los individuos acostumbrados a vivir en grandes poblaciones, Madrid, París, Londres, Nueva York haciendo vida mundana, de calle, de teatro, de cine, de café, de terraza, de bar, de banquete, de recepciones, etc., etc., estiman insoportable la vida de hogar, ordenada y tranquila de los hacendados que moran en una villa provinciana de ocho o diez mil habitantes; y, sin embargo, nada tiene de dura y es más razonable que la de barullo y contínuo ajetreo por ellos vivida y de la cual son esclavos. Y no hablamos de la que hacen aquellos a quienes se refiere Fray Luis de León en su hermosa décima

«... Dichoso el humilde estado
del sabio que se retira
de aqueste mundo malvado
y con pobre mesa y casa
a solas su vida pasa
con solo Dios se compasa
ni envidiado ni envidioso».

Por manera que presentar la vida cristiana como algo insoportable, fundamentalmente opuesta a los naturales y legítimos anhelos humanos de alegría y felicidad, es uno de tantos embrollos confusionistas y tendenciosos inventados por los anticristianos con fines de impía propaganda. Estudiadas las cosas con serenidad y a fondo, es fácil observar que, ya sea por la antedicha ley de las compensaciones o por otros motivos, que no vamos a estudiar aquí, lo indiscutible es que los católicos no son menos felices que los anticatólicos, siendo ese *coco* de la austeridad un engañabobos o vulgar mito, para combatir el catolicismo y restarle prestigios y simpatías. Prueba evidente de ello es la estadística de los suicidios, pues nadie se suicida por exceso de satisfacción y bienestar. Compulsadas las estadísticas generales de un gran lapso de tiempo de cien suicidios más de noventa pertenecen a los incrédulos.

Por supuesto es preciso tener en cuenta que, aunque en esta vida la felicidad fuese mayor en los incrédulos que entre los creyentes, no por eso estaría justificada la incredulidad; pues al hombre no es lícito rechazar la verdad conocida por cualquier medio racional ni separarse en sus obras de las normas derivadas de ese conocimiento por motivos egoistas; no puede supeditar el cumplimiento sagrado de sus deberes para con Dios, para con sus semejantes y para consigo mismo a que los actos le sean agradables o desagradables, fáciles o difíciles. A uno que debe cien mil pesetas resulta desagradable y difícil desprenderse de esa suma, que le venía muy bien para hacer un viaje por América que hace mucho tiempo tiene en proyecto, pero no por este desagrado puede dejar de pagar su deuda.

De aquí resulta que nadie, ni los paganos y anticristianos, puede honradamente rechazar una verdad o dejar de realizar el deber por motivos de austeridad, ni imaginada ni real; puesto que obrar por esos motivos es contrario a la razón natural: pero que sean apoyados en tales pretensiones por algunos católicos intentando llevar tan falsas y catastróficas doctrinas al campo de la educación de la juventud, combatiendo la necesaria y salvadora disciplina de la educación tradicional católica es algo monstruoso y de consecuencias funestas de imprevisto alcance, siempre y más en la época presente de indisciplina social, decadencia social, crisis social y disolución social, que, de no ponerse pronto y radical remedio parará en catastrófica anarquía social de fatales e insospechadas consecuencias para la marcha de los pueblos y la vida de la humanidad. Y este pavoroso estado social anárquico más o menos embozado ha sido originado y se halla sostenido por la ideología moral moderna que es substancialmente fomentadora y propagadora del desorden y la indisciplina en todos los órdenes de la vida; el individual, el colectivo, el familiar, el político, el civil, el internacional, el económico, el jurídico el escolar, el científico, etc., etc., y como las ideas son las que nutren el espíritu e impulsan al hombre en todas sus acciones, mientras esa ideología no cambie de rumbo y tome nuevas y razonables orientaciones, hasta que no se imponga el orden y la disciplina en todos los aspectos y derivaciones de la vida humana con carácter de universalidad, nada práctico y de resultados se hará con respecto a la salvación de la sociedad moderna amenazada de muerte; de la cual no podrá salvarla su indiscutible y brillantísima civilización material, como a Grecia y a Roma no las salvó su respectiva civilización, brillantísimas ambas cada una en determinado aspecto.

Ahora permítasenos preguntar: ¿Existen señales de rectificación de rumbo, de salvadoras orientaciones en la sociedad moderna en que apoyar halagüeñas esperanzas de regeneración social? Para cualquiera que estudia con detenimiento y

aprecia en su justo valor los fenómenos sociales y no quiere engañarse a sí mismo y engañar a los demás, la respuesta no puede ser dudosa, es francamente negativa. Porque, así como «quitada la causa se quita el efecto», sublata causa tollitur efectus, según reza el axioma, así también es axiomático que «permaneciendo la causa permanece el efecto» y en este caso no se ve indicio alguno de tan radical cambio en la ideología y en la práctica, aunque sean muchos y de alta significación y solvencia, como los antes citados (1), los que vén el peligro y la absoluta necesidad del remedio para que vuelva la paz al mundo y sea posible la felicidad derivada del desenvolvimiento normal de los pueblos y las naciones dentro del orden universal y el respeto a los derechos de cada uno, acompañado siempre del cumplimiento de los propios deberes, pues sabido es que son correlativos.

Pero por desgracia esta manera de enfocar las cuestiones no pasa de la teoría, pues, por regla general, en la práctica, tanto en lo indiviual como en lo colectivo, en lo nacional como en lo internacional, las bajas pasiones humanas nublan la razón y alborotan los instintos ciegos de la bestia que despierta o dormida vive en el fondo del hombre caído. Y en prueba viviente de ello ahí está la famosa O. N. U., donde la unión sólo se ve en el título. Y lejos de retroceder y volver al camino salvador de la sociedad se verifica lo contrario; pues la revolución mundial de una manera más o menos directa y manifiesta trabaja con entusiasmo y decisión contra el orden social cristiano y contra la disciplina necesaria para su conservación. Y con suprema habilidad dirgna de más noble causa ha logrado infiltrar sus disolventes doctrinas nada menos que en el delicado y trascendente campo de la educación católica, según antes se ha dicho y demostrado con citas de párrafos tomados de autores católicos y sacerdotes y religiosos, que circulan profusamente entre los educadores católicos.

---

(1) Los citados por Areilza en su interesante obra «Embajadores sobre España», entre ellos Hayes y Bullit.

Y es el caso que la sugestión e influencia del enemigo ha sido tan honda y los efectos tan intensos y desastrosos que a personas cultas y sensatas les ha hecho decir y escribir proposiciones desatinadas como la de que «a mayor disciplina en un colegio de jóvenes educandos corresponde mayor corrupción». De donde se deduce que a menor disciplina corresponde mayor observancia y limpieza de vida: o en otros términos que debe desaparecer la disciplina en los colegios o reducirla a su mínima expresión. Esto dice la lógica, no lo dice el escritor, pues por fortuna para él en este caso le salva la inconsecuencia. No ha podido el enemigo inventar arma más formidable para acabar con la educación católica y el orden social cristiano, fundamento básico para la paz de los pueblos de alta civilización

Pero aquí lo paradógico, lo inconcebible es que sobre estas bases anarquizantes y paganas se pretenda levantar el ingente y salvador edificio de la educación católica. Esta no tiene ni puede tener otra base que a Cristo, Maestro y Educador de la Humanidad y su incomparable doctrina, contenida en el Nuevo Testamento que es fundamentalmente opuesto a la de los modernistas, paganos y paganizantes, como con toda la brevedad posible vamos a exponer.

Ntro. Señor Jesucristo enseñaba con la palabra y con el ejemplo, según hacen todos los hombres preténdanlo o no lo pretendan. Por lo tanto, para saber si una teoría educadora está dentro o fuera del catolicismo, si se conforma con él o al contrario le es adversa, basta averiguar lo que el Maestro hizo en ocasiones iguales o parecidas a las del caso actual o lo que hubiera hecho dada su suprema rectitud y consecuencia en todos sus actos. Y si esto no fuese suficiente ni estuviese claro, acudir a los principios y bases de su divina doctrina y resolver con arreglo a sus normas. Esto es ser cristiano de nombre y de hecho, en la teoría y en la práctica: otra cosa es una farsa o una incongruencia indignas de los discipúlos de la Verdad subtancial; es pretender engañar a los demás y engañarse a sí

mismo. Apliquemos estos claros principios a cualquiera de los hechos citados en la primera parte; v. g. a la carnavalada del famoso baile místico-pedagógico y dígase honradamente si esas paganas y materialistas mundanidades están dentro de los métodos educadores del soberano Maestro de la Humanidad: dígase asimismo, si Jesucristo puede aprobar la chabacana irrespetuosa e injusta y falsa descripción del gran Apostol de las gentes hechas con ridículos retazos de la falsa historia de los falsos dioses del falso Olimpo... Reflexiones parecidas pueden hacerse de los demás puntos allí mencionados y los que no mencionamos por no caber dentro de los estrechos límites de nuestro trabajo. Jesucristo nos dijo que El era camino, verdad y vida, «ego sum via veritas et vita». Por lo tanto a ningún católico es lícito, ni en materia de educación ni en otra cualquiera, seguir camino *opuesto* a ese camino, ni estudiar los asuntos a una luz *opuesta* a esa luz (erat lux vera quae illuminat omnem hominem venientem in hoc mundo), ni vivir una vida *opuesta* a la de Jesucristo, Señor nuestro. Por eso hemos dicho antes y ahora repetimos que es monstruoso absurdo el que los educatores católicos abandonen los caminos seguidos por el *Maestro* para seguir los del paganizante Rousseau y sus anticatólicos secuaces.

Y, si de las enseñanzas del ejemplo pasamos a las de la doctrina la falsa y absurda posición de los educadores católicos que quieren armonizar a Cristo con Rousseau y el elevado espiritualismo católico con el bajo materialismo pagano; diremos que son tantos y tan contundentes los testimonios contrarios a ese escandaloso contubernio y reprobadores de las teorías paganizantes, que podríamos citarlos por miles. (Muy bien podría escribirse una obra de varios volúmenes acerca de este particular); pero en nuestro deseo de no alargar demasiado nuestro trabajo, sólo algunos del Nuevo Testamento, en especial, vamos a exponer, donde se vea con claridad meridiana que los católicos de ninguna manera podemos defender, sumándonos a los paganos y rusonianos, los métodos modernistas en la

educación de la juventud, por ser sensuales, muelles, y estar saturados de mundanidad, edonismo, indisciplina, de religiosidad formulista, exterior, acomodaticia, semipagana, sin los vigorosos alientos de las sólidas y recias virtudes cristianas, que no retroceden ante los sacrificios mayores o menores que el cumplimiento del deber imponga: métodos educadores cuyos efectos estamos palpando en el ambiente de disolución social que hoy se respira en todas las esferas de la vida.

No podemos los católicos aceptar esos métodos por prohibírnoslo nuestras ideas religiosas y para no colaborar inconscientemente con la revolución.

LI

La lucha inevitable entre la parte inferior y superior del hombre. La educación debe formar para la vida real. El hombre no nace confirmado en gracia y mayor de edad. La educación cristiana debe reprimir los malos y desordenados instintos y fomentar los buenos.—Condiciones para seguir a Cristo.—Las indiscretas suavidades en la educación de la juventud suelen terminar en extremas violencias individuales y sociales. Una anécdota instructiva sobre el particular.

«La vida del hombre es una ininterrumpida lucha sobre la tierra», dijo Job con frase sintética, y su eco se ha ido repitiendo en forma variada y con fuerza distinta, a través de los siglos, en la conciencia de la humanidad, hallándose plenamente confirmado por la experiencia cotidiana. Esta es la innegable realidad y cuya única explicación racional se encuentra en la caída original de la humanidad, en el drama del Paraiso terrenal. Y, si la educación de la juventud tiene por fin principal preparar para la vida real y ésta es una lucha continua entre los bajos y nobles impulsos del corazón, entre la parte inferior y superior

humana, para que triunfe ésta que dignifica y perfecciona el hombre, sobre aquélla que le envilece y degrada, es elemento esencial en la educación fortalecer, vigorizar y desarrollar la parte superior y racional todo lo posible y debilitar, en cambio, la inferior y sensitiva, lo cual se consigue con el fomento de la adquisición de hábitos buenos racionales o virtudes, y la abstención de actos desordenados, irracionales y decadentes, opuestos a los anteriores. Este es el verdadero concepto cristiano de la vida. Quienes como Rousseau y los naturalistas positivistas y neopaganos, que no admiten la caída original, que estiman que todos los impulsos naturales son buenos y nada hay que cercenar en ellos ni ofrecen peligro alguno para lo porvenir, lógicamente sostienen que a los educandos no se les debe prohibir, que obren libremente sin represiones de la disciplina. La educación moderna supone que todos los educandos nacen mayores de edad y confirmados en gracia. ¿Qué nos dice la realidad? Todo lo contrario; que hay algunos que no llegan nunca a la verdadera mayoría de edad y otros son tan *atravesados* y de tan mala intención que *parece* que están confirmados en el mal. Ese es el concepto pagano de la vida. Ahora bien, siendo como queda consignado, nota esencial de la educación, el preparar, formar el educando para la vida real, es decir, para la vida que ha de vivir, y esto depende del concepto que de ella se tenga, siendo el concepto cristiano radicalmente opuesto al concepto pagano, la educación cristiana debe ser en lo substancial, opuesta a la pagana, y por consiguiente es una temeridad y un despropósito pretender educar en su aspecto moral en cristiano con métodos y principios paganos. Así como en el aspecto técnico y profesional la educación del juez no puede ser igual a la del médico y del sacerdote, por ser sus vidas profesionales completamente diferentes, esta misma idea la expresa también Job en otra forma diciendo: «No se halla la sabiduría en la tierra de los que viven suavemente».

«Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame». He aquí el sintético y brevísimo pro-

grama de los verdaderos discípulos de Cristo o cristianos. Son sus palabras terminantes, no admiten excepciones. Habla el Verbo divino, el Salvador del mundo, que por precepto divino todos tenemos obligación estricta de escuchar sin tergiversar sus palabras. «Este es mi hijo muy amado en quien siempre me he complacido, escuchadle». *Ipsum audite* dijo, al ser bautizado en el Jordán la voz que se oyó al abrirse sobre El los cielos. Y Jesucristo es el Salvador del género humano, el único camino de salvación, «*Ego sum via, veritas et vita.* Cuanto más se separe de él la sociedad más extraviada estará y más desventurada será. ¿Se han dado cuenta de esto los ciegos secuaces de las máximas humanistas y paganas rusonianas de corruptora laxitud? ¡Reformar las máximas de Cristo con las teorías fantásticas de Rousseau! ¿Es posible mayor despropósito y mayor profanación?

Veamos el alcance de la fundamental e ineludible máxima de Cristo. En ella de manera terminante y absoluta se consigna que las condiciones esenciales para seguir a Jesucristo, ser discípulo suyo, o sea, para ser cristiano verdadero son la abnegación y el sacrificio; en otros términos, que sin ellas no se puede seguir a Jesucristo. Esta misma verdad está expresada en forma concreta por El Sabio «El que cría delicadamente su siervo desde joven lo encontrará después rebelde y contumaz». Con una imagen bella dice lo mismo Isaías: «Los malos son como la mar agitada por los vientos que jamás puede sosegar». Es tan clara esta verdad y la experiencia la muestra con tales resplandores que la vislumbraron hasta los sabios antiguos del paganismo. Así Aristóteles escribió: «La dificultad de ser buenos nace de *no refrenar y ordenar penas y deleites*. Y el filósofo griego Epitecto decía: *Sufre y abstente:* he aquí la gran filosofía.

Pero donde resplandece con fulgores inenarrables esta soberana idea educadora es en el Nuevo Testamento, al llegar a la plenitud de los tiempos y apareció en la tierra la Luz del mundo moral, el Maestro y Educador de la Humanidad, Cris-

to Jesús, supremo modelo de toda perfección humana y sublime y ejemplar dechado a quien todos debemos imitar, especialmente los que nos honramos de ser discípulos suyos y profesamos sus divinos dogmas y su moral inmaculada.

Con la precisión, diafanidad y sublime sencillez, características imborrables de su divina y redentora palabra dice al mundo, que va extraviado y no llegará a la perfección y felicidad por todos anhelada y para que fuimos criados, ni se puede ser verdadero discípulo suyo dejándose arrastrar por los egoismos, malos instintos y desordenadas pasiones de la parte inferior humana o carnal, que se quiere sobreponer a la superior o racional, lo cual expresaba S. Pablo diciendo «que sentía en sus miembros una ley opuesta a la ley de la razón y pretendía hacerle esclavo del pecado: afirmando en otra parte que el espíritu suspira por las cosas contrarias a las de la carne y la carne ama las cosas contrarias a las del espíritu».

De suerte que la Verdad substancial, la Luz moral y salvadora del mundo nos dice terminantemente que es preciso someter la parte inferior a la parte superior, la sensibilidad a la razón, los gustos materiales a los dictados de la razón, la volubilidad, ligereza, inconstancia, desorden, . . . del débil corazón humano y de las pasiones más o menos violentas y desordenadas, que le agitan, a las saludables y provechosas normas del orden y la disciplina de los cuales tantos bienes reporta el hombre particular y la sociedad; no olvidando nunca que desde el punto de vista espiritual los hombres todos somos convalecientes, sometidos a un régimen que no puede abandonarse sin grave peligro de recaer en la enfermedad y que la experiencia cotidiana nos enseña la plena exactitud de la máxima: «qui expernit modica paulatim decidit», quien no hace caso de las cosas pequeñas poco a poco caerá en las grandes. Lo mismo los hábitos virtuosos o virtudes que los vicios se adquieren con la repetición de actos. La gota de agua orada las piedras no por la fuerza de su caida, sino por su constancia en ella. Puede servir de ejemplo lo que ocurre en los grandes

fumadores, que el ochenta por ciento o más adquirieron el vicio fumando algunos cigarrillos al día y poco a poco fueron aumentándolos llegando a ser verdaderos esclavos de ese hábito vicioso, hasta el extremo de algunos perder la salud y hasta la vida por carecer de fuerza de voluntad para mortificarse y dejar el vicio tan suave y *frívolamente* adquirido. Algo parecido puede decirse del más grave y repugnante vicio de la embriaguez. Sobre este particular refiérese una anécdota que no deja de ser curiosa y expresiva de la realidad. Fué cierto día un individuo a comer en casa de un antiguo compañero de colegio con quien había tenido siempre gran amistad, aunque viviendo en otra región muy distante de la de él. Durante la comida observó que le habían servido en la copa del agua aguardiente y que la bebía en lugar del agua, y, al final, se permitió interrogarle acerca del insólito caso. Y le contestó medio en broma medio en serio: «¿Te llama la atención mi bebida? No me admira, yo mismo estoy asombrado de ello. Tú sabes que por los tiempos en que juntos cursábamos el bachillerato en el colegio ni vino bebía; pero después todo cambió para mí, e indiscretamente comencé a beber un poco de aguardiente con agua, pasó algún tiempo y ya la bebía sin agua y ahora, como ves, la bebo como agua.» No sé hasta que punto será exacta la anécdota; más la idea moral en ella encerrada no puede dudarse de que es absolutamente exacta: ese es el camino, mejor diré la pendiente por donde, de ordinario, se desliza suavemente y sin apenas notarlo la débil humanidad caida en la mayor parte de sus desórdenes de los cuales queda esclava y después tan difícil y penoso le es salir. *Primero con agua, después sin agua y luego como agua.* He aquí la síntesis de tantas y tan graves caidas.

Seguramente que muchos de los educadores y escritores paganizantes se horrorizan ante los criminosos nauseabundos excesos a que ha llegado en no remotos tiempos esta sociedad paganizada «rebelde y corrompida» y protestarán de tanto salvajismo en medio de tanta cultura material, sin darse cuenta de

que sus teorías de libertad, sibaritismo e independencia en la educación de la juventud contrarios a la austeridad, disciplina y orden cristianos ha sido el agua donde se comenzó a tomar diluído el tóxico que hoy se bebe como agua. Quienes temeraria e indiscretamente han sembrado vientos no tienen derecho a quejarse de las tormentas por ellos producidas.

LII

Cómo ha de entenderse la negación de sí mismo.—Lo que dice S. Pablo respecto a este punto. Varios textos de apóstoles. Condenación rotunda e inapelable de los paganizantes. Ni los árboles ni los hombres que se tuercen de jóvenes pueden después fácilmente enderezarse. No puede haber sociedad sin disciplina. Procedimientos indirectos usados por la impiedad para aniquilar el catolicismo. Los educadores católicos han caido en las redes tendidas por sus enemigos. Palabras enérgicas de León XIII. Los dos conceptos de la vida.

Alguien quizá dé a la expresíon «niéguese a sí mismo» una interpretación exagerada e inadecuada, diciendo que negarse a sí mismo es ir contra la naturaleza, lo cual no es lícito ni racional, puesto que la naturaleza es obra de Dios. Esta interpretación está descentrada y es absurba: la abnegación cristiana o la negación propia consiste en negar en nosotros todos los impulsos irracionales procedentes de la concupiscencia de la carne, los mentidos y pecaminosos halagos del mundo que con harta frecuencia nos asaltan y nos impiden seguir a Jesucristo, como estamos obligados y es lo justo y racional, por ser la luz del mundo moral, camino, verdad y vida, y además ostentar los soberanos e inatacables títulos de Creador, Redentor. Ordenador, . . . del género humano. Y, como para realizar esto, cumpliendo nuestro natural deber, el *hombre caido* necesita hacer

esfuerzos, aceptar privaciones, sacrificar caprichos, . . . añade «Tome su cruz». Claro está que esta cruz, como queda dicho, tiene tales ayudas y compensaciones, que al final de la vida ha sufrido menos el que ha vivido ordenadamente que el que lo ha hecho desordenadamente. He aquí el resultado de la tan traida y llevada austeridad cristiana que insensatamente y contra toda razón y justicia pretenden suavizar ciertos educadores y escritores católicos sustituyendo la tradicional disciplina católica en la educación por la salvaje independencia y libertad rusonianas, poniendo las máximas de Rousseau sobre las de Cristo (¡¡) que es lo sumo de la inconsciencia y de la locura, cuyas funestas consecuencias está sufriendo la moderna sociedad.

Los anticristianos y los incrédulos en general podrán combatir los métodos educadores tradicionales del catolicismo y ser enemigos de la disciplina en los centros docentes cristianos, dándose cuenta o no dándosela, del abismo en que ello precipita a la sociedad; pero ningún católico consciente y lógicamente puede hacerlo sin faltar a su deber, por hallarse fundados ideológicamente en lo substancial en la doctrina evangélica y en toda la tradición cristiana.

El apóstol Santiago dice: «Las guerras vienen de las codicias y de los apetitos desordenados interiores». San Juan de manera concreta afirma que «quien dice que está o permanece con Cristo debe seguir los mismos caminos que El anduvo» (que no fueron de complacencia con el mundo y los instintos egoistas y materiales de la enferma y caída naturaleza humana) San Pablo, apóstol preparado de manera especial por el mismo Jesucristo para llevar su nombre por el mundo predicando el Evangelio a los gentiles y paganos de todas las naciones, coloca como idea madre y preponderante en todas sus magníficas Epístolas la necesidad de luchar sin tregua ni descanso contra los bajos instintos de la naturaleza humana corrupta, para que la parte inferior humana no subyugue a la superior y racional, invirtiéndose el orden natural que exige que la razón mande y

la sensibilidad obedezca. De él son las siguientes vigorosas frases, llenas de luz y espiritual unción: «Siento en mis miembros una ley opuesta a la ley de mi mente y que, si la siguiese, sería esclavo del pecado.» «Este cuerpo que se corrompe apega y coarta los elevados vuelos del espíritu». «La carne y el espíritu son enemigos por desear el uno contra el otro». «Sé que el bien no mora en mi carne». «Parece que toda disciplina en la vida presente no es motivo de gozo sino de tristeza (no siendo esto motivo para abandonarla)». «Qué consorcio puede establecerse entre la luz y las tinieblas, entre el bien y el mal y entre Cristo y Belial» . . . Esta última sentencia es una condenación rotunda e inapelable de las ideas y de la conducta de los patrocinadores de los métodos y teorías humanísticas y naturalistas modernas en la educación, que pretenden formar católicos por métodos rusonianos y teorías neopaganas, lo cual es tan quimérico como intentar convertir la luz en tinieblas y las tinieblas en luz. Y todas ellas se dirigen a evitar que la parte inferior y sensible se sobreponga a la superior y racional, y mostrar que las tolerancias y complacencias, grandes o pequeñas, muchas o pocas, que con aquélla se tengan, es dar armas al enemigo, es algo así como quitar el freno al bruto indómito que montamos y permitirle o dejarle que se vaya por caminos extraviados que terminan en un precipicio; esto constituye una verdadera insensatez que puede costar muy cara y es a todas luces ilícita.

Estas ideas son de carácter básico y se encuentran desarrolladas en formas distintas en toda la tradición educadora católica, como puede verse en todo el nuevo Testamento, en los escritores de los primeros tiempos del cristianismo, en los Santos Padres, en los doctores de la Iglesia, en los teólogos, moralistas, juristas, ascetas, místicos. . . No citamos a ninguno en particular por ser doctrina general y puede verse en cualquiera de ellos.

Conviene advertir que esto se cumple sea la que sea la clase de educandos; particulares, colegiados, hombres o mujeres,

seglares o religiosos, legos o sacerdotes pues aquí se trata de las ideas fundamentales de la educación en su aspecto moral, no técnico, y éstas son iguales en general, distinguiéndose sólo en grados y detalles que dependen de la clase, fines, reglas particulares y circunstancias de los educandos. Todo ello está fundado en lo que dice el Sabio que los sentidos y el corazón humano están inclinados al mal desde su juventud; y que los hombres, como los árboles que se tuercen de jóvenes después no pueden fácilmente enderezarse. Esto dice la teoría fundada en los sanos principios filosóficos, morales y religiosos y esto confirma de manera indubitable la práctica en todos los tiempos a juzgar por los frutos cosechados, que es la manera más segura de distinguir los árboles buenos de los malos, los cuales no vamos a exponer aquí por haberlo hecho antes sintéticamente en los capítulos pasados. Y ello es muy lógico; porque, después de todo, la educación en su aspecto moral se reduce en lo substancial a cercenar y arrancar del espíritu hábitos malos o viciosos y plantar y desarrollar en él hábitos buenos o virtudes; hoy esto ni se ha conseguido, ni se consigue, ni se conseguirá, sino es mediante la repetición de los actos adecuados a cada caso, o sea, refrenando, encauzando y subyugando los malos impulsos del egoismo y desordenadas concupiscencias ciegas de la parte inferior y material humana para que se muevan siempre dentro de la ley y del orden, cumpliendo con la exactitud posible los deberes propios y respetando los derechos ajenos: Complemento de esto es fomentar y alentar, en cambio, las nobles aspiraciones, los elevados anhelos de perfección de la parte superior o racional.

La conveniente disposición de las cosas todas para lograr este objeto, este regenerador y salvador ideal es lo que constituye la disciplina tanto individual como colectiva o el camino que lleva a la buena formación espiritual o educación; lo contrario es ineducador, desmoralizador, decadente... Es la pen diente por donde se cae con mayor o menor rapidez en la degeneración individual y colectiva, en la disolución social, pri-

mero ideológica y más tarde real para ir a desembocar, si no se le pone remedio, en la anarquía y caos social más o menos grave y general, según las circunstancias y condiciones del medio: pero ineludiblemente los pueblos educados en la indisciplina se precipitan por esa pendiente y marchan al abismo de la anarquía; porque no puede haber sociedad sin disciplina.

Este es el caso de la sociedad moderna. Durante muchos decenios se ha trabajado por los agentes manifiestos u ocultos, conscientes o inconscientes de la revolución mundial, utilizando los medios más variados, escuela, prensa, espectácvlos, publicidad, legislación... para acabar con la disciplina, lo mismo individual que colectiva, tanto en la vida privada como en la pública, en las ideas y en la práctica, especialmente en las juventudes de uno y otro sexo, ricas y pobres por medio de la educación naturalista, pagana; por eso decía Combes, uno de los capitostes del sectarismo universal, que con la implantación de la escuela *oficial, neutra y obligatoria* quedaba asegurada la república en Francia, o sea, el laicismo y la revolución atea.

Asimismo, como antes hemos dicho, uno de los acuerdos del sectarismo internacional es que la ley de instrucción pública es la más importante de todas las sociales y que debe estar intervenida por sus adeptos mediata o inmediatamente, próxima o remotamente. ¿Está claro? ¿Ven los católicos paganizantes la labor que están haciendo y para quiénes trabajan y las nefastas consecuencias de sus morbosos afanes de suavizar la disciplina en la educación cristiana y de ensanchar las puertas de la Iglesia para que entren en ella los impíos y enemigos de la fe? Vengan éstos en buena hora, pero no por caminos torcidos, sino por el único veidadero que es Cristo (yo soy, dijo, camino verdad y vida) sometiendo su limitado entendimiento a la Verdad absoluta y viviendo su Vida, la sobrenatural que El trajo a la tierra: lo contrario no es edificar, sino destruir. Adviértase que los procedimientos usados por los sectarios son suaves e indirectos, para no alarmar, pero eficacísimos.

Se necesita estar ciego para no ver que habiendo llegado

al caos anárquico en que hoy se agita entre convulsiones de muerte la sociedad, por haber abandonado la salvadora y racional austeridad de la educación cristiana y seguir las máximas decadentes, muelles y enervantes humanistas, derivadas de las falsas doctrinas educadoras renacentistas, no es posible salvarla inyectando en la educación católica corrientes más o menos indirectas y suaves de paganismo, positivismo y rusonianismo, que a eso se reducen, en el fondo, las insensatas teorías modernas en la educación. Quienes así piensan, sienten y obran, sin duda no se dan cuenta de que la sociedad presente no lleva otro lastre que le dé relativa estabilidad que las ideas católicas recibidas por la educación tradicional netamente cristiana, por lo cual si éstas desapareciesen, el naufragio sería inevitable y la catástrofe inmensa, pues inmensas son las fuerzas que en ella actuan y la agitan. Esto aparte del absudo filosófico de pretender suprimir los efectos, no suprimiendo la causa, sino aumentándola.

Y ello sería explicable, aunque no justificable, si lo realizase el sectarismo impío y positivista que anula la razón; pero es de todo punto inconcebible tratándose de discípulos de la Verdad increada, Cristo-Jesús. Este raro fenómeno indudablemente obedece a estar contagiados del imperante neopaganismo decadente, opuesto a todo lo viril, elevado, austero y fuerte y progenitor de todas las decadencias morales y de la universal indisciplina que ha invadido todas las capas sociales. Es que muchos educadores católicos han caído en las redes ocultas hábilmente tendidas por el sectarismo mundial.

Véase lo que sobre el particular dice la Iglesia católica por boca de León XIII en una de sus sapientísimas Encíclicas: «Por eso queremos recordar que *los que se forjan en su mente una ley y una manera de sentir y obrar más ancha y muelle* en la vida cristiana, de preceptos más suaves y conformes con su *flaca inclinación* y más benignos con la débil naturaleza, *no han de ser jamás tolerados ni oídos.* No saben que a cada paso nos sale la Cruz al encuentro, como estandarte y ejem-

plar para todos los que real y verdaderamente quieren ser católicos... » León XIII con su clarísima inteligencia veía el absurdo de quienes pretenden recortar el catolicismo a la medida de las flaquezas de cada uno y por eso dice de manera tajante que *jamás deben ser tolerados ni oidos*. En verdad, eso ya no sería cristianismo, sino una caricatura indigna de él, carente en absoluto de virtualidad religiosa. Querer ser cristiano y no seguir a Cristo es un contrasentido, y no sigue a Cristo quien no se niega a sí mismo y toma su cruz como El nos ha dicho.

En síntesis; existen dos conceptos de la vida, no sólo distintos, sino diametralmente opuestos derivados de dos ideologías asimismo diametralmente opuestas. El concepto verdaderamente cristiano o católico, que se deriva de la doctrina predicada y practicada por Cristo y sus apóstoles y conservada como sagrado depósito por la Iglesia católica y practicada por todos sus fieles hijos y discípulos de Jesucristo, expuesta y practicada por los Santos Padres, los Doctores de la Iglesia y todos los escritores católicos y vivida por todos los sinceros cristianos, sabios o ignorantes, ricos o pobres, de alta, media o baja cultura a través de todos los tiempos de nuestra era; y el concepto pagano de la vida que se deriva de la doctrina pagana, cuya principal cuna (ideológica) fué Grecia primero y luego Roma. Hoy este concepto de la vida lo tienen y viven todos los que no son católicos o lo son sólo de nombre o conveniencia; porque sabido es, según un sabio pensador ha dicho, que la mayoría de los incrédulos modernos y antiguos lo son más por los *mandamientos* que por el *credo* y que admitirían una docena más de artículos de la fe con tal de que les suprimiesen el sexto y el séptimo mandamiento. He aquí, en último término el origen y la base de las modernas corrientes paganizadoras que han invadido en parte y quieren apoderarse de la educación católica. Pero quienes así piensan y obran no se dan cuenta de que en la bandera del sectarismo internacional está escrito: «no hagáis mártires sino *corrompidos, pues*

la corrupción es el puñal que hiere a la Iglesia en el corazón y la llevará al sepulcro». ¿Está claro? Pues este supremo y diabólico fin pretenden conseguir por medio de una educación muelle sibarita, mundana horra de disciplina y saturada de independencia y libertad, es decir, semipagana opuesta a la tradicional cristiana con su razonable y salvadora austeridad.

Ahora bien; siendo esta la verdadera situación de la Iglesia y la Revolución mundial en la lucha secular que ésta ha entablado contra aquélla para exterminarla, dígasenos, si es prudente, si es lógico, si es lícito que haya católicos, sacerdotes y hasta religiosos que traten de suprimir o aminorar la salvadora austeridad y disciplina de la educación cristiana tradicional derivadas de la doctrina evangélica, para formar generaciones muelles, indisciplinadas, sibaritas, mundanas, frívolas, paganizadas, . . . o sea, materia preparada para toda clase de corrupción. No creemos exista moralista recto que bien pensadas las cosas, conocedor de la vida y doctrina de Cristo y de la historia moral de la humanidad caída se atreva a contestar afirmativamente al trascendente interrogante; pues salta a la vista que ser cristiano y no seguir e imitar a Cristo es un contrasentido, y seguir e imitar a Cristo rechazando la abnegación y la cruz proclamando máximas modernistas rusonianas opuestas a la austeridad y disciplina de la vida cristiana, y más cuando se trata de la educación o formación espiritual de la juventud, es un absurdo, aparte de su ilicitud.

LIII

A lo que se reduce la tan ponderada austeridad cristiana. Las aspiraciones modernas.—Quiénes están en condiciones de entender la doctrina y vida de Jesús. El Sermón de la Montaña; magnífico en sí, por muchos ponderado y por pocos bien conocido: breve exposición.—Con qué está conforme y de quién discrepa.—Al caos social en que vivimos se ha llegado por la educación anticristiana.—Ni los agricultores ni los educadores consiguen su objeto sin la destrucción de las malas hierbas.—Los jóvenes consentidos e inmortificados se hacen insoportables para sí y para los demás.—Lo que se deduce de la práctica de todas las Ordenes Religiosas en la educación de sus miembros.

Quizá alguno para salvar y defender su falsa posición diga que el mundo no es un gran cenobio, donde moran ascetas penitentes que someten su cuerpo a voluntarias y extraordinarias privaciones y penitencias o un desierto poblado de aislados ermitaños. No, no es eso lo aquí defendido, sino solamente que los cristianos vivan en cristiano y no en pagano, que sigan las máximas de Cristo y no las de Rousseau, especialmente al educar la juventud. Y a la negación de sí mismo y la cruz de que habla el texto evangélico citado no le damos otro alcance que el que le da San Jerónimo y con él todos los Santos Padres y la Iglesia, es decir, que cumplen ese precepto evangélico quienes refrenan sus pasiones, las subyugan y sometan a la razón y a las prescripciones de la santa ley de Dios, y se niegan a sí mismos quienes, anteponen la voluntad de Dios en oposición a la suya propia, o sea, que cumplen exacta y ordenadamente sus deberes para con Dios, para consigo mismo y para con sus semejantes, cueste lo que cueste, sin detenerse ante

los sacrificios que para ello sean necesarios. Nada más natural y razonable que esto; pues la criatura debe ir a su fin siguiendo el camino por el Creador trazado. He aquí a lo' que en lo substancial queda reducida la tan ponderada austeridad cristiana. Por eso dijo Jesucristo: «mi yugo es suave y mi carga ligera», sobre todo si se tienen en cuenta las especiales ayudas interiores y exteriores que El da a sus fieles discípulos cuando son necesarias.

El enlace íntimo y necesario, la consiguiente trabazón existente entre la causa y el efecto, obliga ineludiblemente, cuando se quiere obtener determinados efectos, a buscar y poner las causas aptas y adecuadas para producirlos y es locura poner otras. A nadie se le ocurre sembrar cebada para cosechar trigo; ni tomar el tren de Asturias para ir a Sevilla. Esto es clarísimo, de sentido común. Y, sin embargo, los católicos más o menos rusonianos y paganizantes, cuando de educación se trata, no parece que admiten este evidente y universal principio de la relación natural e ineludible entre la causa y el efecto, pues sembrando indisciplina, desorden, mundanidad, independencia sibaritismo y goces materialistas, ... pretenden obtener en la sociedad el espiritualismo, el orden, la disciplina y subordinación cristianos, de donde procede el amor mutuo, la inteligencia de unos con otros, la pacífica convivencia de todos, la paz, el orden y la disciplina y bienestar sociales.

La sociedad moderna, como todos sabemos, está herida de muerte por haber sido formada mediante una educación laica, opuesta a la tradicional cristiana, basada en ideas y sentimientos paganos, que al llevarlos a la vida práctica, ha producido ese ciego anhelo de goces materiales y de riquezas con que conseguir los afanes irreprimidos de grandezas, poderío, altos puestos políticos y administrativos, gran confort en las viviendas y lujo en el atuendo, todo sin olvidar el complemento de un gran auto modermo, supremo ideal de los ricos improvisados y los infatuados *parvenu,* la sed insaciable de caprichosas satisfacciones en todos los actos de la vida presente, cual si el

fin del hombre en la tierra fuese la maximación de los placeres ordenados o desordenados, lícitos o ilícitos, honestos o deshonestos... Y, claro está, que para esto se necesita dinero, mucho dinero, que es preciso adquirir en una u otra forma, sin pararse ante los negocios sucios, ni el atropello de las personas honradas, cuando las encuentran en el camino de sus locas ambiciones, ni en el moderno *estraperlo* que a veces es un verdadero latrocinio, ni en el fraude, ni en las minutas exorbitantes e injustas, ni en el decoro profesional... Unido a esos desordenados deseos de goces sensibles va siempre, como es natural y lógico, el horror también desordenado y vicioso a todo lo que representa sufrimiento, contrariedad, disciplina, subordinación, trabajo, privaciones, vida ordenada y hogareña, sustituyéndola por la frívola, disipada, costosa, de calle, bar, terraza, club, teatro cine,... con lo cual puede decirse que desaparece el hogar o por lo menos queda profanada su santidad y reducido a una especie de fonda o restaurante particular donde sólo pueden hospedarse determinados individuos, cuando lo estimen conveniente: con lo cual queda la familia, o sea, la célula del orgamismo social, gravemente lisiada, y, claro está, que, si las células están lisiadas lo estará asimismo el organismo por ellas formado o la sociedad. He aquí uno de los mayores desastres de la vida moderna, por sus fatales consecuencias para la formación espiritual de los hijos, que de ello se derivan necesariamente. De esta locura participan en grados distintos todas las clases sociales, altas y bajas, ricas y pobres, aunque en forma distinta.

Este lamentable estado social; este apartamiento de la trayectoria que a la sociedad había comunicado la doctrina de Cristo en su lucha secular con los errores doctrinales, teológicos y morales, teóricos y prácticos, derivados del paganismo llevado hasta sus últimas consecuencias mediante muchos lustros de educación laica, pagana, se pretende remediar saturando la educación católica de teorías y máximas paganizantes diametralmente opuestas a la doctrina, a la práctica y a la per-

sona de Jesucristo, que descendió del cielo para redimir el mundo y adoctrinarle con su ejemplo y doctrina. Y lo insólito del caso es que en estas absurdas pretensiones se hayan sumado y sean defendidas con ardor por católicos, sacerdotes y religiosos que se dicen discípulos de Cristo. Y hasta se permiten gloriarse de que ellos son los únicos y verdaderos intérpretes de la doctrina del Maestro por ser defensores de la ley de Sainz Rodríguez y del clasicismo, lo cual les pone en condiciones *«para comprender las verdades de la fe y sentir la virginal y suave belleza del mundo restaurado por Cristo»*, como dice uno de los autores antes citados. Véase si todas esas libertades, laxitudes y sibaritismos están conformes con lo que dice Cristo respecto del mundo por El restaurado. Ya hemos citado testimonios del antiguo y nuevo Testamento más que suficientes para convencerse de que la sociedad moderna marcha por caminos opuestos a la doctrina del Redentor, y precisamente por eso se halla en estado caótico. Ahora como resumen y confirmación de todos esos testimonios vamos a copiar en parte el sermón de la montaña y así quedarán fuera de toda duda nuestros asertos.

Realmente el sermón de la montaña puede decirse que en su esencia se reduce a unas máximas y normas sencillas y sensibles para justipreciar y ordenar todas las cosas y sus incidentes en relación con la vida humana: y quienes lo conocen y aplican honrada y rectamente poseen el verdadero concepto cristiano de la vida y, si con arreglo a él viven, son verdaderos discípulos de Jesucristo. Y que aplicadas por todos realmente la paz de Cristo reinaría en el mundo y éste se convertiría en un trasunto del paraiso. En cambio, cuanto más se separa en la doctrina y en la práctica de ese soberano concepto de la vida la sociedad tanto más se separará de la pacífica convivencia de todos los ciudadanos y de la anhelada paz universal y se aproximará a nuevas y exterminadoras guerras mundiales, que hacen del mundo un trasunto del infierno. Y como el concepto moderno de la vida es pagano, por regla general,

(hasta muchos católicos son víctimas de él) se explica el sombrío y amenazador estado de la sociedad actual.

He aquí el magnífico y trascendental Sermón de la Montaña por muchos citado y admirado y por pocos bien entendido, o sea el de las ocho bienaventuranzas. Bienaventurados, dijo el Salvador, los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los cielos: Nótese bien que no llama bienaventurados a todos los pobres, como algunos equivocadamente creen, sino sólo a los «pobres de espíritu», o sea aquellos que no ambicionan las riquezas, sí carecen de ellas, ni se dejan dominar por las mismas, si las poseen, no siendo esclavos de los bienes ni de sus deseos y quienes se dan cuenta cabal de lo poquísimo que valen en sí, por sólo poder disfrutarlas en esta vida, que es cortísima aun la más larga, y con relación a las de Dios son nada en la cantidad y en la duración; pues éstas son infinitas y eternas, conservándose humildes ante la Majestad inmensa de la divinidad.

Evidentemente la sociedad moderna es opuesta al espíritu de la primera bienaventuranza; pues de las riquezas ha hecho un idolo a quien adora.

La segunda bienaventuranza dice: «Bienaventurados los mansos porque ellos poseerán la tierra». Puede decirse que son mansos quienes por naturaleza o convencimiento son opuestos a las discordias, a las contiendas a las luchas fraticidas materiales por las cosas de la tierra. El fundamento de esta bienaventuranza es el mismo que el de la anterior, es decir, poseer un concepto exacto y ordenado de la valoración de las cosas humanas. Indudablemente vale más la paz del alma, y la conservación del amor mutuo entre los hombres, que poseer unos cuantos palmos más o menos de tierra o una porción mayor a menor de bienes materiales, que son polvo y en polvo se han de convertir, y aquí se han de quedar, cuando salgamos de este mundo y vayamos a la tierra de los vivientes o eternidad. Por lo cual antes de meterse en un litigio o en una contienda o guerra, agotan todos los recursos pacíficos y tran-

sigen con todo lo que es lícito y la conciencia permite. Los que de esta nobleza de corazón y alteza de miras disfrutan y de esta suerte proceden son los verdaderos poseedores de los bienes de este mundo y de los del otro. Tampoco la sociedad posee esta bienaventuranza.

«Bienaventurados los que lloran porque ellos serán consolados» dice la tercera bienaventuranza. El llanto de que aquí se habla es símbolo y significa la apreciación de la vida presente como un destierro de nuestra verdadera patria que es el cielo, lo cual es exacto; y todas las almas grandes y elevadas han suspirado y suspiran por la patria de arriba que es la verdadera». A éstos Dios envía consuelos especiales que los confortan para no desfallecer en la áspera pendiente de la vida.

Ni que dudar tiene, que la paganizada sociedad moderna no disfruta de esta cuarta bienaventuranza, pues lejos de suspirar por la patria verdadera, al contrario, procura por todos los medios disfrutar cuanto sea posible de los terrenales y bajos placeres de la vida presente diciendo: «Comamos y bebamos que mañana moriremos; no neguemos placer alguno, por sucio que sea, a nuestro cuerpo... »

Y, como el Sermón de la Montaña como toda la predicación de Jesucristo tenía por fin principalísimo levantar al hombre caído a fin de colocarlo de nuevo en el plano de la justicia y espiritualidad a que había sido creado, resulta que las ocho bienaventuranzas vienen a ser como otros tantos peldaños para llegar a ese plano de perfección espiritual; por consiguiente, si la sociedad moderna rechaza proterba los primeros y más fáciles, evidentemente no llegará a los últimos, por lo cual nos limitamos a enunciarlos.

4.ª Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos serán hartos. Aquí justicia es tomada como santidad. 5.ª Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. 6.ª Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. 7.ª Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Y lo se-

rán indudablemente, como después dijo S. Juan. 8.ª Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia (santidad), porque de ellos es el reino de los cielos».

El concepto de la vida y el criterio para justipreciar todas las cosas a ella referentes está clarísimo en los Evangelios y en todo el Nuevo Testamento; no obstante, hemos querido poner concretamente el Sermón de la Montaña, por ser el más citado por los de ideas más contrapuestas y por darle algunos modernistas y paganizantes indebidamente un valor superior al de los demás testimonios evangélicos, pretendiendo apoyar en él sus desvaríos teológicos y morales y sus procederes mundanos y sus paganizantes exterioridades.

No creemos haber con ello perdido el tiempo; pues salta a la vista que tal sermón, como es natural, no discrepa en lo más mínimo de los demás pasajes evangélicos, y, en cambio se ve con meridiana claridad que de quien discrepa en absoluto, *toto coelo*, es de la ideología abstracta y concreta de la moderna sociedad paganizada y paganizante, adoradora del becerro de oro con las consiguientes repercusiones en las liviandades de costumbres y la frivolidad y corrupción universales.

Ahora bien, como antes se ha dicho y saben muy bien todos los que piensan y ahondan en el estudio de los fenómenos sociales, a este estado de cosas verdaderamente inquietante se ha llegado por la acción lenta pero de eficacia absoluta de la educación paganizante, rusoniana y anticristiana, resulta una condenación rotunda y flagrante de las teorías y conducta de quienes pretenden ilógicamente hacer desaparecer los efectos sin tocar para nada a las causas y hasta defendiéndolas ciegamente. Claro está que la condenación tiene más extensos y hondos alcances para los *indiscretos católicos*, que se han olvidado o prescinden de lo afirmado por S. Pablo de que no hay consorcio posible entre la luz y las tinieblas, el bien y el mal y Cristo y Belial. Realmente la postura adoptada por estos tales es absurda e incomprensible.

Jesucristo dice terminantemente que El es «camino, verdad

y vida». Cuando poco después de recibir el Espíritu Santo, predicaba S. Pedro en Jerusalén que era necesario seguir a Cristo para salvarse le intimaron las autoridades judaicas que dejase de predicar tales cosas; y él les respondió lleno de valor que no podía hacerlo; porque no había otro nombre con el que el hombre podía salvarse que el de Cristo y que había de obedecerse antes a Dios que a los hombres. S. Pablo decía que predicaba a Cristo crucificado, escándalo para los judíos y locura para los gentiles». Y en otra parte «Vivo yo, mas no yo, sino que vive Cristo en mí», y en otra: «Mi vida es Cristo» . . . «Nadie, dijo el Señor, en otra ocasión, va al Padre (a Dios) sino es por Mí» . . .

Ahora bien, cuando Jesús fué bautizado por el Bautista sobre El se abrieron los cielos y los resplandores de la gloria envolvieron a quien de tal manera se humillaba oyéndose una voz que dijo: «Este es mi hijo en quien tengo todas mis complacencias, escuchadle, *ipsum audite*». De suerte que existe un precepto claro, terminante, inequívoco de oir a Cristo y seguir su doctrina. Este trascendentalísimo precepto es de Dios y fué promulgado en solemne ocasión y circunstancias extraordinarias, para que llegase a conocimiento de todos los cristianos y no lo dejasen olvidar por ser fundamental e imprescindible para la salvación del género humano. Por todo lo escrito a través de las trescientas páginas del libro y lo que de manera más precisa y concreta concluimos de exponer todos los discípulos de Cristo, todos los cristianos, tenemos obligación estricta, ineludible de escuchar a Cristo y seguir su doctrina. Pero, he aquí que en estos calamitosos tiempos de confusionismo, pragmatismo, frivolidad moral y sibaritismo positivista se ha levantado una campaña a la que no son ajenos algunos católicos y hasta sacerdotes y religiosos contra la austeridad de la doctrina de Cristo y a favor de la elegante modernidad y *comodidad* de un neopaganismo, híbrido y de rastrero vuelo, sin fundamento serio ideológido, basado sólo en los groseros instintos de las bajas pasiones humanas y la oposición satánica a Cristo y su

Iglesia. Y lo más grave del caso es que lo han llevado al delicadísimo campo de la educación, para ir formando generaciones paganizadas y rebeldes a toda disciplina y con ello crear clima revolucionario contra el orden social cristiano y contra el catolicismo que lo defiende.

La cuestión tiene otro aspecto que no nos atrevemos a calificar con toda sinceridad y precisión. Es cosa sabida que existe lucha a muerte entre los dos sistemas de educación fundamentalmente distintos y hasta opuestos, el tradicional cristiano y el modernista neopagano. Este tiene por cabeza visible a Rousseau (la invisible es el sectarismo internacional) y aquél tiene por única cabeza a Cristo-Jesús, cuyos métodos y doctrinas son en la mayoría de los casos radicalmente opuestos.

Véase la situación que los católicos partidarios de las libertades, independencias, suavidades morbosas disciplinarias, anticristianas y mundanas, de sibaritismos materialistas que se derivan del falso principio pagano rusoniano de que todos los impulsos interiores del educando y del hombre en general son buenos e irreprensibles y respetables, que no deben ser cercenados ni poco ni mucho. . ., y las frases antecitadas de la Sagrada Escritura respecto de la inclinación al mal de los sentidos y el corazón humanos desde la adolescencia, que «Jesucristo es camino, verdad y vida» que «el que quiera seguirme niéguese a sí mismo tome su cruz y sígame. . . » En esta absoluta divergencia de doctrinas ¿a quién se ha de seguir a Jesucristo o a Rousseau? Seguir a los dos es imposible por la incompatibilida de las doctrinas. La voz del cielo dijo de manera rajante «ipsum audite» «escuchad A Cristo». En cambio la de la voz de la carne de manera vergonzante dice «escuchad a Rousseau», pues su doctrina es comodísima, desconoce la austeridad cristiana, en ella no hay conflictos de conciencia, todo es lícito, se puede todo. . ., pero ¿es verdadera, se puede fundar sobre ella un orden social pacífico permanente, justo y racional que asegure la armónica y progresiva convivencia social de todos los ciudadanos, que quieran vivir dentro de las le-

yes justa y razonablemente establecidas? La experiencia secular nos responde negativamente y la razón natural confirma este negativo fallo. Claro está que ahora estudiamos el problema desde el punto de vista puramente humano y con los datos suministrados por la historia profana de las naciones. Si en su solución tomásemos en cuenta la doctrina evangélica y el dogma y moral cristianos, la respuesta no sería una simple negación, sino la reprobación categórica e inapelable de la conducta de los que diciéndose católicos anteponen las desatinadas máximas del nebuloso Rousseau a la doctrina sublime y divina de Cristo-Jesús, que pasó por la vida haciendo bien a todos; y su incomparable doctrina no ha perdido nada de su virtud regeneradora con la ascensión gloriosa a los cielos del divino fundador de la Iglesia. Esta monstruosidad ideológica religiosa, si hubiese de calificasre con exactitud tendría un calificativo duro en extremo.

Y, como deseamos no dar demasiada extensión a nuestro trabajo, aquí le ponemos punto final, aunque pudieran añadirse no pocas e interesantes cosas sobre el particular.

Por ejemplo que Dios no es sólo creador y redentor del género humano, sino también su ordenador, legislador y juez de los actos libres humanos; de donde nacen nuevas relaciones y obligaciones del hombre respecto de Dios.

Las libertades, suavidades y tolerancias en la disciplina en el período de formación espiritual de los jóvenes producen el mismo efecto que el agricultor que no arranca las malas hierbas, espinas, abrojos, gatuñas..., que brotan en su finca y ahogan la buena semilla por él sembrada convirtiéndose la finca en estéril matorral de malas hierbas. Por otra parte esa laxitud de disciplina en los centros de formación de la juventud es dar armas y personas a la revolución mundial contra la obra redentora de Cristo, en perjuicio de los interesados y de las salvadoras ideas cristianas; pues siempre se cumplirá el indiscutible axioma de que alimentar pasiones pequeñas o grandes es alimentar el enemigo, es disminuir la libertad y esclavizar al

interesado. El joven consentido, voluntarioso e inmortificado es menos libre que el ordenado y disciplinado, y además se hace desgraciado porque su inmensa frivolidad e irreflexión le hace creer que el mundo está hecho para su uso particular y al encontrarse que la realidad es muy otra y que el mundo marcha sin contar con él para nada agradable la decepción es enorme y la amargura imponderable.

Como la cuestión de la disciplina afecta lo mismo, aunque en grados distintos a toda clase de centros de educación, ya sean los que en ellos se formen aspirantes a la vida sacerdotal o religiosa de esta o aquella Corporación, agustinos, franciscanos, dominicos, jesuítas, carmelitas..., o pretendan continuar de seglares, nos permitimos hacer a los defensores de los principios rusonianos o neopaganos las dos preguntas siguientes: ¿Cómo es que ninguna de las diversas y múltiples Ordenes Religiosas ha adoptado para la formación espiritual en los noviciados y colegios de estudios el sistema de libertades, independencia y comodidades predicadas por Rousseau y todos los neopaganos? ¿Qué sucedería, si una cualquiera de éllas, sugestionada por los cantos de la universal y pagana sirena, siguiese en la educación de sus futuros religiosos el sistema rusoniano? A este extremo no ha llegado ni llegará la demencia humana.

Resumen - aclaración que a alguien pudiera ser útil

Para que se vea la imposibilidad absoluta de armonizar la vida cristiana y la mundana, aparte de lo que nos dice la historia de todos los siglos, en especial la de las órdenes religiosas, vamos a enfrentar las Bienaventuranzas cristianas proclamadas en el sermón de la montaña y las mundanas y paganas proclamadas por el neopaganismo imperante en el ambiente social moderno.

Bienaventuranzas cristianas: 1.ª «Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los cielos. 2.ª Bienaventurados los mansos porque ellos poseerán la tierra. 3.ª Bieventurados los que lloran porque ellos serán consolados. 4.ª Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia porque ellos serán saciados. 5.ª Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. 6.ª Bienaventurados los que tienen puro su corazón, porque ellos verán a Dios. 7.ª Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios. 8.ª Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.»

Estas bienaventuranzas tomadas del Sermón de la Montaña, constituyen breve síntesis del concepto cristiano de la vida. Veamos ahora las que a ellas contraponen los mundanos, las cuales constituyen el concepto pagano de la vida.

1.ª Bienaventurados los ricos, porque podrán disfrutar de todos los placeres materiales tanto lícitos como ilícitos. 2.ª Bienaventurados los frívolos alegres, porque de nada se preocuparán, aunque su necia inconsciencia les lleve al abismo.

3.ª Bienaventurados los violentos y vengativos, porque serán de todos temidos y conseguirán muchas cosas por el terror. 4.ª Bienaventurados los aborrecedores de la rectitud y de la justicia, porque ellos podrán realizar toda clase de atropellos. 5.ª Bienaventurados los duros de corazón, pues así no se conmoverán ni sufrirán ante las desventuras y penas de los demás, a veces por ellos causadas. 6.ª Bienaventurados los impuros y sucios de corazón, porque ellos encontrarán limpios y bellos los mayores desenfrenos de la carnalidad corrompida. 7.ª Bienaventurados los perseguidores de los hombres rectos e inocentes, pnes ellos serán los jefes de las iniquidades de este mundo. 8.ª Bienaventurados los ensalzados, glorificados y mimados por los mundanos, pues serán remunerados con altos y suculentos puestos, con mundanas dignidades y tendrán abiertas las puertas para llegar a todas las llamadas dichas humanas. . .

Cierto que algunos no admiten estas máximas *al natural*, sino que las diluyen en agua azucarada de vagos tópicos jurídico-religiosos, olvidando que hay cosas que con *azúcar están peor*. Como sucede en este caso.

Reflexiónese un poco acerca de la oposición radical, la antítesis absoluta de estas dos doctrinas, de estos dos ideales, de estos dos conceptos de la vida y dígasenos honradamente, si pueden armonizarse y menos fundirse para dar origen a un tercer concepto de la vida con elementos en parte cristianos y en parte mundanos y paganos. La base de la respuesta nos la da S. Pablo, cuando dice: «¿Qué consorcio puede haber entre la luz y las tinieblas y entre Cristo y Belial?». Yo bien sé que estas últimas consecuencias no entran de lleno en el programa de muchos paganizantes, pero también sé que han puesto y sostienen las premisas y que las consecuencias vienen por sí solas en fuerza de la lógica. Se han puesto a patinar en un plano inclinado de hielo o cristal que termina en un precipicio, sólo con ánimo de recrearse, y, sin pretenderlo, irán al abismo por el peso del cuerpo y lo resbaladizo e inclinación del plano en que temerariamente quieren recrearse.

Es muy antiguo y muy frecuente en los enemigos de la Iglesia, cuando no tienen qué contestar a los razonamientos en pro de una doctrina, tergiversar y falsear ésta para seguir combatiéndola. Por lo cual queremos precisar bien lo que entendemos y entiende la Iglesia por la santa y necesaria austeridaú cristiana. Quizá diga alguno, sacando de quicio las cosas: «Si para ser buen cristiano es preciso negarse a sí mismo, tomar su cruz y seguir a Cristo, la vida humana va a ser un tormento continuado y superior a las fuerzas humanas.» Dejando a un lado ahora lo de ser la vida cristiana superior a las fuerzas humanas, pues donde éstas no llegan están las divinas, o sea, los auxilios de la gracia divina, afirmamos de manera absoluta que no es un tormento continuado insoportable para el hombre. Desde luego no puede llamarse insoportable sin caer en una incongruencia y en un error una cosa que muchos miles de millones de individuos a través de los siglos han practicado muy satisfechos y contentos.

Negarse a sí mismo y llevar su cruz es sencillamente someter la parte inferior del hombre con sus concupiscencias desordenadas (de donde brotan todos los males que en el mundo existen, lo mismo materiales que morales, individuales que colectivos), a la parte superior, a la recta razón y a los preceptos divinos, que nada tienen de pesados en expresión de S. Juan y muestran al hombre caído el camino del bien, de la paz y bienandanza perpetuas. Las dificultades, trabajos y sufrimientos que en este natural y lógico sometimiento de las pasiones a la razón y de ésta a Dios, realmente no son insoportables, ni proceden de este sometimiento, sino del desorden interior que nos domina, de que nuestras pasiones anhelan lo que no deben. Un borracho, por ejemplo, sufre si no se le deja beber cuanto quiere, y le perjudica, y asimismo un glotón, si no se le deja comer hasta el exceso; y, en cambio, los morigerados no sufren en comer y beber sólo lo conveniente. Un hombre sano y robusto anda sin la menor dificultad un kilómetro; en cambio, un reumático grave o uno que tiene dislocado un pie sufre

horriblemente en andar ese mismo trayecto. De igual suerte el sufrimiento no está en la austeridad y dureza del mandato, sino en la debilidad y enfermedad de los unos y en los desórdenes pasionales de los otros; por lo tanto el remedio está en curar la enfermedad corporal de los últimos y la moral de los primeros. Y aplicando a nuestro caso lo antedicho, diremos que estos sanos y racionales principios son los que informan la educación católica tradicional, donde jamás se ha caido en la locura de pretender modificar los santos preceptos divinos para adaptarlos a las concupiscencias e irracionales caprichos del hombre caido y moralmente enfermo. Este osado desatino estaba reservado para los discípulos de Rousseau, los neopaganos y los paganizantes formando la secta llamada *americanismo* condenada por León XIII.

De esta natural y racional doctrina síguese que la educación debe dirigirse a fortalecer al educando en el alma y en el cucrpo para que pueda realizar sus fines en la vida con la facilidad y perfección posibles; pero no paganizando sus normas de obrar ni abandonando las máximas de Cristo, sino vigorizando su espíritu para cumplir su deber, cueste lo que cueste, y no dejarse dominar de los bajos, ciegos y degradantes instintos de la parte inferior del hombre, o sea, de la animalidad, remontándose a las altas y luminosas cimas del espíritu, desde donde se descubren los sublimes y encantadores horizontes de la vida superior humana, que coloca al hombre muy por encima de todos los seres terrestres de la creación y le aproxima a los espíritus angélicos y recuerda su original realeza sobre la tierra. Este ha sido es y debe ser el ideal de la verdadera educación cristiana. Esta es la única manera de formar educandos de recio espíritu para luchar y triunfar en las batallas que ineludiblemente han de sostener contra la revolución mundial, que se ha propuesto acabar con el orden social cristiano, lo cual traería hoy la anarquía y con ella el imperio de la fuerza bruta sobre la razón y el derecho, base indispensable para la existencia de la sociedad y de la pacífica convivencia de los

hombres sobre la tierra. Por eso es una demencia tratar de debilitar el espíritu austero de la educación tradicional sustituyéndolo por enervantes y peligrosas complacencias paganas, que aproximan los educandos a los excesos del mundo y los distancian de Cristo, convirtiéndolos en elegantes *dandys* en vez de hombres fuertes y rectos aptos y deseosos de servir a su patria y a su religión, de realizar grandes empresas y luchar esforzadamente para salvar a la sociedad actual que está atravesando una crisis mortal cuyo término no es fácil predecir.

Conocido es el proverbio; «fabricandi fit faber», o sea, que los hábitos buenos y malos, virtuosos y viciosos, frívolos y serios se adquieren con la repetición de actos o con lo ahora llamado entrenamiento. El pianista se forma pasándose muchos años tecleando para formarse y después para dar un concierto de compromiso procura entrenarse: los alpinistas antes de poder hacer grandes ascensiones se ejercitan repitiendo las pequeñas y lo mismo los gimnastas para llegar a levantar pesas de cien kilos han empezado por las de diez, quince, veinte, . . . Por otra parte, con este entrenamiento, con esta repetición de actos, con este frecuente ejercicio no sólo se consigue facilidad para realizarlos, sino hasta gusto en esa tarea, aunque sea penosa. Un cazador sufre con gusto y placer el trabajo de madrugar y luego ya en el cazadero, sobre todo si es bueno y abunda la caza, hace con placer grandes caminatas persiguiendo los bandos de perdices o buscando las liebres, . . . Un buen comerciante en día de gran mercado, ¿quién duda que tiene que trabajar y tiene que sufrir molestias e impertinencias? Y, sin embargo, ¿quién puede dudar de que está lleno de satisfacción al ver que su comercio es el más frecuentado del público?. . . ¿Podría con razón el pianista, el cazador, el comerciante, . . . decir que su género de vida tenía sufrimientos insoportables? La vida sinceramente cristiana, austeramente cristiana tiene indudablemente algunos sufrimientos, porque la humanidad está caida; pero son indudablemente menores que los sufridos por los anticristianos y los cristianos tibios y positivis-

tas, cuyo egoismo les hace poner una vela a Dios y otra al mundo y que pretenden fundir la luz con las tinieblas, y la educación católica con la rusoniana y pagana. Decía S. Francisco de Sales que un Santo era un hombre siempre alegre: y de hecho se observa, sobre todo en las comunidades religiosas, que los que mejor cumplen sus reglas son los que gozan de mayor paz y santa alegría; y proceden, de ordinario, de los noviciados y casas de estudios de más vigorosa disciplina; y de éstos apenas hay uno que abandone el claustro: no así en los procedentes de postulantados, noviciados, y casas de estudios donde se habían aflojado algún tanto los resortes de la disciplina.

S. Agustín que no se contentaba con consignar hechos, sino que a la vez los explicaba, en frase lapidaria escribió: «Señor tú lo dijiste y así se cumple, que todo espíritu desordenado es tormento de sí mismo.» De ahí el que tales individuos lo critiquen todo, les moleste todo, de nada se contenten, . . . : es que llevan dentro de sí su espíritu desordenado y les agobia y atormenta, cumpliéndose en ellos lo que dice la Escritura: «Non est pax impiis». No hay paz para los impíos. Refiérese de Heine, como ya queda dicho y ahora repetimos por ser un hecho aleccionador, que paseando cierto día con un íntimo amigo suyo por un jardin público, donde se hallaba un numeroso grupo de niñas jugando y riendo con gran algazara, Heine se echó a llorar; y, asombrado el amigo del hecho, le preguntó con cariñoso interés la causa; la contestación fué: «Lloro al ver que estas niñas han conseguido con su inocencia la alegría que no he podido yo alcanzar con mis escritos, mis trabajos y mi fama». Es que era «un espíritu desordenado», es que era «un impío.» Este mismo Heine en otra ocasión, después de pronunciar una frase despectiva para los católicos, soez y blasfema, aconsejaba a los que estuviesen hastiados de los placeres sensuales o no pudiesen gozarlos, para resolver su situación, colocar la boca del cañón de la pistola en las sienes. Más del noventa por ciento de los suicidios pertenecen a los anti-

católicos y católicos mundanos paganizantes y paganizados. Los educados en la santa austeridad cristiana y amantes de ella saben morir por un ideal, pero, de ordinario, no caen en la monstruosidad del suicidio, que es signo de debilidad y desorden de espíritu.

Evidentemente la única y verdadera causa del malestar lo mismo en los individuos que en las colectividades radica en el desorden del espíritu, en que la parte inferior del hombre quiere dominar e imponerse a la parte superior o racional, que es la llamada, por naturaleza, a dirigir los actos todos del hombre. Este desastroso desorden ha sido ocasionado y sostenido por una educación paganizada y paganizante, sensiblera, afeminada, horra de toda virilidad, de enervantes tolerancias, sin disciplina, sin anhelos e impulsos de abnegadas y vigorosas elevaciones, supeditada a mundanas complacencias, y a los tornadizos y desorientados gustos de la moda, . . , lo cual forma una juventud caprichosa y adamada en vez de jóvenes recios de alma y cuerpo con alientos nobles y abnegación suficiente para llevar a cabo las más arduas y bienhechoras empresas. Esto sólo puede conseguirse con la tradicional educación cristiana, es decir, con la doctrina de Cristo que es la luz del mundo y su salvador; y de ninguna manera con la afeminada y sensualista de Rousseau y del paganismo. Por lo tanto los escritos que hemos criticado hacen inmenso daño a la Religión cristiana a la patria y a la sociedad.

INDICE

PRIMERA PARTE

Páginas

Páginas

Páginas

Páginas

Páginas

IMPRIMI POTEST

P. Angel Custodio Vega, O. S. A.

Prior Provincial

El Escorial, 6 de Agosto de 1947

NIHIL OBSTAT

P. Ursino Domínguez, O. S. A.

Censor

El Escorial, 6 de Agosto de 1947

NIHIL OBSTAT

Dr. Ramiro López Gallego

Censor

IMPRIMASE

✠ CASIMIRO. *Obispo Auxiliar*

y Vic. General

OBRAS DEL P. TEODORO RODRIGUEZ

	Pesetas
Elementos de Física y Química (5.ª edición), agotado	7,00
Problemas científico-religiosos	2,00
La enseñanza en España	3,40
Estudios sociales. (Dos volúmenes), agotado	5,00
Explotadores y explotados (libro de propaganda de 216 págs)	0,75
Sindicalismo y cristianismo. (Su valor social)	3,00
La civilización moderna	2,50
El Sindicalismo y el problema social después de la guerra	2,00
Máximas educadoras (libro de propaganda de 136 páginas), agotado	1,00
Actuación social de las clases consumidoras	3,00
La liberación del obrero (dos volúmenes), agotado.	8,00
Relatividad, Modernismo y Matematicismo	6,00
La Escuela, el Comunismo y el Institucionismo (agotado)	0,50
Ricos y pobres; Falsos conceptos sociales (segunda edición)	4,00
El Estatismo y la Educación Nacional en los países civilizados (estudio crítico comparado): tres volúmenes	15,00
Volumen I (agotado)	6,00
» II	5,00
» III	7,00
Ilfiltraciones judío masónicas en la Educación Católica	4,00
El problema Social y las Derechas	5,00
Legisladores y Leyes (Rousseau y la Democracia).	5,00
Nueva reconquista de España	5,00
Nueva campaña de mentiras e insidias contra España	4,00
Errores Pedagógicos y Máximas Educadoras (en prensa)	5,00
El Comunismo (Lo que es y sus causa); 2.ª edición	2,00
Así es España y así la antiespaña	8,00
Causas, Causantes y Remedios del Moderno Caos Social	18,00
La Paz del Alma	4,00
Criticismo, Irracionalismo y Escepticismo	2,00
La lucha entre el Catolicismo y la Revolución mundial	4,00



Imp. del Real Monasterio de El Escorial

Precio: 360 ptas.